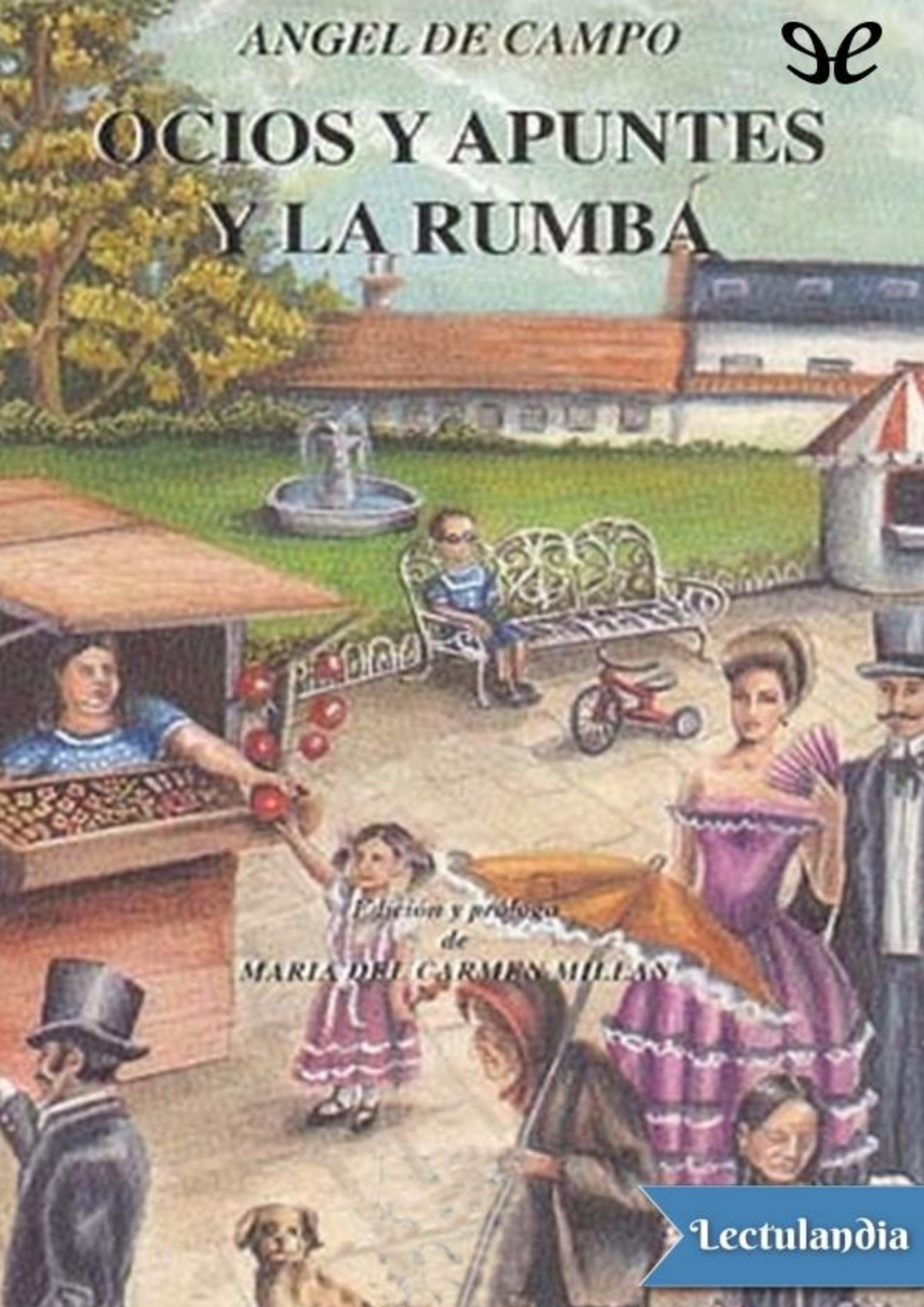


ANGEL DE CAMPO



OCIOS Y APUNTES Y LA RUMBA



Edición y prólogo
de
MARIA DEL CARMEN MILLAN

Lectulandia

La mayor parte de los cuentos de *Ocios y apuntes* se seleccionaron de la serie denominada «Ocios», que apareció en el diario *El Nacional*, los jueves y los domingos de cada semana, durante el año de 1890. De las veinticinco narraciones que componen el libro, dos han corrido con tan buena fortuna que figuran en todas las antologías de cuentos mexicanos: «¡Pobre viejo!» y «El Pinto»: la historia del profesor de primeras letras que murió al margen de la gratitud de sus educandos, y la no menos triste del perro callejero cuyo destino quedó señalado desde el día de su nacimiento.

En este primer libro, *Micrós* acota el terreno en que se movería en adelante, las líneas que explotaría con mayor acierto y los procedimientos técnicos que usaría. El terreno es la ciudad de México y la situación de las clases pobres. Los temas: experiencias de la niñez, retratos de personajes típicos, historias de niños y animales abandonados, escenas de la vida familiar y amorosa, y cuadros de costumbres. Los procedimientos que utiliza con mayor frecuencia son la evocación del pasado a través de un hecho presente, la descripción de caracteres físicos y morales mediante escenas vivas, y la humanización de objetos, animales y plantas. En cada cuento hay reflexiones sobre la situación que desarrolla y se hace una síntesis de la intención con que fue escrito. El tono general es pesimista y muy acusada la apreciación melancólica de la realidad.

Lectulandia

Ángel de Campo

Ocios y apuntes. La Rumba

ePub r1.0
Titivillus 06.12.16

Título original: *Ocios y apuntes* (1890). *La Rumba* (1891)

Ángel de Campo, 1890

Edición y prólogo: María del Carmen Millán

Prólogo: Luis González Obregón

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Prólogo

Ángel de Campo, como la mayoría de los escritores mexicanos del siglo XIX y aun del presente, se identifica con un grupo, con una sociedad o con una publicación. Las sociedades literarias, siguiendo la tradición de la Academia de Letrán y del Liceo Hidalgo, tuvieron la función de impulsar la producción literaria, promoviendo el interés por los estudios de la literatura nacional y de las extranjeras. Por otra parte, las reuniones periódicas, las veladas extraordinarias y los actos públicos estimulaban, por la competencia y la crítica, las dotes de los ingenios nacionales.

La publicación de una revista, producto del esfuerzo colectivo, daba oportunidad a los aspirantes a escritores, generalmente de escasos recursos económicos, para ver impresos y circulando sus intentos en prosa o en verso. Fue así como, inspirados en lo que significó el «Liceo Hidalgo», Luis González Obregón, Rafael Mangino, José Cárdenas y Ángel de Campo, fundaron «El Liceo Mexicano» el 5 de febrero de 1885. Esta institución celebraba sus sesiones en la casa de González Obregón, en la Biblioteca Nacional o en la Sociedad de Geografía y Estadística. El órgano que dio a conocer los trabajos del Liceo fue una revista quincenal, llamada también *El Liceo Mexicano* (1885-1892). Los directores fueron Adolfo Verduzco y Rocha y Luis González Obregón. Entre los redactores figuraban Rafael Alba, José Aspe, Heriberto Barrón, Ángel de Campo, José Cárdenas, Ramón Castañeda, Ezequiel A. Chávez, Toribio Esquivel Obregón, Francisco A. de Icaza, Alberto Michel, Antonio de la Peña y Reyes e Ismael Torrescano. Ignacio M. Altamirano fue el protector, el maestro y el consejero de la sociedad y, unas semanas después de la muerte del Maestro y en homenaje a su memoria, el 5 de marzo de 1893, «El Liceo Mexicano» se transformó en «Liceo Altamirano», después de una larga y muy provechosa vida.

Micrós reconoce la gran influencia que Altamirano ejerció en su vida literaria, de la cual «le enseñó el camino». En las páginas rebosantes de gratitud, escritas poco antes de la muerte del Maestro y recogidas en *Cosas vistas*, y en las de Luis González Obregón que sirven de prólogo a *Ocios y apuntes*, se puede encontrar el retrato del hombre que fue Altamirano en sus últimos años. «Maestro en su casa, en la tribuna, en el libro y en la prensa»; guía de la juventud, amigo incomparable y el escritor más prominente y respetado de su tiempo.

De la mano de Altamirano empezó *Micrós* a subir «la escala literaria, de la que el periódico es el primer peldaño». Periodista como Fernández de Lizardi, Guillermo Prieto, José T. de Cuéllar, como el mismo Altamirano, Gutiérrez Nájera y Luis G. Urbina, logró hallar su camino propio, su personalidad y su misión, en la lucha diaria por la expresión de las ideas.

La labor periodística de *Micrós* empieza en 1885 y termina con su vida, en 1908. Su producción abarca cuento, novela, poesía, crónica, prosa narrativa, que en más de veinte años de ejercicio es muy abundante, aunque desigual en calidad. Se le conoce

sólo como cuentista porque sus tres libros editados hasta ahora —*Ocios y apuntes*, *Cosas vistas y Cartones*— contienen principalmente cuentos. Algunas selecciones han dado muestras de su extraordinaria habilidad para la crónica, reproduciendo varias de sus «Semanas alegres», que yacen todavía en las páginas de *El Imparcial*. En este género se advierte su vena humorística, en la que no cabe del todo el cuentista. El comentario festivo y oportuno de los acontecimientos del día que, por su tratamiento fácil y apariencia frívola, atrae y al mismo tiempo deja cierta inquietud en el lector, tiene en *Micrós* una nota personal que lo distingue e individualiza.

Como cronista está entre Gutiérrez Nájera y Guillermo Prieto. Tiene un gran poder de observación, se interesa vivamente por las costumbres del pueblo mexicano, usa con frecuencia la ironía, sabe rodear sus cuadros de poesía, sin que por ello pierdan vitalidad ni gracia.

De Ángel de Campo poeta se conocen algunas composiciones que su biógrafo más acucioso, Antonio Fernández del Castillo, dio a conocer en su selección. Pero el sentido poético de *Micrós* es más profundo en sus obras en prosa que en los renglones cortos que, por sí solos —y seguramente él lo sabía— no podían darle un sitio en la literatura nacional.

La mayor parte de los cuentos de *Ocios y apuntes* se seleccionaron de la serie denominada «Ocios», que apareció en el diario *El Nacional*, los jueves y los domingos de cada semana, durante el año de 1890. De las veinticinco narraciones que componen el libro, dos han corrido con tan buena fortuna que figuran en todas las antologías de cuentos mexicanos: «¡Pobre viejo!» y «El Pinto»: la historia del profesor de primeras letras que murió al margen de la gratitud de sus educandos, y la no menos triste del perro callejero cuyo destino quedó señalado desde el día de su nacimiento.

En este primer libro, *Micrós* acota el terreno en que se movería en adelante, las líneas que explotaría con mayor acierto y los procedimientos técnicos que usaría. El terreno es la ciudad de México y la situación de las clases pobres. Los temas: experiencias de la niñez, retratos de personajes típicos, historias de niños y animales abandonados, escenas de la vida familiar y amorosa, y cuadros de costumbres. Los procedimientos que utiliza con mayor frecuencia son la evocación del pasado a través de un hecho presente, la descripción de caracteres físicos y morales mediante escenas vivas, y la humanización de objetos, animales y plantas. En cada cuento hay reflexiones sobre la situación que desarrolla y se hace una síntesis de la intención con que fue escrito. El tono general es pesimista y muy acusada la apreciación melancólica de la realidad.

Ángel de Campo ha creado un microcosmos que, al paso del tiempo, se vuelve un testimonio de inestimable valor. Sus cuentos no son otra cosa que fragmentos de una realidad, ahora ya perdida, que él conoció muy de cerca y que supo revivir con sus tipos peculiares que en oficinas, talleres, plazas, callejas e iglesias, trabajan, conversan, oran y padecen. Son un espejo que, a la vez que refleja los hechos

intrascendentes de la vida diaria, capta lo más entrañable del espíritu del pueblo, simbolizado en la actitud personal de *Micrós* frente a su tiempo: la valentía para rebelarse contra la injusticia haciendo de la causa de los desheredados de la fortuna, su propia causa.

Micrós cultiva simultáneamente la novela y el cuento. La fecha de publicación de *Ocios y apuntes* (1890) coincide con la aparición de *La Rumba* en «El Nacional» (1890-1891) y el primer capítulo de ésta aparece como la última narración en aquel libro. La única parte conocida de su novela *La sombra de Medrano* se publicó en «El Imparcial», dentro de la serie de «Semanas alegres», el 7 de octubre de 1906, años después de la aparición de *Cosas vistas* (1894) y de *Cartones* (1897). Se ve que su inquietud por cultivar la novela fue permanente, y hay base para suponer que *La sombra de Medrano* fue terminada, pues se leyó en algunas sesiones del Liceo y Victoriano Salado Álvarez fue comisionado para «examinar el estilo y poner prólogo». Pero *Micrós*, inconforme con lo que había realizado, quiso mejorarlo y en «la tarea de pulimento lo sorprendió la muerte». Posteriormente la obra se perdió o se destruyó.

Se ve claramente que Ángel de Campo consideraba el hecho de publicar una novela como una responsabilidad para la que había que prepararse. Es posible que tampoco hubiera autorizado que *La Rumba* saliera en forma de libro sin una previa y cuidadosa revisión. Es seguro, por otra parte, que los agobiantes quehaceres diarios no le ofrecieron nunca una tregua que le permitiera dar cima a su ambición de novelista.

Es obvio que a la novela de *Micrós* hace falta el retoque final, que hay desequilibrio en los elementos novelescos, y que algunas de sus partes son como un esbozo que no llegó a su cabal desarrollo; por otra parte, las intromisiones del autor —que expone, increpa, razona y ordena su mundo— demuestran que los personajes, por su propia cuenta, no aciertan a resolver sus situaciones. Pero, a pesar de todo ello, *La Rumba* es una muestra interesante de la novela mexicana de su tiempo. Y si en el aspecto formal adolece de defectos, no son éstos tan graves como para invalidar su finalidad ni su mensaje.

En esta obra, como en toda la producción de *Micrós*, su atención está puesta en la ciudad de México y su preocupación fundamental es la de comprender ciertos aspectos sociales de las clases pobres. La novela se desarrolla, casi en su totalidad, en la plazuela de La Rumba, que por su ubicación y detalles descriptivos, puede identificarse con la de San Sebastián, que ahora, por el crecimiento de la capital, ha quedado en una zona muy céntrica de la ciudad.

El tema es sencillo: la ambición natural de una muchacha, Remedios Vena, *La Rumba* que, buscando un camino que la libre del miserable ambiente en que vive, opta por el más peligroso. Pero en el interjuego de intereses y sentimientos, tanto en la conciencia de la protagonista como en las relaciones con los otros personajes, está lo sugestivo y lo original. Asimismo, en la lucha sin eco que Remedios emprende

contra un medio insensible a todo: a la pobreza, a la mugre, a la ignorancia. La Rumba, mísera plazuela de barrio, con sus tipos indispensables y sus costumbres petrificadas por la fuerza de la repetición, simboliza al pueblo, sordo, estático, limitado. El tranvía, que la anima con el ruido de sus cascabeles, representa el movimiento, la huida, la comunicación con un mundo menos sucio e injusto, la mudanza de esa vida sin perspectivas. Con la música de aquellos cascabeles van y vienen las ilusiones de Remedios; pero ella está tan identificada con su barrio que lleva el mismo nombre y no podrá romper su cerco a pesar de sus rebeldías. Remedios, *La Rumba*, es el eje de la novela; los otros personajes viven o se apagan según se acercan o se alejan de la heroína, que es, por otra parte, el carácter humano más vigoroso y completo que *Micrós* realizó.

El ambiente y el lenguaje crean la atmósfera de la acción, y aunque podrían llamarse elementos accesorios son, sin embargo, la materia más jugosa artísticamente. El realismo sentimental de *Micrós* presenta la pobreza de la ciudad, tanto espiritual como material, quizá con la idea de que se comparara con la prosperidad de que hablaban los diarios capitalinos y se comentaba en los salones de la llamada aristocracia porfiriana. Al mismo tiempo, el tono es tan sincero y está tan cerca del pueblo que las escenas del juicio de Remedios hicieron creer a muchos lectores de «El Nacional» que se trataba de la crónica de un acontecimiento real.

No es exagerado afirmar que el mundo novelesco de Ángel de Campo se sustenta en su lenguaje y más propiamente en las conversaciones y en los monólogos interiores. A pesar de las limitaciones de léxico, o probablemente debido a ellas, el efecto de realidad que produce es muy vivido. No es una copia exacta de las conversaciones familiares o callejeras, pero cada palabra tiene un sitio, una verdadera función que desempeñar dentro del diálogo, de manera que la impresión resulta limpia y acertada. Por otra parte, si los que hablan o padecen pertenecen a las clases bajas e ignorantes de una ciudad de ambiente provinciano, como era la capital hace sesenta años, es lógico que sus expresiones fueran también pobres. Pero, a falta de palabras, está la emoción que enriquece su sentido, que matiza su intención y crea un abundante caudal de giros familiares. Y el novelista, que ha advertido todas las tonalidades de las palabras y su valor evocador, maneja, con mano maestra, las sensibles fibras y las pequeñas partículas de esa materia viva que es el lenguaje del pueblo.

Micrós, infatigable lector de novelas «desde Zola hasta Tolstoy, desde Pérez Galdós hasta Turgueneff», no olvida a los novelistas mexicanos, con muchos de los cuales tiene cercanías. Todos los críticos están de acuerdo en que debe colocársele en la misma línea de Fernández de Lizardi y José T. de Cuéllar. La zona en que se mueven es, en efecto, la ciudad de México y la preocupación fundamental de ambos es de carácter social. *Micrós* y el *Pensador Mexicano* protestan, aunque en diverso tono, contra un estado de cosas injusto para un gran sector de la población; los dos presentan, con ejemplos negativos, las consecuencias de ese estado vicioso en el que

falta todo, pero especialmente un sentido de responsabilidad social. El gusto por las escenas de la vida familiar mexicana, y el dinamismo y gracia de los diálogos, acercan mucho *Micrós* a *Facundo*.

Entre los novelistas contemporáneos de Ángel de Campo, tienen con él mayores semejanzas Rafael Delgado y Federico Gamboa. Al primero se acerca en los temas de la clase media sin recursos, que le dan pie para hacer crítica social expresa o implícita, y en las descripciones poéticas del ambiente; y a Gamboa, en la interpretación científica de las actitudes de sus personajes. *Micrós* indaga, en las leyes de la herencia, las consecuencias patológicas de la conducta humana; insiste en los caracteres determinados por enfermedades atribuidas a la alimentación defectuosa, a los abusos de todas clases, a la ignorancia en el tratamiento de ciertos padecimientos. En *Micrós* se explica este interés científico por sus estudios de medicina y por la influencia de la escuela positivista.

En *La Rumba* pueden encontrarse la fidelidad fotográfica del realismo, el cuidadoso análisis naturalista y el subjetivismo dramático del romanticismo. Es que *Micrós* no podía guardar distancias entre él y sus obras, porque, más que hijas de su ingenio, eran hijas de su corazón. A pesar suyo, sus emociones brotan y se desbordan en presencia de la fatalidad que destroza a sus personajes y, finalmente, es la compasión humana la que recoge todo lo que han deshecho y revuelto el pesimismo, la ironía y la curiosidad científica.

MARÍA DEL CARMEN MILLÁN

Noticia biográfica

ÁNGEL EFRÉN DE CAMPO Y VALLE, nació en la ciudad de México el 9 de julio de 1868, en la casa número 25 de la calle de Puente Quebrado, hoy República de El Salvador, en el barrio de San Juan de Letrán. Su padre fue don Ángel de Campo, militar de profesión, y su madre, doña Laura Valle, ambos pertenecientes a la clase media.

A la muerte del padre, cuatro niños y la madre quedaron bajo la protección de los hermanos de doña Laura. Cuando *Micrós* llegó a la edad escolar asistió al colegio del Canónigo Díaz y, más tarde, su tío político, don Francisco Fernández del Castillo y López, lo llevó, junto con sus propios hijos, al colegio de don Emilio Baz, donde se reunían los niños de la clase acomodada de México.

Su paso por la Escuela Nacional Preparatoria fue definitivo para su vocación literaria. Ahí recibió enseñanzas y estímulo del maestro Ignacio M. Altamirano (1834-1893) y amistad de compañeros que más tarde se distinguirían también en el campo de las letras: Luis González Obregón (1865-1938), Luis G. Urbina (1863-1934), Victoriano Salado Álvarez (1867-1931), Balbino Dávalos (1866-1951) y Federico Gamboa (1864-1939), de quien fue amigo desde sus años de adolescencia.

Cuando Ángel de Campo cursaba el primer año de Medicina (1890) murió su madre. Con 22 años solamente, tuvo que abandonar la carrera, por la que no sentía gran inclinación, y hacerse cargo de sus tres hermanos menores trabajando hasta su muerte como empleado de la Secretaría de Hacienda, como profesor de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria y, paralelamente a estas actividades, como periodista.

Fue colaborador en *El Liceo Mexicano* (1885-1892), *El Partido Liberal* (1890-1892), *El Mundo Ilustrado* (1896-1906), *Revista de México* (1890), *México*, *Revista de la Sociedad de Artes y Letras* (1892-1893). Con mayor constancia colaboró en *El Nacional* (1890-1892), tanto en el diario como en la revista. Escribió asimismo en *El Imparcial*, donde aparecen sus famosas «Semanas Alegres» ininterrumpidamente del 21 de enero de 1900 al 26 de enero de 1908, pocos días antes de su muerte. A la *Revista Azul* (1894-1896) contribuyó con artículos quincenales. En estos diarios y revistas se hicieron populares sus seudónimos *Micrós* y *Tick-Tack*.

De parte de este abundante material se formaron, en vida del autor, tres libros: *Ocios y apuntes* (1890), con prólogo de Luis González Obregón; *Cosas vistas* (1894) y *Cartones* (1897). En el diario *El Nacional* apareció, en veinte inserciones, su novela *La Rumba* (1890-1891). Contribuyó con su estudio «La Hacienda pública desde los tiempos primitivos hasta el fin del gobierno virreinal», en la conocida obra *México, su evolución social* (1901).

En 1904 casó Ángel de Campo con doña María Esperón, de quien tuvo un hijo

que murió al nacer.

El 8 de febrero de 1908, víctima del tifo, pagó *Micrós* su tributo a la tierra. Fue sepultado en el Panteón de Dolores de la ciudad de México.

M. DEL C. M.

Bibliografía

- Ocios y apuntes*.—Imprenta de Ignacio Escalante, bajos de San Agustín N.º 1. México, 1890. 224 págs.— Prólogo de Luis González Obregón. Edición de 530 ejemplares. Contiene 26 cuentos.
- La Rumba*.—Edición limitada de 50 ejemplares. México, 1951. Edición de Elizabeth Helen Miller, alumna de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México, quien copió el texto publicado en las páginas de *El Nacional* (23 de octubre de 1890 a 1.º de enero de 1891).
- Cosas vistas*.—Tip. de «El Nacional». Av. Juárez 11. México, 1894. 262 págs. 2.ª edición. Morelia, Mich. 1905.—Contiene 30 cuentos.
- Cartones*.—Imp. de la Librería Madrileña. México, 1897. 113 págs.— Ilustraciones de Julio Ruelas. Contiene nueve cuentos.

ANTOLOGÍAS

- Ángel de Campo. Micrós o Tick-Tack*. CULTURA. Tomo I. Núm. 1. Imprenta Victoria. México, 15 de agosto de 1916. Como prólogo lleva el artículo «Micrós, sensaciones íntimas», de Luis G. Urbina.
- Pueblo y canto*.—Prólogo y selección de Mauricio Magdaleno. Biblioteca del Estudiante Universitario. N.º 9. xxii-203 págs. Eds. de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1939.
- Cuentos y crónicas*.—Introducción y selección de Alí Chumacero. Biblioteca Enciclopédica Popular. N.º 9. Secretaría de Educación Pública. México, 1944. vii-94 págs.
- «*Micrós*», *Ángel de Campo. El drama de su vida. Poesías y prosa selecta*.— Ensayo biográfico, revisión y selección por Antonio Fernández del Castillo. NUEVA CULTURA. México, 1946. 174 págs.

*

El presente volumen contiene *Ocios y apuntes*, el primer libro de cuentos de *Micrós*, y su única novela conocida, *La Rumba*. Cronológicamente son sus dos primeras obras.

Para el texto de *Ocios y apuntes* hemos seguido la edición de 1890, la primera y la única. Para *La Rumba* hemos utilizado la edición de Elizabeth Helen Miller, confrontándola con los folletines publicados en *El Nacional*.

En ambas obras hemos modificado la ortografía y la puntuación para conformarnos a las prácticas modernas.

Ocios y apuntes

(1890)

Al señor DON GONZALO A. ESTEVA,
humilde homenaje de mi agradecimiento

EL AUTOR

Prólogo

REMINISCENCIAS

Parecía que todas las buenas hadas que se reunieron en torno de la cuna del hijo de la duquesa de Orleáns, y de que nos habla Macaulay, iban a estar también presentes en el nacimiento de este libro, acogido de antemano por el público con aplausos merecidos, escrito con gran talento, hermoso estilo, admirable espíritu de observación e impreso con gusto y elegancia.

El prólogo iba a ser digno de la obra, porque el prólogo estaría escrito por Altamirano, que no tiene rival en este género entre nosotros; pero el Maestro se halla ausente de la patria, lejos de todo lo que es suyo, de sus personas más queridas, de sus hijos del corazón y de sus hijos intelectuales, y la nostalgia, primero, y después la enfermedad de su angelical Margarita, y sus atenciones del consulado, y su vida vertiginosa en París, le han impedido cumplir su promesa, con sentimiento del autor, que se ve privado de un estudio magistral, y con gran pena de parte mía, que tengo que hacer hoy lo que él debía haber hecho, no porque lo merezca sino por obsequiar los deseos de un amigo a quien no puedo negarme.

Un hada maléfica ha sido, pues, la que impidió que se escribiera el prólogo prometido.

¡Y cuánto es de sentirse!, pues por muchas circunstancias debería ocupar el lugar de estos renglones, entre otras, porque seductor hubiera sido el estudio en que el patriarca de nuestra literatura contemporánea juzgara al Benjamín de nuestros escritores; Benjamín por su edad, por su estatura, no por su inteligencia, ni por sus escritos.

¿Y qué diré yo de *Micrós*, que sea digno de sustituir lo que hubiera escrito el Maestro hoy ausente de nosotros, sobre el más querido de sus discípulos? Nada. Me encuentro indeciso, y sólo acuden a mi mente cosas íntimas, recuerdos de ayer, impresiones de estudiante, y escenas de bohemio.

A *Micrós* lo conocí hace muchos años en una cátedra de latín que daba en San Ildefonso un sabio humanista y excelente traductor de Próspero y de Prudencio, y de un genio tan sencillo que nunca nos reconvino, ni por nuestra ignorancia ni por nuestras pláticas. La clase, sin embargo, era cansada, monótona, y recuerdo que sólo una ocasión despertó nuestra curiosidad, cuando el profesor nos dijo que iba a demostrarnos científicamente que Josué había parado el sol; pero tocó la desgracia que en aquellos instantes la campana del Colegio grande anunció el término de la clase: la explicación no se hizo, quedó siempre aplazada y nunca cumplida.

Pues bien, en aquella cátedra sombría, acostumbraba yo sentarme allá arriba, en la última grada, y *Micrós* abajo en el primer peldaño. Cierta mañana, en que el grado del fastidio había invadido hasta al bueno del profesor, noté que a hurtadillas de éste y poco a poco, *Micrós* iba subiendo las gradas, y con el pretexto de pedirme un lápiz

para dibujar una de sus caricaturas con que desde entonces distraía sus ocios y con cara halagüeña y franqueza sin igual, me dijo:

—¡Hombre! tengo muchos documentos sobre la historia de México; mi padre me dejó muchos apuntes, se que es usted afecto a todo esto... ¿Desearía usted verlos y decirme a dónde puedo enviárselos?

Aquel condiscípulo diminuto de cuerpo, de ojos vivos y chispeantes, me sedujo, me simpatizó, le ofrecí mi casa, y desde ese día fuimos amigos; amigos inseparables, con idénticas aficiones literarias y las mismas esperanzas para el porvenir.

Las vacaciones de ese año las pasamos en un pequeño gabinete de mi casa, mitad pajarera de canarios y mitad biblioteca, en la que sólo había espacio para un confidente en el que tomábamos los dos asiento.

Ahí leímos mucho, durante aquel invierno y después durante varios años. Fumábamos sendos cigarrillos y apurábamos aromosas tazas de café. Nuestras lecturas predilectas eran los novelistas contemporáneos franceses, españoles, rusos, desde Zola hasta Tolstoy, desde Pérez Galdós hasta Turguenef, sin olvidar a los nuestros, a Fernández de Lizardi, Fernando Orozco, Justo Sierra (padre), al trascendental *Facundo*, a Guillermo Prieto y a nuestro inolvidable Altamirano.

Ahí soñamos, preparamos nuestros exámenes, pronunciamos nuestros primeros discursos, hicimos juicios críticos, escribimos los primeros ensayos y concebimos finalmente la idea de fundar el Liceo, santuario de nuestras glorias y de nuestros afectos. En esa época también, tuvimos ocasión de realizar uno de nuestros más vivos deseos: conocer al Maestro Altamirano.

El distinguido escritor nos había dado gratis una clase de historia, y un día de su cumpleaños, sus discípulos quisieron hacerle un obsequio modesto, humilde, pero hijo del agradecimiento y de la admiración. Se nos nombró a *Micrós*, Chávez —otro bohemio— y a mí, para presentarle el obsequio.

¡Con qué ansiedad, con qué emoción tocamos la pampanilla de la casa del Maestro! Nunca lo habíamos visitado; hasta ahí nuestras relaciones habían sido las del profesor y el discípulo. ¡Y qué pena nos causó no encontrarlo! Mas no nos conformamos, y preguntamos dónde podría estar.

Se hallaba en la Sociedad de Geografía y Estadística, en el gran salón de sesiones, solo, triste, escribiendo e inclinado sobre el papel. Cuando entramos se levantó, bajó apresuradamente la plataforma, nos fue a estrechar entre sus brazos; después elogió el obsequio, y con esas frases que sólo él tiene, con esa elocuencia que nace sencilla de su corazón, para revestirse en sus labios de magia y encanto, nos habló de muchas cosas, nos dijo que seríamos sus elegidos, su trinidad predilecta, y nos prometió ser nuestro mentor, nuestro amigo, nuestro padre intelectual. Desde ese día, *Micrós* y yo estrechamos más nuestra amistad, y alentados por el más sabio de nuestros amigos, que siempre ha tenido una palabra de entusiasmo para el que comienza, una lección para el que ignora, una frase consoladora para el que desconfía, continuamos llenos de fe y de esperanza cultivando la literatura, y desde entonces también surgieron los

primeros bocetos realistas de *Micrós*, escritos siempre con el noble objeto de merecer la aprobación del Maestro, que se publicaron en el *Liceo* y otros periódicos, y que al principio lucharon con ese implacable desdén con que se miran los ensayos, pero que poco a poco triunfaron de tan injusta indiferencia.

El éxito ha coronado los esfuerzos de *Micrós*, pues sus artículos publicados en *El Nacional*, se leen y se aplauden por todos. El estimable director de este periódico, rara excepción entre la turba de egoístas editores, reúne hoy en este precioso volumen los *Ocios y apuntes*, insertos por primera vez en aquel diario.

Y aquí creo conveniente poner punto final a estas líneas, que no pueden asumir ni el carácter de un juicio, porque ya lo dije, la obra es de un amigo, de un hermano; la he visto nacer como a un niño, y para éstos sólo tengo mimos y caricias que, según dicen, en los prólogos son malos.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

Almas blancas

A LA SEÑORA
FELICIANA CUEVAS DE ESTEVA

I

—Ya te dejo ahí el agua para que te laves, el jabón y la toalla. Puse tu ropa limpia sobre la silla; acuéstate para que despiertes temprano y reza. ¿Ya te enjuagaste la boca? El libro de misa que te regaló tu tía está en el cajón del buró. Buenas noches, me llevo la vela. —Y la mamá dejó a oscuras la pieza dando un beso a su hija.

—¿La mano, mamá? Hasta mañana. Me despiertas temprano, ¿eh? Tenemos que estar a las siete en punto.

¡Cuántas emociones, Dios mío! Al repasarlas en la memoria, la pequeña Julia sentía estremecimientos nerviosos, una ansiedad mayor que la experimentada al recorrer las leyendas de hadas o las extrañas aventuras de aquellos niños que en los cuentos tenían que habérselas con ogros de un solo ojo. Pero esta emoción no era inspirada por ogros, sino por cosas reales.

Muchas veces les había dicho el cura Sanbenito en el catecismo de los jueves, que la confesión era el acto trascendental. ¿Veis —predicaba— veis a los niños que se acercan a su papá y le dicen: Papá, yo rompí la taza, pero ya no lo vuelvo a hacer? ¡Se me cayó! El papá con voz muy dulce, les responde: «Cuidadito con otra...» los perdona y los lleva al teatro como les había prometido. Así, hijitos míos, ese Papá incomprendible, eterno, omnipotente, justiciero, es al que vamos a acudir y a decirle que hemos roto la pureza de la conciencia. Nos dirá: «No lo hagas porque perderás mi gracia.» Y nos llevará al cielo, no al teatro, lugar de inmoralidad, sino al empíreo, donde tocan melodías suavísimas las angélicas orquestas, mil soles iluminan el célico escenario, y las almas sienten los inefables placeres de la contemplación eterna de Dios Nuestro Señor.

Julia no podía formarse una idea exacta de aquellas frases, sólo sentía un gran respeto y un gran cariño por aquel Señor de barbas blancas que era Dios... y luego ¡los infiernos! Se tapaba la gentil cabecita con las colchas y ponía la cruz al espíritu maligno. ¿Qué le podía hacer? El Angel de la Guarda (eso también lo había dicho el padre Sanbenito) ahuyentaba con su espada de llamas al rey de las tinieblas, y velaba así el sueño de los niños.

Llegó el día; mañana y tarde se encerró en un cuarto, pensó en todas las palabras malas que había oído en la cocina, en los golpes que le había dado a su nana, en el muñeco que le rompió a su hermanito por tal de que no jugara con él; las veces que había desobedecido a su mamá que le prohibía las conversaciones con la hija de la portera, el robo del chocolate y el dulce de la despensa, su falta de aplicación en la escuela, los gestos que le hacía a la maestra cuando ésta no la veía, las mentiras: le

contó a Pepita Robles que tenía casa de muñecas y eso no era cierto... La vez que se rio de aquella señora que se tropezó en la iglesia.

¿Cómo haría su confesión? ¿Por escrito? Pero no sabía escribir bien. ¡Dios mío, qué pecadora era! ¡Qué vergüenza! Las niñas del colegio quizá no iban a acusarse de tantas cosas, y ella, ella era la más culpable, ¡qué vergüenza!

Al entrar a la iglesia le parecía que todos los santos la veían enojados, hasta aquella Magdalena otras veces de semblante tan dulce.

La iglesia oscura, desierta; la lámpara ardiente ante el sagrario, el viejo reloj con su péndulo del tamaño de un sol, balanceándose dulce, discretamente, sin ruido, hasta que se oía *¡trac!* después un ruido de cuerda que se desenrolla zumbando, y *tan, tan, tan, tan tin, tin*, las cuatro y cuarto que sonaban las campanas graves... Un pajarito piando en las cornisas hacía levantar la vista a las pocas señoras que rezaban; risas, ruido de llaves, grandes cajones que se abren en la sacristía y un cuchicheo en el confesonario; era el padre Sanbenito, pegado el oído en la rejilla, con una mano cubriéndose la boca con el pañuelo a cuadros azules, y la otra recargada en el libro de oraciones lleno de cintas de color. Las niñas desapareciendo tras las capuchas de sus tápalos, y él oyéndolas, mirando vagamente los juegos de luz en los vidrios de colores de las ventanas. Las confesadas allá en el rincón rezando su penitencia con mucho fervor, las otras sentadas en el suelo, cubierto el rostro por la mantilla y agrupadas en torno del tribunal de la penitencia. De pronto alzaba el padre los ojos, murmuraba un rezo, echaba una bendición, cerraba una ventanilla y daba un golpecito en la otra. La penitente se alejaba con los ojos bajos y una nueva se acercaba a su vez. ¡Qué recio hablaba la Juanita Méndez! Había escuchado las palabras: «¡malos pensamientos!» Tuvieron que taparse los oídos. ¿Qué se oiría lo que todas decían?

Le llegó su vez. ¿Qué le confesó al padre? Ni ella misma lo sabía. Todo se le olvidó, y tuvo que decir: «Acusóme, padre, de todos los pecados que no recuerdo.»

Una estación de penitencia, y se alejó con los ojos bajos decidida a no pecar más. Las niñas deben haber leído todas sus faltas en la frente: estaba roja y apenas tuvo tiempo para dejarse caer de rodillas junto a un santo de barbas blancas con un báculo y un cerdo a los pies: San Antonio Abad.

¡Qué luchas! Sin querer se le habían salido palabras duras, había mentido; pensó en las muñecas, cosa que no debe hacerse después de un acto tan grande; no había dicho completo el *Yo pecador*; se conocía que el diablo, envidioso, le presentaba ocasiones de pecar; pero ¿de qué servía? Ella (lo había dicho el padre Sanbenito) estaba blanca como el Cordero del Señor, como la paloma emblema de pureza. Y cuando sintiese tentaciones debía decir *¡Ave María!* y el demonio, mordeándose de rabia, azotándose, caería a los abismos. ¿María me saludó sería? ¡Qué culpa tengo yo de que mi traje blanco sea más o menos bonito que el suyo! ¡Ay, es una envidiosa! ¡Qué horror, había hablado mal del prójimo y eso era pecado! Ángel de la Guarda, defiéndeme; el diablo me tienta. *¡Ave María!* Y se quedó dormida.

II

En las rendijas de la puerta encendió el alba pálidos rayos de claridad. Ella despertó. ¿Qué horas serían? Tuvo que apretar los labios al lavarse para que no le entrara agua, porque así interrumpía el ayuno. Todos dormían en la casa; sólo en el cuarto de baño los pájaros armaban una alharaca atroz en sus jaulas cubiertas por trapos. Llamaban la primera misa en la Iglesia. Todavía brillaban algunas estrellas como gotitas ardientes en la bruma pálida y dorada del amanecer. Debía hacer mucho frío... Los vidrios estaban opacados por el vaho que se fundía en lágrimas. No habían apagado la veladora de porcelana, señal inequívoca de que su mamá no despertaba, y de puntillas se acercó al cuarto... ¡Todos dormían!

¡En la media luz nada se distinguía! ¿Dónde estaría el abrochador para las botas? Tal vez en el alhajero de cristal. ¿Y las ligas? ¿Se habían olvidado? ¡Malo! las cintas de las enaguas estaban hechas un nudo. ¡Mamá! ya es muy tarde. Momentos después la mañana reía en el cielo azul. En las macetas, en las vidrieras relampagueantes, en los florones de la alfombra, en todo ¡qué día tan azul! ¡Qué nubes tan limpias! ¡Qué tonos dorados tan tiernos en las cornisas blancas de la azotea! Todo era luz; hasta ella, flor matinal, tenía la blancura de la nube en el crespón flotante, vaporoso del velo; el azul puro en los ojos y en el alma; el gorjeo del ave en el labio, y las tintas suaves, la luz tranquila en la mirada. Todo era blanco: el velo, el listón, el gros del vestido, el encaje. Parecía una filigrana de nieve, un juguete de porcelana, una miniatura en mármol y oro. El oro en los cabellos, lo inmaculado en el traje, en el alma.

III

Todas se arrodillaron; parecía que una nube de incienso se había tendido en las alfombras desbordando el lino del comulgatorio. Era una bruma de velos sólo manchada por la nota oscura de los cabellos negros o la blonda aureola de los cabellos rubios. La luz tenía caricias para el estuco pálido del altar; prendía estrellas de oro en cada cornisa, en cada candelero; arrancaba chispas de color a los prismas del candelabro, iluminaba los dorados del misal, parecía incendiar el cáliz, y en medio de aquellos reflejos, el padre Sanbenito, anciano, blanco, grave, envuelto en la casulla de bordados brillantes. Las ráfagas del sol dibujaban su banda diagonal en el espacio rompiendo nubes de incienso: parecían un chorro de luces de Bengala al inflamar los vidrios de colores. El padre descendió lentamente la hostia pequeña y alba; el monaguillo rojo al lado. La patena arrojaba su reflejo a aquellos rostros de siete años, perfilaba dulcemente los entreabiertos labios, alargaba la sombra de los ojos bajos, mientras el órgano, con acentos poderosos de guerra, hacía retemblar las bóvedas.

¡Qué hermosa la mañana al salir! ¡Qué orgullo en las frentes maternas! ¡Qué triste el mutilado que pedía limosna en el atrio! ¡Qué sucias las muchachillas curiosas que encontraron al salir y que no habían hecho su primera comunión!

Los salones del colegio estaban inconocibles; las mesas tendidas, las tazas azules coronadas de flores, el techo con guirnaldas, las paredes con banderolas y coronas de ciprés; el altar de la Virgen como una ascua, y el suelo sembrado de amapolas pisadas, pétalos de rosa manchados de ladrillo. La música de cuerda en la otra pieza.

—¡No vayan a escupir; enjuáguese la boca antes del desayuno! ¡María levanta a Marta; no alcanza la banca! ¡Los velos, guárdenlos en la clase de geografía!

¡Ponte la servilleta, no te vayas a ensuciar! La que no esté en orden no se desayuna.

Los gritos se cruzaban; el criado, de mandil blanco, hacía equilibrios para pasar los chocolates llenos de flores, los canastillos de los *brioche*s estaban vacíos; había niñas que comían pan a secas, otra lloraba porque se le había volteado el chocolate en el mantel; una hacia la confidencia de que iban a llevarla a retratar después del desayuno, y el cálculo de cuánto habrían costado las botas de Luisa.

La maestra, con delantal blanco, dio un golpe; era la señal para cantar el coro *¡Oh Virgen María!*, etc., acompañado por la profesora de solfeo en el viejísimo clavicordio de la Amiga. Los niños cantaban con la boca llena de pan, hasta que Juanita desenrolló el papel atado con un listón azul. La pequeña alocución, compuesta ex profeso para el acto por el profesor de escritura, concluía así:

«Lleváis una estrella en la frente: la de la pureza. La vida es un mar. Recordad en las horas de borrasca este día, y que no naufrague esa estrella que, como la de los Magos, os llevará al cielo.»

La vida es una borrasca, es verdad: los recuerdos tristes, la duda, el pesar, son sus olas más amargas; las sombras se hacen en el alma, todo parece haber naufragado, haber muerto. Cuando en esa sombra, en esa agonía, no aparece una memoria así, blanca, pura, querida, como las niñas de velo de crespón que llevan una estrella en la frente; cuando no se evocan esos cuadros místicos de la infancia; cuando el alma es un templo vacío, mudo, sin incienso y sin creencias, entonces se dice con una amargura incurable ¡he naufragado!

¡Pobre viejo!

Ni duda, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste, porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia, y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras; el santo de cantera, el roto macetón de la azotea, el balcón mohoso, la entrada angosta: ¡todo lo mismo! Sólo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tiestos de geranio y rosa de Castilla. ¡Con qué emoción leí aquel rótulo que en fondo negro y con letras blancas casi borradas, decía COLEGIO PARA NIÑOS!

Subí la escalera de mampostería. Como siempre, ardía en el descanso la lamparilla frente a la Virgen de Guadalupe.

Asomó tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la pelona famosa, sino una viejecilla enjuta. En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo, adiviné lo que había pasado. ¿El señor Quiroz? —pregunté.

—Esta mañana, a las tres —me respondió con aire compungido la vieja, llevándose el delantal a los ojos—. Pase usted...

¡El señor Quiroz había muerto! Aquel hombre intachable, aquel cuyo recuerdo apenas vive en tantos que, como yo, mucho le debieron. Solo, ni uno de sus discípulos lo acompañaba en aquella pieza desmantelada que conocía tan bien: el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin pie, el sofá de cerda, el estante de libros viejos, la esfera terrestre, aquel diploma pegado a la pared. Junto a un mapamundi, la *mesa revuelta* que le regalamos de cuelga el año de 70, llena de firmas infantiles y borroneadas; en medio de la pieza, el catre de hierro, y sobre sus tablas desnudas, un cadáver vestido de luto; un pañuelo cubría su cara, y a los lados dos grandes cirios que ardían. ¡Era el maestro de primeras letras! Con respeto y temor lo descubrí. ¡Cómo había envejecido! ¡Qué aspecto tan desconsolador en aquellas líneas modeladas por la muerte! ¡Qué elocuente aquella soledad silenciosa, donde antes todo era bullicio! Pobre amigo, yo lo acompañaría. Y me senté en el viejo sofá de cerda y me puse a pensar en el pasado...

¿Te acuerdas? Aquellas mañanas cuando oía la voz de mi madre que me gritaba: «¡Van a dar las ocho!» Aquel malhumor con que me levantaba, aquellas coleras diarias contra la criada que me restregaba con demasiada fuerza el zacate y el jabón al lavarme el pescuezo, la brusquedad con que pasaba el cepillo por los cabellos aún rubios; el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha, donde dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el Padre Ripalda... ¡Las ocho! Era hora; llorando todavía, llegaba al colegio; la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del grasiento cordón de la campanilla: «¡Ven a las doce en punto!», y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza, aquel techo lleno de pelotas de papel mascado, las paredes con letreros y manchas de tinta morada, negra y roja; los mapas

polvorientos, las muestras de dibujo, el sistema métrico decimal; el Corazón de Jesús al frente sobre un reloj siempre parado.

La plataforma pintada de negro y encima la mesa del señor Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las planas en orden, los libros formando pilas. Las dos hileras de bancas y mesas con sus tinteros de plomo; sus candados en las tapas de las papeleras, y tantas letras grabadas con navaja en la madera de los muebles... Me parece volver a aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo recién regado, el sol entrando por el balcón abierto, el señor Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando: «¡Pepito López, a su lugar!» para seguir rayando concienzudamente el papel. Juanito Llamas borraba cifras aritméticas en el pizarrón; Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papelera, mordía un cuerno de rosca; tras el antifaz de los catecismos platicaban Mejía y Méndez; leía en voz alta Zamudio, y Pepito López, inquietísimo, se deslizaba hipócritamente a lo largo de la banca (siempre era esa su disculpa) para pedir un lápiz a Marticorena o a mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las moscas que aprisionaba Orozco y pegaba con cera a soldados de papel.

¡Ah, época inolvidable! No se cuidaba uno ni del día ni del mes, sino para saber, porque todos los juegos tenían su temporada, cuándo se debía jugar a las canicas, cuándo al balero, cuándo concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de chabacano, el piso y el burro. Sin más temor que el de ser sorprendidos *in fraganti* conversación, en desiguales cambalaches de pizarrines y caramelos o en el mayor crimen, fumar, pálidos de espanto tras la puerta del común, el primer cigarro de *monzón* robado al ama de llaves.

—¡Pepito, media hora de castigo!

—¡Señor, si no he hecho nada!

—Sí, señor; está usted distraído a Orozco; ¡media hora!

—No, señor (jeremiqueando) ¡a la otra!

—¡A su lugar! (reglazo).

Y después de estos diálogos, el señor Quiroz seguía rayando papel hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos, pedía permiso para «hacer de las aguas».

—¡Está ocupado! —Aquel era el gran pretexto; ir a tomar agua o a cumplir alguna función fisiológica de grande importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se contaban las canicas y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha, de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los pies; se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero; y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy baja, porque si el señor Quiroz la oía, «¡al cachote!», aquel cuarto húmedo y oscuro, lleno de sillas rotas, tinas desfondadas y ropa sucia, donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes; era preferible dar cien

líneas del Urcullu, estar media hora hincado y en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, a entrar a aquella pieza que olía a ropa sucia y a humedad.

¿Cuántas cosas habría en el bufete del señor Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba a los niños; muchas canicas, membrillos mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos, baleros, trompos; la teja de plomo que servía para jugar al piso, pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armellas, ¡qué se yo! Era un tesoro.

¡Qué tristes aquellas tardes cuando estaba uno en la lista con dos o tres rayitas: cada una era media hora! Todos se iban a jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada:

—¡Por el niño Mendoza!

—Hasta las seis —respondía muy serio el señor Quiroz. No valían ruegos, ni valían pretextos. «¡Es la última, señor! ¡Ya no lo vuelvo a hacer!» Nada, era inflexible.

¿Qué decir en casa, al llegar? ¿Cómo resistir a aquella pregunta: «¿Por qué viene usted tan tarde?» Y aquella comparación humillante de «¿ya ves a tu primo Félix? pues nunca lo castigan»? ¿Cómo presentar los sábados aquella plana donde se repetían cinco veces las palabras Venecia, Valladolid, Valencia, o aquella máxima escrita con bella letra inglesa: «El estudio es fuente de riqueza», que unos copiaban con caracteres que parecían patas de mosca o, como aseguraba el señor Quiroz, hechos con popotes? ¿Cómo mostrar aquella calificación: Conducta, mal... Aplicación, mal...

Aseo, bien, escrita al dorso? ¿Cómo coser los pantalones hechos pedazos, el saco lleno de gis, la camisa de tinta, las medias de ladrillo? ¿Cómo curar los moretones sacados en aquellos lances de honor que se ventilaban a las cinco, en un rincón de la azotehuela? Graves preocupaciones de la edad, imposibles de resolver a los siete años.

Para nosotros el señor Quiroz era un inquisidor: ¿por qué nos daba garnuchos en las orejas? ¿Cómo se enfullinaba cuando alguno se le paraba de gallito! ¡Pobre viejo! Alguna vez me pregunté: ¿por que sera tan pálido y tan flaco? Más tarde lo he sabido, mas tarde he resuelto aquel enigma. Ya sé por que llevaba siempre aquel saco café lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de casimir del país con grandes rodilleras: sé por que se ponía pensativo al reflexionar en el mañana, y por qué está pálido y flaco un hombre que no tiene dinero, a quien matan lentamente las privaciones, a quien consume el cerebro el repetir año tras año: «¿Qué es Gramática?»; escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados; resistir el eterno dos por dos cuatro, dos por tres seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos.

Ésa es la vida. ¿Por qué el inventor tiene bustos de bronce que lo immortalicen y retratos y biografías en los periódicos ilustrados? ¿Por qué el mercader es grande y el

sembrador se olvida? ¿Por qué sólo se alaba el encaje de piedra que corona las hermosas cornisas y no hay una mención para el cimiento?

Es un amigo de los primeros años; descifra ese jeroglífico encerrado en las páginas de un silabario, esa frase milagrosa que al pronunciarla se abren los inmensos horizontes desconocidos de la vida, da la clave para arrancar al libro su riqueza, arroja en el alma ese primer germen que diferencia al estúpido del hombre social, y sin embargo, es para todos un pobre viejo retrógrado, porque a fuerza de enseñar ya nada puede aprender, un bilioso que castiga sin justicia, a quien se le paga una vil mensualidad y ¡hasta luego!

¡Pobre señor Quiroz, muerto!

¿Qué se habían hecho aquellos compañeros de colegio, por qué no había venido uno solo a recoger la última mirada dulce, dulce como la tenía el día de la comunión general y de la repartición de premios? ¡Era bueno, sí! El día que acabé el libro de Mantilla y deje el colegio; cuando yo usaba pantalón corto, no lo olvido, me regaló una estampa con un San Luis Gonzaga y, conmovido, llorando, se despidió diciéndome: «Que logre verte hecho un licenciado.» ¡Y entró con los ojos húmedos a explicar los denominados por partes alícuotas!

No puede ser malo el que muerto tiene cara de santo. No; me arrepentía de mis malos pensamientos de niño mimado de siete años: la gratitud, una inmensa gratitud, brotaba a mi labio. ¿Para qué besar aquella frente? Era demasiado tarde.

¡Pobre viejo, como le decían los vecinos! Ya descansa. Y me alejé con una tristeza profunda, mientras un grupo de niños salía festivo del zaguán, niños que reían contentos como la mañana, porque... ¡no había colegio!

Fleur d'oranger

A F. ARTEAGA

I

Las escenas alegres del presente, serán recuerdos mañana, recuerdos que en horas menos felices despertarán esa ruda, esa inevitable realidad de la vida que nace de un contraste.

¡Cuánta razón tenía al decirme aquellas frases con esa modulación de las palabras dichas en voz baja y el acento de una confidencia! Hoy que la veo pasar seria y grave, pálida y esbelta, saludada con respeto, me es imposible reconocer en ella a la que hace muy poco tiempo, en el rincón del tibio sofá, en la pieza pequeña, perdidos en esa penumbra del día moribundo que borra los contornos de las cosas, me hablaba del amor con ese entusiasmo del que ve el cielo tranquilo y se preocupa más del rosa de un celaje, que de la nube sombría de las tormentas.

Yo sabía lo que pensaba, cuando nerviosa, inspirada, con esa elocuencia de las personas que de lacónicas se tornan en expansivas, en un arranque me hacía conocer los mundos de poesía que parecían dormir en su alma de virgen de veinte años. Se conmovía hasta las lágrimas con un verso triste, tenía arrebatos de cólera contra ese destino que hiere a dos enamorados de novela, y perdía sus miradas en el papel tapiz, soñadora, cuando escuchaba una romanza de Mendelssohn. Veía la vida como la onda tranquila que corre por riberas donde esplenden lejanías alegres, y para ella el mal no era sino esa oscura cresta, esa montaña que, perdida en lontananza, no hace sino acentuar más la calma del paisaje.

Una noche la encontré impaciente, me estrechó nerviosamente la mano y me dijo con voz mal segura: «Me voy a casar.» Sentí una vaga tristeza, algo como el anuncio de un mal próximo; esa melancolía, que no es sino una envidia escondida de la felicidad ajena. Tuve frases para alentarla, para pintarle con bellos tintes la vida nupcial, esa quimera coronada de azahares y envuelta en la bruma de los crespones blancos. Sí, me decía, ¿comprende usted lo que será estar juntos siempre, poder hablar siempre solos, decir con orgullo «ya es mío», hallarse en sus brazos y sentir sus labios sobre nuestra frente? Al decirlo se estremecía como agitada por el soplo de aquellas caricias, con ese ademán entusiasta del cómico que estudia sus actitudes la víspera del drama. ¡Cómo me hacía reír con sus proyectos, con aquel reparto de sus horas, de sus faenas domésticas; cuando parecía tener el propósito de consagrar a sus pájaros y a sus flores más tiempo que a sus criados! Juzgaba el epílogo, porque la vida conyugal es el epílogo de todos los sueños de veinte años, como una continuación de la vida de novios, pero sin escrúpulos de familia, ni imprudencias de inoportunos, un noviazgo cómodo...

¿Podría yo decirle que se engañaba? ¿Podrían ser bien oídas las advertencias leales, que hubieran sido tomadas como gritos de un mal interés en mi boca? ¿Podía yo decirle que la mujer es un capullo y que el primer beso lo embellece y el segundo lo seca? No. Tuve que reír cuando abrazó la corona de azahares y besándola decía: «Aquí se han condensado todos mis sueños.» Es verdad: sus sueños eran blancos como las flores del naranjo, que duran lo que la corona nupcial sobre la frente, una noche, y que, como a ella, la mano del ideal convertido en hombre, las arranca de las sienes prefiriendo a las blancuras de un pétalo el rubor de una frente que se besa por la primera vez.

Todo era para el porvenir. Golondrina en persecución de primaveras, no tenía una mirada para el ayer, para la fronda que dejaba atrás; ni un recuerdo para aquel rinconcito de la ventana, en que a través del visillo de encaje se impacientaba sin saber por qué cuando veía llorar a una tarde de otoño, cuando creía adivinar en cada transeúnte al que esperaba con inquietud. Contaba las horas en cada gradación de los tintes vespertinos y leía, más que en el libro inmóvil, en su mano, en ese libro de páginas inquietas que pasan sin cesar y escrito en el alma por las esperanzas. Cada escena la evocaba con una precisión fotográfica, y temblaba porque entonces sentía con toda intensidad esas emociones que en el primer momento aturden, no se da uno cuenta de ellas, y sólo duelen cuando las heridas se enfrían.

Aquel pasado no le parecía sino un bonito prólogo. Ése es el error de la mujer: imaginarse que el drama no ha comenzado todavía, cuando ya se anuncian los terrores de la catástrofe. No; no es el ideal ese hombre que vistiendo un correcto frac, oye con grave gesto las palabras latinas que murmura con monotonía un cura de chispeante casulla, mientras una turba de curiosos se fija en el traje blanco de la novia y en el negro del esposo; hay en ellos algo como un emblema, la fusión de los sueños luminosos y lo oscuro de la prosa. Total: la vida real con sus desnudeces asquerosas, cuyo último velo es el que ciñe las sienes púdicas de la desposada.

No; no es el ideal ese hombre; va a ser, pasado el primer momento, el individuo tal como es, sin galantería; no el que halaga al enemigo para dominarlo, sino el vencedor que atropella sin preocupaciones llegada la hora del saqueo. La primera frase que se pronuncia en esos momentos, es la decisiva para el resto de la vida; es, o la invocación tierna de la poesía del hogar futuro, o el primero y último adiós al amor pasado. No hay más que dos caminos: el de esa amistad respetuosa, serenidad del océano después de las tempestades de la pasión, o el desengaño, la desilusión, el sacrificio que hará más grandes los defectos que han pasado en las horas bellas de ensueño. La desilusión es un microscopio que no ve más que manchas.

El ideal verdadero es el que se ve de lejos, envuelto en la bruma indefinible del misterio, no rasgado por las imprudencias de la curiosidad, que al recordarse todo, hasta lo más triste, exhala un vago perfume de poesía; todo, hasta lo más oscuro resplandece con una luz desconocida; todo, hasta lo más abyecto, adquiere alas que exploran el azul. ¡Pobre Emma!, pensaba al recordarla. Tienes la ilusión de la flor

brillante que coquetea con las mariposas, crees que la atraen tu matiz y tu perfume; crees que porque brilla es flor como tú; sin saber que al besarte se sacia con tu néctar, y no es sino un gusano con polvo de oro en las alas; que el polvo de oro vuela y es nada más un arma de seducción y el gusano queda.

Y tuve que callar mis ideas con esa felicitación, con esa fórmula que lo mismo es un grito de gozo en términos sociales, que un responso ante el cadáver.

—Emma —la dije—, ya sabe usted lo que la deseo. Una luna de miel eterna.

¿Serán felices? ¿Él ama a una mujer o a una esposa? ¿Ella ama a un marido o a un hombre con apariencia de novio? ¿Se conocen a fondo? ¿Aves que van a emprender el vuelo juntas, tienen la misma fuerza en las alas?

Estas cuestiones palpitantes, las más trascendentales, jamás se resuelven a tiempo. Cuando se es novio, no se conocen más que dos fases del individuo: la de los galanteos y la de los celos. Son tan pocos los instantes en que se puede hablar, que en ellos no hay tiempo más que para confiarse las dudas y los temores: ¡la vida real tal como es! ¿Quién se ocupa de la prosa cuando los ojos arden, los labios ríen, las manos se entrelazan y las almas se funden? Lo que será el futuro, lo veremos la víspera. Viajeros impacientes, arrojamos en las maletas los objetos más frágiles, y cuando el tren comenzó a andar, recordamos un olvido; con la precipitación dejamos abandonado el portamonedas en un buró. ¡Pero qué hermoso paisaje! Cuando el dinero se necesite vendrán las preocupaciones. Y vi con ojos tristes esa blanca corona, esos azahares que he contemplado tantas veces en las sienes de las vírgenes que se casan o que se mueren. Suicidas inconscientes de veinte años o víctimas de la suerte. ¡Qué raro azahar no guarda en sus pétalos de flor artificial más de una lágrima! ¡Qué rara es la flor de naranjo que, después de muchos años, no se contempla con una melancolía elocuente!

II

Las libaciones, el calor de la pieza, la luz, la alegría de la concurrencia, no podían quitarme, la noche del casamiento civil, aquellas ideas de escéptico. Se las confié a un amigo en el oscuro corredor; achacó a mi estado de solterón aquellas preocupaciones y me hizo espiar por la puerta entreabierta del tocador, el más artístico grupo, mientras oí el más conmovedor de los diálogos. Él se arreglaba la corbata blanca frente al espejo mientras ella, impaciente, le tiraba de la manga. El juez estaba inquieto, le decía que ya era hora, y él, viéndola como un ángel envuelto en una nube, no pudo contenerse, y estrechándola le dijo en voz baja:

—¡Qué linda estás! —y depositó en su frente aquel primer beso en esa actitud que he visto en un grabado que se titula: «¡Al fin solos!»

—¿Ve usted, preocupado? —me dijo el amigo—. Convéznase, ninguna desgracia conyugal tiene por prólogo un beso así, una caricia en que brota a los labios la más suave, la más delicada de las ternuras.

—Pero... —No pude responder, me llamaban a firmar el acta, y yo, el viejo amigo de la familia, tuve que poner mi nombre en aquella sentencia de muerte. Bien hacen en dar alcohol a los invitados; es un medio de aturdirlos, evitando que filosofen sobre el porvenir preñado de amenazas. Dormí mal aquella noche y soñé mil visiones: una joven azteca coronada de flores que al son de músicas alegres, aclamada por la multitud contenta, se dirigía al sacrificio, feliz porque se iba a inmolar en aras de los dioses.

III

Durante la cena, ni Emma, ni su marido, pues ya era la señora de Mena, hablaron una sola palabra. Flotaba en torno, enojoso silencio, interrumpido por un largo bostezo del señor: aria final del fastidio.

Mientras él deshacía en el mantel las cenizas de un gran puro, ella dibujaba con las migas del pan no sé qué figuras, con la mano en la mejilla y los ojos bajos. El criado, con el mayor cuidado, recogía la vajilla, y con el discreto ademán de quien no quiere turbar la calma de un matrimonio, rompiendo un vaso, que los hará gritar primero por el vaso que es el pretexto, y después por asuntos personales.

Se leía en ambos el disgusto de las situaciones falsas, a las que una fingida indiferencia da el carácter de graves.

—Dime —dijo él con ese acento tembloroso del que quiere buscar pleito— ¿dónde está aquel libro de apuntes que tenía yo, aquel verdecito?

—Creo que en el ropero; no sé, me parece que ahí ha de estar. ¿Lo necesitabas?

—Urgentemente. Ahí había unos apuntes...

—Me lo hubieras dicho; pero como me dijiste que no te servía, copié en él algunas cosas.

—¿Copiaste?

—Sí —agregó ella dulcificando su voz y en uno de esos arranques que desvían el giro de una conversación que ha de terminar en disputa— sí, ahí he copiado tus cartas (con voz de sirena); son recuerdos de aquellos tiempos. También he copiado versos.

—¡Recuerdos, versos! ¡En qué cosas se ocupan las mujeres! Hoy me río de aquellas cartas: ¡cuando es uno joven comete tantas torpezas! ¡Echar a perder mis apuntes con esas tonterías!

Ella aparentó no oír aquella bofetada envuelta en la frase venenosa de un sarcasmo; tomó el llavero, se dirigió a las piezas interiores para volver con el famoso libro de apuntes, que entregó a su marido sin decir una palabra y sin hacer un gesto.

Él hojeó el libro, encontró las notas que buscaba sobre el precio del café en Uruapan, y arrancó la primera hoja.

—¡No los rompas! —exclamó ella— ¡tan bonito romance, y hacerlo pedazos! ¡No seas así!

—Sí, hombre, ya sabes que soy muy bruto para comprender estas delicadezas

literarias, y por eso lo hago; yo me quedo con mis apuntes y tú con tus ternezas poéticas —y río con la risa del imbécil.

Ella no tomó una sola de las páginas desgarradas, siguió dibujando no sé qué figuras en el mantel con las migajas de pan, pero con un aire sombrío. Él había resuelto la cuestión, ella se quedaba con la poesía de los sueños y él con la prosa de sus apuntes comerciales. Eran incompatibles: él, al romper un libro, había roto más que una página de apuntes, ¡había roto la última creencia en el corazón de su mujer!

Con paso lento, el marido se fue a acostar sin que ella levantara la cabeza, siempre abstraída en sus dibujos. Después abrió el ropero de las cosas viejas para guardar las copias de romances y de cartas. No saldrían más de aquel mueble, donde dormían sus trajes de niña, su vestido de novia, que serviría de *toilette* de primera comunión a una sobrina, y aquella corona cuyos blancos azahares, envueltos en una gasa azul, se habían puesto amarillos con el tiempo.

Aquella corona, besada en otros días, le sugería esas ideas que parecen estrangular al que las tiene.

El marido dormía ya, boquiabierto, roncando con esa prosa del plebeyo que descansa del rudo trabajo; nada se leía en aquella frente que no soñaba; la mano velluda, fuera de las colchas, callosa, dura como la de un labrador, ostentaba la alianza de oro. Ella lo vio largo rato; ella estaba ahí, a su lado; dulce, buena, amante; si él quisiera... ¡Y no tenía ni una mirada, ni una caricia! Sintió algo como un dolor infinito, estalló aquel sollozo contenido tanto tiempo, y le arrancó la confesión de una amarga verdad: ¡que es muy triste estar junto a un marido y sentir una inmensa, una inconsolable viudez en el alma!

El Pinto

Notas biográficas de un perro

ALUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

Chilindrina era una perrita poblana, gordita, muy lavada, muy blanca, con su listón azul al cuello, siempre dormitando en las faldas de doña Felicia, su ama, que era dueña de un estanquillo y había concentrado en ella todo su amor de vieja solterona. Cuidaba del buen nombre del animal como las madres cuidan de la inocencia de sus hijos, y casi murió de dolor cuando supo la terrible noticia: Chilindrina, la doncella sin mancha, había tenido amores con el Capitán, escuintle horroroso de un zapatero vecino: frutos de estos amores fueron la Diana, el Turco y el Pinto, de quien voy a ocuparme.

Era un perro de pueblo, enteramente flaco, de orejas derechas y agudas, ojo vivaz, hocico puntiagudo, grandes pelos lacios y cerdosos, patas delgadas y cola pendiente; era de esa clase de perros de raza indígena, que tienen una semejanza con los lobos, de un color amarillo sucio manchado de negro, lo que le valía su nombre de Pinto. Su historia puede encerrarse en estos capítulos: el hogar, el cuartel, la calle, la vagancia.

Muy pocos días duró bajo el brasero en el cajón de vino, lleno de trapos manchados de petróleo que le sirvió de cuna. Aún no abría bien los ojos, que tenían esa opacidad azulosa de los recién nacidos, aún su paso era débil, cuando lo regalaron a la primera que lo pidió, y fue doña Petra, portera del 6 de Mesones, señora fea que, no teniendo quien la amara, amaba a los animales. Un gato se le había desertado, y para mitigar la ausencia iba a sustituirlo con un consentido más fiel: el Pinto. Con calma maternal daba las migas de pan en leche al tierno niño, lo acostaba en un rincón envuelto en trozos de alfombra, lo arrullaba en el regazo y en horas de quehacer lo exponía al sol tibio de la mañana; ahí reposaba el Pinto cazando moscas al vuelo, dando paseos cortos, oliendo las juntas del embaldosado y acostándose de nuevo, previas las vueltas de ordenanza.

Creció, y comía entonces las sobras que daba a su ama una familia de la vivienda principal. Su vida era sedentaria; se reducía a vegetar y no salía del zaguán de la casa, porque sentía un temor invencible por los transeúntes, los coches y los perros más grandes que él. Cuando el ama salía, lo dejaba encerrado, y más de una vez se oyeron tras la puerta aullidos lastimeros a los que respondían frases coléricas de los vecinos nerviosos.

Vivían arriba dos niños que al irse al colegio le arrojaban un pedazo de pan, y al volver le hacían un cariño, diciéndole con voz muy dulce: «Pintito, toma», y tronándole los dedos lo llamaban en dirección de la escalera. Él los hubiera seguido, pero le inspiraba serios temores aquella ascensión peligrosa y, sobre todo, la opinión

de su ama. Un día se decidió a subir, los Angulo lo colmaron de cariños, lo hicieron corretear por el corredor, enseñándole y escondiéndole un pañuelo que desgarraba a mordiscos, y los hacía exclamar con infinito placer: «¡Sabe jugar al toro!» Ya eran amigos: ya el pobre Pinto seguía a la criada hasta el colegio, y con disimulo señalaba su huella en todas las esquinas para reconocer el camino. Aparecían los Angulito, y corría con esa vivacidad infantil propia de una gran emoción.

Todo lo sufría el buen amigo; que lo ensillaran, lo vistieran de muñeco, lo hicieran tirar de un carrito de palo lleno de ladrillos, lo forzaran a saltar por el mango de una escoba, o hacer de toro y hasta de verdugo, cuando alguna rata infeliz salía de un agujero por sus negras desdichas. Sin embargo, ¡qué de temores en aquellas visitas! ¡Qué odio debía tenerle aquella señora descolorida que lo veía con ojos tan malos y lo hacía despejar el corredor!

Una ocasión los niños no lo llamaron como otras veces y él subió. La criada lo esperaba tras de la puerta y lo llamaba ¡cosa rara! con voz dulce. Acudió y entonces lo suspendió por el aire tomándolo por el pescuezo; lo llevó a un rincón del corredor, le restregó el hocico contra un ladrillo sucio y le pegó de escobazos. En vano aulló, en vano decía con los ojos «¡yo no he sido!»; la fuerte mocetona le pegó duro, y los niños lo veían con inmensa compasión tras de los vidrios.

¡Pobre Pinto! Su ama lo abandonó. Días enteros se pasó en las calles oliendo todos los rincones y en busca de ella. Aulló a la puerta de la antigua portería hasta que una vecina se compadeció de él; era una mujer de cascos ligeros que tenía amores con un albañil. Hacían tres viajes diarios hasta la Alameda para que comiera en una banca el señor aquel lleno de cal. Gravemente sentado, esperaba que le echaran su piltrafa de carne: como perro bien educado, ni parpadeaba.

Después el amor de su nueva ama pasó a un soldado y supo lo que era la vida de cuartel. Comió el vil rancho, tuvo amistad con gentes malignas; pero sucedió lo que tenía que suceder: el regimiento salió y de nuevo lo abandonaron.

¿Qué comer? Si se detenía en la puerta de una fonda, le aventaban unas tenazas; si iba a una carnicería, lo pateaban; si encontraba un hueso, se lo arrancaba otro can famélico más fuerte que él. En aquellos días se apiadó de él un viejo de barba blanca y sucia, pantalones rotos y zapatos llenos de agujeros: era un mendigo que se fingía el ciego.

Todo el día se pasaba a la puerta de las iglesias donde había función o jubileo. El amo, apoyado en el grasiento bastón en forma de báculo, y él, amarrado del cuello con un mecate lleno de punzantes hilos. Comió las tortillas heladas y los mendrugos de pan frío de la miseria; sufrió los palos de más de un sacristán, y tenía también, en aquella época, un aire de mendicidad, la cabeza gacha, los ojos tristes, el rabo entre las piernas, y hecho un esqueleto...

Estaba predestinado para el martirio. Su amo, el falso ciego, robó una vez y lo condujeron a la inspección. ¡Terrible noche al aire libre! La pasó en la puerta de la comisaría y nunca olvidó la escena del día siguiente: el rostro demacrado del amo,

que acompañado por muchos pillos, con un jarrito colgado a la espalda, entre dos hileras de gendarmes fue conducido hasta Belén. Quiso entrar, pero no tuvo ni una mirada de despedida de su amo, y sí un culatazo de un centinela.

¿Qué hacer? Caminar al acaso. Anduvo calles y más calles, fatigado, sudoroso, sediento, y lo recibían en los barrios con ladridos de amenaza.

El hambre lo postraba; ni una fonda, ni una carnicería, ¡nada! El aislamiento, el verano de calores quemantes, la repulsión en todas partes; buscaba la sombra en el hueco de un zaguán, y crueles porteros lo espantaban; seguía a alguien, y aquel alguien, al entrar a su casa, dando una patada en el suelo, le cerraba las puertas en los hocicos. ¡Pobre Pinto! Dos veces intentó olvidar con el amor su desdicha, pero las dos fue desgraciado. Ya casi había conquistado a una desconocida, cuando un señor alto, moralista tal vez, lo espantó pegándole un bastonazo; lo iba a machucar un tren, y perdió a la dama. Su segunda tentativa fue tan desgraciada como la primera: un Terranova, abusando de la fuerza, le arrebató a la que tanto había soñado. ¡Pobre Pinto!

Llegaron aquellas noches interminables de vagancia, aquel husmear continuo en todos los rincones, a la puerta de las accesorias, esperando que arrojaran al caño el agua sucia de la cena, para pescar un hueso y huir con él donde nadie se lo disputara; rebuscar en los montones de basura; seguir a los ebrios para... ¡Qué fúnebres rondas hacía con otros compañeros de desgracia! Se olfateaban los unos a los otros para saludarse, se mordían, ladraban, y un vecino les arrojaba agua desde un balcón; dormían hechos rosca en el umbral de una puerta.

Eran noches de pesadillas terribles. Pinto soñaba estar en una azotea con la cazuela de sobras repleta, subía la Diana, le hablaba de amores, junto al tinaco le decía: «Eres mi vida», y ¡paf! Un señor que entraba a deshoras a su casa, lo despertaba con un puntapié. Aquello no era vida, los carretones de basura no traían ni un solo hueso que roer, y cuando lo había, la fuerza bruta se lo arrancaba de los dientes.

Evocaba aquel pasado siempre adverso: ¿para qué había nacido? ¡Sin creencias, sin paraíso, sin palabra siquiera para pedir un mendrugo! Y cazaba moscas al vuelo o saciaba su sed en los charcos.

Una mañana lo llamó un señor y le arrojó un pedazo de carne. ¡Al fin! Sí, sí; había indudablemente un espíritu protector de los hambrientos; sintió una embriaguez de placer al aspirar el aroma tibio de aquella pulpa, y ¡era fresca! y la comió con glotonería. Un fuego devorador circulaba por sus venas, parecía que desgarraban sus entrañas, sus miembros se estremecían en dolorosas convulsiones; tambaleaba como un ebrio y, por fin, se desplomó. ¡Lo habían envenenado!

¡Qué cuadro! Yacía en el lodazal. Todo fue crueldad en aquellos momentos. Un carro al pasar le trituró una pata; había un círculo de curiosas, criadas que volvían de la compra; mandaderos con la canasta en la mano y que se entretenían en picarlo para provocarle largos estremecimientos convulsivos. La cabeza caída, los ojos inyectados

fuera de las órbitas; los blancos colmillos descubiertos, la lengua de fuera, el hocico abierto y babeante; la respiración de un sofocado, y las patas agitándose en nervioso desorden. ¡Y aún en su agonía lo azuzaban y se reían de sus contracciones de epiléptico! Ni una queja, ni un ladrido... Los niños Angulo pasaron y se detuvieron, sus ojos infantiles lo vieron con gran tristeza, y los oyó murmurar:

—¡Pobrecito! y se parece al Pinto.

Era el Pinto: ¡qué flaco estaría para ser inconocible! Después de un último sacudimiento quedó inmóvil.

*

El carro de la limpia fue su ataúd y el muladar su cementerio. Ahí, sobre montones de ceniza, cascarones de huevos, zapatos rotos, harapos y momias de gato, fue arrojado junto a un casco de botella; quizá lo hubieran devorado los mismos que lo acompañaron hasta su última morada, si no hubiera habido otro entierro, el de un caballo que llegó en un carretón con una bandera blanca y escoltado por canes hambrientos que hicieron de sus despojos una atroz carnicería.

Lamiéndose los bigotes dijo uno de los comensales: «He aquí al Pinto, ciudadano honrado, de origen noble, fiel, trabajador, digno de un cojín de viuda o de una azotea de ranchería, convertido en cadáver y ¡envenenado!... Pero ¡esta es la vida!» Y se alejó al trote por el potrero, donde ya las sombras se extendían; el crepúsculo daba un fulgor sangriento a aquel cuadro y perfilaba en el horizonte las siluetas macabras de esas limosneras que remueven las basuras para encontrar hilachas.

La sombra tendió sus alas de buho en aquel cementerio de cosas viejas y animales muertos. Cementerio sin epitafios.

*

¡Cuántos en la plebe son como el Pinto!

¡Cuántos desdichados hay que con forma humana no son sino perros que hablan y que visten pantalones!

Historia de unos versos

A «VERGNIAUD»

—Hijo, acuérdate de lo que te digo. La literatura no deja un comino; será muy bonita, sí señor; pero se debe cultivar con algunos miles de pesos en el bolsillo y no como una profesión, porque... nada de sueños, lo práctico...

Pablo oyó estas palabras con una ira interior; sí, la prosa, el cálculo. Todos los bienes de la tierra no valían un solo ideal. ¿Qué le importaba la vida prosaica? Y siguió escribiendo versos.

Todavía me acuerdo, porque dormíamos en el mismo cuarto, de aquellas noches de insomnio inútil, sentado frente a una mesa, fumando como una chimenea, apurando café, enmarañándose en persecución de una idea, viendo consumirse la vela sin fijarse en las horas. Se dedicaba a la rima. ¡Pobre amigo mío! Y después, con los ojos inyectados por el cansancio y por el sueño, acalorado, clavaba la pluma en la pared, rompía el papel y gemía con desconsuelo estas frases: ¡Soy un imbécil! Esto sucedía todas las noches.

Supimos que estaba enamorado de no sé qué muchacha, y lo compadecimos sinceramente. ¿Conque aquélla era la que él nos describía con una ternura de romance endecasílabo, la que educada en esa modesta vida de pueblo, flor silvestre, no estaba aún viciada por los miasmas sociales, la púdica que abría su corazón al amor, como el capullo al beso del alba, la que había llorado con Marius y Coseta y ansiaba un Marius...?

Pablo estaba loco; era un pobre muchacho leal, crédulo hasta creer en su Coseta, nervioso; tenía que suceder... ¿Pero quién era ella?

Ella no era entonces esa Magdalena que hoy describen los cronistas de teatros y bailes con frases hechas a la medida; no era la «rubia espiritual» y elegante que vestía de *foulard* crema o *peau de soie* lila, no; era una niña con vestido de percal de florecillas negras, y que leía más la *María* que la *Moda Elegante*.

Aún no figuraba en los salones del gran mundo y su álbum no era sino de versos bonitos; no contaba todavía con una colección de cartas perfumadas, estupideces escritas en papel de color.

Pablo tenía razón; era adorable, y ante su rostro ingenuo, su dulce mirada de alma casta, se sentía un bienestar que enamoraba.

Recuerdo aquellas tardes serenas... La penumbra crepuscular, la cortina alzada, el libro abierto, la costura en el suelo, y ella y mi amigo discutiendo en voz baja. ¡Cómo los envidiaba! No he olvidado ni un solo detalle; veo el papel tapiz oscuro, me siento hundido en aquel sillón cómodo a la sombra del velador, somnoliento, algo triste; me dejaba arrullar por el murmullo de la conversación de ambos que, aunque sin interés, hacía correr las horas.

Algo adormecedor flotaba en la sala espaciosa, todo languidecía, la luz del

quinqué amortiguada por la bomba opaca, las negras sombras danzando en el tapiz, chispeando las molduras o despidiendo los espejos un relámpago inmóvil; los cortinajes parecían deslizarse hasta el suelo con voluptuoso abandono, la luz parecía dormitar, el silencio interrumpía sus diálogos, y hasta la noche, entrevista apenas tras las cortinas del balcón, tenía estrellas que parecían ojos entrecerrados; yo soñaba, tenía que soñar forzosamente.

Si tomaba parte en la conversación, pasaba por intruso, y cuando a pesar de todo se es tercero en discordia, se ve, oye y calla... Soñaba, y perdónemelo mi amigo, soñaba con ella, que frente a mí, jugueteando con el dije del reloj, clavaba la mirada al escucharlo en los viejos retratos, a los que el tiempo había dado una palidez de carne anémica. ¡Qué bella! Cada día descubría en ella un nuevo encanto, una nota de pasión desconocida en su voz, un movimiento inusitado en su ademán, no sé qué ternura en sus ideas. ¡Qué dichoso era Pablo! Poeta, aquella niña podía hacer de él o un genio o un miserable. Podía ser, o la mujer o la musa.

Pablo no la olvida, todavía me pregunta a veces: ¿Te acuerdas? Esta pregunta es el título de todo un viacrucis de recuerdos... Evoco aquel cuadro del hogar, el saludo benévolo de la señora, las frases galantes sobre la salud, desde la del señor hasta la del gato, su timidez para dirigir la vista hacia la vidriera, porque ella no había salido, la dificultad para encontrar temas de conversación, su palidez cuando oía estas palabras: «Voy a hablarle a Magdalena que está preparando los chocolates.» ¡Ella estaba ahí!

Pablo se conmueve cuando hablamos de aquellos tiempos, que son para él como el argumento de una novela leída en la juventud y cuyo desenlace ha dejado una inmensa melancolía.

—Cree —me decía hace poco—, oigo todavía el rumor de su falda de percal, el repiqueteo de sus llaves, su voz tarareando aquel pedazo, ¿te acuerdas?

—Sí, ¡cómo no me he de acordar! Apenas se veían, se ruborizaban hasta la punta de los cabellos. Se tendían la mano con ese aire frío, casi impolítico, del que siente demasiado y oculta tras una fingida gravedad toda una tormenta... No sé cómo, pero iniciado el diálogo se abstraían; siempre era la misma y vieja historia, coincidían en gustos, se les ocurrían las mismas observaciones, ambos estaban tristes sin saber por qué y su voz llegaba al *pianissimo* de las confidencias; recalcaban a menudo la palabra «amistad» como indicando que habían medido su cariño como se mide una temperatura, sin saber que cuando esa palabra «amistad» se repite mucho a los dieciocho años, es un mal síntoma y equivale al «no hay cuidado» de un médico que ve sucumbir a su enfermo.

Aquellas conversaciones tan inocentes, aquellos raptos de amistad la más desinteresada, lo que para todo el mundo era la cosa más natural, sin trascendencia, fueron el narcótico venenoso, la inoculación lenta, los hilos sutiles de la araña que día a día se cruzan y son después la red, de oro si se quiere, pero imposible de romper. Cada palabra, cada mirada, todo cristaliza en silencio lentamente y a expensas del

futuro, porque la mitad de la vida se vive de emociones y la otra mitad de recuerdos.

—¿Cómo haré —me decía Pablo— para hacerla comprender que la amo? No me atrevo; prefiero que me diga que no, a declarármelo.

—Busca —le dije— una novela romántica, fíjate en dos tipos, cuéntale el argumento con cierto tono de voz y...

Mi amigo le llevó *Los Miserables* de Víctor Hugo.

¡Cómo devoraron aquellas páginas! ¡Qué inesperada casualidad! exclamaron. Él: ¡hubiera una Coseta! Y ella: ¡hubiera un Marius! Y ni una palabra más. Como los nadadores cobardes, ninguno de los dos se atrevía a lanzarse solo a la onda.

II

La poesía es la careta favorita de los tímidos: cosas que no se tolerarían dichas en prosa, pasan desapercibidas en verso. Los sentimientos, tales como son, no pueden confesarse en un diálogo casero, y parece que la frase tiene su pudor y se cubre con las alas de mariposa de la rima.

Yo compadezco a los poetas desde que vi cómo el pobre Pablo escribió aquellas décimas sonoras, ardientes, matizadas con los más bellos tintes de la paleta juvenil; condensó en ellas la sombra de aquel ideal femenino tan soñado, logró aprisionar aquella palabra que debía sonar como una romanza acariciadora en los oídos de su Coseta.

La escena fue soberbia: al desdoblar el papel temblaba como un epiléptico y no había llegado a la tercera estrofa cuando ya ella había palidecido. Él tenía la boca seca, y al concluir estaban áfonos los dos.

—Muy bonitos —le dijo Magdalena con la más elocuente de las turbaciones. Y aquel pliego de papel querido, aquellos renglones hijos de muchas noches de trabajo, aquella vigésima edición de borrador como Pablo la llamaba modestamente, tuvo su premio; si era un ave que saludaba a la aurora, merecía el más blanco de los nidos, un seno palpitante. Allí los ocultó ella bajo los encajes de su corpiño. Hubo un epílogo de silencio; esos puntos suspensivos de los momentos trascendentales; las miradas estaban fijas en la alfombra, los corazones en el máximo de los latidos... Algo se preguntaban y se respondían; la respuesta era: «Sí, os amo».

III

Aquellos versos éramos nosotros: del seno pasamos a un ropero y dormimos junto a un estuche de joyas, una caja de pañuelos y dos frascos de esencia. Ella nos leyó, nos estudió, nos aprendió de memoria y todos los días nos dedicaba una mirada cariñosa; la hicimos llorar.

Una vez nos mostró a una amiga que apenas nos vio con interés, y nos guardaron

precipitadamente en un costurero porque se presentó un indiscreto. Cuando volvimos al ropero nos pareció notar algo de disgusto en ella que decía:

—Es buen poeta, pero ¡lástima, no tiene dinero! Y dice bien Carlota, con poesía no se come.

Vegetamos abandonados mucho tiempo revueltos con figurines de la *Moda Elegante*. Una ocasión escribieron en nuestras espaldas una lista de ropa sucia. Más tarde hubo revolución en el ropero; sacaban todo apresuradamente para regalarlo; nuestra Musa se iba a casar; muchas cosas nos contaron unas espístolas eróticas que ella hizo pedazos sin perdonar ni el listón blanco que las ataba. Llegó nuestro turno, nos leyó... su mirada quedó fija, soñadora; hubo no sé qué nube de tristeza en su frente. ¿Pasaría acaso por ella como un ave fugaz el recuerdo de aquel poeta sin dinero? Quizá, porque volvió a doblarnos y nos guardó cuidadosamente en las hojas de un libro de misa junto a un pensamiento disecado. Dicen que ella tenía sus horas de tristeza y entonces nos murmuraba en voz baja, porque los maridos no gustan de versos; son quejas que suenan mal en oídos celosos.

La costumbre todo lo mata. Una tarde ella estaba inquieta, iba a un baile; no encontraba con qué rizarse el pelo y nos hizo pedazos, nos dobló y sustituimos a los plomos; ella quedó incomparable...

Cuando pensamos en los dolores que nos engendran, en esas horas largas en que vamos surgiendo del cerebro como una eflorescencia de las ideas y vemos cuál es nuestro fin; cuando dormimos en el fondo del alma, nos despiertan, nos arrojan con trajes de carnaval al mundo, suenan nuestros cascabeles, hacemos reír o llorar... Nos entristecemos porque nadie ve que bajo ese tul de colores palpitan las heridas y se esconde tras el disfraz un corazón. Somos hijos a quienes sus padres exponen en un escenario y nos aplauden, es verdad, pero después nos arrojan a ese olvido, a ese mar de medianías, que es nuestro infierno. ¡No engendréis versos!

*

¿Será cierto, Vergniaud? Yo no lo sé; los versos que así hablaban eran egoístas. ¿Qué importa a las Musas que sus ecos se olviden? Como el ave, cantan sin preocuparse del silencio que turban.

Si la poesía es esa ráfaga de aromas de la flor juvenil, ¿por qué no perfumar una existencia con ese incensario?

Escribid poesías, son las aves festivas que denuncian al nido, y un alma sin nidos es un alma muerta, un alma en ruinas. Verted aromas, no importa en qué urna; aunque se evaporen, no mueren; hay un cáliz del que no se escapan jamás, el de la memoria.

Escribid versos, eso indica que se siente; y aunque la existencia sea una buhardilla, los recuerdos, cuando menos, son ese pedazo de cielo que se ve tras los cristales rotos.

Idilio y elegía

(Fragmentos de la biografía de Severiano Pérez)

A LEOPOLDO CASTRO

Los personajes fueron Micaela (recamarera) y don Severiano (portero).

Ella era bonita, capaz de trastornar el cerebro de un profesor de moral. Alta y morena, Malintzin de raza pura, con grandes ojos de tapatía, nariz picarescamente arremangada, labios gruesos y rojos, y ¡unos dientes!...

Los domingos era irresistible, peinados los gruesos y negrísimos cabellos, limpio el traje almidonado, flameando los colores de su mascada roja, oliendo a nuevo el rebozo de bolita, albeando el delantal y orgullosa de sus alhajas, a saber: arracadas de plata, collar de falsos corales y aquellos tres anillos, el de carey con un letrero *Recuerdo*, el de cobre con un corazón y el de celuloide azul en forma de serpiente.

¡Con razón don Severiano se moría por ella! Micaela tenía grandes pretensiones, soñaba con un empleo de niñera en casa grande; envidiaba a las cuidadoras que usaban tápalo. ¡El tápalo!, ése era su ideal.

Don Severiano no había conseguido de ella ni una sonrisa. En vano subía ochenta veces las escaleras con el objeto de ver si la cañería del tinaco estaba tapada; nunca encontraba a Micaela en su camino, y cuando ella le encargaba el mandado lo hacía desde el corredor, aventándole el dinero; al tomarle las cuentas siempre estaba la señora presente. Jamás le dio al pobre ex cargador la oportunidad para que le hablara.

Él mandó escribir una carta incendiaria a cierto evangelista ambulante, pero ¡oh desdicha! Micaela no sabía leer.

Cuando los dos salían juntos para llevar a los niños al paseo y él iniciaba una conversación sospechosa, ella lo callaba diciéndole:

—Déle usted la mano a Pepito, no lo vaya a machucar un coche.

Y don Severiano tenía que ir a retaguardia.

Los celos complicaron aquel mísero estado del portero.

Había notado que el cochero del 6 espiaba a los balcones cuando ella barría la sala, y se sentía morir si salía para sacudir las alfombras o el plumero.

¡Qué distancia mediaba entre los rivales!

El cochero, buen mozo, ostentando el galoneado sombrero, la corbata azul, los ajustados pantalones de casimir, los zapatos bayos; y él, de blusa azul y desgarrada, rotos pantalones, deformes zapatos y deshecho sombrero de palma. ¿Micaela lo amaría? Ésta era la amarga pregunta que se hacía allá en sus horas de soledad.

*

Una mañana leía yo tranquilamente el periódico en el cuarto del baño, y sorprendí un diálogo entre los dos, que no sospechaban mi presencia, y espí. Ella lavaba en la pileta las jaulas de los pájaros y él volvía de la compra; acercóse a ella con timidez y, rascándose la cabeza, la vio largamente y le dijo:

—¿Micaelita?

Ella no responde.

—¿Micaelita? —más suplicante.

—(Con enojo.) ¿Qué quiere usted, hombre?

—Dispéñeme una palabrita. (Confidencialmente.)

—No me haga *malaobra*, váyase a su quehacer, —escobeteando con fuerza las tablas llenas de alpiste, desnudos los brazos y en desorden las greñas.

Él, resuelto:

—Mire, hablemos claro: la quiero mucho, y no porque me ve así, tan hecho pedazos, crea...

Ella, en silencio, corta menudas rebanadas de plátano y sopla el polvo del mosco.

—Hágame favor de admitir este pobre regalo, se lo doy con fe, —sacando de su blusa una mascada de color morado camote.

Ella, con desdén:

—Guárdesela, don Severiano, no la necesito, y ya sabe que no me gusta andar en bolas ni en chismes, ya ve lo que luego hablan: el otro día doña Francisca...

—Tenga —coquetamente—, tenga, mi alma, y si no la quiere tírela, no se haga del rogar —y depositó el bulto en el lavadero.

Brillaron los ojos de la recamarera, la venció la coquetería y guardó el obsequio, no sin decir:

—Si me sigue moliendo —ya perfectamente domesticada— le pego —y le amenazó con el cuchillo.

Él, en un raptó, se le abalanzó dándole un empellón, mientras la coja cocinera doña Francisca gruñó entre dientes:

—Ya está retozando esa marota.

Don Severiano estaba correspondido.

Hice ruido con el periódico, se sobresaltaron, y ella, fingiendo calma, dijo en voz alta al portero:

—Dos birotos, un pambazo y el alpiste para los pájaros; no se dilate.

Desde ese día Severiano se echó a perder. Ya no era el criado modelo que desde el alba de Dios regaba patio y calle, tiraba la basura, bombeaba, iba volando a los mandados y abría sin mal humor el zaguán a cualquier hora de la noche, no. Don Severiano olvidaba la sal o el culantro, ¡pretextos para que ella se los encargara de nuevo! No salía de la cocina, escatimaba los centavos (¡de ahí debe haber sacado para los botines de charol que le regaló!). Ella, por su parte, bajaba con cualquier pretexto y ponía gran cuidado en el corredor desde donde podía verse la fuente en que bombeaba don Severiano; estaba distraidísima, por todo tenían que regañarla; barría

mal, sacudía peor, rompía tazas y platos; se estaba horas enteras para servir la mesa, y era una verdadera calamidad.

—Era necesario —decía él— celebrar aquel amor con una cena —y fraguaron un plan para que pudieran salir de noche. Ella diría a la niña que su tía estaba muriéndose y tenía que ir a velar; los patrones se irían al teatro; él dejaría en la portería a su compadre, y en la Alameda discutirían lo restante del programa... Eso para el martes de la semana entrante.

Don Severiano tenía sus horas de tristeza, aquellas en que Micaela se iba con los niños a la Alameda; algo le decía que aquello no le produciría nada bueno.

Su tormento trabó amistad con otras niñeras y supo que una señora rica solicitaba una cuidadora: había poco trabajo, buen sueldo, y ella sin titubear se decidió a cambiar de empleo. ¡Se pondría tápalo! ¡realizaría su sueño! ¿Y don Severiano? ¿Qué valía don Severiano junto a un tápalo?

Grande fue la admiración del pobre portero cuando supo que ella se había salido sin despedida e iba a servir al 6; nada menos que a la casa rica, donde estaba de cochero su rival, don Encarnación.

No hubo remedio, no se resignó a la ausencia, y él también emprendió la retirada sumiéndose con el vuelto del desayuno.

Atisbaba inútilmente en el zaguán de la casa del 6; la vio, es cierto, pero salía en coche y ¡oh fragilidad, tu nombre es de mujer! jamás se dignó saludarlo.

Una noche vio salir un bulto del 6; era ella y determinó seguirla. ¡Cómo lo había de conocer todo desgarrado, hecho un asco, envuelto en una frazada harapienta! Ella anduvo de prisa, embozada hasta los ojos, llegó a la Alameda, se le juntó un desconocido con traje de charro.

—¡El cochero! —rugió con rabia don Severiano, acariciando la aguja de arria que le sirvió en sus buenos tiempos de cargador. Vio que se sentaban muy juntos en la sombra, y cegado por la ira, pero conteniéndose, se acercó sacando un cigarrillo, embozándose hasta los ojos en el rojo sarape, y dijo al individuo tocándose el sombrero:

—¿Me hiciera usted favor de dispensarme su lumbrita?

Iba a descargar el golpe, cuando reconoció el rostro del incógnito. No, no era el cochero, era el hijo del patrón. ¿Qué pasaría en su rudo cerebro? ¿Qué amargura inmensa, qué indefinible desaliento, como una nube de sombra venenosa, lo hizo abatir la cabeza y enjugarse una lágrima con el dorso de la callosa mano? Entró a una tienda, pidió con ira y en voz alta:

—¡Un decimal de refino fuerte con amargo!

Severiano Pérez murió del hígado, después de dos años de alcohólico y lo vi en el anfiteatro por mera casualidad. Me causó un horror indefinible: estaba convertido en un pobre viejo; desnudo, boca arriba, colgando la cabeza y las manos fuera de la plancha, abiertas las piernas. En su cabeza, rapada a peine, se veían viejas cicatrices de descalabraduras y los rasguños de la navaja de afeitar; los ojos muy abiertos como

si miraran con espanto; afilada la nariz y la boca abierta fingiendo un bostezo o una carcajada, no sé sí irónica o desesperada. ¡Qué lástima al ver revolotear las moscas sobre su cuerpo! Los cadáveres de anfiteatro tienen extravagantes posturas: la cabeza colgante, esas muecas, ese último gesto que la muerte imprime a los rostros sin vida, un aire de dolor, de meditación; la carcajada, el sollozo contenido, el espanto, o una inmensa y extraña melancolía que parece denunciar dolores inmensos sufridos con resignación, ese último grado de la impotencia.

Las amoratadas y verdosas palideces de la carne desnuda, la frialdad de piel de culebra, causan una impresión imborrable que inspira las más raras ideas. Aquel viejo era don Severiano: en el pulgar del pie tenía atado con un hilo un pedazo de papel, y ahí estaba escrito un nombre: Severiano Pérez.

Pobre hijo de la miseria, de la plebe, que nace en un petate, sufre en un hospital, antesala de la tumba, y termina en la plancha.

¡Pobre plebe! Yo la he visto de niño, vendiendo «vueltas» y cerillos en el Factor, periódicos en el Empedradillo, bolseando en el portal; mordiendo un mendrugo al dirigir los pasos de un pordiosero o esperando bautismos a la puerta de las parroquias.

De ayudante, en las obras de albañilería, en las herrerías, en el taller de carpintero; haciendo los mandados de una señora de edad, y más tarde en el tablado de sol en los toros o ebrio en las pulquerías. Y después de arrastrar una vida miserable, huyendo de esa madre que le abre los brazos y se llama la escuela, enfermar, morir en el hospital, ser descuartizado en la plancha y después a la fosa común. Tal es la plebe.

El día de difuntos no hay sobre su huesa ni un humilde zempasúchil, ese recuerdo de los mendigos a sus muertos. No han tenido un padre, un deudo, un amigo que reclame sus cadáveres. Es triste ver esa fosa sin flores, pensar en una existencia de penas. ¡Pobre Severiano: si hubieras nacido en otra esfera, los gacetilleros, los poetas, los prosistas, los oradores de salón, todos hubieran narrado tus dolores novelescos; pero fuiste plebe, y nadie te recuerda; esa es la vida: nadie pone una corona en tu fosa común, todos te han olvidado, sólo el otoño riega, donde duermes, sus hojas amarillas y esas hojas secas son cadáveres también!

Sólo yo soy tu amigo, porque comprendí tu pasión por Micaela, que hoy tiene relaciones con el cochero del 6, a quien engaña el tendero de *La villa de Madrid*, y aquella mascada, causa de tantos males, hoy la juzga despreciable, porque has de saber que ya cose en máquina y tiene nociones de buen gusto.

En el cielo debe haber un lugareño, algo como la galería de nuestro teatros, para la plebe: ya me parece que te veo feliz, aplaudiendo un drama célico, un drama conmovedor: «San Miguel pisoteando al soberbio Satán.»

¡Pobre de ti, mucho sufriste! ¡Cuántas cosas te diría, Severiano, encarnación de la plebe, si no se me hubiera acabado el papel! No me queda más que un pedacito para escribir estas palabras, oración fúnebre que te dedico: *Plebs, requiescant in pace. Amén.*

Prosa pequeña

A GUILLERMO VIGIL

Era aquel un barullo indescriptible: se cruzaban en el lodazal los coches de alquiler con los carros del Exprés; corrían los cargadores llevando bultos a cuestras; los vendedores de periódicos y cerillos voceaban con gritos destemplados las noticias interesantes del día; dormitaban a la luz de un farol de papel los pasteleros; paseaban los curiosos, corrían los empleados y las carretillas, cargadas de baúles, cestos y huacales, amenazaban desplomarse violentamente impulsadas.

¡Qué animación! ¡Qué claridad la de los focos eléctricos! Todo hacía sentir el trabajo hasta el resoplido poderoso de la máquina próxima a partir. Estaba aturdido al grado de serme insensible la despedida de una anciana y de su hijo que marchaba a los Estados Unidos, la brusquedad de un quídam que se llevó con el bastón medio tápalo de una señora, y la plática de unas muchachas que hacían comentarios sobre mi aspecto sórdido de fuereño arruinado. ¡Qué tardanza! ¡Una hora larga para que llegase el tren! Fastidiado de pasearme, me recosté en un poste; leí, a los azulados rayos de un foco y por la vigésima vez, el párrafo de aquella carta: «Llegaré el jueves; veme a recibir a la estación; no es nada difícil que mi prima Susana vaya conmigo a pasar allá el 16 de septiembre. Ansía verte, tu amigo, Miguel.» ¡Miguel! Mi amigo, mi confidente, mi hermano... ¡Qué dulce es la amistad!

Encendí impaciente el trigésimo cigarrillo, pasé revista a los pasajeros de los *pullman*, permanecí abstraído largo tiempo ante los émbolos de la locomotora que limpiaban a la luz de una sucia linterna, y avancé fuera de la estación al campo, al aire, como si quisiera acortar la distancia. Me senté en un montón de durmientes y, con la mano en la quijada y pensativo, miré las lontananzas de aquel negro paisaje. La arboleda era una mancha. No sé qué de extraño tenían los rectos contornos de las casas distantes; qué de triste la linterna de guardacaminos, perdida en la sombra como una roja pupila, o la mancha lejana de una vidriera iluminada, allá casi perdiéndose la vista. ¡Qué pavorosos grupos fingían las nubes amontonadas en la inmensidad, perfiladas con siniestros contornos por el relámpago, avanzando como un ejército sombrío de monstruos, los monstruos de la tempestad! Ni una estrella pálida. El viento, el frío, la sombra, los recuerdos, quizá el presentimiento; pero yo no sé qué me inspiraba una amarga e indecible tristeza ante aquella noche negra, invernal, muda.

Algo me decía de pavoroso el estremecimiento de las ramas desnudas y secas; algo aquella calma del campo dormido en la sombra, el parpadeo de las luces lejanas, las nubes en tropel amenazando tempestad, los relámpagos de claridades lívidas...

¡El pasado! ¡Mi pueblo!... Tras aquellas montañas de silueta deformada, más allá del valle, lejos, estaba mi pueblo; es decir, la niñez, la juventud, la familia, el alma, y ¡Susana! Y al pensar en ella las tristezas huían; las tristezas inmensas, negras,

amenazadoras como aquellas nubes de borrasca, para dar paso a los tintes risueños y suaves del idilio, para destacar con más esplendor un cuadro luminoso de recuerdos.

Montañas azules inundadas de sol, ceñida la cumbre chispeante por el tul violado del celaje, floreando el campo, flotando la bruma matinal en la hondonada; el maizal inquieto, la arboleda húmeda, espesa, oscura, al borde del camino; el paisaje de casitas lejanas y blancas, risueño; los aleros radiantes, el ganado ocioso y disperso, y en el fondo oscuro de la tierra fértil, negra y removida, hundiéndose las yuntas y el arado, y detrás el peón como una mancha blanca; el maguey polvoriento descollando entre las secas nopaleras, el surco invadido de altas hierbas y de corolas amarillas, el asno abatido bajo el peso de su triste suerte, con las grandes orejas caídas; el caballo revolcándose en el pasto, la gallina escarbando los hoyos, el cerdo hundido en el cieno, los patos sacudiendo las alas en el jagüey, donde mujeres semidesnudas lavaban, manchando las aguas con espumas de jabón, y tendiendo al sol los trapos húmedos y deslumbrantes de blancura; el jacal humeando por las grietas del adobe y las pajas del techo, cargado de calabazas maduras, y sobre los rectos alambres del telégrafo, que en el azul sereno fingían una pauta, los grupos de pájaros como corcheas inmóviles, no se preocupaban del buey que con ojo tranquilo y dulce, suavemente ladeaba la cabeza, babeante el hocico, hundido hasta el pecho entre los tulares de la zanja, rumiando con calma y meneando de un modo suave la cola para espantar a los insectos que le acosan y a las mariposas que danzan con giros rápidos, inquietos, elegantes. ¡Mi pueblo! ¡Mi Susana! Ella, la única que me distraía en la misa, la que cantaba en las noches de luna en la azotea conmigo, la que se colgaba de mi brazo en los paseos, la que me hacía pensar en el porvenir...

El pincel de la memoria me dibujaba, con imborrables líneas, dos cuadros que no olvida: su primera y su última cita.

Huía el crepúsculo, dormía el campo, ondulaban las milpas como un mar; el pueblo enmudecía cuando las ranas comenzaban a entonar en los charcos sus melancólicas y monótonas serenatas de agosto.

Nunca, como entonces, esplendió el cielo. Todos los colores más intensos tiñeron el horizonte, todos los tintes más pálidos, todas las sombras matizaron aquella tarde expirante. Desde el fulgor rojo, incandescente, de fragua incendiada, donde flotaban celajes sangrientos, desgarrados encajes, hasta la lila moribunda, donde ardía la primera estrella con flama suave.

Yo detrás de un maguey, esperaba una seña convenida, temblando de cualquier ruido: de la hojarasca removida por el viento, de las plegarias melancólicas del campanario, del canto confuso de indios ebrios que volvían del trabajo, del silbido del arriero que conducía un hatajo de burros cansados, de los fugaces diálogos de mujeres que pasaban al trote, y hasta del repiqueteo del grillo.

Cuando viera yo una luz debía acercarme, fingir el silbido de un pájaro, esperar una tosecita y... La tapia de adobes permanecía oscura y yo tenía miedo. ¿A la soledad? ¿A la noche? No, al suegro brutal. Siempre son así esos señores.

¡Ánimo! Ha brillado una luz, me acerco trémulo y cobarde, mi boca está seca y apenas puedo silbar.

—¿Juan?

—¡Susana!

—Súbete poco a poco...

Las fuerzas me faltan, he caído dos veces; pero en fin, heme aquí con los pantalones desgarrados, enlodado, raspado y cabalgando sobre, la tapia de adobes.

—No te muevas.

—Mira, me voy a bajar porque me pueden tomar por ladrón; amarra al Corzo, no me vaya a morder.

—Ya te conoce: ¡Toma, Corzo! Ya ves, te menea la cola.

—Corcito —con más miedo que otra cosa—, ¡toma!

—Conque —en voz muy baja—, mi vida, aquí me tienes...

—¿Adónde vas?

—A cerrar la puerta; he tenido que fingirme enferma para venir: tú dirás —medio mortificada— que te recibo aquí en un lugar tan sucio, pero...

Y conteniendo el aliento, de puntillas, recogiendo la falda de percal almidonada para apagar su ruido, entrecerró la puerta.

—¿Apago la vela?

—Sí.

—No, me da miedo la oscuridad.

—¿Miedo, conmigo que te amo?

—Chist, no te oigan las criadas; están en la cocina. Mira —en voz más baja— te he hecho venir para decirte solamente que es una locura lo que estamos haciendo —se sienta en el brocal del pozo y yo a su lado—; desiste de mí, que soy más grande que tú; cuando seas hombre, cuando te recibas, yo seré una vieja.

—¡Qué vieja, ni qué...! —Y tomándola en mis brazos, estrechando su lánguida cabeza contra mi pecho, como es de reglamento, agregué—: Vieja o joven, serás mi Susana; te amaré siempre, siempre...

—Sí, eso dices ahora, pero más tarde...

Enmudecimos: en tales circunstancias se habla poco; suspiró, y dijo jugueteando con el cordel de la polea:

—Has de ser mi perdición... ¿Me juras que me amas?

—Sí, te lo juro.

—No, no, no es conveniente; olvídame.

—(Muy serio.) Está bien.

—¿Te has enojado? (Cariñosa.)

—No. (Irónicamente.)

—(En un arranque.) ¡Enojado, mi dueño, cuando lo idolatro!...

—¡Mi Su...

—¡Chist! ¡Ruido! ¡He oído ruido, vete!

Se apoderó de ella el miedo y de mí también; sentí que el valor se me iba a la punta de los pies.

—No vayan a venir... El mozo es muy chismoso, y es capaz, por obedecer a papá, de estarnos espiando.

Yo estaba frío; en cada sombra creía ver un hombre.

—¡Susana! —gritó una voz.

—¡Mamacita! (Aparte.) Apaga pronto, escóndete. (Empujándome.) Ahí, tonto, detrás de ...

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy ocupada...

—Verás si te hace daño el sereno. ¡Ah, qué niña esta...!

Yo, hecho un imbécil, me acurruqué en un rincón y estuve a punto de desmayarme cuando sentí moverse a mi lado un bulto que gruñó. ¡El mozo! pensé... No, un cerdo.

—Mamacita, ¿qué quieres? ¿Me traes luz? Ya se me apagó la vela.

La señora trajo luz, y ambas, hija y madre, desaparecieron.

—Espérame —dijo aquélla a ésta— olvidé mi pañuelo. Y acercándose al rincón, murmuró:

—Mi vida, buenas noches...

La última vez que la vi ya no tenía miedo; fue aquella una escena muda; era muy tarde. Se arrojó sollozando a mi cuello. Quería verme, verme hasta el último instante, y sus grandes ojos negros, ardientes y húmedos, me devoraban; había en ellos cuanto hay de inconsolable tristeza.

Nunca he llorado como entonces. Me bendijo, colgó amuletos a mi cuello, me entregó su retrato para que no la olvidara, y pegó sus labios a los míos en un beso largo, intenso, donde se sació toda nuestra sed de pasión. Me tendió por última vez su mano helada, y gimió con dolor inmenso:

—¡Vete!

Sí, me fui. Salté la tapia sin prisa, y...

—¡Hasta la vuelta, mi vida! —sollocé como un loco.

Mi amigo Miguel me esperaba.

—Todo lo sabes —le dije— hazle menos dura mi ausencia, dale mis cartas, mándame las tuyas.

Quiso consolarme: me tomó del brazo y me dijo esas frases que inspira la amistad sincera. Todo inútil, mi dolor era incurable. ¡Qué raro es encontrar un ser así, desinteresado, leal, que cure las heridas del alma! Él volvía después de larga ausencia; él me hablaría de ella. ¡Qué consuelo, tener a mi lado uno de los suyos!

¡Por fin! Rasgó el aire el silbato de la locomotora; ese ¡ay! desgarrador, ese inmenso sollozo desesperado, y que oí con la más intensa ansiedad.

Allá viene el tren; es una mancha de luz en la arboleda, una estrella; crece, crece, se acerca. Parece un faro; ya proyecta su gran farola un cono de claridad rojiza en las

tinieblas, ilumina el acero de los rieles, gigantesca, poderosa, resoplante; con ruido de herraje entra veloz al portal. Las gentes se aglomeran, se abren brazos que estrechan a queridos y empolvados viajeros de largas blusas de dril; vuelan las maletas; se oyen ecos de risas, sollozoso, besos... ¿Y ella? En vano busqué su perfil en las mujeres que pasaban; no eran ella.

—¡Juanote! —me grita una voz varonil, me estrechan fuertemente unos brazos robustos hasta sofocarme; lloro y...

—¡Miguelito, qué grande estás! Y...

—¡No vino! Está mala tía; tu familia buena, te espera en las vacaciones. Julia te manda esta canasta de frutas; estos guayabates tío Andrés; estas cajetas Pepe. ¿Dónde está mi petaca?

—¡Cochero! ¿Llevas carga? Trépate, Miguelito. ¡Peredo 9!

Había llorado... Con el amigo, con los obsequios, con el polvo mismo de su traje, venía a mí, más que un recuerdo de mi pueblo y del hogar lejano, un perfume de aquellas flores de pasión, únicas en el altar de mis anhelos, toda mi esperanza, todo mi idilio.

—¿Y Susana? Háblame de ella. ¿Por qué no me escribe? ¿Me ama? ¿Me extraña? ¿Me...?

Jamás olvidaré su palidez de cobarde, nunca aquella mirada que me hirió como un dardo de áspid, aquel tono de bajeza suplicante, de fingido arrepentimiento; aquel ademán de asesino a traición que busca el arma, cuando buscando su cartera y...

—Mátame, hermano, pero... ¡es mi novia!

Arrojó a la mesa un retrato, cartas...

Si, ese era su retrato, igual al que yo tenía; era su letra y su firma, y hasta aquellas frases tuyas que me sabía yo de memoria. «Si no me amas, dímelo; moriré soñando que me quieres; mi alma es tuya hasta la muerte.» ¿Cómo pude pronunciar aquel «Te felicito...»? ¿De dónde saqué aquella máscara risueña para oír los detalles de sus amores, el relato que me hizo con voz tranquila, mientras en mi interior se agitaba algo malo, algo criminal, algo trágico en oleadas de pensamientos envenenados por la ira? ¿De dónde aquella calma de domador de fieras, para dominarme, y para decirle sereno... que yo ya no la amaba?

Le dije con dulzura al despedirme:

—Vuelve mañana.

Me arrojé al lecho sin desvestirme, hundí mi frente bajo las almohadas; quería oscuridad, silencio; evoqué recuerdos... Todos desfilaron tristes, sombríos, como aquellas nubes... Eran un cortejo fúnebre... habían muerto una creencia de amistad en mi espíritu y un amor irreparable en mi alma.

Por eso me entristece, querida Victoria, en la alta noche, el silbato de los trenes que llegan o se van. No te enceles, ya todo pasó. Ave errante, como todas, encontré un nido, amé en él, fui en busca de grano, de porvenir; me alejé, me olvidaron.

Te amo, pero sé que tú no tienes primos ni yo amigos. Es dulce la amistad para

algunos, pero funesta para otros. ¡Después del abrazo, la traición! ¡Después del beso, la mordida!

Doña Chole

A JOSÉ MARÍA BUSTILLOS

—Pues ya le digo a usted, la niña está ocupada; me dijo que le dijera a usted que viniera mañana.

—Dígale usted que soy Doña Chole, ya me conoce... doña Chole la de la Candelaria, la señora que le trae los dulces de las monjitas.

—Voy a avisar; pero ya le digo a usted lo que me dijo la niña. —Y la criada desapareció dejando a doña Chole, la de la Candelaria, plantada en el quicio de la puerta; sacó nuestra vieja, porque vieja era, un pañuelo y se secó el sudor; lanzó un bostezo, se persignó la boca, y después de tres estornudos acompañados de las imprecaciones ¡Jesús, María, José!...

—Que pase usted.

Al oír la voz de la criada pasó a una pieza, sentóse en una silla, compúsose el tápalo verdoso, colocó a un lado la *maravilla*, verdosa también, y cruzó las manos sobre el Lavallo de grasosa pasta.

Doña Chole, la de la Candelaria, era una vieja bien fea, semicalva; peinaba las pocas greñas pegándolas a la frente sucia; ojillos vivarachos, boca despoblada de dientes y los que le quedaban, de un color indefinible, se acercaban más al maíz negro que a las perlas; un lunar adornado de un gracioso ricitito daba un aire peculiar a su barba temblorosa.

El saquillo de merino lustroso por el uso, dejando ver pedazos de forro por las desgarraduras, poblado de alfileres y agujas en el pecho, donde caía una medalla de cobre atada a una cinta de color; las enaguillas parduzcas, las babuchas de paño, de la calle de Jesús. Era un tipo de esos que a menudo se encuentran: esas viejas que usan el tápalo a manera de capucha, andan de prisa sonando sus abultadas bolsas llenas de medallas y rosarios, hablan entre dientes, pasan con los ojos bajos y compran con misterio cigarrillos *Arrobadores de los Aztecas* en un estanquillo; prosiguen su marcha, platican dos horas con una compañera que pasa; tienen miedo a los coches al atravesar las esquinas, y se pierden en la multitud o se introducen a una iglesia.

Doña Chole era de esta familia. Sonaban las doce en aquel momento, golpeóse el pecho y, poniendo los ojos en blanco, murmuró un rezo. Paróse y besó un cromo, que puesto en una consola, representaba una Santísima Trinidad.

Apoiada la quijada en una mano, la otra empuñando el grasiento mango de la sombrilla, esperó en silencio. Sacó un *Arrobador*, lo deshizo, puso el tabaco en su falda, recortó la canal, lo torció encorvándolo, lo encendió discretamente; lo colocó en sucias tenacillas de cobre, sacudió el tabaco de la falda, escupió un pedazo de papel adherido a sus labios, y cigarro en ristre y codo en pierna, dejó vagar sus ojillos azules por las figuras de un gran cuadro: «La huída a Egipto.»

—¡Ay, mialma! —dijo cuando la señora hubo aparecido— tal vez le haga a usted

mala obra; pero ya me daba remordimiento no verla a usted. ¿Está usted bien? ¡Vaya, me alegro! ¿El señor? ¡Vaya! ¿Los niños, todos buenos? Aquí me tiene usted sufriendo de este catarro, la andancia, señorita. —Un acceso de tos interrumpió su charla precipitada de dulzón sonsonete, escupió en el pañito hecho bola y prosiguió, guardándolo en la bolsa—: ¿Qué calor, no mialma? No hay gota de sombra... Dónde que vengo desde lejísimos: fui al Carmen a ver a la madre Teresita que está en cama. ¡Pobre! es una mártir... Está, pero si hecha una espina; está tisis, la desahuciaron y se sacramentó. Dónde que después tuve que ir al Sagrario a arreglar las misas de don Pancho Montes (q. e. p. d.) ese señor español que murió repentinamente... y ¡ya que el padre Moralitos no podía, porque tenía que ir a Tacubaya a ver al señor Arzobispo, y el padre Figueroa que tenía sermón! Hasta que el señor cura Andrade por fin... Así es que se me hizo tarde, y ya ni pude ir a ver a las muchachas Gómez, tuvieron un cuidado de familia: ¿no ha sabido usted?

—No, no he sabido nada.

—Cómo, ¿no supo usted lo de Panchito?

—No, hace tiempo que no me ven a mí, ni yo a ellas.

—¡Huy! si todo México lo ha sabido. Pues figúrese usted que don Joaquín, el tío —Dios lo haya perdonado— dejó una huérfana que dizque había recogido, pero dicen malas lenguas que no era tal recogida, sino hija de doña María. ¿Se acuerda usted? la que se echó a la calle de en medio. Bueno. Conque se muere el señor, y Panchito, ya sabe usted que es tremendo, la piel de Judas, empréndela con la muchacha; enredóse y sale un tercero... Conque se hacen de razones, y en la cantina del Coliseo agárranse a los golpes; hubo tiros y Panchito salió herido. ¡Qué escándalo! A mí la que me da lástima es Gualupita, tan buena que es; tanto sacrificio para educar a sus hijos y ahí tiene usted a la pobre, de aquí para allá, declarando en Belén, en la Comisaría y seca de penas; del derrame de bilis cayó en cama y quién sabe si se muera.

—Pues no sabía ni una palabra.

—Pues ya le digo a usted, yo lo supe por don Marcos que, como usted sabe, es muy de allá... ¿Y a Tonchita no la ha visto usted?

—Tampoco, si no he salido; he tenido enfermos a los chicos y no le doy a usted razón de nada... A misa, y se acabó; pero no sé, hace un mes, lo que es la calle...

—Dichosa usted que puede vivir tranquila. Es lo que yo le pido a Dios Nuestro Señor; que me dé con qué vivir sin tener que ver con nadie... ¿Chupa usted?

—No, no fumo.

—Son suavécitos.

—Sí, pero...

—¿Nunca ha chupado usted?

—Sí, a veces, después de comer; pero a Carlos no le gusta el olor del tabaco... y me emborracho, me ataranto.

—Sí, hay señores que no les gusta, aunque no tiene nada de particular: el cigarro distrae mucho, eso va en gustos ¿verdad? Hay señores muy raros. Mi marido, que en

paz descanse, no crea usted, trabajo me costó acostumbrarlo; pero era muy bueno, entre los maridos buenos, Pérez, eso sí; se los digo a mis hijos, lo que es como su papá, pocos se encuentran. Tan bonito que es un señor así ¿no? Hay otros que no. ¡Jesús! por ejemplo... don Pedro. ¡Qué lástima me da Clotildita, la hermana de usted! Supe lo de... Mixcoac...

—¿Qué? (asombrada).

—Pues tenía curiosidad, y dije, le he de preguntar a Chonita... Pues me contaron que era muy celoso, que le daba muy mala vida y que sólo por verla platicar con su primo la puso del asco delante de las visitas. Que iban a separarse.

—¿Quién dice? ¡Mentira! (indignada).

—Pues me lo contó doña María, su comadre de usted. Nada menos hace un rato que me lo dijo, tanto que decía: ¡quién le había de decir a Clotilde, que vivía tan bien en casa de Chona!

—Pues no es verdad. ¡Ah qué María tan ligera, si por tal de hablar!

—¡Ah, sí, eso tiene, no respeta a nadie; no es por criticar, pero meneas la sin hueso que es un gusto!... Conque, chula, se me olvidaba; tengo un encarguito para usted: aquí traigo (sacando un bulto de la bolsa) estas boquillas de encaje —y mostró el tejido, que se destacaba en un fondo de papel de China color de rosa—. Las rifa la madre Teresita para hacerle, con lo que se junte, un novenario al Santo Niño, el de don Pepe, ese que curó del croup a Miguelito. Mire usted la lista, casi está llena, vale dos reales acción, y las que quedan están pedidas; pero ya sabe usted que tratándose de mi Niño (¡que al cielo me lleve!) usted es la primera y dije: le salvó a Miguelito, y si no le llevo la lista es capaz de sentirse. Nada más justo.

—¡Ah! —prosiguió— y no se le olvide el real para mi pobre (nuevo pago de la señora). Y no diga usted que abuso, pero Dios dará ciento por uno. Siempre le pido, al alzar, por usted... Es usted muy buena y por eso la molesto; si tuviera usted unos zapatitos, un vestidito, esos desechitos; los trapitos que no le sirvan, para mis muchachos; están con los pies desnudos y saliéndoseles las faldas por los pantalones; ni a la escuela he podido mandarlos... Sí, sí, si no precisa ahora, volveré, volveré; conque ahora sí (poniéndose en pie) me voy, porque me han de estar esperando. Desde las seis de la mañana ando en la calle y no sé lo que es de mis criaturas. Conque adiós ¿eh? (Besos, abrazos, raptos de gratitud.) Mil gracias por todo, memorias. Rece usted a Dios por mí. No, no me voy sin darle un beso a mi Santísima Trinidad. —Y besó, en efecto, la imagen, y aquella tarabilla se aleja de prisa, sonando sus chanclos, sus medallas y su rosario.

Y esta vieja, que hemos oído murmurar del prójimo y que tiene valor de robar la honra ajena, acude a otra casa y cuenta la vida y milagros de Chonita; pero pasa un Viático, se deja caer de rodillas y besa el suelo.

Esta Chole de la Candelaria es muchas veces esa mujer encorvada que veis a la entrada de una iglesia, con el platillo de cobre, diciendo en alta voz:

—¡Para la cera del Santísimo Sacramento, por el amor de Dios!

Esta vieja es la que golpea el pecho, la que se confiesa a menudo, la que solloza en cruz los días de sermón y ante una imagen pide desde la gloria eterna hasta la salud de su gato; pero es también la que arma bola a la entrada de la misa, la que riñe en voz alta, la que platica dentro del templo con todas sus conocidas y dormita en las bancas toda una mañana.

Y tiene hijos, y tiene casa, y vive de rifas, limosnas, encargos, y pasa el día en las iglesias por costumbre, sin fervor o con cómico celo religioso. Cree que con pasarse esa vida ociosa todo marchará bien: los hijos se educarán solos, los muchachos aprenderán por ciencia infusa y el puchero se cocerá milagrosamente.

Temo a esas viejas. Pasan entre los ignorantes por virtuosas, y son las hembras de los fariseos. Creen que la corte celestial es ciega y sorda a sus errores. No comprenden su religión. Sollozan, sí, los días de fiesta, pero murmuran del prójimo toda la semana.

Acuden al lecho de los moribundos para sembrar en las familias la falsa alarma y tomar chocolate a costa ajena, fumar el cigarrillo y espiar chismes en esos supremos instantes: son las mariposas negras, las mariposas humanas atraídas por los cirios.

No tienen corazón... son egoístas y son tontas, y más que tontas, malévolas.

En no sé qué libro leí: «No todos los que se acercan al ara se santifican, no; es necesaria la fe, porque no son santas las polillas que roen un altar; no son más que polillas.»

Esas viejas, esas Choles de la Candelaria, son la polilla social. En cada honra que tocan dejan una llaga; matan, desesperan y, sin embargo, miradla, allá va, parece un murciélago; anda de prisa, habla entre dientes; pasa un padre, se abalanza a su mano, la besa, y dice a una colega que encuentra:

—¿Sabe usted lo que pasó? Doña Juana (su protectora) se la pegó a su marido. Dios la perdone...

No es santa la polilla porque vive en el cuerpo de un santo, no es más que polilla, no es más que Chole de la Candelaria.

Las violetas

A LUPE

Era un día de fiesta. El salón estaba preparado para el baile, cepillada la alfombra de rojos florones, lavados los cristales, bruñido el cobre de los candelabros, y el ajuar sin fundas, lucía los cambiantes de su seda oscura. Abierto el piano, reclinado en las teclas el plumero azul y las velas enteramente nuevas en los candelabros. ¡Cómo olía! Eran las flores de los jarrones, los *bouquets*, ramilletes de obsequio de todas clases, desde la sencilla gardenia rodeada de musgo, hasta el canastillo constelado de camelias. Unos con *porta-bouquets* de seda, otros de papel fingiendo encaje; casi todos atados con listones. El más humilde era un haz de capullos de rosa, miosotis y violetas; estaba en una ánfora de cristal púrpura; las flores parecían asomarse por su cuello, brotar de aquella otra flor más grande, aquel cáliz de cristal, frescas, perladas de gotitas de agua, que resbalaban por un pétalo, temblaban silenciosamente y caían al mármol. ¿Qué dirán las llores cuando así lloran sobre una mesa? Los capullos húmedos, parecían jóvenes náyades desnudas que salían del baño. La sala estaba sola.

Entró un joven frotándose las manos, se vio en el espejo, se compuso el traje, y dirigiéndose al ramo de la mesa, tomó de él un capullo que colocó en el ojal de su levita.

—¡Nos abandonan! —suspiraron melancólicamente las violetas.

Pocos momentos después, una mosca sofocándose al vuelo, con frases entrecortadas, les dijo:

—¡No os dejéis cortar! Acabo de ver una cosa horrorosa, ¡qué escena! Vuestro compañero el capullo murió ahorcado de un ojal; una joven lo ha arrojado con ira por la ventana. ¿Sabéis por qué? El novio se lo regaló como un recuerdo de hoy; después han reñido y la víctima ha sido el pobre botón de rosa té. ¡No os dejéis cortar!

Las violetas se quedaron pensando en cosas melancólicas, dejando perder la mirada de sus ojos azules por el horizonte que se veía por la ventana abierta. La señora de la casa entró también, hundió su rostro marchito en las flores frescas, se sació de húmedos aromas, diciendo:

—¡Qué bien huelen! —y al ver las rosas blancas exclamó—: ¡Así eran las que le pusieron a mi hijita en los pies; me parece que la veo, pálida, aérea, débil, púdica y muerta!

Y la señora salió para evitar memorias tristes, sin llevar una flor. Las violetas languidecían, casi moribundas colgaban en el borde del vaso como desmayadas, cuando a su vez entró la niña de la casa, alegrándolo todo con el rumor de su falda, su pisada rápida y el dulce acento de su voz que tarareaba la canción de Siebel y ¡Ah! gritaron las violetas al sentirse arrebatadas. Se desmayaron para despertar en un nido de blondas y seda mecidas por el vaivén de un seno. Pero era tarde; estaban ya muy enfermas y los padecimientos del corazón son incurables, y murieron. La joven las

desprendió del ojal de seda, las arrancó del nido de encajes y las arrojó a la alfombra, sustituyéndolas por las estrellas azules del miosotis... Un desconocido, con la cobardía del que va a cometer un crimen, cauteloso, temblando, recogió las flores y las guardó precipitadamente en su cartera.

—¡Son tuyas, son flores tuyas! —decía ebrio de emoción.

Aquellas flores tímidas, aquellas violetas arrojadas a la alfombra, recogidas por un enamorado, encerradas en una cartera, somos las viejas de hoy; las de harapiento traje, que fue lila, sumidas en un cajón de escritorio. Así es la vida, señor Anillo; nadie sabe cuál será su suerte. ¿Quién al vernos supondrá lo que valemos? Somos felices, preferimos vivir aquí retiradas, pero contentas, a correr la suerte del capullo. ¡Nada importa que la cuerda sea de seda o de hilo negro; la muerte de ahorcado es la misma!

Cálices marchitos, momias de flor, cuando él nos ve, para su espíritu tenemos nueva vida, un resto de perfume, una sombra de color, un último remedo de forma hacen nacer una pasada primavera; aspira aquel aroma: los recuerdos y los perfumes son gemelos siempre, traen algo de la mujer a la memoria, él ve las líneas púdicas de un perfil inolvidable, oye el acento de una voz que es una verdadera caricia, y la reminiscencia de una mirada que tiene para él todas las indefinibles tristezas de un crepúsculo. ¡Oh, Anillo! es muy bello en el fondo oscuro de la pobreza, poder dibujar los ardientes mirajes de la ilusión; muy bello, en el cáliz envejecido, desparramar aromas de juventud, resucitar el color muerto y hacer del contorno extraño de la momia, el perfil desnudo de un ideal que nace.

¡Oh, Anillo! no te quejes porque estás abandonado aquí. Pronto, tal vez mañana, brillarás en la mano pura y diáfana de una novia, serás símbolo de unas nupcias felices; llevarás escrita una fecha y verás cuando mano entre mano se paseen en la sombra de los altos árboles, cómo la claridad de las pupilas se funde en una sola claridad; sabrás lo que es la embriaguez de una caricia y oirás qué palabras son las que murmuran en voz baja unos labios que tiemblan cerca, muy cerca de unas mejillas que palidecen de placer. Ya verás, Anillo, así nos pasa... Creemos no servir para nada y somos nada menos la página más bella de un poema, la historia de un amor irrealizable, que era feliz recogiendo una flor marchita: el amor que con tan poco se conforma es inmenso. Sabemos sus secretos, conocemos sus esperanzas, y nos conservan como si en nuestras hojas empolvadas guardáramos el perfume de sus sonrisas. Sí, todo es flor en la vida, todo encierra una memoria. ¡Parece mentira! El capullo de rosa blanca que ciñe las sienes de una niña muerta, las lágrimas de una madre, el botón de una rosa té, las tonterías de un novio sin ideas y los pétalos mustios de una violeta, todas las memorias, todos los anhelos, todas las tristezas de un amor callado son urnas cinerarias, y las cenizas que guardan esas flores, son las cenizas de la ilusión.

*

Ya sé lo que dicen las flores cuando lloran sobre el mármol de una mesa; cuando se balancean en la espuma del encaje, sobre un seno de reina; cuando cuelgan ahorcadas de un ojal o parecen cadáveres pisoteados, tristes, mustias, abandonadas en una alfombra; sé lo que valen las corolas, las corolas secas encerradas en una cartera o en el cajón de un escritorio. Las frases que escuché serán inolvidables.

—Yo te amo; cuando quieras oírme, cuando estemos juntos y solos te diré —eso será muy elocuente—, te diré al oído y en voz baja, suplicante: Vida mía, ¿me das unas violetas?

El Ciudadano Gestas

A ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES

I

El despacho del Ciudadano Gestas parecía una mancha en el hermoso edificio, admiración de la calle. A las ocho abrían la angosta puertecilla, en cuyos vidrios apagados estaba dibujado el anuncio: *Horas de pago: Nueve a una, a. m.; tres a cinco, p. m.*

El portero corría los cerrojos de la ventana polvorienta dejando penetrar una luz alegre que resplandecía, mostrando la miseria del mueblaje. Sofá y sillas austríacas, cuyo bejuco colgaba roto en los asientos; un tapete raído, las escupideras de cobre abolladas y sin agua, colmadas de viejas de cigarrillos deshechos, puros mascados y cerillos sin cabezas; un tosco bufete barnizado de negro y rayado aquí y allá; la caja fuerte casi enmohecida; la prensa de copiar con sus enormes bolas brillantadas por el uso, y un estante con viejos libros.

Contrastaban las molduras de yeso de la entrada, el papel tapiz de florones grises en fondo azul tierno, con los ladrillos desnudos del piso, flojos aquí, ausentes en los hoyancos, partidos y gastados en la entrada. Los muebles viejos eran una ironía bajo el cielo raso, donde fingían las pinturas una guirnalda de extravagantes hiedras de bulto.

¡Y cuántos esperaban con ansiedad que la puertecilla se abriera! El portero arrojaba groseramente verdaderos chorros de agua con la cubeta, y barría, formando en el suelo un lodo rojizo que salpicaba las patas del bufete y la caja fuerte; quedaban pegados los papelillos dispersos y flotaban en la alegre banda de sol, como la cauda de chispas de un cohete, los átomos dorados por la luz.

Los clientes, siempre de caras tristes, esperaban en la banquilla verde del patio. Eran viejos que hablaban solos, encendiendo cigarro tras cigarro; señoras envueltas en sucios tapalillos que, con la mano en la mejilla, contaban las baldosas o perdían su mirada en el suavísimo verde de los estucos. Jóvenes y viejos, todos esperaban. A veces alguna mamá llevaba a su hijo, muchacho sucio, de vestido corto y manchado, largos calzones, arrugadas medias y sombrerillo de paja deshecho; con el dedo en la boca o las manos atrás, se extasiaba contemplando el coche que lavaban arrojándole cubetazos de agua; los caballos atados a las paredes, que se rascaban frotándose contra las jónicas columnas del patio. Lo que más llamaba la atención de los mozalbetes era un estúpido pavo real desplumado, que hacía la rueda. Su cola incompleta no podía fingir más que un abanico deteriorado y, sin embargo, los niños llegaban al lado de la madre y le decían en voz baja, con ese respeto que inspira un lugar suntuoso:

—Mira, mamá, ¡cómo se esponja ese guajolote verde!

—¡Estate quietecito!

El Ciudadano Gestas bajaba por fin con imperial lentitud la escalera alfombrada. Alto, gordo, colorado; ladeada la gorrilla de terciopelo y oro, mascando un puro, las manos en las bolsas del pantalón. Llamaba al caballerango, visitaba las cuadras, palmoteaba en las ancas de sus yeguas, y siempre sonriente y tranquilo, sin saludar a nadie, penetraba en su despacho.

El dependiente, con cara de seminarista indígena, rapado a peine, le mostraba, pluma en mano, una cuartilla doblada de apuntes, y sacaba recibos y billetes de banco de la gran cartera de cobranzas. Discutían largo rato y sin prisa, en tanto que afuera todos los solicitantes dirigían miradas impacientes. El portero sacudía los papeles, ordenándolos, y llenaba el botellón de Guadalajara con agua, sin limpiar el vaso opacado, que servía lo mismo para beber el sucio líquido que para mojar la brocha del libro de copiar.

El Ciudadano Gestas hacía sus confidencias al dependiente cuando estaba de buen humor.

Se sentía medio malo, había comido la víspera con unos americanos; quizá el pescado le había hecho daño; lo repitió toda la noche; tuvo que tomar carbonato, casi no se había desayunado. El pescado era muy indigesto...

—Sí señor; es muy indigesto.

—¿Cobró usted?

—No encontré a don Pedro; está fuera de México.

—¡Qué tal! ¿Ya usted lo ve? Es imposible contar con esa gente. Prometen para el 27, y ya usted lo está viendo, estamos a 28.

—Pase usted, señora.

Una de las señoras que se había colocado tímidamente junto a la puerta, entraba, saludaba con mucha política, se arreglaba el tápalo, y descansando sobre las piernas la sombrilla desteñida, hablaba en voz baja. El Ciudadano la oía con los ojos bajos, dando vueltas entre sus dedos al portaplumas. La señora se acaloraba, su voz subía de tono; accionaba, contaba quizá largas historias de miseria, porque lloraba en algunos pasajes, hacía tímidamente su petición. El Ciudadano objetaba, preguntaba, respondía, mientras el dependiente, hundidos los pies en una zalea, inclinado, escribía lentamente, descansando su cigarrillo en el borde de la mesa.

La señora firmaba un papelito que alargaba al seminarista; la entregaban cierta cantidad y salía con el mismo aire triste con que había entrado. ¿No le daban dinero? Debía estar alegre; pero tal parecía que aquellas monedas eran el precio de alguna nueva desgracia.

Desfilaba toda la turba frente al Ciudadano, y a toda la turba oía con el mismo aire indiferente, piqueteando siempre con el mango de la pluma.

Gestas era obeso y calvo; un collar erizo de barba canosa mezclada de cerdas rojizas, encuadraba su rostro apoplético. Pequeños los ojos, grande la nariz, bestial la

boca. Su cuello desbordaba la finísima batista de su camisa; costosos paños envolvían su cuerpo contrahecho, y sus manos de antiguo vaquero, por lo vellosas, parecían de un simio, y, por lo alhajadas, de un jugador.

Era una especie de Moloch adorado por la turba de mendigos que se le acercaban devotamente. Era inmensamente rico.

Aquel palacio de valiosas canteras, de arquitectura monumental, extensos patios, altas columnatas, labradas arquerías, marmóreos corredores y surtidas cuadras, era de Gestas. El mueblaje parisiense, las alfombras de moqueta, las lunas encuadradas en felpa y ébano, eran de Gestas. Aquellos coches nuevos de discreto rodar, movimiento de barca apenas balanceada, eran de Gestas. Las vajillas japonesas, las de Sèvres, los jarrones de Sajonia, los floreros de Bohemia, de Christofle, bronces de arte, pianos de Steinway y perros de Terranova, del Ciudadano Gestas. Aquella señora, enferma de obesidad, rana monstruosa, vestida con crepé de China, *peau de soie* y sedas costosas, cargada de alhajas, era la, esposa del Ciudadano Gestas. La niña anémica, flaquéisima, moribunda, fea, que ni modistas, ni peinadoras, ni médicos, habían podido embellecer y engordar, era la hija de Gestas.

En torno del ex vaquero flotaba una atmósfera de riquezas. Frente al zaguán monumental se detenían trenes y más trenes; la carretela del hombre de negocios, el simón de un cobrador, el cupé de una visita. Oíanse en el patio ruidos agradables para los que saben cuánto significan: el acento del pavo real, el estornudo de las yeguas, su piafar sacudiendo las cadenas: arriba el vocerío de los pájaros y las notas cristalinas del piano.

El frutero y el mozo de dulcería cargaban para el almuerzo la venta más delicada y rebosaban los canastos de la galopina de toda clase de verduras y especias, guajolotes y pollos desplumados junto al dorso lustroso de los pescados. Todo era abundancia. El timbre eléctrico que anunciaba visitas tenía un alegre repiqueteo, mientras abajo, en el despacho, repiqueteaban también los pesos.

Se vaciaba la caja, quedaban exhaustas las carteras, los tenates llenos de menudo; las ollitas de piel endurecidas con ribetes rojos, y hasta la caja de puros donde guardaban los centavos. Pero el cofre, como un monstruo insaciable, después de vaciar sus entrañas volvía a llenarlas; llegaba la procesión de los que pagaban vaciando sus bolsas en la mesilla lustrosa ya, con un brillo metálico, rastro del río de plata que había corrido en su madera.

El Ciudadano, indiferente, no turbado por el sonar de las monedas, oía a un nuevo solicitante, siempre con los ojos bajos y jugueteando con el portaplumas.

Todo el mundo confesaba que era un estúpido, que su fortuna tenía un origen vergonzoso, que olía a establo; pero él aplastaba al mundo entero en todas partes: en los paseos, con sus trenes de embajador ruso; en el teatro, con los brillantes de su familia; en su casa, con la suntuosidad de regios salones, y en las casas de comercio con la influencia decisiva de sus arcas inagotables. Y el mundo olvidaba los antecedentes del hombre soez en su cuna, para tenderle la mano, presentarlo en sus

recepciones y admitir un lugar en aquellos banquetes donde las bodegas de todos los países estaban representadas por vinos de alto precio, y las cocinas de los mejores hoteles, por los platillos mejor confeccionados.

Era un nabab, pero no el que enriquecía a sus amigos, sino el nabab avaro que tiraba el dinero calculando de antemano cuánto había de producirle el aparentar una esplendidez de 89 por ciento de interés.

Sí, él era complaciente con aquella procesión de hambrientos que lloraban en su despacho, porque unos daban cinco pesos, otros diez, éste un mueble, aquél una alhaja, pero todos dejaban un trozo de su vellón dorado en las zarzas de aquel despacho de agiotista.

Con la sonrisa en los labios proponía intereses crecidos, verdaderas estafas, y esperaba en silencio, sin cejar, sin disminuir un centavo, y la necesidad parecía estrangular a aquellos mendigos para que lanzaran el sí de aprobación, sentencia de inopia para el resto de su vida.

Hubo viuda que, vencido el plazo de un préstamo, acudiera llevando Bonos de la deuda que en plata representaban ciento cincuenta pesos en tiempo de baja.

—Señor, no tengo los veinticinco pesos que le quedo a deber: ¿quiere usted que se prolongue el plazo quince días? En prendas dejo estos papeles...

—No es posible, señora (sonriendo dulcemente); si usted quiere, le compro los bonos en veinticinco pesos, y ¡cuidado que no me gusta comprar bonos que... ya usted ve, no se venden!

—No, señor; en cien pesos sí, ¡pero en veinticinco!

—Pues usted sabe... procederemos judicialmente...

Y la viuda dejó sus bonos en poder de Gestas.

Da reuniones y todo el mundo acude a ellas; los honrados no tienen escrúpulos en penetrar a la cueva de un bandido, cuando esa cueva arde bajo el brillo del gas, los espejos, los mármoles y se baila al son de una música a cinco pesos hora.

¡Si cada mueble, si cada candelabro, si cada alfombra, en medio del bullicio contaran su historia! La viuda con tres hijos, el padre evitando la prostitución de una hija, el deudor arruinado, el comprador en víspera de quiebra, serían los títulos de esos relatos conmovedores. Pero nadie protesta. Todo parece enmudecer estupefacto de tanta bajeza.

II

El dependiente cerraba la puerta del despacho, y Gestas subía en compañía de su familia al coche para dirigirse al teatro. Los frisonos sacudían las enormes cabezas; el cochero, enguantado y de librea, en académica postura, esperaba la señal de la partida, mientras las puertas del zaguán abiertas quedaban iluminadas por el reflejo de las linternas.

—Oiga, Carrasquilla, tome un coche y se va. Ya sabe: le dice usted que hoy

terminantemente, ni un día más. Me va usted a buscar al teatro, no se dilate... Buenas noches.

Y el rodar del coche resonó en las bóvedas mientras los transeúntes espantados se detenían a los lados del zaguán para dejarle paso.

En el teatro Gestas estaba impaciente y veía el reloj. ¿Qué le pasaría a Carrasquilla? Llegó por fin, sudoroso, fatigado.

—¿Qué hube?

—Nada, señor. Se murió el esposo de la señora; esta tendido, me enseñó el ropero ¡vacío! Los cajones ¡vacíos! Todo lo han gastado en medicinas y en los preparativos del entierro, y me ha confesado que no tiene para amanecer más que veinte reales.

—¡Qué tal! (en el colmo de la ira). Es insufrible esto, no tienen piedad de uno, no hay compasión, me acaban la vida. ¡Con esas salimos!

El público volteaba hacia el palco, en tanto que la señora al oído le decía:

—Cálmate, Gestitas, eso te hace mal. Van a levantar el telón.

—Pues vaya usted (en voz baja) y que me mande aunque sea esos veinte reales. Pague usted el coche y no se tarde.

Y ya tranquilo se sentó; parecía reventar bajo el frac y la corbata blanca.

El dependiente se paseaba agitado en el pasillo.

Qué cruel era su patrón; ir y pedir a una familia con un muerto tendido ¡veinte reales! Eso era indigno, eso era inquisitorial, eso era horrible; él pagaría los veinte reales, pero nunca, jamás, profanaría un cadáver con cobranzas de ese jaez.

Pagó el coche y penetró de nuevo al palco.

—Aquí tiene usted, señor.

—Vaya, hombre, siquiera podrá uno pagar el coche...

—¿Ya no se ofrece nada?

—No, Carrasquilla. Váyase.

Habría andado algunos pasos cuando Gestas lo detuvo de nuevo.

—Oiga, ¿qué tiempo hizo de aquí allá?

—Diez minutos.

—¿De modo que en media hora se va y se viene?

—Sí, señor.

—Pues hombre, vaya y que le cambien esta peseta. Creo que es falsa. ¡Qué gente tan ladrona!

—(Pálido de ira.) La equivoqué... aquí traigo otra...

—¡Vaya, creí que se la habían encajado a usted!

En el escenario se representaba la escena final. El marido había dado una puñalada al amante; ella se había desmayado, mientras él, dominando el estruendo de la orquesta, lanzaba una nota alta gritando: ¡*Maledetta!* Un golpe seco de timbales, y aplausos. El telón se alzó de nuevo y los tres actores, dándose la mano, saludaban al público.

Gestas.—Tengo sueño.

La señora.—Qué dices... ¡qué calor!

La niña.—La Ramici lo ha hecho bien...

El dependiente (desde el patio y hablando consigo mismo).—¡Qué alhajas tiene mi patrón... y pensar que todo viene del agio!

Veía en su interior aquella procesión de hambrientos que dejaban en su bufete hasta el último centavo. Pensaba en la familia abandonada, con un muerto en su casa, atormentado su dolor por un recibo miserable; comparaba a aquellas niñas enlutadas y llorosas con la hija de su patrón, que era cruel y decía a su papá: «Papacito chulo, sácales alhajas, brillantes, que así te salen a mitad de precio.»

¡Qué cruel era la familia toda! Sí, muy cruel; tenían corazones malos. La niña en su palco se abanicaba; resplandecían en su seno los brillantes fingiendo el cabrilleo de un mar de luz... Y el dependiente aventuraba una metáfora: cada piedra representaba un dolor ajeno. ¡Qué ironía: cubrían con una coraza de lágrimas el pecho, con un peto de diamantes, para ocultar lo asqueroso de un corazón donde todo era cruel, abyecto, miserable, negro!

Gladiator

A E. SANTIBÁÑEZ

Gladiator iba y venía de la pared a las trancas y de las trancas a la pared. Muchas caballerizas conocía, pero ninguna como aquélla, y paseaba sus grandes, dulces ojos, en torno, reconociendo el sitio. Enfrente se extendía una gran construcción de madera despintada, una especie de corredor de hotel. Llegaban muchos señores con papeles de colores chillantes en la mano, y grandes gemelos de teatro; empujaban las puertas y al abrirse se oía más claro un murmullo de colmena embravecida que no dejaba de preocupar al animal. Muy cerca de él, abajo de la gradería, llegaban las personas y se perdían tras el tosco biombo de un mingitorio. ¿Qué sería aquello? ¡Misterio!

El sol doraba la pared de adobes y hacia humear el piso cubierto por una capa de estiércol, y arriba, en el cielo limpio, erraba con blando movimiento una gran nube con orlas grises. Atado por un tosco cabresto, *Gladiator* olía el suelo. ¡Ni una hierba!, ¡ni una cáscara! Hería sus narices el hálito tibio y picante del estiércol. Paciente, manso, paso a paso, avanzaba resoplando siempre en busca de una brizna y alzaba de repente la cabeza.

El murmullo crecía, diríase el rodar del trueno: gritos, aplausos, silbidos, bastonazos. El edificio aquel que se desplomaba, los retardados corrían por el corredor y empujaban las puertas...

Oíase junto, el mugido quejumbroso de los bueyes, y claro, distinto, un toque de corneta. Algo terrible iba a pasarle; hay no sé qué aviso interior que denuncia un peligro cercano, y *Gladiator*, sin saber por qué, temblaba. Confusas sospechas, extravagantes conjeturas ocupaban su pensamiento de rocinante tísico, sin que sé diera cuenta exacta de la verdad.

Y repasaba su vida toda. Aquel ruido no le era desconocido.

Recordaba que una tarde, así tranquila, lo habían ensillado con un ligero albardón, lo habían sacado al campo. Enfrente ardían las lumbreras del hipódromo, una confusión de trajes, sombrillas, sombreros, pañuelos que se agitaban, anteojos que relampagueaban heridos por el sol, mientras los gallardetes del techo, con movimientos de látigo, impulsados por el viento aleteaban en el fondo dorado de la tarde.

Al frente la llanura verde y, como una serpiente, la pista desarrollaba su inmenso círculo rodeado de coches nuevos, brillantes; jinetes que se paraban sobre los estribos, *breaks* en cuyo techo brindaban con champaña. A su lado, rigurosamente alineados, como nunca, limpios, lustrosos, impacientes, varios compañeros suyos montados por jockeys de abigarrados trajes, esperaban la señal.

Cuando él salió, como por encanto se hizo el silencio; su jinete, muy conmovido, le murmuró no sé qué palabras inglesas al oído, y después... no supo más. Sintió los acicates horadar sus ijares y se lanzó como una flecha, ciego, palpitante; dilatados los

ojos y las narices; tendidas las crines; arrancando al piso nubes de polvo, y ensordecido por los gritos de su jockey desesperado, cuya blusa de seda inflaba el aire. Cuando lo detuvieron, estallaron los aplausos; corría su nombre de boca en boca, perlaban la seda de sus encuentros un tibio sudor. Todo el mundo le acariciaba el anca, y hubo un señor miope, que con aire paternal le alzó el labio para mirarle los dientes, y tomó sus crines entre los dedos como si fueran una madeja de seda.

¿Lo irían a correr? No, estaba muy viejo, y ya no había niños como aquella vez, que se le acercaran, le cosquillearan las anchas narices y le pusieran en el hocico terrones de azúcar. Ya no había caballerangos que vigilaran su pesebre cada cinco minutos, pasaran el ayate por su cuerpo y empuñaran filosóficamente el almartigón.

Aquella vez lo mimaban como a un niño, y ahora estaba abandonado. Entonces lo llamaban *Gladiator*, y ahora le decían con rabia: ¡Arre, zopenco! La suerte se había cebado en él; era una víctima de la desdicha.

Cuatro años vivió uncido a la lanza de un coche de alquiler. A las cuatro de la mañana lo despertaban a puntapiés, y a la escasa luz del alba y de un farol, le colocaban los añadidos y grasosos arneses, el freno, que le quedaba grande, y lo enganchaban al *cupé* aquel, su pesadilla. La caja gris, los faroles sin azogue, los vidrios castañeteando, flojos los muelles, próximos a romperse los ejes y, atada con correas embadurnadas de untura para carros, la lanza... ¡Y vámonos! ¡a la estación! ... En ella esperaba, cabizbajo, friolento, desvelado, a un pasajero; mientras el amo, envuelto en un viejo capote militar, o fumaba o apuraba sorbos de te de hojas con refino.

Recorría todo México: quemado por el sol de fragua, cegado por un polvo ardiente, acribillado por los goterones de lluvia o hundiéndose hasta el pecho en los lodazales del suburbio; azuzado por el castañeteo de la lengua de su amo, o por soeces chicotazos... y arrastrando el desvencijado carruaje, que caía y levantaba; gemían las ruedas, chocaban los vidrios y apenas podían cerrarse las duras portezuelas. ¡Pobre *Penco ex Gladiator*!

Muchas noches de lluvia lo vi en la solitaria plazuela, al lado de otra víctima. Llovía a mares, y él, cabizbajo, somnoliento, caídas las orejas, escurriendo las crines, inmóvil, medio doblada una pata trasera, resistía el temporal sin protestar. El reflector rojo del coche arrojaba a sus ancas empapadas un reflejo sangriento y se destacaba como un animal hecho de harapos, un mendigo, una silueta macabra en la desierta plazuela; en tanto que el cochero, resguardado en el quicio de una puerta, envuelto hasta las narices en una manga de hule, agujereaba la sombra con el clavo de su cigarro.

Quiso el cielo que lo creyeran emballestado y lo comprara un tal Aburto que comerciaba en tepetates y alfalfa. Aquella fue su mejor época, el período bucólico de su vida. Vagaba en el yermo potrero cuando no lo amarraban a un poste telegráfico; se codeaba con las vacas, que echadas, medio cerrados los ojos, rumiaban ladeando la cabeza, matizando el zacate a lo lejos con la mancha clara de sus siluetas; chivos

retozones con cara de ingleses de larga piocha; borregos flacos de sucia lana, y burros pensativos de sangrientas mataduras, rabo y orejas mochas, eran sus amigos. Se paseaba la *vita buona*, espantado sólo por el tren que a las dos de la tarde pasaba como flecha, silbando agudamente y arrojando largos penachos de humo. Los pájaros no le tenían miedo: volaban a su lado rozando el suelo con las alas y vocalizando alegremente.

¡Qué calma la del paisaje!

Nada agitaba al viento dormido, más que su cola al sacudirse las ancas para espantar las moscas zumbadoras y venenosas.

Al frente, la llanura gris parecía un mar de plomo opaco donde blanqueaban una que otra calavera de asno y levantaban sus grandes hojas espinosas polvorientos nopales.

El trabajo era poco: llevar todas las mañanas grandes haces de alfalfa, que habían teñido de verde sus ancas huesosas, en las que casi horadaba la piel su pelvis descarnada; le ponían un tosco bozal y levantando y abatiendo la cabeza, tomaba la vereda al trote, sin que el cuidador tuviera que lanzarle ni un silbido, ni una pedrada. Era tan juicioso, que horas enteras permanecía sin moverse entre los asnos que, frente al mercado, buscaban en el suelo hojas de col o cáscaras de naranja.

¿Por qué si era bueno lo desecharon? ¿Qué iba a ser de él? ¿Adónde estaba? ¿En qué tenían que emplearlo?

Sonó en la plaza un aplauso atronador, la música ensordecía con piezas alegres el silencio sereno de la tarde.

Llegaban hasta el corral de *Zopenco, ex Gladiator*, los bufidos del pistón y el trueno de la tambora marcando el compás de una polka, y de vez en cuando gritos salvajes que pedían: «¡Lazooo, lazoooo!» «¡Otro torooo!» «¡Trompas de hule!» «¡Cállate, mono ignorante!» Era un clamoreo atronador, aplausos, gritos, silbidos, una erupción de bárbaro entusiasmo que ensordecía, y al cual dominaba un toque de trompeta. ¡Tararii! «¡Bravo, bravo!», respondía la multitud.

Y aquellos gritos y aquel estruendo hacían estremecer a *Gladiator*, que relinchó por fin. A un lado respondióle el mugido de los bueyes, un mugido lastimero y largo que contrastaba con la alegría de la música, que tocaba una diana.

Lo ensillaron a toda prisa, pero con una silla que no conocía. Aquella crinolina de cuero, con enmohecidos colgajos de fierro, pesaba mucho sobre sus ancas. ¿Para qué le ponían un mandil de cuero? ¡Qué extraño traje el de su jinete! Un picador que no podía montarse solo por llevar una pierna de hierro. ¡Qué bárbaros acicates! ¿Para qué era aquella pica?

Dócil al freno salió del corral y ¡horrorosa escena! un compañero, otro caballo, pataleaba en el fango enrojecido por la sangre, agitado por los últimos estremecimientos de la agonía. Temblando quiso preguntarle... ¡Tararii! el toque de corneta rasgó el aire. Un mono-sabio le pegó un chicotazo en la cara e impulsándolo con un puntapié, lo hizo salir al trote al redondel.

¡Qué deslumbramiento!

El sol ardiente, flameante, vivo como nunca, arrancaba chispas a la arena en el inmenso círculo; la sombra caía en su mitad en forma de media luna; una mole de pueblo se agitaba como enjambre sin límites en los tablados; vociferaba, palmoteaba, se desgañitaba; mientras allá, junto a la valla, platicaban los toreros.

Se abrió una puertecita y se disparó por ella un toro, que se detuvo como petrificado, asombrado, desconcertado, deslumbrado por la luz, oliendo a grandes narices, erguidas las orejas, trémulas las astas, nerviosa la cola. Un hombre mariposeó frente a él la capa ¡lo mata! No pudo ver más, cubrieron sus ojos con una venda y le hundieron en los ijares las espuelas, mientras azotaban su cuello con latigazos repetidos.

La noche, la sombra, lo desconocido. ¿Qué iba a ser de *Gladiator*? ¿Por qué no lo dejaban ver? ¿Por qué lo cegaban y lo azotaban? El pueblo había enmudecido; algo supremo iba a tener lugar. Se oían los trapazos de la capa en el suelo, interjecciones andaluzas y un resoplido de rabia. ¿Qué era eso?

¿Qué era? No lo supo *Gladiator*. Lo espolearon de nuevo, lo chicotearon y sintió un golpe brusco, horroroso en el vientre, la bestia que resoplaba y se encarnizaba lo levantaba en el aire, todo en medio de un silencio imponente, al que respondía pujando el picador, sin que *Gladiator* pudiera huir de aquellas bruscas cornadas que lo traspasaban de parte a parte.

Estalló la música en una diana, el pueblo en un aplauso. Lo desensillaron; vagó al trote por la ancha plaza. Una nube roja pasó por sus pupilas, con inmenso frío tiritaron sus carnes, se debilitaron sus miembros y rodó al suelo convulso y vomitando sangre, boca arriba, viendo al cielo, por donde dulce, lenta, vagaba una nube ennegrecida; pensó en el potrero anchuroso de su época bucólica, tuvo una última convulsión y expiró.

*

La plaza quedó sola, las sillas en desorden; revoloteaban en el aire los programas de chillantes colores, yacían en el suelo pisoteados puros, cáscaras de frutas y corchos de botellas de cerveza. El crepúsculo resplandecía ardiente y rojo, fingiendo en la sombra de la plaza un incendio en cada rendija; llamaradas intensas parecían lanzar grandes lenguas de fuego por cada puerta.

En medio de la arena, desnudo, flaco como nunca, boquiabierto; abatida la cabeza, en desorden las crines como la cabellera de una mujer bañada; apagadas las pupilas, que parecían ver algo fijamente todavía; esparcida la cola, empapado en sangre el huesudo flanco, así yacía *Gladiator*, solo, abandonado. Las tinieblas parecían bajar del redondel y cubrirlo con un sudario que el mundo le negaba. El ocaso fulgurante prendía un reflejo en el charco de sangre, y la silueta macabra del caballo parecía flotar en un lago de oro encandecido, el sol le enviaba una caricia en

un lampo de púrpura.

¡Pero se apagó el sol! Las nubes negras se extendieron lentamente, se oyó el discreto rumor de la noche cercana; chasquearon en el zinc de los techos algunas gotas de agua y una bandada de pájaros juguetones, sin dedicar un trino al cadáver, tendida el ala, pasaron cantando y diciendo ¡corran, porque va a llover!

Las moscas

—¡Adiós paisana!

—Adiós, ¿qué te haces?

—Ya lo ves, pasando. ¿Y tú?

—Buscando miel en estos platos; tengo el estómago vacío. ¿Gustas?

—¡Ni sabes de la que me acabo de escapar! Revoloteaba en la calva blanquísima del señor de la casa, que está escribiendo sobre química; dice que en la naturaleza nada se cría, nada se pierde, todo se transforma; se le había ocurrido una buena idea, mordía el mango de la pluma, me paré en la blanca y venerable desnudez de su cabeza, y lo distraje. ¡Pobre animal humano! Se encolerizó, volé y conmigo volaron sus ideas, se quedó hecho un topo. Me dio risa y comencé a darle broma; ya le picaba en una oreja, ya en la nariz, de nuevo en la calva, y está hecho un loco, golpeándose. ¡Por nada me aplasta! ¡Pobre! Se quema el cerebro para alimentar a su prole.

La señora en la otra pieza también se devana los sesos queriendo resolver este problema: ¿cómo hará para sacarle al calvo cónyuge algo de dinero? Necesita comprar a toda costa un *gros* que la seduce. A un paso, el mayorcito cavila, inventa un libro de escuela qué comprar; pero en el fondo lo que necesita es una camelia para su futura, y los menores lloriquean pensando en caramelos.

El digno de lástima es el pobre químico; cada preocupación es un día menos de vida. Ahí lo tienes resolviendo ecuaciones, pero no ha despejado esta incógnita doméstica: se mata para realizar los caprichos de una mujer coqueta y los antojos de media docena de angelitos.

—Mira, hazme un ladito, comeremos juntas. ¡Malo! ya sacuden la mesa. ¡Jesús! ¡Te matan! ¡Vuela! ¡Ay!

Un trapazo del criado las aplastó a las dos.

¡Si los murmuradores fueran moscas!

Mariposa

A OFELIA

Estaba hundida en la sombra y acababa de despertar. Ya no era la larva tímida que se acordaba vagamente de una existencia pasada y pugnaba inútilmente por salir de aquel encierro sombrío; estaba atada por las mallas de seda de una red gris; sentía balanceos de rama inquieta en su prisión, tenía miedo... Iba a desmayarse y repentinamente se rasgó el velo que la cubría. Cayó deslumbrada; un rayo de luz la había herido, y huyó, huyó sin saber cómo, impelida por una fuerza ignorada, hasta que lejos, se detuvo en una rama escueta.

¡Qué embriaguez! Embriaguez de sol... La luz, que fulguraba en la fronda húmeda, prendía ascuas en cada pétalo y tendía un tapiz de chispas en el lecho de arenas de aquel parque.

—¡Hola! ¡qué bella! —exclamó una lagartija.

—Adiós —le dijo con acento italiano un pájaro de vuelo parabólico.

—¡Cuídate, hermosa! —murmuró un moscardón zumbando.

Ella estaba confusa; no despertaba todavía y la atraía algo: un reflejo de oro incendiado, un charco que relampagueaba herido por el sol. Se detuvo al borde y la ahogó la emoción. Aquello era un espejo donde se reflejaba deslumbrante, viva, con colores de flor.

Era una ninfa de ébano, con alas pálidas manchadas con siluetas fantásticas de colores vivos. Tenía un collar de seda de oro, y sus mosaicos fingían en la luz un cuello de pedrería. Era verdad lo que le habían contado. Una rosa pálida había muerto presa de un amor callado, virgen, puro, ardiente, y su espíritu era ella, la mariposa. Por un último mal pensamiento estaba condenada a buscar en todos los cálices de flor un néctar que la embriagaría, caería aletargada por el perfume y despertaría en un cielo luminoso donde las rosas blancas se casan con las aves amadas.

Y emprendió en rápido giro su carrera. ¿En qué flor estaría el néctar? ¿Sería en aquel broche de oro y perlas que fingía estrellas de nieve? No. ¿En aquella urna purpurada? No. ¿En aquella flor pequeña que asomaba entre hojas perdidas como una pupila azul? Tampoco. Se colgó a las fucsias, se hundió en el nácar de las azucenas, se meció en la guirnalda sombría de las hiedras, en la carne femenina de las rosas, en el pétalo lúbrico de las amapolas.

Una niña, blanca como las rosas, y alegre como el día, correteaba; la vio, se detuvo, creyó que era flor y voló a la madeja rubia de sus bucles. No, no era flor, porque retrocedía espantada sacudiendo sus cabellos. La vio partir. ¿Estaba condenada a no ir al cielo? Plegó las alas tristemente y, presa de amarga melancolía, se hundió en el venenoso cáliz de una flor monstruosa. A un lado había una corola lánguida, blanca, que parecía una virgen pálida de amores. ¡Ella es, sí, es! Y bebió el néctar. Comenzó a dormirse: veía en un infinito de claridad el perfil de una ave de

alas abiertas. No supo más. La arrebataron medio ebria y cuando despertó, no en el cielo, sino en una caja de cristal, estaba crucificada en una tarjeta, y abajo, con tinta azul, escrito su nombre, ¡su epitafio! Un señor serio, viejo y feo, decía en voz baja una palabra latina, y ella pensó: estoy en el infierno. Y el infierno de las mariposas es una caja de cartón junto a la cual un viejo habla de zoología.

*

Ha dicho muy bien un poeta: los ensueños son mariposas, y casi todos los viejos son filósofos y naturalistas; ¿los crucifican por amor al matiz de las alas? No, ven ellos un gusano vestido con los pétalos de una flor, ¡y eso es curioso!

¿Sabéis por qué muchos hombres revolotean así de flor en flor como las mariposas? Porque buscan una rosa blanca que los duerma con ese dulce sueño de la embriaguez de los anhelos; vuelan sobre todas y ¡cuántas veces la de junto es la urna de ese néctar que cuesta la muerte, y creen haberlo encontrado en un cáliz espléndido de color y de veneno!

Hiedras

A L. GODARD

Era un árbol viejo, abatido por los dolores. Se dice que había amado con locura a no sé qué flor que murió a sus plantas. ¡Pobre, y qué feo era! Grueso y carcomido el tronco, lleno de profundas grietas y cicatrices; herido por el cuchillo de los ociosos que habían ahondado en él cruces, letras enlazadas y corazones traspasados por una flecha; lagartijas y espinas eran los únicos huéspedes de aquel árbol enfermo. Se retorcían sus brazos como si hiciera un esfuerzo desesperado y negro; solo, desnudo en la llanura, caídas sus hojas últimas, servía no más para hacer más grande la soledad de aquel potrero amarillento, lleno de charcos; parecía un retoño de aquel terreno estéril para las flores y fecundo para las serpientes. En la tarde se destacaba en el oro pálido del crepúsculo, como un crucificado de cabeza. ¡Pobre árbol! Volaban los pájaros para saludarlo, pero los asustaba el gesto adusto del monstruo; jamás tuvo una sonrisa para las mariposas, y se aislaba de todo el mundo. Quería morir solo, desamparado; arrancando al cierzo notas elegiacas; quería morir así con su dolor, minado por el recuerdo de aquel ideal imposible, de aquella flor ¡oh tristeza! que murió tan joven, sin que él pudiera tenderle por última vez los brazos, porque el viento, gruñón aterrador, la arrebató para sepultarla en la fosa común de las flores muertas: el surco.

Un día de lluvia se dibujaba en el cielo gris con perfiles más extraños, más sombrío. Hablaba con la lluvia de sus dolores y ¡cosa inesperada! oyó una voz femenil y dulce que le dijo:

—No se queje usted de su soledad, señor; como buena vecina quiero consolarle a usted.

El árbol se enfureció, llegó a dirigir terribles amenazas a la joven hiedra, que era quien le hablaba, y se había reclinado en una de sus raíces, y la despidió duramente con un gesto de profundo desdén.

Pasaron días y meses... y la vecina no se iba; al contrario, preguntaba al viejo inconsolable cómo se sentía de males, cómo había pasado la noche... Y él llegó a enternecerse. ¡Todos —decía— me han olvidado; todos huyen de mí; las aves, porque el cierzo me azota y derriba sus nidos; las coquetas mariposas, porque no encuentran en mis ramas urnas de seda rebosando néctar; las flores, porque me creen una momia! Era cierto; sólo la tarde al morir le enviaba un beso en una ráfaga de púrpura y la noche una sonrisa en un lampo de nácar.

¡Qué buena era aquella virgen verde, tan dulce, tan risueña! ¡Cómo había crecido! ¡Era ya toda una mujer! ¡Y le hablaba de un porvenir primaveral! Desde que ella vivía a su lado, los pájaros le decían que se había rejuvenecido, fuerte y hermoso.

—Sí, hiedra —decía él con inmensa ternura— sé mi amiga, abrázame. Y ella al abrazarlo cubría con sus hojas aquella desnudez llena de arrugas que le daba un

aspecto repugnante: al colgarse de la rama escueta fingía en ella un retoño. Nacieron en las raíces algunas flores, y las mariposas coquetearon con él: ¡hasta dulcificó el aire su acento para arrullarlo! Se apoderaba de él una tierna melancolía, y se preguntaba:

—¿Por qué amaré tanto a esta vecina a quien antes odiaba?

Y la vecina lo abrazaba, y crecía, crecía, fuerte, hermosa, lozana, mientras él se agotaba viejo y débil.

—¡Oh! —le dijo una vez—, yo te amo, pero me matas, desenlaza tus brazos de mi cuerpo, ¡vete! ¡me sofocas!... ¡Aire!

Ya no era tiempo: ni el huracán, ni el torrente, ni el otoño, nada pudo arrancar aquella hiedra, sudario del árbol que desapareció bajo la esmeralda de la trepadora, fresca y alegre como nunca... Sus caricias habían matado al viejo tronco. ¡Pobres corazones troncos, pobres aislados, si llega a daros sus abrazos la trepadora invencible, tendréis aves, flores, retoños, caricias; así son las ilusiones y las esperanzas, pero tendréis la muerte, porque siempre matan las hiedras de una pasión o una costumbre!

Brisas y ondas

A LUIS LAGARDE

El crepúsculo tornaba al campo en un incendio de colores.

—Yo —decía confidencialmente una onda al viento— ¿has visto cosa más bella que yo? En el perfil oscuro de la montaña finjo la diadema de ópalos de un coloso, la luz juega en mis facetas de nieve y parece que me incendia; en la cascada soy torrente de perlas y penacho de espumas donde el iris tiende su tul de ardientes tintas; en el río, me convierto en copo de cristal que orna linfas de esmeralda, tengo la tersura del raso en el lago tranquilo y deslumbran mis cambiantes; dormida, soy un espejo donde las náyades se miran; si me encrespo, finjo una melena erizada por la ira; en el océano negro, callado, inmenso, soy el misterio que atrae y que espanta.

Yo paso, y en las soledades del volcán parece que sollozo, canto en el tular, río en las guijas, y bramo inquieta, rebelde, azotada por las alas negras de la tormenta; desciendo de la nube tempestuosa, rayo con redes de diamante el cielo oscurecido; la tierra abrasada y sedienta me absorbe con ansias de mujer enloquecida; baño a la flor que revienta pura y bella, espléndida en colores, rica en aromas; inundo el campo, pero el pantano se convierte en un cráter de vida.

En el picacho, me cuajo en perlas, soy lágrima en las hojas que tiemblan; yo retrato cuanto vaga por el azul: las aves que pasan, la nube errante que flota, las tintas de oro de la tarde expirante, la corola que se inclina para oír mis cantos de amores, la noche, la estrella de flecos de oro, ¡todo! hasta el abismo sombrío cuyo fondo nadie conoce. Tú pasas, me rizas y ¡oye! y el agua fingió entonces el eco de un suspiro blando y melancólico, diciendo: Cuando soy llanto, se condensan en mí las tristezas de la vida.

—Yo —dijo el aire— subo a las alturas, mezco a la nube, juego con la bruma, impulso a las tormentas, estalla en mi seno el rayo, repercuto sus ecos, y no me hiere; doblego a la encina, mi hálito abrasado funde las nieves, flota en mí el ave errante y la abeja de oro; si me indigno, la tierra se estremece; tengo en el huracán roncadas amenazas; en las horas de calma, finjo dulces palabras de mujer querida; me deslizo en la fronda del sauce y parece que una voz extraña murmura una elegía; espanto en las soledades de la ruina y en el vacío del templo; gimo en las altas horas en las junturas de las puertas y hago que despierten los espantos, los duendes, los vestiglos; río en el ramaje; obedezco al artista y me transformo en música; las espigas me saludan doblegándose cuando paso, y hago del trigal un mar de ondas rubias. Yo traduzco las penas en suspiros, en sollozos, y los amores en besos; soy la palabra, soy la idea, soy la ilusión.

—¡Bestias! —mugió un buey manso, volteando lentamente la cabeza, rumiando sin prisa, viendo con sus grandes ojos negros y dulces a la onda, en la que se hundió pausadamente transformándola en lodo.

El cuidador, un patán, lanzó un grosero silbido que estremeció el aire para espantar al animal.

—¿No lo decía yo? —clamó con voz enronquecida por la petulancia, un sapo—. ¡Ay, ideales, sois perlas en la altura, y lodo bajo la pezuña de una bestia! ¡Ay, ideales, sois música en manos del artista, y silbido en los labios de un patán! ¡Cua, cua! y soltó una estúpida carcajada... ¡aire transformado en insulto!

Hojas y plumas

—¿Mi suerte —habla una hoja seca— será vivir eternamente aquí, tirada en medio de la calle? ¿Me recogerá alguno como recuerdo? ¿Barrerá la escoba conmigo, o lloverá y me rejuvenecerá?

¡Vamos a ver! ¿Qué puede suceder? ¡Pues qué ha de suceder! Que esa niña que me está viendo desde un balcón, me guardará entre las hojas de ese libro que está leyendo. ¡Si supiera que soy hoja de camelia!

—Yo creo —dice una pluma— que, o adorno un sombrero o algo por el estilo; mi color no es feo. ¡Blanco! ¡Blancura de pecho de paloma! Parezco un copo de espuma... Hagamos proyectos: tú, pétalo, vivirás en un libro, y yo ¿por qué no? Pero, ¡pero! (asustadísima). ¡Escondámonos!

Ya no era tiempo; el remolino, en sus ondas de polvo gris, las arrastró a las dos. La pluma voló muy lejos, ¡quién sabe dónde! La hoja de camelia quedó sepultada en el lodazal. ¿Para qué esperanzas si el mañana es un remolino?

El caramelo

A GONZALO ESTEVA JR.

En un cornete azul de cristal de Bohemia, un dulce de fino y perfumado caramelo soñaba opíparos festines y se lamentaba.

La mesa del comedor estaba en desorden: dispersas sobre el arrugado mantel las migajas de pan, volcadas las copas con heces de vino, las cáscaras de las frutas enroscándose, las moscas revolando sobre los platos untados de salsa, inspeccionando las hojas de los cuchillos oxidados por el jugo de las naranjas o libando gotas de miel en las cucharas.

Todo indicaba un festín concluido, y aquel caramelo, que parecía un rubí, estaba triste. Lo habían olvidado en un juguete de tocador.

—Yo —decía— estaba predestinado para ser feliz; unos labios rojos, como yo, al besarme, sentirían toda la dulzura que encierro, y mi mayor placer sería que me astillaran unos perlados dientes... Conque después de salir del molde de la dulcería francesa; después de haber sido expuesto en un aparador de grandes cristales, de ser deseado por tantos ricos (porque ningún pobre se acerca a un luciente escaparate, temiendo que lo declaren ladrón); después de haber visto tantos coches, tantas sedas, ¡estar sepultado en una cajita de raso, ser regalado en año nuevo por un novio! Voy a envejecer aquí, a blanquearme como una cabeza canosa... ¡eso es horrible! Yo tengo títulos, y si no soy feliz, ¿por qué será? Pero (olfateando) ¿qué huele tan mal?

—Yo —dijo asomándose debajo de la mesa y con voz tímida, una charamusca— yo, que he sido arrojada por el hijo del portero en esta alfombra; yo, que soy feliz.

—¿Tú? (admiradísimo); explícame eso; ¿tú feliz? (con voz burlona) ¿tú, miserable indio de la raza de los dulces; tú, hijo del plebeyo piloncillo?

—Yo, yo soy feliz; mira...

—Hazme favor de no tutearme, que no somos iguales.

—Yo, mire usted (humillada), soy feliz; no porque se me exponga en luciente escaparate, como usted dice; mi hogar es una mesilla grasienta donde me codeo con las pepitas tostadas, habas, garbanzos y arvejones, las *alegrías* y pepitorias; jamás atraigo las miradas de los poderosos, ¿quién se va a fijar en la mujer harapienta que me vende? Pero el niño, el pobre niño del pueblo me encuentra al alcance de un centavo; al ir al colegio me compra, me acaricia, me encierra en su bolsa desteñida junto a la rota pizarra y al silabario deshojado; y si usted viera con qué placer endulzo sus pesares infantiles cuando burlando la vigilancia del bilioso y flaco dómine, me muerde y son disputados mis pedazos por los que no me poseen, y ¡cómo me cambian por pizarrines y canicas! Después, disuelta, muero, sí, pero bajo a la tumba sin causar mal y arrojada por la naturalísima ley de la digestión; pero usted, dulce de rico, ¡cuesta tan caro! Jamás sabrá lo que es ser comido por hambrientos labios, ¡eso es indescriptible! Cuando sea usted engullido y apenas saboreado por cansados

paladares, causará dolores, lo detestarán y un médico ordenará que una purga barra con su personalidad dañosa...

Un poeta democrático, el grillo, que opina que los versos son algo como caramelos para el espíritu, exclamó:

—Claro, por eso yo no le canto sino al pueblo...

Desde lejos

¡Oh! —decía una lagartija miope, asomando entre las ruinas musgosas su cabeza triangular— ¡oh, qué feliz soy! He encontrado la realización de mis sueños —y veía extasiada a lo lejos—. ¡Cómo brilla ese diamante, perdido en la arena! Parece un ascua. Yo amaba al sol por esplendente; pero ¡está tan lejos! y ahora me encuentro con algo que brilla más; esa piedra preciosa que chispea ardientemente. Voy a acercarme...

Y todos los días la tímida enamorada no se atrevía a emprender el camino de veinte varas, para estar junto a aquello que brillaba tanto y la tenía loca de pasión.

—¡Me ve! —decía casi llorando de placer— ¡y relampaguea!

Y el sol arrancaba dardos de luz a aquel diamante, dardos de luz que para la soñadora eran miradas. ¡Qué de sueños le inspiró a la pobre apasionada, qué de proyectos!

—Valor —se dijo un día, y se acercó tanto, que llegó junto. Era un vidrio de botella que al ser movido gruñó con voz aguardentosa... La lagartija apenas pudo huir al hueco de la ruina, junto al viejo varejón carcomido por los gusanos, y les dijo antes de expirar presa de la tisis, esa consecuencia de los amores imposibles.

—¡Ay, vecinos, si amáis alguna vez, amad de lejos; porque así parecen diamantes los vidrios de botella!

Caifás y Carreño

I

A las primeras horas de la mañana se anuncia en ciertas calles concurridas el despertar del trabajo. En las más céntricas ruedan los carruajes de los paseantes matinales del Bosque; frescas o marchitas, tronando sus faldas de percal, las modistas, apretando contra el pecho un bulto de telas, se pierden tras el mostrador de la *Casa de Modas* que, a la sazón sacuden, ordenando los maniqués. En los escaparates, a gatas, colocan los dependientes sus mercancías flamantes, o con los brazos cruzados ven pasar a esa multitud que anda de prisa y apenas de soslayo echa un vistazo a la seda artísticamente amontonada o a los objetos de fantasía que ostentan sus precios en caprichosos rótulos.

Los niños que van a la escuela, seguidos de un mozo que de todo se ataranta, muerden un mendrugo del desayuno o entablan ruidosos diálogos frente a un muñeco de cuerda o algún juguete que los absorbe. Algunas anémicas bien vestidas, pero con esa negligencia de las que saltan del lecho a la calle, con ojos débiles, regresan del ejercicio, en tanto que algunos desocupados o pasan revista a todos los retratos de una fotografía, o admiran en silencio los cromos de una doraduría. Entre esa multitud hay tipos alegres, caras risueñas, dependientes bien vestidos que dejan tras sí la nubecilla de humo de sus cigarros habanos, y con lentitud penetran a un escritorio de casa grande; hay jefes de oficina que, con las manos a la espalda y en ellas un bastón y un periódico, responden con benevolencia los buenos días de algunos subalternos que temen llegar retardados a sus bufetes.

Algo sano, fresco, alegre, flota con el suave sol que sonrosa apenas el empedrado, regado y barrido; las caras lavadas animan el cuadro, y una ciudad en esos instantes adquiere el aspecto de laboriosa colmena, de enorme fábrica, que con mil ruidos, indescriptibles agitaciones, elabora la felicidad de esos mil operarios que acometen el trabajo, fuertes y animosos. Perdidas en la interminable procesión, se deslizan también fisonomías que preocupan y publican la desgracia o la pobreza: son los inválidos de ese ejército, los empleados a la cuarta pregunta, los pobres de las grandes oficinas.

Ellos son los que en verano vienen desde un suburbio al centro, calcinados por un sol que produce hidrofobia en los perros; ellos, los que de prisa, arrojando resoplidos, enjugándose el sudor, se repegan a las aceras reverberantes sin una línea de sombra, atraviesan la inmensa plazuela que arde y, sofocados, llegan a la gran puerta, trepan las altas escaleras y se desploman frente a un escritorio, agobiados por las palpitations de la fatiga, el enervamiento candente de la siesta y el fuego inextinguible de la sed. Esos mismos, en invierno, emprenden sus caminatas sin

paleta ni guantes, roja la nariz que les gotea, tiritando, flotándose las manos entumecidas, arrojando vaho a cada espiración; no tienen más abrigo que un sucio *cachenez*, la solapa del saquillo abrochada, y cuando hay sol, su caricia apenas tibia; se les conoce a una legua por el sombrero abollado y echado atrás, el andar penoso de los que, para colmo de desdicha, tienen callos, y el aspecto sórdido de sus cabelleras más que largas y su patilla hirsuta y descuidada. Muchos de éstos no mueren de hambre, porque la Patria, esa inmensa nodriza de amplio manto, como una Isis inagotable, los acoge en su fecundo seno con maternal filantropía.

La mayor parte se dispersa en los mil corredores de las oficinas del Gobierno. Apenas puede caber ese pueblo en los amplios salones, refugio de los que ejercen la penosa burocracia, que es la carrera popular en México. Estudiantes que destripan, comerciantes que no pueden adquirir en otra parte sino exiguo salario, honrados padres de familia que no están duchos para otras profesiones, gérmenes de industriales que no poseen fondos para poner en práctica sus grandes proyectos, personajes que concurren allí por ocuparse en algo, son los miembros de ese heterogéneo conjunto, microscópicas ruedas de la enorme máquina oficial, del complicadísimo movimiento de la cosa pública. Ni la industria, ni la ciencia, ni el comercio, ninguna institución mantiene tantos hogares como ese Palacio, última etapa de tantas existencias. Volúmenes *in folio* inspiran los mil tipos, dramas y sainetes de ese vivero ruidoso. Deténgase alguno a contemplar ese desfile gigantesco de subalternos, investigue sus costumbres, resuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del señor Carreño, que entra a la sazón.

II

Su entrada a la Sección tercera (supongamos) produce en la doble hilera de bufetes cierto rumor; saluda humildemente al jefe, que coloca en boquilla de ámbar un retorcido cigarro; admite la lumbre que le ofrece un ordenanza, y abre sus cajones sacando de ellos grandes expedientes, en cuyo forro amarillo y sobre los rótulos, se extienden las armas nacionales.

Carreño llega a su mesa y saluda a dos o tres que con gran ruido de llaves y cajones se preparan a las diarias faenas; él sacude su mesa, presta una pluma nueva a un sujeto que vuelve de echar tinta a su tintero, ordena carpeta y papeles seriamente, arréglase los faldones de la levita, abre un inmenso libro salpicado de simétricos guarismos, empuña la regla, y con la pluma entre los labios, calcula la posición de aquella para trazar una horizontal perfecta.

Flota sordo rumor en la sala extensa; papeles agitados, hojas de libros en blanco que suenan, llaves, pisadas de los que entran y salen, golpes de puertas, correr de plumas, pañuelos que sacuden y, levantándose del murmullo, alguna risa franca, alguna frase suelta o el frotamiento enérgico de un cerillo. Todo es orden, sin

embargo; aún no se borran del piso de madera los restos del riego, ni se pegostean al polvo mojado los cigarros tirados; aun no llegan los clientes preguntando nombres, ni dormita el jefe, que acuerda con dos o tres individuos que, pluma tras la oreja y mostrando comunicaciones, han trepado a la monumental plataforma. Allá en el rincón se ve la pieza, amueblada lujosamente del superior; las pisadas, duras en el entarimado, son suaves y discretas en las alfombras; los escritorios no están manchados de polvo, ni hay en la elegante pieza la acumulación de personal que en el salón.

Pero volvamos a Carreño, que como una máquina escribe, ennegreciendo el papel con letras inglesas de elegantes curvas, gruesos bien trazados y rasgos litográficos. Descansa un momento, enciende su cigarro y fuma.

¡Cuántas cosas piensa cuando fuma! ¡Tristes, seguramente, porque de las fisonomías desconsoladoras de esa sección, la suya es de las más notables!

Un día, hace tiempo, a la misma hora, frente al mismo bufete, y como ahora, fumando un cigarro echaba esos planes quiméricos del que espera mucho de un empleo que se empieza a desempeñar.

Aquellas vastas oficinas, donde sólo en la mañana se trabajaba, habían sido su anhelo constante. A la sombra de aquellos altos techos pensaba realizar la tranquilidad doméstica, que no encontraba en su vida de solicitante perpetuo de empleos. Nadie más juicioso que aquel pálido señor de saquito café, codos raídos y rodilleras prominentes; nadie tan cumplido como él, «Santo Job» (su mote), que inspiraba respeto con sus largas barbas de personaje arrancado a un martirologio, y nadie tan triste como él, después de vivir la vida cierta de oficina, que tan poco deja al que posee dos hermanas, una cuñada, mujer enferma y un par de hijos.

Los sesenta pesillos apenas bastaban para cubrir el gasto doméstico; una caja de cigarros, una vuelta en tren cuando llovía, un real al portero por abrir a deshoras, provocaban una tempestad de protestas en contra de Carreño, que no apaciguaba a la prole ni con sus mismas lágrimas. Retardóse cierta vez, y costóle aquello una multa. Indecible es la que se armó a fin de mes, cuando pálido y compungido, hubo de confesar la amarga verdad.

Ocurríansele gastos extraordinarios. Sucedió que al salir de la oficina tomábalo Labastida del brazo y lo invitaba a tomar una copa en *El Nivel*; otras veces Lizana lo trepaba a un tren y cosquilleábale la dignidad aquello de no corresponder a los frecuentes obsequios. Suscribiéronlo a viva fuerza a no sé qué periódico, a no sé qué Sociedad, y esto, añadido a la deuda de su sastre, hubo de dejarlo sin un céntimo. Quedóse frío al hacer su cálculo; tambaleó junto al bufete al pensar los conflictos caseros, creyeron que tenía un vahído, y soltó la verdad a su vecino, que simpatizó con su dolor por ser el propio muy semejante al suyo. Y le sopló al oído una frase milagrosa:

—¡Vea usted a Caifás!

Caifás era un empleadillo de saco desteñido, melosas maneras y generalmente

conocido. Acercábanse a su mesa, guiñándole el ojo, él les alargaba un papelillo, y afuera, en el mingitorio, entregábales una cantidad. Era el prestamista de las oficinas.

Es este un tipo, por desgracia en vigor, que explota a los cándidos que caen en sus garras, y nuestro hombre acercóse a su vez, guiñole el ojo, presentó sus fiadores y recibió la cantidad prestada con un interés que ruborizaría a un empeñero de los más empedernidos. Pasáronse los meses con rapidez inapreciable, y apeló a Tarquino, un personaje discreto que entre diez y once de la mañana hacía su aparición por aquellos barrios y ejercía la misma profesión que Caifás. Cumplióse el plazo de Tarquino, y el buen Carreño, flaco, agobiado, seco por las preocupaciones, llamó a todas las puertas sin lograr más respuesta que una política negativa. Entonces comenzó la época más amarga; el objeto sacado clandestinamente del hogar y transportado al empeño, la petición de plazos y el crecimiento colosal de réditos y más réditos.

Entraba a su oficina y andaba como un ebrio cuando su mirada tropezaba con la del implacable Caifás, que le decía en voz muy baja: «¿Cuándo?»

Veía en perspectiva las diligencias judiciales que acabarían de arruinarlo. No había remedio, el prestamista poseía su firma, una carta en blanco y era... El pobre Carreño fumaba pensando en el hogar, el sueldo exiguo, la prole hambrienta, y sentía a su derredor ese inmenso desamparo, esa abrumadora indiferencia, ese enorme vacío que circunda a los desheredados, en tanto que Caifás sonreía chanceándose con el cajero.

Llegaba la tarde. Festivos grupos se desparramaban por escaleras y corredores; sacudíanse los zapatos con los pañuelos, soplaban el polvo de la ropa, cepillaban con la manga el sombrero y satisfechos se lanzaban a la puerta. Unos pensaban en la novia, otros en la calma del hogar; aquél compraba dulces para el bebé; Caifás hacía chispear su anillo, en tanto que otros se iban al cercano café; y Carreño, preocupado, sin esperanzas, salía también, sórdido, miserable, triste, sin pensar en el descanso e invocando la muerte como único remedio, monomaniaco cuyo tema era el acreedor brutal ayudado de tinterillos y gendarmes.

La ciudad volvía a animarse, las figuras de la mañana entraban de nuevo en la procesión del público, perfilaba la púrpura del ocaso el inmenso gentío; las caras marchitas, los trajes ajados, el andar cansado, desfilaban por segunda vez, y el murmullo creciente volvía a evocar la memoria de inmensa colmena que va a despoblarse.

Que el observador se detenga a contemplar ese desfile gigantesco de subalternos; que investigue sus costumbres, resuelva los problemas trascendentales que surgen de ese *maremagnum*, mientras yo me apodero del señor Carreño. Ya no es tiempo, se ha fundido en el gentío, ese océano sin límites ni buzos, en el que se mezclan los pícaros y los honrados, y se codean un bandido burócrata como Caifás y una víctima como Carreño.

Notas de cartera

A EZEQUIEL A. CHAVEZ

Don Lucas ejerce la honesta profesión de «evangelista».

Es un viejo mal vestido, a veces envuelto en una capa gris llena de manchas; larga y canosa melena, venerables pero incultas barbas; ojos semicubiertos por caídos párpados; grandes narices soportando anteojos que cabalgan en su mitad y no descienden hasta la punta, gracias al cordoncillo, que anudado en el *occiput*, los sostiene. Es el tipo del enfisematoso: siempre está fumando y tosiendo, se coloca en las mañanas cerca del sol para calentarse, y, apoyada la cabeza en una mano, sigue los giros de una espiral de humo.

A veces escucha atentamente el relato de alguna vendedora de legumbres, las explicaciones de un payo grave; se encorva sobre el papel, levanta las cejas como un ademán del esmero y la atención, prueba la pluma, sacúdela si está muy cargada de tinta, y escribe lentamente. A cada párrafo, pluma en ristre, lee lo escrito, en tanto que su cliente aprueba con el silencio más profundo.

Su bufete fue de escuela o juzgado en sus buenos tiempos. Una desteñida cortina, como sucia pantalla, lo protege del sol y del viento; sobre su tapa yacen la carpeta de charol descascarado o blando cuero, el tintero tosco y manchado frente a la hoja de papel rayado, tersa y limpia, en cuyo fondo blanco se destaca la mano sucia, velluda y huesosa del amanuense.

¿Qué cartas escribirá? me he preguntado al ver desfilar frente a su mesilla tantos tipos, llorosos unos, tranquilos otros, estúpidos los más. Si tuviera algo de literato podría escribir un volumen sobre los secretos que ha sorprendido. ¡Cuántas veces una carta no es sino el extracto de grandes dolores, desconocidas tragedias, irremediables esperanzas y crímenes ignorados! El «evangelista» es el secretario de los léperos, el confidente de la chusma que no sabe leer ni escribir; es uno de tantos tipos que desaparecerán con el progreso, pues denuncia la existencia de los analfabetos.

Vive de escribir; serio, reservado, permitiéndose dar consejos una que otra vez, y llevando sus habilidades hasta resolver cuestiones aritméticas.

Su domicilio es el portal de Santo Domingo, ese museo al aire libre.

Muchas mañanas me he extasiado frente a los puestos, viendo exhumar los objetos para la venta. El dueño de ese comercio es un hombre que a la vez que funge de vendedor de antiguallas, se dedica a la mala relojería, compone paraguas o remienda zapatos.

Abre desde temprano gravemente sus cajones; ordena primeramente y en el lugar más visible, lo menos usado, como herramientas de oficios diversos; alinea las limas y los formones, amarra grandes colgajos de llaves, ordena tirabuzones y tijeras; en cajas de betún vacías guarda las ruedas de reloj y hacina en tosco cajón números de cargador, pedazos de candelero, tapones y prismas de cristal, almendras de

candelabro, frascos vacíos, tuercas y tornillos; protege, como bajo un capelo, las máquinas de reloj cubriéndolas con una copa sin pie. No es raro encontrarse en esa *morgue* de lo inservible algún libro apolillado y manchado de amarillo, un retrato sin marco o uno de esos cuadros bordados de relieve representando rosas y que, en el fondo azul del vidrio y con letras de oro, dicen: «A mi adorado papacito en el día de su santo.» Pocas veces hay algo bueno: un pedazo de santo, medio muñeco de porcelana, un plato con paisajes, violetas, cabezas, piernas y troncos de Cristos de marfil, puños de bastón o mazos de fotografías que ponen en evidencia la fealdad y la ternura de los que han escrito al dorso una dedicatoria.

El vendedor pasa la vida ayudado por sus vejestorios. A un paso remienda un zapato que hace gestos, endereza un tacón en plano inclinado, echa medias suelas a una bota de niña pobre, y corrige las seniles curvaturas de un paraguas. Se pone en pie y se dirige a una vendedora de tunas que surge de un montón de cáscaras, engulle la jugosa fruta después de meter los dedos en el salero, abrir la boca y dejar caer desde lo alto el polvillo; en seguida echa un párrafo con la que expende botines (de charol con hebilla de estaño y lacito morado), con gran vergüenza de una criada que pujando, roja, cubierta de sudor, pugna por sacarse un botín que le aprieta, lanzando largos bufidos de fatiga, mientras la madre contempla las chanclas de paño y los monstruosos zapatos de cuero de becerro. De ahí nuestro hombre pasa a florear a la que hace quesadillas, roja de calor, lustrosa de grasa y apestando al vecindario con el humo irritante de sus cebollas fritas.

Buscaba un vidrio de aumento, si no me engaño, una mañana que cierto amigo mío se despedía acaloradamente de don Lucas: hizo que le acompañara yo hasta la esquina, y me contó que el tal don Lucas había sido de muy buena familia, pero había quedado en la miseria; fue maestro de escuela hacía poco tiempo, pero enamoróse de la hija del alcalde, y estuvo a punto de morir a manos de cierto bandidote de aquellos rumbos, y nuestro hombre, con todo y sus cuarenta y pico, se había enflaquecido por su ella.

Desde entonces, cada vez que pasaba frente al «evangelista» lo veía con atención, inclinado sobre el papel, colocando la falsa llena de borrones o dirigiendo miradas tristes al espacio como si soñara con la hija del alcalde; sufría, no cabe duda, porque era muy callado y no entablaba relaciones con sus vecinos y tenía siempre un aire pensativo.

Más de una ocasión sentí una punzante curiosidad por saber qué cartas dictaban los que iban a demandar sus servicios; pero cuando me detuve cerca de la mesilla, con el pretexto de buscar chapas y perillas, no sorprendí más que trozos de epístola sin interés.

Un día vi acercarse al bufete una gruesa matrona de enaguas almidonadas y rebozo nuevo; sentóse en la silla de tule, cubrióse la boca con el coyote de bolita, y teniendo en la mano un pañito de dibujos amarillos, saludó:

—Buenos días, señor.

—Buenos días señorita: ¿en qué puedo servir a usted?

—Pues señor: mi compadre de Ixtlahuaca, ha de saber usted, está encargado de mi hija (mi hija) porque aunque tiene su padre que es mi marido legítimo, con perdón de usted, estamos enojados, y no ve por la muchacha. Aunque pobre, señor, tengo dignidad y me contaron que Petra, que es la gracia de mi hija, andaba en malos pasos con un tal Cayetano, que con perdón de usted es mala gente, señor; y yo no quiero que mi hija se pierda, señor; porque le juro a usted por Dios que yo no la iduqué mal; eso sí, señor, yo pobre pero no mala madre (pucheros). Conque ha de saber usted que me lo dijeron, señor, una persona que lo vido, y me dijo también la tal persona que a quien la muchacha quería era a un señor maestro de la escuela que dizque iban a matar por causa suya, y yo quiero, señor, que usted me lea un recado que me han escrito de mi tierra para saber, señor, lo que les ha acontecido. Y diciendo esto desenvolvió de un periódico la carta que el amanuense leyó, y decía:

Mi compadre don José te entregará la presente que me hase favor de escribirme don Regino y en la que te digo lo que ha acontecido por acá. Tu hija Petra está mala y creo que le han hecho mal de ojo porque desde que se fue don Lucas está pero si hecha una hebra la pobre no quiere comer y su padre le pega porque la susodicha no quiere casarse con Calletano.

El señor cura lo sacó el diablo el otro día porque dice que por eso le daban los asidentes susodichos y se le ensendió una vela al señor San Pedro para que sanara pero a seguido mal. Tus milpas van bien y la Prieta tuvo su burrito. La Pinta no ha puesto porque tiene gorgojo y tú recibe un abrazo de tu compadre.

Salomé Antonio.

Púsose muy descolorido don Lucas al leer esto, en tanto que la mujer lloraba y decía:

—Ya me lo afiguraba, sí señor; ya me lo decía el corazón que mejor no estaba bien. A ver señor, lea esta otra. Si como hay tanto trabajo donde sirvo, no tengo campo de venir; ya hacía días que quería ver a su mercé para que me leyera; luego hay ocasiones en que se me juntan hasta cinco cartas y me da mortificación decirle a la niña que me las lea, porque ya sabe usted, señor, lo que es eso de que le digan a uno sus gentes, cosas, señor que... (sollozos).

Compúsose el amanuense los anteojos, y seca la boca, ansiosa la mirada y temblorosa la voz, leyó:

No te había escrito porque como estoy trabajando en la troje de don Sabino, no tengo campo de ir a ver al señor de la tienda que es el que me da noticias tocante a tu hija, pero el día jueves me trujo un recado uno de allá diciéndome que fuera violentito y fui. Tu hija Petra sigue mala de los asidentes, echa espuma por la boca y el señor cura ha ido dos veces a conjurarla pero con todo no se alibia, así es que debes benir.

Disen que está así por mi compadre que le pega mucho pero como es aquí de los de arriba ni modo de echarle un pial para que no se buiga tan juerte. No se be ni la sombra de don Lúcas y eso es lo que tiene así a la muchacha, si biniera tal vez al mirarlo se compondría. Tus milpas se tostaron con la granizada, la Prieta está con muermo y el cacomixcle anda por aquí y nos ha comido algunas gallinas solo se ha salvado la blanca que ora sí está muy ponedora y tu compadre que te desea felicidades.

Salomé Antonio

—¡Ay, señor, si eso de tener uno sus gentes lejos es malo, porque, ya usted lo ve,

señor, suceden unas cosas que sólo Dios...! Yo, señor, pues que casara con el maestro de escuela si esa es su voluntad, pero que no sufriera; dígame su merced.

El «evangelista» estaba lívido; leía y releía las cartas, evocaba la memoria de Petra, su amor último, porque era ella la hija de aquélla. A punto estaba de decirle:

—Señora, yo soy el maestro de escuela, vamos a Ixtlahuaca y me caso —pero conocía al alcalde y al feroz Cayetano, dominaba su emoción y encendiendo un cigarro pasaba a la tercera carta.

Ay, comadrita, Dios te de resignación, pero puedes rogar por Petrita que Dios haiga perdonado porque se murió el día martes y yo no te lo quisiera desir pero más vale que lo sepas, a la pobrecita la mató a muinas mi compadre que Dios se lo perdona pero es muy malo, sí comadrita, las milpas ban cada día pior, nos ha cáido el chagiixcle, la Prieta está coja y se ha perdido la Pinta.

Salomé Antonio

La señora del rebozo sollozaba.

—¡Ay, hija de mi corazón, de mi alma; Virgen Santísima de los Remedios... hija... hija...!

Abundante lloro hinchaba sus ojos y narices; empapado estaba el pañito y sacudían su seno y collar de falsos corales, convulsivos y entrecortados sollozos.

—¡Ay, ay, ay, hija de mi corazón! ¡Quién me lo había de decir, ay!

El «evangelista» había cruzado los brazos sobre la carpeta y escondido entre ellos el rostro y sollozaba también, gimiendo con desesperación: ¡Petra! ¡Petrita!

*

Momentos después era aquel un desorden atroz e imposible de describir. El de los fierros viejos, que componía un reloj, saltó del mostrador sin quitarse el lente del ojo; la de las tunas llevaba un vaso de agua y la de los zapatos tenía en sus brazos a la pobre señora del rebozo coyote, que, desabrochado el saco, en desorden las enaguas, tenía un acceso de risa nerviosa, que no obstante la gravedad del caso, parecía cosquillear al del puesto.

—Madre, échele agua fría.

Y la madre de la que vendía botines, hacía un buche y regaba el rostro de la gorda enferma.

—Tápela, Chonita, porque el aire la puede dejar así, torcida; dicen que es malo.

—Métanla, al zaguán del ocho. Pobrecita, suda a chorros y está fría como un granizo...

Y mientras el gendarme llegaba y la señora reía, el pobre don Lucas lloraba a mares, sin oír al de los relojes que le decía moviéndolo y con las pinzas en la mano:

—Pero ¿qué es eso, don Lucas? Los hombres no lloran...

¿No decía yo bien? ¡Cuántas cartas encierran grandes dolores, tragedias desconocidas, irrealizables esperanzas e impunes crímenes!

La pantomima

A L. GARCÍA Y M. BELTRÁN

Era noche de beneficio. Una música militar ensordecía ejecutando un paso doble obligado a pistón; estallaban los cohetes, giraban con vertiginosa rapidez los castillos y se aglomeraban los paseantes en torno de las vendimias.

Grande debía ser la concurrencia del Circo, porque los retardados que llegaban al ventanillo del vendedor de boletos, recibían una negativa.

—No quedan ya.

—¿Ni de tercera fila?

—Ni de éstos.

Los revendedores les ofrecían a precio doble y algunos se resignaban a hacer un gasto extraordinario para ver la aplaudida pantomima que se representaba: «La Cenicienta.»

Se aglomeraban los carruajes frente a la entrada, desde el coche particular que rayaba sus caballos hasta el humilde simón, cuya portezuela sólo se abría a puntapiés. Niños alegres, señores de paletos claros, damas envueltas en salidas de baile y empuñando costosos abanicos, penetraban lentamente a la tienda, alumbrados con profusión por la enorme llama de un rojo fanal, custodiados por los gendarmes y entregando uno por uno los boletos al recogedor que les alargaba un bien impreso programa, en tanto que los acomodadores, atarantados ya, indicaban los asientos.

La festiva multitud se perdía tras una gran cortina. Al levantarla oíanse los ecos de una monótona obertura, se entreveía el incendio del interior y los millares de cabezas que se agitaban.

Tenía que transponerse el pasillo haciendo esfuerzos con los codos, rozar las piernas con mil rodillas, atravesar un oleaje humano para llegar al asiento.

Las gradas estaban hinchadas, brillaban aquí y allá los galones de los sombreros anchos, azuleaban los rebozos y clareaban de trecho en trecho las frazadas rojas, las camisas o la nota azul cobalto de un traje cursi. Aplaudían, pateaban, silbaban pidiendo el comienzo de la fiesta, y se levantaba del sordo murmullo del pópulo una voz airada, la de alguno a quien apretaban demasiado o habían pisado. Era tal el gentío, que las mujeres llegaban a su asiento despeinadas, con el rebozo caído y las enaguas ajadas.

Abajo, era un tumulto semejante, pero menos soez. Los palcos estaban llenos, blanqueaban las tiras de los programas, brillaban los redondos vidrios de los gemelos, se extendían como alas desplegadas los abanicos, fingiendo aves que van a emprender un lento vuelo. Los colores de los trajes, el suave reflejo de las sedas, el chispazo de los brillantes, los sorbetes nuevos y planchados, todo resplandecía bajo el inmenso aro de picos de gas, fingiendo un vaivén de océano que arrastrara todos los tesoros de una reina.

Sonaban las rojas sillas, sin cesar se oía el suplicante: «Con permiso», de alguna familia retardada que a grandes penas alcanzaba su asiento y llegaba a él con los vestidos arrugados y el rostro amoratado de vergüenza.

Leves nubecillas de humo flotaban en el aire, y como carbunclos ardían los cigarros a lo lejos.

En el redondel un mozo de librea barría una alfombra, otro, a pulso, trepaba por un poste en medio de la furiosa alharaca del público de las gradas.

El clown asomaba su cara pintarrajeada tras el telón y el director de la música levantaba lánguidamente su batuta. Iba a comenzar la función; algunos señores se descubrían al oír el golpe de la campanilla y otros recorrían sus programas.

Poco se fijó el público en la flaquísima señora que hizo los ejercicios en el alambre. Levantaba un pie, enviaba un beso al público, sin separar la vista de un punto del espacio; sacudía su pañuelo, alzaba el otro pie; se hincaba, temblando e impulsada por el vaivén del alambre, y se recostaba como en una hamaca, tomando académica postura, que aplaudía el público de las gradas.

Las señoras, con pequeños gemelos, pasaban revista al público deteniendo su observación en algún palco ocupado por gentes de gran tono; otras lánguidamente, inclinada la cabeza, con los ojos dormidos y entreabiertos los sonrientes labios, se abanicaban, y sólo los niños, apoyadas las mandíbulas en las manos y los codos en las rodillas, con grandes ojos admirados, seguían los movimientos de la artista, que se había hincado, y juntaba las manos en ademán de oración; la música tocaba *sotto voce* un aire que iba acorde con la postura, un compás de elegía americana.

Oíanse risas en un palco de señoritas muy pintadas, recién venidas de no sé qué Estado, y charlaban con un obeso personaje con fieltro color de canela.

La señora del alambre se había parado con un solo pie; alzaba en ángulo recto la pierna, y con los brazos extendidos y móviles como los de una balanza para guardar el equilibrio, volvía a recibir los aplausos del pópulo y los niños. Saltó al piso, y tocándose el corazón envió mil besos y se retiró dando saltitos, muy conmovida.

Casi nadie se ocupaba del espectáculo pasando revista a los mil concurrentes. Pasaron inadvertidos los ejercicios acrobáticos, las dislocaciones de un hombre serpiente, y se saludó con ¡bravos! la salida del clown en el «Acto principal» por una *miss* muy delgada que vestía vaporosas enaguillas de crespón, hacía ridiculos gestos de amabilidad al público y ponía en evidencia la flacura de sus piernas.

El caballo, con aire de fatalidad, daba vueltas a pasos largos, sacudiendo al estornudar, la cabeza, y arrojando la arena del redondel a los concurrentes más cercanos. ¡Como rio el público con los visajes del clown! Los niños se desternillaban cuando se daba un golpazo, abofeteaba ruidosamente a un señor de casaca muy larga, y agujereaba los grandes discos de papel, sacando la lengua y aventando por el aire su gorrillo cónico.

El calor era sofocante, los rostros se enrojecían; el brillo de los ojos era intenso y flotaban en el aire perfumes de pañuelo.

El clown estaba serio y la del caballo saltaba sobre cintas de trapo y atravesaba por grandes discos; en tanto que los músicos, medio dormidos, seguían tocando un paso doble hipnótico al compás de los chasquidos del látigo. La dama, sentada negligentemente en las ancas del caballo, veía con aire dulce al público, sonriendo a algunos conocidos al pasar.

Iba a comenzar «La Cenicienta», y los niños se paraban en sus asientos palmoteando. Algunos señores se iban al pasillo, aprovechando el intermedio de 10 minutos, para respirar un poco o apagar la sed con un *bock* de cerveza o una grosella.

En el interior, en las cuadras, en el foro del circo, tenían lugar otras escenas: los niños pobres que iban a representar en la pantomima. Pálidos, desvelados, se vestían, oyendo las recomendaciones del director de escena, que les encargaba hicieran elegantes caravanas

Reían los mozalbetes divertidos porque les iban a dar pasteles y quizá dinero, y todo por salir un momento escoltando al príncipe en el gran baile.

El soñado muñeco, la estampa codiciada, el dulce querido iban a salir de aquella representación. Los papás, artesanos o gente pobre, sólo por verlos habían tomado un asiento de gradas. Había pilluelos a quienes era necesario vestir, otros no podían sufrir los zapatos, que se ponían por la primera vez, y más de cuatro, acostumbrados a la blusa, se sentían incómodos con el traje de público palaciego.

Las niñas se ponían el polisón por delante, y se peinaban al tacto, porque no había espejo, y enredaban la gran cola de sus trajes en todos los obstáculos.

Una de ellas, Remedios, precoz, soñadora, que si hubiera sido ilustrada parecería una gran mujer, era la más animada de todas. Creía que aquello era no una farsa sino una verdad, iba a visitar un palacio de de veras, a asistir a un baile real, y en su cerebro de niña pobre hervían no sé qué confusas ideas de grandeza.

Cuando salieron al redondel pareja por pareja, eran saludados con grandes risotadas. Las señoras se torcían en sus asientos, los hombres se oprimían el estómago fatigados de reír y con los ojos llorosos.

¡Qué desfiguros, Dios mío!

Los muchachos de la pantomima llevaban puestas las pelucas al revés, las rubias dejando a descubierto el cabello natural, descuidado y negro; aquel de allá tenía los calzones muy largos; otro llevaba las medias caídas; dos muchachas eran soberbias, ¡qué colores! morado, anaranjado, crema; ¡qué colas de media vara! Asomaban los zapatos sin betún, andaban tropezando, se resbalaban en la restirada alfombra y no sabían dar la mano a los galanes, que, con la boca abierta, llevaban paso de marcha, las sentaban, se ponían el sombrero de tres picos en el estómago y hacían una caravana, ¡y qué caravana!

Lo que más preocupaba al público era el color moreno de aquellos infelices.

—¡Qué prietitos! —decían.

Los padres no sabían lo que aquella algazara significaba y sonreían satisfechos desde las gradas, diciendo los nombres de muchos que salían, porque eran del mismo

barrio.

¡Jamás se habían vestido sus hijos con trajes más elegantes!

Remedios estaba alucinada, deslumbrada por la luz, confusa en aquel bullicio, veía con aire estúpido al público, a la abigarrada multitud, y se sentía rica, feliz, hollando aquella alfombra, adormecida por la música. Era verdad, lo juraría, hay un hada que protege a los niños pobres, y con un golpecito de su vara mágica se convierten los carros en carruajes, los harapos en seda y las galopinas en «Cenicentas». ¿Cuándo le llegaría su turno?

Cada limosnera que llegaba a su casa se le figuraba el hada que con harapiendo disfraz iba a convertirla como a la hermana humillada del cuento.

Aquel era su momento feliz. Olvidaba su pobreza, su Escuela Municipal; las borracheras de su padre, los azotes de su mamá, la dureza del mendrugo empapado en caldo frío, que era su alimento; el cuarto nauseabundo del arrabal, toda su existencia de niña pordiosera; en aquel instante era una dama y estaba en el cielo. ¡Qué luminoso el gas! ¡Qué música tan suave era la murga del circo! ¡Qué tela tan fina la de su traje ridículo! ¡Qué suavidad de césped la de la roja alfombra! Eran un manjar de reina los pasteles y un verdadero príncipe aquel niño rubio, vestido de seda, que la saludaba desde su trono de cartón.

¡Y lo que sólo era un sueño de oro, la hacía estremecer con un placer inmenso!

*

Concluyó la función. Vacióse el circo; los concurrentes fueron saliendo; los señores levantaban el cuello de sus paletos y se cubrían las narices con pañuelos y mascadas; las señoras, se envolvían en claros abrigos tomando el brazo de sus compañeros; montaban en los coches, se despedían de sus conocidos que turbaban el silencio con sus pláticas, sus risas y el ruido de sus pasos.

Las calles estaban solas, los gendarmes pitaban, y grupos de perros en medio de la calle se espantaban al verlos pasar.

Remedios tuvo que desvestirse; tenía el rostro ardiendo. Al entrar a la caballeriza sintió el soplo helado del húmedo viento que olía a estiércol. ¿Cómo? ¿Qué sucedía? ¿Dónde estaba?

¡Qué lástima, no era cierto!

Caía de lo alto de las ilusiones; sentía un amargo desconsuelo y recordaba las desazones de la realidad abrumadora.

Pensó en el suburbio oscuro, en la borrachera del padre, en los azotes de la madre; en el hambre, el frío, la escuela, esa serie de dolores de su vida miserable. Se vistió las rotas enaguillas, el saco desteñido, el manto desgarrado, y ya cubierta por los harapos lloró sobre su disfraz de princesa. Algo que no comprendía bien, algo confuso, una amarga verdad que palpitaba sordamente en su interior la entristecía; pensaba que sólo en «Cenicenta» hay hadas que transformen en princesas a las niñas

pobres, y es muy duro pasar de la pantomima a la verdad.

El ideal

Páginas de un diario

A J. MUIRÓN

I

Todo el mundo duerme en casa y aprovecho esta oportunidad para apuntar mis últimas impresiones. ¡Qué poderoso es el recuerdo! Jamás creí que este cuarto desmantelado fuera escenario de los más bellos cuadros. Todo se transforma: la mesa manchada de tinta, los volúmenes dispersos, sucios y desencuadernados; el bote de pomada que me sirve de tintero; el baúl de cuero que hace veces de aguamanil, diván y guardarropa; la cama hecha pedazos, y hasta las litografías que cuelgan de la pared húmeda y descascarada.

El aspecto sombrío ha desaparecido, dejando en su lugar la imagen del salón de tapices rojos; todo tiene una aristocrática corrección; la hilera de sillones blandos, el diván, las colgaduras de elegantes pliegues, la alfombra sin una arruga, los inmensos espejos donde se retratan las plantas exóticas surgiendo del jarrón de Sajonia, o los extravagantes dibujos azules de los tibores. Ahí, detrás del biombo negro bordado de oro, oigo una voz dulce, la de Olimpia. Todo es tranquilo bienestar, la atmósfera apenas caliente, los aromas de flores que languidecen en grandes ánforas de porcelana, la luz discreta de un pico de gas apenas entreabierto, el rumor que acaricia como una música de esas frases dichas en voz baja por la que amamos. Los profanos no saben qué inmenso placer se disfruta en esos instantes. Ella estaba en un extremo del sofá y yo en el otro. Ella jugueteaba con las borlas púrpura del mueble, y yo la veía como la figura más bella de un cuadro. Ése era su fondo, ese fondo de sedas ricas, esa sala suntuosa, esa luz de *budoir*. Es un personaje que no puede pisar más escenarios que los escenarios del gran mundo. Dando un sorbo de te me hablaba del odio inmenso que le tiene al bullicio. Sus gustos son extraños: ama el crepúsculo por sus languideces de moribundo, le gustan las flores pálidas, los aromas suaves, las alfombras espesas, los tapices oscuros, los versos tristes, las frentes soñadoras y la música de Schubert, Mendelssohn y Chopin. Todo lo que produce la sensación de un baño tibio; ese abandono moral, ese vuelo lento de nubes, lo exquisito, lo delicado... Si ella pintara, sólo podría pintar escenas polares y vírgenes pálidas, blondas y de ojos azules. Y ella era así: tenía la palidez de una flor de invierno que vive en la sombra, los cabellos parecían un reflejo de oro del otoño en el cráter de un volcán, y sus ojos azules no sé qué fondo glacial. En su palabra lenta, suave, dulce, había notas que acariciaban, y en sus ideas una vaga melancolía de poeta.

Se sentó al piano y se puso a tocar una música extraña. Esa música que hace enmudecer, recogerse y pensar algo que se levanta sobre las ideas vulgares. Era un sollozo encerrado en unos cuantos compases. Una de esas melodías que no se aprenden de memoria... y suenan al oído como un poema, cuentan la historia de dolores desconocidos, luchas inmensas, sueños irrealizables, ansias de algo que nunca ha de llegar.

Aquella música me hizo sumergir en una *rêverie*, evocando esos fantasmas fugaces de la ilusión, esos perfiles esculpidos por el deseo, y esas memorias que acuden, no como personajes ausentes que vuelven del mundo, sino como almas que salen del paraíso con la túnica inmaculada de Beatriz.

Cuando ella concluyó, le pregunté:

—¿Qué pieza es ésta?

—Chopin —me respondió.

¡Pobre Chopin...! ¡Con razón era tan triste su música; esos acentos de tísico, esos gritos de soñador impotente arrancados por la nostalgia del ideal!

He realizado mi sueño: tenerla un momento en mis brazos, ver en sus ojos esa aurora flamante de pasión, sentir escapadas de su labio la despedida como una queja y la caricia como una consolación.

¡Eres para mí, Olimpia, una creencia abrazada con ardiente fanatismo; encierras para mí cuanto puede encerrar un sueño dibujado con esas líneas que sólo inspira un cerebro joven! Si en mis cartas encuentras un vago perfume de poesía, no es sino el rastro de tu memoria el que hace estremecer mi pluma. ¿Por qué, dirás, el escepticismo cuando asoma el alba en mi espíritu? ¿Por qué las flores secas en el cerebro donde apenas se anuncia un abril rico en colores? Porque tú eres mi musa y estás muy lejos.

Me atan como a una roca las privaciones, el trabajo, el desaliento, la pobreza...

En mis largos insomnios flotan ardientes, vivos, como evocados por un conjuro, los recuerdos. Sueño y despierto, veo que mi vida es poca para alcanzarte, y la distancia que nos separa me hace pensar en la elocuencia de aquella palabra griega: nostalgia. ¿Sabes tú qué es eso? La enfermedad de la ausencia; mi dolor, tu ausencia, la ausencia de un ideal.

II

Comentarios del Diario

Con rostro serio y adusto, pálido, con esa palidez de la gente agobiada por el peso de las contrariedades y el aguijón de un carácter agriado por las mismas, aparece en el quicio de la puerta la madre de nuestro joven que recorre las líneas de su diario y parece satisfecho de aquel producto patológico engendrado por el coñac y el café.

Con voz breve, pero seca, le dirige estas palabras:

—¿Ya escribiste eso?

—Mamá —responde Camilo importunado por la pregunta— es inútil, no han de dar ni un solo centavo y se expone uno a que le hagan groserías y desaires que, francamente, no puedo sufrir.

—No te enojés... Ha sido sólo una pregunta. Cuando hay necesidad, hijito, pasa uno por todo; y por no molestarte, ¿qué comemos? ¿Con qué se cura a tu hermana? Nada castiga Dios como el orgullo...

Camilo traga saliva agitando el pie con impaciencia. Empezaba una de aquellas largas disputas sobre la inopia casera. ¡Cuántas veces después de lanzarse a regiones etéreas venía una persona a contrariarlo como si se encarnara en ella la realidad, como si fuera la personificación de la prosa que lo hería en lo más íntimo!

Se forjaba un paisaje risueño, una escena de idilio fijos los ojos en las fórmulas del álgebra, volvía la vista y... la pieza oscura, la vela de sebo humeante, el mobiliario roto, la prole colérica, el hambre no saciada le hacían exclamar con declamación de drama: ¡Qué infeliz soy!

Pensaba en la riqueza, ese síntoma de locura de los arrancados. Tristezas, disputas, hambre... ¡el demonio!

Siento, decía con el mismo acento dramático, las ansias de un ave de alto vuelo ansiosa de luz y espacio, y a quien cortan las alas. Se paseaba en el cuarto entablando largos monólogos, representaba escenas de las que siempre era el héroe y las escribía en su famoso diario, inventario de todos sus fantaseos. (Caravantes.) ¡Dinero! Ésa era la llave milagrosa que abriría las puertas de su porvenir, dibujado con las tintas de oro de los sueños. Fiaba en algo sobrenatural: en una lotería, en una herencia; pero debía, tenía que ser rico. ¡Qué tristes son los mirajes del alma desierta cuando una voz familiar, brotada de los labios de un acreedor, un amigo, un hermano, un patán si se quiere, desvanece los contornos, disipa el celaje, y en el cuadro radiante dibujado por ilusiones imposibles queda sólo una mancha, la caricatura, la prosa! (Frasas de Camilo.) La señora quizás no adivina que esos pensamientos son los que ponen adusta la cara de su hijo, porque agrega:

—Con enojo no se allana el camino. ¿Te disgusta pedir favores? ¿Te desagrada escribir recados pidiendo dinero? Pues trabaja, mantén a tu familia. ¿Qué somos aquí? (exaltándose) ¡tus criados! Para que el gran señor coma, guisamos; para que su excelencia se mude de limpio, lavamos; para que el niño viva... nos desvelamos. ¡Y el niño se enoja! Si quieres hacer el papel de amo, te equivocas. ¿Quieres criados? págalos, y luego ¡malos modos!

La señora está fuera de sí; las privaciones, la inopia, forman en el corazón, más bien en el hígado, esa llaga que agría el carácter.

La desgracia invencible nos envuelve; cuando se la quiere herir no se puede, y la cólera estalla contra el primero que la provoca.

La señora se apodera del famoso manuscrito, recorre sus líneas y dice con un tono poco tranquilizador y arrojándolo a la mesa y sin contenerse:

—¡Eso es, no tienes voluntad para escribir un recado y sí para estas barbaridades! Mientras una se mata en la costura (voz sorda) tú... sueñas. ¡Bonita álgebra estudias! ... ¡El ideal! ¡La nostalgia! ¡Olimpia! Ése es el pretexto de que se valen los holgazanes sin vergüenza para pasarse la vida con las manos una sobre la otra y los ojos cerrados. ¡El ideal! Yo (amargamente) esperaba algo de ti, pero... no me interrumpas, cállate, la verdad, eso es criminal... ¡El ideal! en vez de trabajar para comer; ya, ya sé cuáles son nuestras esperanzas, ¡puro ideal!

La señora, muy conmovida, encorvada por la edad, enflaquecida por la dieta forzosa, enlutada imagen de la inopia, se eclipsa y deja a nuestro Lamartine de vivienda interior, sumido en ese silencio feroz del que lucha a solas con no sé qué ocultos enemigos; inmóvil, contemplando el piso, cruzan por su cabeza ideas negras, piensa en el suicidio y se dirige a su cama, llora de rabia, y mordiendo las sábanas, exclama: ¡Maldita suerte!

La ola de pensamientos sombríos va alejándose, los perfiles repugnantes de la prosa, como los últimos nubarrones de una tormenta, se disipan, y después en las alas del ensueño, se pierde Camilo en el ideal, en brazos de aquel anhelo, Olimpia, que, entre paréntesis, no existe más que en su imaginación: ¡sueña!

Mientras a un paso, alguien llora pensando en un porvenir desventurado. ¡Ah! esos son los que sufren, los que sufren en prosa, las víctimas de la vida práctica, los que lloran de veras, no los que gimen en las líneas de un soneto elegíaco. ¡Ésos son los infelices! No los que se pintan como blancos para los golpes de la desgracia; esos Jeremías que lloran lágrimas de miel, que venden el *potpourri* de sus ansias, duelos y suspiros, y con el producto de las ediciones con prólogo de sus dolores hechos populares, ya lo veis, agonizan con el suplicio de Tántalo. ¡Mentira! progresan y engordan.

*

Un antiliterato me ha dicho estas frases:

—Amigo mío: teniendo dinero, la poesía es una bella ociosidad. Desdeñar por ella cuando no tiene uno tras qué caer, la prosa del trabajo, de lo real, eso es un crimen. Diga usted si no. Los soñadores —¿alguien lo ha dicho?— me hacen el efecto de un soldado que en el campo de batalla, contemplando el horror de una derrota, en vez de empuñar un arma, fuera a la sombra de un sauce y gimiera: ¡Oh patria mía desventurada! Eso es ser cobarde. Si la poesía es, como dice la ciencia moderna, una neurosis, un desarreglo cerebral, curarse. El famoso ideal embriaga, y esa borrachera la bautizan con el nombre de poesía, pero no es más que un vicio aplaudido. ¿Sabe usted cual es la cárcel para esos consuetudinarios? ¡El taller!

¡Pobre Jacinta!

A EDUARDO F. DEL CASTILLO

Desde la víspera en la noche comenzaron los preparativos, y la pobre cocinera con el alba levantóse a encender la calentadera para el baño; puso la sábana a manera de tapiz, en una silla de tule, el jabón de la Puebla en la jicarita consabida y como anidando en intrincado estropajo. Ordenó el alumbre, polvo de arroz, comoto y cepillos en el aparador, y no se hizo esperar Jacinta, que medio dormida se hundió en las ondas acariciadoras del agua tibia. Oíanse fuertes jicarazos y el crujir de la abollada tina alternando con el canto alegre de la muchacha.

La verdad, para los preparativos que habían tenido lugar para ese día, era de esperarse un entusiasmo mayor. El 16 de Septiembre, como toda fiesta ruidosa, venía a ser en aquella vivienda (de a quince pesos, renta adelantada y fiador del comercio) un suceso que trastornaba la monótona existencia de los que viven a la cuarta pregunta.

En aquella casa se comía poco y se salía menos, y eso por turnos. Cuando la señora iba al comercio o a misa, se ponía el tápalo de Eduvigis, y cuando Eduvigis paseaba, despojaba de sus zapatos a Jacinta y viceversa. Las grandes festividades se celebraban con el estreno de un vestido a pagar en abonos, y servía en lo restante del año, previas las transformaciones que exigía la moda y eran posibles. Las niñas Abeto no tenían rival en esa materia, poseían una serie de secretos útiles para desmanchar y teñir telas, enderezar y transformar la copa de un sombrero y colocar plumas que habían prestado sus servicios de ornato por más de un lustro.

El señor, un personaje tolerante y de humor inalterable, no se preocupaba por nada de esto, como tendremos oportunidad de verlo. Cumplía con entregar su sueldo, bien exiguo por cierto, y dejaba a los magistrales conocimientos de la economía doméstica, que conocían sus hijas al dedillo, la cuestión de ahorros. Al aproximarse los grandes días, con dos meses de anticipación veíanse en la mesa el caldo (plato diario) más descolorido que de costumbre, los garbanzos casi perdidos y servíanse papas invariablemente y en todas sus formas. Lunes, miércoles y viernes, en molito colorado; martes, jueves y sábados, fritas.

Un tío, antiguo vendedor de cajetas, obsequiaba un billetito de a cinco pesos los días de santo, y un cuñado solía también dejar en aras de aquella pobreza, el aguinaldo, matraca, judas, tarasca, Corpus, que no le perdonaban y se perdía en el estómago de un cochinito de barro que servía de alcancía. Jamás se decía la caja fuerte, siempre se murmuraba con respeto: ya pesa el cochinito.

Jacinta aquel año fue feliz. Sacóse en la Zoológica y nada menos con la mariposa, unos cinco pesos que vinieron a reforzar los ahorros de costumbre.

Vivían un año moderadamente, pero todo lo sufrían pacientemente con la esperanza de pasear bien todo un día. Por eso aquella mañana la casa toda estaba en

movimiento: planchaba la señora un pañuelo, en tanto que Eduvigis zurcía una media, y el señor, haciendo la media naranja con la lengua y en calzoncillos, se rasuraba filosóficamente.

Se cruzaban los gritos:

—¿Mamá?

—¿Qué quieres, chula?

—¿Me traes las horquillas que están en el muñeco del tocador?

—¡Eduvigis!... mándame el *cold-cream*.

—Mamá, las tijeritas que están en el buró...

—Hija... ¿se puede?

—No, papá, no se puede entrar, estoy bañándome, ¿qué quieres?...

—Dame el aceite del convoy para ver si afilo esta maldita navaja, aunque sea en las losas.

—¡Ya va!

Todo era carreras: el señor estaba rasurado, puestos los pantalones (obsequio del tío) que achicó inteligentemente un maestro de la vecindad; lustrosos los zapatos de trompa, albeando la camisa, coqueta la corbata de plastrón (hecha a domicilio) y pasablemente entallada la levitilla de satiné del país...

Y salió Jacinta inconocible, oliendo a mujer húmeda, tronando las almidonadas enaguas como papel de envoltura, y dejando tras sí un olor a ropa nueva de lo más elocuente: peinóla la mamá, le quitó el polvo Eduvigis, la voltearon a la derecha, a la izquierda; la hicieron andar de prisa y despacio para ver si el vestido quedaba zancón; diéronle un abrazo de rodillas, para hacer menos amponas las enaguas; los alfileres y los respuntes aquí y allí, corrigieron algunos defectillos de la modista; y calándose el sombrero monumental, púsose un guante, llevando el otro en una mano, no sólo porque eso era (para ella) de buen tono, sino por cierta descosida que amenazaba dejar a un dedo desnudo.

Jacinta era un contraste, un insulto, una nota discordante. Ella fresca, sonriente, flameando la lanilla color de fresa machucada del traje, flotando como un penacho la pluma amarilla del sombrero, reluciendo las joyas de doublé junto a la mesa de torcidas patas; el piso sin ladrillos, la toalla húmeda acurrucada en una silla de mojado asiento; aplastado el jabón, enmarañado el zacate y opalina el agua, aún caliente y tersa, surcada por leves espumas blancas; los botes destapados, los cepillos al acaso, y revolviéndose en un rincón junto a las enaguas sin almidón, las medias grises, el caracol ajado y el saquillo de lana con los codos rotos. No, no era, no podía ser hermana de aquella otra muchacha descolorida que con la aguja en los labios y los ojos entrecerrados, de rodillas, cosía los pantalones del papá, ni hija de aquella monumental señora de poblado bozo, desbordante cuello y brazos poderosos, que con las manos negras y los ojos somnolientos, la contemplaba extasiada, blandiendo el aventador y las tenazas, armas de sus oficios culinarios.

El señor chiflaba a un gorrión sordomudo y paseaba de la jaula al reloj de níquel,

y de este al balcón: tieso, incómodo, la ropa nueva lo descomponía, y ya sacaba un puño delicadamente, ya lo volvía a meter; sacudía en su levita una mota de hilo o limpiaba con un trapillo embebido en aguardiente las manchas rebeldes de un chaleco que amenazaba calvicie.

Con la agitación no se habían acordado de un detalle. ¿Y los zapatos? El maestro había prometido traerlos a las ocho; eran tres cuartos todavía. Había tiempo. Era muy formal el maestro.

—Conque hija, siéntate, y vamos a trazar nuestro plan, nuestro programa. Conque de aquí nos vamos a la calle de Plateros y llegamos...

—Plasta el Caballito.

—¿Con este solazo?

—Sí, porque las Pérez me dijeron que su balcón estaba a nuestras órdenes. ¿No te acuerdas? Y a ver si nos hablan.

—Bueno. De ahí nos dirigimos...

—A la Alameda.

—Sí, señor, a la Alameda... a dar vueltas...

—No, a sentarnos.

—Pues echa tus dos realillos, porque ya sabes que cuesta sentarse.

—De ahí al agua fresca. Toma estos cuatro reales para las dos cosas, y si Pepe nos encuentra, porque ha de andar por ahí, no creas que te deje pagar.

—Cierto; pero siempre dame.

—Bueno. Este real es de Eduvigis que quiere que le compremos caramelos de menta, y este medio de mamá para alfajores del Portal.

—Chula, si las Pérez —interrumpió la señora—, si las Pérez les dan copitas, guárdate un pastelito... ¿eh? No se te olvide.

—Bueno. ¿Y si nos detienen a comer como el año pasado?

—Pues quédense. Yo los espero hasta las dos, y si no llegan a las dos, comemos. Y vengan temprano porque la muchacha me pidió permiso para salir esta tarde.

—Las ocho y media —dijo el señor— y no han traído los zapatos.

—¡Ah, qué maestro!

—Donde haga una de las suyas —dijo la hermana— te quedas como el violón de tío Roque, templado y en un rincón.

Jacinta vio instintivamente sus zapatos, hechos una lástima, roído el raso turco de las puntas, blanqueando las medias y desprendidos los tacones, y comenzó a impacientarse; se asomó al balcón, vio al Norte, al Sur, y en su calle, siempre desierta, no había bicho viviente. Flotaban en la esquina las guirnaldas de tule, papel y flores de la pulquería; en el estanquillo colocaban, en una cortina adornada con cintas tricolores, a los lados de una Purísima, dos retratos de héroes. Y el gendarme, con traje de gala, ofrecía su lumbre al del empeño.

—¡Ah, qué maestro! No, si es imposible tratar con esta gente. Ya ves, papá; la lavandera por nadita no trae las camisas. Así son, informales. Con razón los

extranjeros ganan tanto, porque dicen: mañana, y al otro día cumplen. Y se lo dije: maestro, el 15; sí, niña, no tenga usted cuidado. Ayer, que hoy a las ocho; y ya lo ves...

—Las nueve, chula...

Jacinta volvió a salir al balcón más impaciente todavía, queriendo reconocer en cada desarrapado de fieltro color de almendra a su hombre, pero ¡nada! Cruzaban la bocacalle niñas cursis y vendedoras del mercado cercano, con las enaguas nuevas muy infladas y los rebozos flamantes, acompañadas por charros con traje estrenado, que llevaban impropriamente un paraguas color de ala de mosca a manera de bastón. Las Camacho, de azul; las tres dibujaban sus grandes siluetas a lo lejos, y el del estanquillo, en pechos de camisa, juzgaba desde el medio de la calle, el golpe de vista de un escaparate adornado: el cura Hidalgo, un busto de yeso, surgiendo de papel tricolor; confites y dulces curiosos; en una tira de raso blanco el letrero: «¡Viva la Independencia!»

—Las nueve y media, hija.

—¡Ay, mamá! (haciendo pucheros). ¿Ya ves? Te lo dije...

—Hija, yo no tengo la culpa...

—¡A que te quedas encerrada!...

—¡Qué mala eres, Eduvigis!... Todo porque tú no sales.

—¡Por cierto las ganas que tengo!

—¡Ahí está! —y pegó la estampida Jacinta.

Era el carbonero. Esto aumentó su mal humor, y salió de nuevo al balcón. Las Pedroza, de crema y lila, en compañía de las Otero, de luto, salían del 4. Toda la calle se ponía en marcha: los hijos del notario prendían chinampinas y cohetes buscapiés en medio de la calle; y la mamá, detrás de una cortina, los amenazaba.

—Las diez...

Jacinta estaba roja, impaciente; se mordía los labios, se ajaba el traje, atenta al menor ruido. La familia de la otra vivienda, armando una alharaca atroz, salió también.

¿Se iría a quedar encerrada? ¿Y las Camacho iban a salir? No, era imposible.

—¿Quién es? ¿El maestro?

—No, es el panadero.

—Oye, mamá, le mandaremos un recado... Me quedaré sin horchata por tal que se vaya en el tren la criada.

Así se hizo.

—Pero les juro, eso sí, que si me deja plantada no le recibo las botas. ¡Qué gente! Ahí creo que está. Vaya. ¿Quién es?

—La criada de aquí junto que venía a ver si le regalaban una ramita de culantro.

Y no hubo remedio: estalló la cólera de Jacinta en las palabras más sonoras.

¡Esa gente ordinaria sin formalidad!

A lo lejos se oían repiques, toques de trompeta, músicas. Aquellos acentos alegres

desesperaban a la pobre muchacha, presentando a su imaginación el aspecto de las calles concurridas, erizadas de banderas, cruzadas por tropas y gentes endomingadas y el sol incendiando aquel océano de colores vivos, chispeando en las bayonetas y arrancando relámpagos a los trombones, pistones y demás latones de la música.

Y la criada no volvía.

—¡No te apures, chula, no es para tanto!

—No me provoques, Eduvigis. Eso lo haces por pura envidia...

—¡Envidia! no sé de qué...

—De que tú no sales...

—Mira, resígnate —dijo el papá—: hacemos aquí nuestra fiesta, les guiso unos frijolillos de chuparse los dedos, y... ¡qué tortilla de huevos con sardinas!

—¡Qué tortilla ni qué nada!

Jacinta salió al balcón y eran las diez y media. Los paseantes seguían transitando con chillantes trajes; los niños Urrutia de blanco con bandas púrpura, y sus tres cuidadoras, montaban en un coche. La mamá les hacía advertencias desde el balcón:

—¡No se asoleen, y vengan temprano! ¡No te empines y te vayas a caer, Romualdita! ¡Chucha, coja a ese niño! ¡Cuidado y no van quietos!

A las once volvió la crida diciendo que la zapatería estaba cerrada.

Jacinta se desvistió rompiendo los broches; la hermana, entre alegre y triste, sacudió la sala, y el señor, doblando tranquilamente su levita, dijo:

—Ai saldremos al pardear la tarde.

*

Volvió la familia de la otra vivienda empolvada, asoleada, sudorosa.

¡Era un bolón atroz!, les habían robado la bolsa con seis reales: no se podía andar... ¿Y Jacintita? ¿Jacintita?

Encerrada en una pieza oscura oía el diálogo, sollozando de rabia y diciendo que no vale la pena sacrificarse un año, para salir... primero, con la informalidad de un zapatero, y después con una jaqueca.

El Domingo

Apuntes románticos

A ROSARIO

Me despertaba la luz. Una ráfaga de sol que entraba francamente por la ventana abierta, incendiaba los flotantes átomos y se estrellaba en los ladrillos rojos sin alfombra; era un sol alegre, un sol que reía como diciendo «buenos días». La limpidez del cielo, la frescura de un penacho de hojas de árbol que verdeaba vivamente a lo lejos, la algarabía de los pájaros que se fastidiaban de estar encerrados en la oscuridad del cuarto de baño, todo hacía aquellas mañanas de los domingos muy distintas a las de los otros días.

Las campanas de las iglesias, el ir y venir de coches y trenes, el chirriar de los carretones, subía de la calle como un rumor de vida; y medio despierto pensaba ¡cuántas cosas! arrullado por la voz de mi vecina que cantaba al lavarse; la música lejana de una bizcochería que se estrenaba y los cascabeles de un carro de pulquería nueva.

La ropa limpia en el respaldo de la silla, convidaba al aseo, y con la boca y los ojos llenos de espuma de jabón, tarareaba un trozo de letanía muy elocuente para mí; y pensando en el colegio de las monjas, donde la había oído, al no encontrar la toalla, me secaba con las sábanas del lecho revuelto. Sí, mucho la quería y pronunciaba su nombre echando vaho a un zapato. «Poco basta para ser feliz: tener dieciocho años y un amor» (cepillaba fuertemente). No faltaban contrariedades, es verdad, por ejemplo, pellizcarse con el botón del cuello, ver demasiado desteñida la corbata y no ser correspondido, pero... en fin, no todo es vida y dulzura.

Como en los días de fiesta los muchachos no van a la escuela, en el patio retozaba un enjambre de pilluelos; reían, lloraban, corrían, y hasta los perros, alborotados, ladraban escandalosamente. Se oían los pasos de una familia que venía de la iglesia y platicaba con los inquilinos de la otra vivienda. Al compás de una máquina de coser, acompañada de los trinos bulliciosos de un canario, seguía cantando mi vecina: se llamaba como ella, sí, ella, ¡cómo la quería! Me sentía poeta al pensar en el aire soñador de sus ojos negros que tenían la melancolía del ensueño y las ardientes languideces de la pasión.

Ni yo mismo recuerdo qué más decía, encendiendo un cigarro y atravesando el corredor.

—Buenos días. —Pobres vecinas; son feas, y acabadas de levantar tienen un aire enfermizo; quizás sean virtuosas.

Los domingos era yo benévolo, tolerante y gozaba con todo, estaba alegre y veía a través de mi alegría a las personas y a las cosas.

Algunos repartidores, de prisa, arrojaban al vuelo grandes tiras: *Teatro Nacional. Los hugonotes*. Las esquinas estaban tapizadas por anuncios de colores chillantes, aún humedecidos por el engrudo; los trenes del «Circuito de baños» venían henchidos, blanqueaban las toallas donde se escurrían las cabelleras húmedas de las bañadoras; los varones llevaban al hombro sus calzones de baño, se colgaban a las plataformas azuzando a las mulas pacienzudas. Volvían de la Reforma madrugadoras cabalgatas; las niñeras de blanco delantal, compraban globos de hule a los niños. Todo el mundo se pone en esos días lo mejor que tiene, y las personas graves, andando lentamente, desdoblán su periódico acabado de imprimir: se adivina que es un número dominguero en los malos grabados, los renglones cortos de los versos y el papel menos ordinario.

¡Cómo vienen a mi esos recuerdos inolvidables de otro tiempo! Ese tiempo en que aún no se es completamente libre y la reclusión en el colegio y el hogar, hacen contar con ansia cada día de trabajo que pasa acercando esa mañana llena de promesas. Los libros se miran con horror, el saquillo del diario es un harapo, toda calle un paseo y todo sujeto un elegante. Sentía amargas envidias cuando miraba grupos felices, desde el charro que llevaba la sombrilla de su ella y le acariciaba la mano, hasta el que en una esquina compraba una gardenia, símbolo de sus afectos.

¡Y yo no tenía a quién darle gardenias!

La amaba de lejos, sin que una palabra o una carta le hubieran descubierto mis anhelos de estudiante pobre que se conformaba con verla en misa de ocho sin parpadear.

La ruinoso iglesia era muy triste, pero el sol acariciaba sus churriguerescos adornos, encandecía su cruz, y parecía incendiar la cortina de terciopelo con galones blancos de la entrada; cada fiel, al penetrar, la alzaba: se veía en la sombra la pléyade de los cirios, venía una oleada de graves notas de órgano y el canto místico de no sé qué plegarias. El señor enfermo de la espina, la beata de vestido morado, la señora de mantilla y saya de seda con guantes grises embebida de Agua de Juvencio, las anémicas que vivían en Nuevo México, el coronel Delgadillo, robusto y risueño, todos penetraban a la segunda llamada, aquel repique vivaz, alegre, cantante de la campana. Atisbaba a la esquina, y ellas daban vuelta. Quería refugiarme tras de un árbol, y venciendo un miedo cerval no sé de qué, penetraba al templo y me petrificaba en el rincón más oscuro: triste si no me veía, con ímpetus de esconderme si casualmente volteaba.

Mucho tiempo ha pasado y no olvido aquellas variaciones sobre temas de *Lucía* que ejecutaba en el piano un profesor de lentes, que acentuaba los *fortes* hasta ensordecer y los *piannissimos* hasta dormir; tampoco aquellos dos que se amaban: tosía ella y él estornudaba, se persignaba ella y él hacía lo mismo, arrodillábanse los dos a un tiempo, él se escondía de la madre y ella la engañaba fingiendo componerse el polisón o el peinado para voltear. Yo tosía y me respondía un coro de viejos acatarrados, pero nunca ella, y concluía la misa: veíala partir, siempre de lejos, y con

dolor pensaba en la ausencia, la enorme ausencia de toda una semana.

La música de la Alameda tocaba un pasodoble, el organillo del volantín atraía a los niños, las nodrizas ostentaban sus enaguas nuevas, ordenaban las sillas de alquiler, se repartían programas de toros; los hombres leían periódicos, las señoras se extasiaban ante los juegos de agua de las fuentes, o regañaban a sus hijos que, frente a un puesto de juguetes, querían comprarlo todo.

—La espada, mamacita.

—No señor, porque te cortas.

—Yo quiero la espada, ándale.

—Que no, mira el caballo.

—No, mejor esa botellita.

—Se te rompe...

—Pues la espadita... sí mamá, no me corto...

—No, señor.

—Pues pasteles.

—Se te quita la gana de comer.

Aquél corría tras un aro, otro se volcaba con todo y velocípedo, y las niñas, con aire maternal, arrullaban sus muñecas de grandes ojos azules. Todos reían. Entre los festivos grupos se deslizaba una pareja triste, un ciego de vacilante paso que, sombrero en mano, se apoyaba en el hombro de una muchachita pelona, harapienta y descalza que, metiéndose los dedos a las narices, veía con aire atento a los niños vestidos de seda o al flotante racimo de los globos de hule rojos y azules que paseaba un vendedor y no se cuidaba ni del gemebundo «perdone por Dios», ni del seco «no».

Agrupábase el pueblo alrededor del kiosco de la música, mientras en las calzadas, tomadas del brazo cinco o seis muchachas, dialogaban sobre asuntos risueños, dejando tras sí una ola de perfumes de pañuelo. Las miraba ya bellas, ya feas, siempre envidioso de aquellas miradas cariñosas, al soslayo de aquellos saludos al pasar cuando se cruzaban con alguien que les decía con la mirada «yo te amo».

Las calles seguían animándose: una procesión elegante desbordaba las aceras, los floreros ofrecían sus ramilletes, el sol caldeaba aquel cordón de ricos trajes; los coches rodaban rápidamente, lavados, los caballos con arneses nuevos y los cocheros de librea. La multitud se destacaba mejor en el fondo de los escaparates cerrados; las cantinas estaban llenas, y los papás complacientes salían de las dulcerías con un bulto de pasteles y un ramito de violetas colgando de un dedo.

Ella no paseaba los domingos, y tenía que buscarla en el teatro en la tarde. Nada me preocupaba: que se representara una zarzuela o una ópera, me era indiferente. Saludaba a los grupos del pórtico, rehusaba los boletos y libretos de los revendedores, y sólo me conmovía verla en su palco.

¡Cuántas veces la música fue cómplice de aquellos platónicos amores! ¡Cuántas en el foro se decían palabras ardientes, que hubiera murmurado en su oído, volteaba, buscaba su mirada como diciéndole: «Oye, eso quisiera yo decirte», y la veía

abanicarse lentamente, sería, o empuñar los gemelos para recorrer los palcos con indiferencia!

Eran visiones rápidas que me ponían nervioso. La luz, brotando de mil lámparas, la atmósfera cargada de olor de esencias y de gas, las notas claras de los trajes de mujer en el sucio fondo de los palcos, el centelleo de los brillantes, el lánguido aletear de los abanicos, y la orquesta, me sumían en profundas abstracciones. No salía en los entreactos a fumar un cigarro o a comprar un cartucho de almendras, por verla. No me pertenecía, no tenía conciencia del lugar en que estaba, y sólo el frío de la calle, el ir y venir de los coches, el bullicio del público al desbordarse del pórtico, me hacían volver a la realidad, y con amarga tristeza veíala subir a un coche de sitio y alejarse.

Venía la noche: acudían como parvadas de pájaros las memorias, unas a veces alegres, otras tristes, y pensaba en el mañana, ese mañana de prosa, el viejo libro y la ruinosa escuela, y me dormía pronunciando su nombre.

Pasa el tiempo y lo pasado nos hace reír; esos cuadros sencillos del ayer, se cuentan con rubor, riendo, como si fueran una tontería; pero en el fondo son los más halagadores.

Muchas mujeres he visto; como todo el mundo, he sido héroe de muchas escenas, cómicas las unas, trágicas las otras, y ninguna me interesa como aquella novela juvenil sin desenlace; ningún perfil de mujer me hace soñar como el de aquella a quien solo le hablé con la mirada: fue la primera estrofa de un idilio que no ha concluido y por eso me entusiasma.

Hoy, mis domingos son distintos; pero hay veces que el eco de aquella campana, el bullicio de aquella música, la misa de aquella iglesia, los mil cuadros festivos de ese día, me hacen volver al pasado; me detengo, pienso en las mañanas de alegre sol, me parece que vuelvo a leer una historia conocida hace tiempo. La busco como otras veces, no la encuentro, y si se me presenta alguno de mis viejos amigos, lo tomo del brazo, le pregunto si se acuerda, y no me avergüenzo de contarle mis platonismos de estudiante.

No hay hombre que no tenga en la memoria el recuerdo de mil mujeres. Ha amado mucho a las unas, pero han dejado en él una memoria amarga; ha querido a las otras, pero no fueron como él las había soñado. De esa multitud hay una de la cual apenas conoce la voz; hay una que ni mató sus esperanzas, ni dio alas a sus anhelos; una que en horas de tristeza flota en sus ideas: es el ángel blanco, es la profundamente amada porque la conoció en los años más bellos de su juventud, fecundo en poesía; esa edad que es el domingo de los recuerdos, ese domingo que se llora cuando llegan el lunes, martes, miércoles... toda la semana de la existencia real, prosaica, interminable, que se llama la vida.

El niño de los anteojos azules

A MARÍA

—Nana, pero si yo no quiero ya este muñeco que está aserrando. Ya me fastidió. Lo que quiero es un san tito.

—Pues no hay san tito. Mira este caballito. ¿Ves qué chulo? Apretándolo chilla.

—No me gusta el caballo de hule.

—Pues mira la maquinita. ¡Uh, uh! ¿oyes? Es que íbamos a jugar a la máquina; la caja de las canicas es la estación, ¿eh? y la pelota es la otra estación. ¡A ver! ¡uh, uh! va a salir. —Y la nana, en cuatro pies sobre la alfombra, daba cuerda a la máquina Lyon, que zumbando recorría la alfombra.

El niño agregó:

—No quiero máquina.

—Pues ¿qué quieres, vida mía? Los soldaditos, ¿ves qué chulos? Mira, yo los paro y tú les avientas con la pelota: ¿Quieres? Así... esta es la caballería.

—Ay, nana ¿y por qué no me sacan a la calle?

—Porque estás malito y te hace daño el aire; pero verás mañana, si tomas tus medicinas nos vamos lejos, lejos... hasta en casa de tía Pepita.

—Sí, muy lejos, y no volvemos hasta en la noche.

—Sí, hasta en la noche.

—¿Y me llevas a comprar un títere? Yo quiero un títere.

—Sí, pero tomas tu alimento y tu medicina, si no, no...

—Sí, la tomo; pero ¿me llevas? Yo no quiero estarme encerrado. Ya ves, me acerco a la sala cuando hay visitas, y me echan; quiero ir con mamá, y me manda a jugar; vienen mis primos, y no los dejan entrar. ¿Pues qué, tengo tifo? Cuando mi tío estaba enfermo de tifo no dejaban entrar a nadie.

—¡Qué tifo! Sino que como son muy traviesos y dijo el doctor que las travesuras te hacen daño...

—Yo quiero al doctor porque me hace cariños. ¿Y tú me quieres, nana?

—Sí, sí te quiero.

—¿Mucho? ¿mucho?

—Mucho, mucho...

—¿De qué tamaño?

—¡Huy!... del tamaño de esta casa.

—Dame la mano, nana, porque ya no veo nada... nada con estos vidrios negros. ¿Me llevas a mi cama? ¡Cárgame, nanita, cárgame!

Su acento era desgarrador y se puso a sollozar. La nana, sin saber por qué, sollozó también.

—¿Por qué lloras?

—¿Yo? No, si me reía de que pesas mucho.

—¿Y mi mamá, nana?

—Está en la sala. ¿Quieres que le hable?

—No, no le hables... A ti te quiero más que a mi papá y mi mamá. Tápame los pies, nanita; no te vayas a ir... dame la mano...

Y el niño se quedó dormido, mientras la nana, en una silla baja al lado del lecho, veía con tristeza los dibujos de la alfombra.

¡Pobre escrofuloso! No era un niño, no; era un monstruo. Enorme la cabeza, pálido, enflaquecido; le ponían anteojos azules porque se había enfermado de la vista, y nada causaba una impresión tan intensa como aquella cara desencajada y aquellos grandes vidrios que parecían órbitas de calavera. Apenas se sostenía en pie con las delgadas piernas y el abultado vientre. Era un fenómeno que causaba asquerosa lástima... Su enfermedad no tenía remedio: era heredada de su padre y hacía dos años, ¡dos largos años! que había pasado martirizado por píldoras y papeles, baños y unturas, cucharadas y friegas.

El aspecto de aquella criatura partía el alma; siempre callado, melancólico, perdido en un verdadero océano de juguetes; arrastrándose por las alfombras mientras la abnegada cuidadora cabeceaba en un rincón. Jugaba en silencio y al minuto, fastidiado, arrojaba uno tras otro el caballo de hule, el borrego de palo y algodón, la pelota de colores chillantes y la caja de soldados. Cada capricho se le cumplía: un muñeco soñado, una caja de música, un reloj... Todo se le compraba y todo le era indiferente, devorado por un fastidio, por una tristeza precoz.

No amaba a sus padres; lo horrorizaban haciéndolo llorar, enmudecía en su presencia y se refugiaba en las faldas de su nana, mientras ellos se retiraban pálidos y contrariados. Se veían, temblaban y no encontraban una frase para consolarse de aquel mal, aquel mal que entristecía la casa y entristecía los corazones...

Cuando el médico llegaba ¡qué escenas! La mamá, nerviosa acercaba la vela; la nana tenía las vendas, el señor la untura y el doctor percutía aquí y allá; auscultaba conteniendo el resuello y tomaba el pulso viendo un reloj de repetición y haciendo chispear el grueso diamante de su anillo.

Le mostraban las flemas y la orina que observaba ladeando el recipiente. Descubría el abdomen del chiquillo, y golpeaba en él siempre preocupado. Las escrófulas del cuello iban mal, habían dejado grandes cicatrices que hacían llorar al enfermo cuando se las tocaba. ¿Y los ojos? Nada de luz fuerte. Sopita de ajo, los baños y las cucharaditas, cada dos horas...

—No duerme, señor Castro; toda la noche se la pasa en vela; hay veces que desvaría.

—¡Hum! (preocupado siempre).

—Y no quiere tomar las medicinas. ¿Verdad que si no las toma le pone usted otro cáustico?

—¿Cómo? ¿No toma mi amigo las medicinas? ¡Vaya, vaya!...

El señor, después de cada visita, se encerraba en su despacho y con la cabeza

entre las manos, se abstraía.

¡Pobre y desgraciado fruto de sus ardientes amores!...

—Yo —se decía— soy la causa de todo.

Era verdad. Su pasado tempestuoso, sus vicios de joven, lo repugnante de sus orgías, se habían encarnado en aquel hijo, el único. Aquel monstruo enclenque, con anteojos azules, lo perseguía en sus insomnios con sus lamentos, sus dolores, y lo atormentaba con un dolor mayor: el remordimiento.

La señora le tenía miedo. Dudaba de que fuera su hijo. No sabía qué responder a sus amigas cuando le preguntaban: ¿Y el niño?

El niño jamás entraba a la sala, lo alejaban de las gentes porque sabían el horror profundo que causaba con su olor de medicinas.

Solamente la nana, abnegada y buena, le hacía compañía en aquellas largas horas de fastidio; entretenía sus veladas con incoherentes relatos, maravillosas narraciones que interrumpía vencida por el sueño. Más de una vez despertó con ganas de gritar, ¡tan pavoroso era el cuadro! Silenciosa la pieza, sonando el tictac de un reloj de bolsa para ver la hora de las medicinas, languideciendo la veladora de porcelana, que dibujaba siluetas enormes que danzaban a cada parpadeo, y el niño, sentado en la cama, la miraba de hito en hito, medroso de la sombra, perseguido por las quimeras del insomnio. Heridos por la luz, parecían llamear los vidrios de sus anteojos.

Le compraron el títere soñado. Era un extraño muñeco, tan mal fabricado, que hacía reír. ¡Qué grotesca fisonomía la de don Folías! Tenía ojillos de chaquiras escarlata, largas narices, boca de oreja a oreja, fingiendo una risa sarcástica que parecía más bien un gesto de dolor. Una cinta de percal muy larga hacia las veces de pescuezo, su traje era de paño azul y papel dorado, y tenía los movimientos más extravagantes. Fue la única vez que se rio el niño: al ver a don Folias. Los papás rieron también; iba de alivio seguramente, porque hacía dos años que sólo lloraba.

—¡Qué cara tiene, nana! Parece que se ríe y parece que está enojado, diciendo como decía aquel gigante del cuento: ¡Te maldigo! ¡tú tienes la culpa de mi desgracia!

—¿Ya ve, Filomena, por qué no duerme?, porque usted le cuenta cosas de gigantes que le dan pesadillas...

El niño sin oír las palabras del papá, bailaba sobre las colchas al autómatas de las grandes narices y la enigmática fisonomía.

Cuando el niño murió el títere estaba sobre su almohada, y ¡cosa rara! se parecía al enfermo sin anteojos: ¡la misma cabeza deformada, las mismas narices, la misma mueca de dolor o de risa!

Pasó el tiempo y nadie lo lloraba. Los padres, allá en su interior, sentían un alivio al recordar la partida del enfermo. ¡Sufría tanto viviendo, que era preferible perderlo!

Pero había noches en que el padre se desesperaba aguijoneado por su recuerdo al atravesar la recámara convertida en asistencia. No había lecho, no había enfermo, no había veladora; pero el viento fingía lamentos, la sombra fantasmas y los tapices

despedían el olor de los desinfectantes. Y el papá temblaba porque veía en su recuerdo, no sólo al muerto, sino a un emblema de su suerte. Largo tiempo hacía que él y la esposa reñían agriando su matrimonio con ásperas disputas.

Aquel niño había sido un crimen. ¿Quién tenía la culpa? ¿Quién le había legado las manchas del vicio y las enfermedades? El remordimiento pesaba sobre el marido, poblando de vestigios sus sueños y amargando sus ideas cualquier recuerdo que se ligaba con la infancia.

La escena pasó en el cuarto del niño. Ella exhumaba cosas viejas de un cajón. La disputa había sido terrible, iban a separarse. ¡Imposible! Él resistía el dolor acompañado de su esposa; pero solo, ¿solo qué haría?

Sombrío y airado contemplaba los preparativos: cada juguete del hijo muerto, al ser sacado del cajón de un ropero, evocaba una escena.

El títere salió a su vez empolvado, manchado por la humedad, oliendo a ropa sucia. Lo tomaron del alambre, lo suspendieron en el aire y sin que tocaran sus rotas pitas, tenía extraños movimientos, los de un ahorcado; sacudía las piernas golpeando la una contra la otra, la cabeza caía abandonada sobre el pecho como la de un muerto, y los brazos se balanceaban con vaivenes de péndulo.

Fue tal la emoción que les produjo ver su cara, que lo arrojaron al suelo pisoteándolo. El muñeco se rompió y ellos se abrazaron sollozando.

—Parece que nos mira y nos maldice. ¿Lo ves? Lo matamos. Sí, nosotros somos culpables porque no lo amábamos.

Hay amargos recuerdos que se parecen al fanteche. Se les arroja, se les pisotea, pero ¿de qué sirve? La cabeza queda haciendo el gesto extravagante que parece una risa sarcástica, manos invisibles dan a sus miembros de barro movimientos que crisan y en el muñeco parece encarnarse un enemigo. Tales recuerdos hacen sollozar, como sollozaban aquellos padres, perseguidos por la visión de un niño muerto con anteojos azules.

La Rumba

I

La iglesia era una ruina; el terciopelo del musgo bordaba las cornisas, daba tintes negruzcos a la cúpula y descendía en alargadas manchas hasta el piso como si fuera el rastro de seculares escurrimientos de lluvia.

Se perfilaba tristemente su torre sin campanas en el incendio de la púrpura vespertina; recortábase como una filigrana en el horizonte, bocas de fragua parecían sus ventanas ojivales y ligera red de alambres sus enmohecidas rejas. Diríase que era una momia, oscura, con huellas de lepra, respirando muerte si algunos pájaros en festivo grupo no alegraran el silencio del abandonado campanario. Abatíanse en los florones de la cúpula, aleteaban en la torcida cruz, picoteaban el libro abierto que tenía en la mano un santo de cantería, y atronaban entrando al coro por los vidrios rotos o viajando de una enorme cuarteadura llena de nidos al alambre del teléfono y de ahí a un árbol de pirú, que lloraba sus frondas cargadas con racimos de coral sobre los arcos de la casa del cura.

Siempre estaba cerrada por falta de culto. Los domingos, repicaba su campana rajada llamando a la única misa que se celebraba: la de doce.

Alzábase carcomida sobre el enjambre de casucos miserables del suburbio y haciendo más grande la soledad de La Rumba, inmensa plazuela que se extendía a su frente y en la cual desembocaba un dédalo de oscuras callejuelas.

La Rumba tenía fama en los barrios lejanos; contábase que era el albergue de las gentes de mala alma; una temible guarida de asesinos y ladrones, y citaban el nombre de un Florencio Carvajal, que debía siete vidas; Marcos Pezuela, zapatero, había envejecido en Belén y después de extinguir su condena se había refugiado en aquel vivero de malhechores.

Y era triste aquel lugar enorme, desierto; una fuente seca que servía de muladar era el centro; los desechos de todo el vecindario: ollas rotas, zapatos inconocibles, inmundicia, hasta ramos de flores marchitas de la parroquia se hacinaban en aquella fuente, de la que surgía una cruz de piedra, que conservaba pedazos de papel dorado, colgajos de papel de China y una podrida guirnalda de ciprés, restos quizá de alguna fiesta, destruídos por la lluvia, el viento y la intemperie.

Un chopo escueto se bamboleaba a su lado, tan falto de frondas y llenos de varejones, que parecía una escoba de ramas secas enterrada en el polvo.

En derredor corría un círculo de casas. Bajo un portal estaba un tenducho: *La Rumba*; en una esquina la pulquería *Los ensueños de Armando*; en las enmohecidas rejas de la casa menos vieja y en el fondo de un pizarrón, el blanco letrero de *Amiga Municipal*; una maderería elevaba hasta el cielo una pirámide de tablones que sobresalían de las tapias, y más allá arrojaba un penacho de humo la negra chimenea de no sé qué fábrica.

Reinaba un profundo silencio en aquel lugar; llegaban confusos los toques de corneta del cuartel cercano. De un lado a otro no podía distinguirse a una persona y

aparecía como una mancha amarilla el tranvía que desembocaba del callejón del Tecolote.

Sonaban lejanos, metálicos, los martillazos de una herrería: la de Cosme Vena, que se adivinaba en la acera contraria por el manchón rojizo de las ascuas en el fondo de una casuca.

Raros eran los transeúntes: el cura que atravesaba de la parroquia a la tienda; a las once, los soldados que hacían la limpieza de los caballos en La Rumba, y les daban agua en larga pileta pegada a la tapia de la Iglesia; algunos arrieros que se apeaban en la pulquería y dejaban vagar sus recuas en el polvo, mientras el jefe desensillaba su rocinante y en un ayate le desparramaba un poco de trigo, y con un cabestro lo ataba al chopo. El animal comía a la delgada sombra del árbol, importunado por la negra nube de moscas que surgía de las basuras de la fuente y lo acosaban sin que cesara de sacudir su cola enlodada a diestra y siniestra.

Alguna mujer enmarañada, encorvada, sucia, sin rebozo, descubierta la camisa grasienta, acarreaba grandes cubos de agua para la atolería, en la que palmoteaban, lanzando soeces carcajadas, las tortilleras.

Los hombres eran de rostros patibularios, amarillentos, de mirar siniestro, ensabanados, con cara de convalecientes del hígado, silbando en la esquina, charlando todos con el gendarme, que empolvado y sudoroso, caldeado por un sol fundente, se refugiaba en la fresca pulquería, cuya húmeda atmósfera arrojaba a la acera encandecida un hálito refrigerante.

Los perros se encarnizaban en los montones de basura; uno que otro pordiosero los espantaba para buscar hilachos, removiendo los montones y haciendo relampaguear los fondos de botellas, insensibles al olor de la inmundicia calcinada y de los gatos muertos achicharrados por el sol.

Pero llegaba la tarde, calmábase el calor, volvían los artesanos del trabajo, sonaba allá melancólica el arpa de un aguador, y más acá la vihuela del zapatero; cantaban sonos tristes y lánguidos, a los que hacía segunda el de la tienda, un bajo profundo.

Vomitaba la puertecilla de la Escuela una turba de muchachos que correteaban dándose empujones, tirándose pedradas, gritándose *sobrenombres*, y lanzando estridentes silbidos. Unos lloriqueaban, golpeábanse otros y dejaban en sus casas pizarras, silabarios y sombreros para retozar en el polvo de la plazuela.

El sol bajaba proyectando en el suelo la sombra enorme de la iglesia.

En la rubia transparencia del ocaso, como negro dibujo en fondo de oro, destacaba sus labrados el campanario, se erguía el palo del teléfono; fugaces siluetas de pájaros nadaban en el ardiente crepúsculo y con finas y delicadas líneas se cinceleban las secas ramazones del escueto chopo.

Entonces los acentos languidecían, resonaban los toques del cuartel y respondía el eco a lo lejos; repiqueteaban los cascabeles del tranvía y se oían claros los acordes de la vihuela rasgueada con furor en casa del zapatero y acompañando a un coro de borrachos que cantaban gemebundas canciones de celos y profundo amor.

Parecía aquello un pueblo perdido en los arenales de no sé qué desierto, pero cruzaba los aires el *Angelus* tocado en Catedral; susurraba a lo lejos la gran ciudad; perdíanse en las sombras sus altas torres, sus elevados edificios y eso hacía más grande el contraste de aquel suburbio triste. Llegaba el sereno, trepaba la escalera de mano y prendía el farol que colgaba de un alambre y dos postes y la flama fuliginosa describía un círculo sangriento en el negror de tinta de aquella plaza envuelta por la sombra.

Delgadas rayas de claridad se filtraban por las rendijas, hacían un lunar de luz en los respiraderos de las puertas ya cerradas, con excepción de la tienda, la atolería, cuyo brasero flameaba con llamas azuladas, y la herrería de Cosme Vena, cuyo horno encandecido arrojaba llamaradas de infierno; su reflejo, rojo y larguísimo como un cono de lumbre se proyectaba en las tinieblas de la plazuela, daba perfiles diabólicos a los transeúntes que pasaban por su puerta, y se oía en el silencio el fatigoso resoplar del fuelle y el metálico chocar del yunque y el martillo que arrancaban chispas a las barras de fierro hechas ascuas.

En las noches lóbregas nadie cruzaba La Rumba; el viento gemía medroso removiendo las basuras, levantando olas de polvo y silbando en las callejuelas, y se adivinaban cerca de las fuentes grupos vagamente destacados; eran parejas de amantes que ocultaban en la sombra sus relaciones.

Las noches de lluvia se hacía un lago de la inmensa Rumba, lago en que flotaban cadáveres de animales, pedazos de sombreros de palma, ollas despostilladas, petates deshechos y hojas de maíz con canastas desfondadas y zapatos boquiabiertos.

Danzaban en los sucios charcos el relámpago de la fragua y la moribunda luz de la tienda, en cuyo dintel una vendedora de elotes lanzaba su plañidero grito que tenía todo el acento de un sollozo.

Cuando había luna, edificios y plazuela ofrecían el contraste de la luz y la sombra; el negro y el suave reflejo de la vía láctea que el astro arrojaba a las paredes blancas. Todos los muchachos salían de sus casas desarrapados, sin zapatos; niños de dos años de paso no firme, con ropón y sin calzones, y los menores, barrigones, de piernas flacas, hirsutas greñas y completamente desnudos. Las muchachas cargaban a los recién nacidos envolviéndolos en harapientos rebozos. El horizonte se agrandaba en el inmenso fondo de nubes cenicientas. En un lago de oscuro azul vagaba dulce, lenta la luna. ¡Cómo ardían los azulejos del campanario! ¡Cómo parecían de plata las ramas del chopo y tenían brillazones fosforescentes los guijarros del muladar! Parecían placas de metal las vidrieras relampagueantes y espectros las mujeres vestidas con trajes claros. El zapatero sacaba a la acera su silla y en pechos de camisa rasgueaba ahí la guitarra rodeado de los ebrios cantores, mientras los recién nacidos, boquiabiertos, mudos, babeantes, miraban la dulce marcha de la luna sin parpadear, la luna que prendía una chispa en sus ojos admirados.

Afuera retozaban los chicuelos. Allá encorvado Chito hacía de *burro* y se oían claros los palmotazos que daban en sus espaldas. Más acá, un grupo jugaba a los

soldados y la gritería que imitaba a las trompetas era atroz. Casi en la sombra se veía una vidriera abierta, una lámpara con globo opaco: era la pieza del cura y bajo sus balcones jugaban al toro los hijos del tendero y la atolera, oíanse los toques de mando *¡tararíí!* los gritos *¡torooo!* *¡éntrale toro pinto!* El que hacía de toro, abatida la cabeza, en ademán de embestir, correteaba a todos, lanzaba resoplidos de fiera y rojo de fatiga, sudando, sin tregua, perseguía a los que mariposeaban frente a él blusas y chaquetas. Tomaba a uno del brazo, *¡no se vale!* *¡estoy en valla!* gritaba el prisionero pugnando por desasirse, pero no había remedio, sufría una feroz embestida. Cabalgaban los picadores armados de carrizos en los hombros de los más fuertes, y estallaban disputas a cada suerte.

Los perros, locos, alegres, correteaban también, ladraban, se metían entre las piernas y lanzaban mordiscos a los trapos o a los fondillos de los pantalones.

Las niñas, más tranquilas que los varones, se refugiaban en las escalinatas del templo, hacían un muñeco de un envoltorio de trapos y oprimiéndole contra el regazo, lo mecían como se aduerme a un niño; recitaban larga charla maternal, monólogos tiernos, o cantaban:

Duérmete niño
duérmete yáa, etc.

Y seguían su arrullo murmurando, *chó, chó, chó, ai viene el coco.*

Sus juegos eran más serios, hacían *comiditas* con pedazos de papel y pedrezuelas.

Fingían visitas:

—Señorita, ¿está usted bien?

—Bien, ¿y usted?...

—¿Y el señor?

—Se fue al trabajo.

—¿Y el niño?

—Mírelo usted, está dormido.

Y destapaba el envoltorio de trapos mostrándolo con maternal complacencia.

—¡Qué gordo! Pues ya vengo, señorita; memorias al señor.

Y lleno el cuerpo de dulces meneos, tapándose con el rebozo, paseaba al nene.

Los chiquillos querían tomar parte en el juego; pero les pegaba y poníanse a sollozar:

—Te voy a acusar con mi mamá.

—¡Vaya, soplón!... vaya; al fin que no me hacen nada —y le sacaban la lengua.

—Ora verás —gritaba la madre desde la accesoria—. Ora verás, Justa; sigue, y te pego.

Pero Justa lanzaba al chico frases insultantes.

—¿Cuánto te dieron por el chisme?

—¿Qué te importa?

—Come torta.

—En tu boca se conforta.

—¡Cállese, tarugo!

—Taruga serás tú, que el otro día... Anda; me alegro.

Y, como quien rasguea una guitarra, rascábase la barriga el desvergonzado monigote.

Tales disputas acaban por golpes, y tales golpes precedían a feroces tundas que les daba a los beligerantes la madre.

Había una muchacha seria entre aquéllas, una rapazuela que no jugaba ni al *pan y queso*, ni al *San Miguelito*, ni a las *visitas*. Decíanle la «Tejona» por su cara afilada y sus modales broncos; era la hija de D. Cosme Vena, era Remedios.

Prometía ser una mujer de aspecto varonil; rasgaban casi su estrecha vestido las formas precozmente desarrolladas, con enérgicas curvas. Era muy niña; pero en sus ojos de dulzura infantil, cruzaban a veces esos relámpagos elocuentes, esas miradas de mujer que en nada se parecen al candor. Acentuábase el relieve de sus labios de sonrisa impúdica, acorde con la nariz picarescamente arremangada y el andar atrevido, el ademán provocativo de la muchacha, la más bonita del barrio. Era muy niña; pero ya el cura la detenía en el confesonario más tiempo que a las otras muchachas de la Doctrina; el tendero le tomaba la mano, se la oprimía largo rato, mientras ella reía como una loca, echando atrás sus opulentas y negrísimas greñas.

Era suave el cutis de su enérgica garganta morena y robustos sus brazos, que tenían algo de pétalos de flor entrevistos por las desgarraduras de las rotas mangas. Los muchachos la temían por sus fuerzas. Chito quiso un día abrazarla, decirle al oído frases aprendidas muy temprano, que ella sin comprender sospechaba qué decían, y derribó a Chito de un empujón y Chito era el valiente entre los chicos de La Rumba.

Remedios trabajaba como un hombre: su padre el herrero, ebrio consuetudinario, la ocupaba en el oficio como a un oficial cualquiera; levantaba grandes barras, golpeaba con pesados martillos, mordíase la lengua, se bebía el sudor, pero no daba tregua al golpear constante de barandales y pies de cama. En aquel antro había crecido sólida como aquellos metales, ardiente como aquellas llamas que hacían brillar sus pupilas como ascuas, templada como el acero para el trabajo y muerta ya bajo la suave ternura de su pecho la poesía de la virgen, pero con la cabeza poblada por los caprichos de la mujer.

Era hosca, feroz, intratable. Cuando su padre estaba ebrio y le arrojaba puñetazos, ella los paraba como un maestro de pugilato y daba lástima ver en su epidermis de capullo tierno los moretones, rastros de la cólera brutal del herrero.

Nada le llamaba la atención si no era el tranvía a cuyos pasajeros veía, y si eran mujeres bien vestidas, con insistencia mayor.

Guardaba como un avaro los centavos que pedía descaradamente al tendero en medio de coquetas muecas y miradas que subyugaban al rubio mocetón.

Su mejor paseo, su felicidad mayor era ir al centro, ponerse zapatos, vestir la enagua morada y el tapalillo a cuadros, única prenda elegante de aquel barrio en que todas usaban rebozo.

Al volver de aquellas correrías sentábase en el quicio de la puerta y muda, seria, algo triste, repasaba los cuadros tentadores de aquellas calles concurridas; si volvían el rostro los hombres cuando ella pasaba, le lanzaban soeces galanteos, la seguían, se veía en los escaparates y platicaba con Guadalupe, una amiga modista, que le había enseñado muchas cosas... Amargas cosas que despertaban en su interior un deseo vago, no definido de algo que no fuera su existencia de bestia de carga y aquellos recuerdos la ponían pensativa, mugía en su interior una cólera oculta, una sorda rebelión contra su suerte; hacía castillos en el aire, los castillos que puede hacer una muchacha ignorante; se desalentaba, pero el recuerdo de las calles concurridas volvía a aguijonearla, odiaba a las elegantes, a las *rotas* que visten de seda; sentía una inmensa rabia de ser *una cualquiera* y casi sollozaba cuando oía a sus espaldas el roncar del fuelle, el choque del yunque, el chisporroteo de las brasas y a su frente miraba La Rumba, negra, sola, oliendo a muladar, poblada de perros hambrientos que aullaban: se ponía en pie, miraba a lo lejos, flotaba sobre la ciudad oscura y dormida, como una bruma luminosa, el reflejo de la luz eléctrica, murmuraba no sé qué frases, como si soñara en voz alta diciendo:

—Yo he de ser como las *rotas*...

II

El boletero dormitaba apoyado en la plataforma del vagón con los brazos cruzados y la gorrilla sobre los ojos; un señor notario hacía gestos. Llevaba poco tiempo de usar dientes postizos, quizá no hechos a la medida, porque los sacaba y metía con movimientos de lengua; tales visajes ponían nervioso a un cura que se sofocaba envuelto en los amplios pliegues de una capa española que dejaba descubierta a veces una sotana enrollada sobre el abdomen; veía con atención al notario y a los pocos momentos no sé qué tendencias imitativas le producían movimientos nerviosos en la boca; un empresario de carros, de zapatos enlodados y rostro asoleado; se refugiaba en rincón opuesto, alzaba los pies sobre el asiento, subía la persiana y poniéndose el gris fieltro sobre los ojos, roncaba momentos después. El gran Cornichón, con el sombrero de paja y cinta negra, echado atrás, un gran puro en la boca y el brazo en la ventanilla abierta, se entretenía en leer todos los letreros de casas de comercio. Muy fastidioso era aquel viaje de las dos de la tarde. Un sol de infierno convertía el pequeño vagón en una hornaza: la resolana deslumbraba y los pasajeros tenían que cerrar vidrios y persianas; mareaban el polvo y el humo de los cigarros, adormecían con venenoso sueño, provocado por la digestión, el calor y la marcha lentísima del vehículo. Sudaba el señor cura, impacientábase el notario de los dientes, que se quitaba el sombrero y se hacía aire con un periódico; dormía el carrero con rostro de apoplético y despertaba sobresaltado cuando una mosca se le paraba en los labios, cosquilleaba sus narices, o una detención brusca del tren lo precipitaba fuera del asiento. Cornichón seguía deletreando, empuñaba la gran cartera de cobranzas amarilla, menos acalorado que los demás, gracias a su saquillo de alpaca negra.

Lástima causaba ver al vehículo cuando atravesaba la enorme plazuela de La Rumba bañada del sol y reverberante; el cochero silbaba dormitando, sosteniendo apenas las riendas de la mula, que caída de cabeza, oscilantes las orejas y tranquilo el paso, rumiaba el freno. Cuando Remedios, conocida por el nombre de *La Rumba* subía, todo cambiaba; el boletero, muy político la saludaba gorra en mano y muy ruborizado; el notario suspendía el movimiento de *mete y saca* de su dentadura; el cura abría un solo ojo para verla y el carrero adoptaba una postura decente; pero el más complacido era Cornichón: ¡cómo se iluminaba su fisonomía! ¡cómo brillaban sus ojos azules y qué de prisa pagaba al boletero, que con la punta de los dedos ofrecía la vuelta a la gentil costurera, y haciendo equilibrios para no caer, cogido de los tirantes y murmurando un «usted dispense» para cada pisotón, volvía a la plataforma prendiendo en el alfiler de seguridad de su solapa los boletos recogidos!

Cornichón y *La Rumba* dialogaban; él martirizando su bigote cobrizo y ella magullando el bulto de telas que llevaba bajo el tápalo.

Era una mujer hermosa, una de esas que ponen fuera de sus casillas a los devotos de lo monumental, y ella lo era por su alta estatura, su robustez y aquel aire de diosa guerrera de su rostro, aquel mirar que penetraba hasta la médula y aquella sonrisa

nada mística de sus labios gruesos, rojos, húmedos y sanos.

El calor de la siesta le daba una peligrosa hermosura; tal parecía que circulaba lumbre en sus venas, pues llevaba las mejillas y las orejas enrojecidas y la fatiga hacía latir su seno levantando la pañoleta de estambres azules que lo cubría.

¿Qué platicaban ella y Cornichón? El Notario, muy quieto, los observaba; el carrero estaba verdaderamente nervioso y el señor cura se ponía serio, pero ¡nada! su cuchicheo los impacientaba sin que oyeran una frase clara, y sólo de vez en cuando ella se torcía en el asiento y lanzaba una carcajada que hacía volver en sí al de los carros, que comenzaba a dormirse de nuevo, refunfuñar al eclesiástico y sacar de quicio la dentadura del notario.

Eran novios, no cabía duda; el boletero juraba que el barcelonete no tenía cobro que hacer por aquellos rumbos; además, la costurera siempre se iba al taller *a pata*, así es que no había duda, algo traían entre manos. Y, también, ¿qué significaba aquello de estar dos horas en una esquina para despedirse?

Era cierto; el empleado de la *Última Confección* era novio de Remedios, costurera de la *Casa de Modas* de Madame Gogol, «Modista de París».

La Rumba comenzaba a realizar su sueño; pasar de una herrería a un taller de calle céntrica había sido un paso bastante largo; ser amada por un Cornichón era casi estar en los umbrales de la dicha.

Aquella tarde llegó Remedios muy preocupada al taller. Cornichón le había hablado de cosas que la sumían en profundas reflexiones. Con acento mal seguro le juró y perjuró que la amaba mucho y ¡si vivieran juntos!... Y al despedirse con aire solemne le dijo al oído: «Tengo que hablarle a usted de un asunto muy serio.»

Fue ella al Cajón de Cornichón, que vendía en aquellos momentos una vara de felpa a cierta señora.

—¿Nada menos?

—Es el último precio...

—¿Y no tiene usted una más barata?

—Pero no de esta clase.

—¿A ver?

Y Napoleón, después de revolver la tienda dejó caer dos o tres piezas del género en el mostrador, y con la vista baja y pintando rayas con el lápiz que tenía tras la oreja, habló en voz baja a *La Rumba*, que muy mortificada, con la vista fija en un hacinamiento de tapetes, hacía signos negativos con la cabeza. Él parecía impacientarse.

—Conque, ¿en qué quedamos?

—No, eso no, Napoleón, no conviene.

—¿Quiere decir —mordiéndolo el lápiz y con rostro adusto—, quiere decir que usted no me quiere ya?

—Sí, hombre, pero ya sabe usted que no puedo, no puedo...

—¿No soy un caballero? ¿Cree usted que si de mí dependiera no hubiera ya...?

Remedios, me caso, pero... pero habiendo amor nada tiene de particular un viajecito aquí cerca, nada más a Toluca.

—¿Y ésta me la da usted más barata? —interrumpió la de las felpas.

—Ya sabe usted, dos pesos —respondió Cornichón a la compradora.

—Es usted muy carero. Doce reales... (con ojos dulces).

—(Sonriendo irónicamente.) No se puede...

—Entonces vuelvo.

—Conque ¿qué sucede?

—No... no... no. Cornichón, una cosa es una y otra es otra...

—Mire usted, ahora que salga hablaremos y la convenceré a usted.

—Veremos... ¿cuánto es del forro?

—Nada...

—¿Cómo nada? Tenga usted —pero el dependiente no quiso admitir el dinero y la muchacha salió desconcertada.

¿Qué haría? Su cabeza era un mundo de encontradas ideas, debía reflexionar. Cornichón pedía una resolución violenta... ¿qué responderle?

Entró a los portales, en los que se oprimía un apiñado gentío... comenzaban las luces a encenderse, los vendedores desbarataban sus puestos de mercería y juguetes; italianos vestidos de cocineros con blanco gorro y delantal, rebanaban jamones, galantinas y chorizones en el fondo de zaguanes vivamente iluminados. A la luz de los quinqués brillaban los dulces baratos, una turba de muchachos voceaba «¡*La Política* de a centavo!» «¡*El Chismito* con la noticia del *afusilado!*» «¡*El Nacional* y *El Tiempo* de mañana!» Unos corrían, otros doblaban en el suelo los grandes pliegos recién impresos, húmedos todavía, agrupándose en derredor de la alacena de Martínez, que echado atrás el sombrero, mascullando con un lado de la boca un puro y a la luz de una lámpara tomaba notas en un gran libro, surgiendo de la inmensa mole de periódicos. Sospechosos sujetos vendían bastones y paraguas usados; una música tocaba en el kiosco del Zócalo; se oían cascabeles y bocinas de trenes que descomponían los nervios al chirriar en las curvas, y dominando el bullicio de los presurosos transeúntes y el rodar de los coches, se levantaban de la Catedral las graves notas del *Angelus* para perderse en la calma del sereno cielo de la tarde.

El bullicio aturdía a Remedios, los ruidos eran voces para ella, voces que respondían a mil preguntas elocuentes que se hacía en su interior. ¿Se iría con Cornichón? ¿Abandonaría a su familia?

Y los recuerdos surgían en su memoria, los cuadros de La Rumba distante, el padre ebrio, la madre colérica, los hermanos sucios, imbéciles, incapaces... ¿qué podía esperar de aquella herrería? ¿Qué de la casa de modas? ¿Qué de Cornichón? Odiaba aquella enorme plazuela, moriría de tristeza en aquella herrería; la mataba su calor sofocante, la asfixiaba el polvillo de carbón que todo lo ennegrecía, hasta el carácter; no podían respirar en aquel cuarto maloliente y estrecho... No, no había nacido para vivir encorvada sobre la costura, recibiendo un miserable sueldo,

buscándose una enfermedad del pecho o el pulmón. Salía del taller con los ojos ardiendo, los dedos dormidos, las piernas entumecidas y luego ¡ande usted dos leguas para llegar a la casa con los zapatos rotos, sin abrigo, tropezando en los hoyancos! ¿Y para qué? para encontrar rostros serios, palabras duras, airados ademanes... ¿Qué la esperaba? La casarían con don Mauricio el tendero, aquel azafranado antipático a quien le hacía desaire tras desaire, que la tenía hasta el copete con su piloncillo, sus almendras de los domingos y sus pasas de todos los días. Olía a queso, le revolvía el estómago su camisa de cuadritos que sólo se cambiaba la Semana Santa y los días de San Juan y Señor Santiago. ¡Ah, el brusco, el pecoso tendero! ¡Nunca! Jamás se refundiría en la tienda que olía a chiles en vinagre, ni era su carácter para estarse detrás de un mostrador espantando moscas, sacudiendo barriles de chicha, partiendo azúcar y pesando frijoles. No lo podía ver ni pintado. ¡Y luego con aquellos dientes verdes! ¡Fuchi! ¡Qué asco! Y estremecida agregaba: «Si no he de pasar de *una cualquiera*, prefiero mil veces a Cornichón.» ¿Qué le importaba lo que dijeran? Y sobre todo, que en vistiendo bien y gastando mucho, nadie habla. ¿No lo veía?

La Tulitas, esa que se compraba los trajes con la Gogol, era horrorosa, tenía cuerpo de tabla, y sin embargo, ahí están los periódicos: lindísima, graciosa, espiritual... como que entraba en sus vestidos más algodón que género. Sin ir más lejos, la Repello no podía tener peor fama: había sido una pelada, y ahí está, vive con un sastre, casado por más señas, y sin embargo, anda de aquí para allá sin que nadie diga una palabra, y figura en la buena sociedad de los advenedizos. Todo, todo lo hace el dinero, y ya que Cornichón era francote, gastador, rico... ¿por qué no se había de levantar como las *rotas*? «Ande yo caliente...»

Pensaba con tal intensidad aquella loca Remedios, que para no verse interrumpida en sus lucubraciones, avanzaba por calles solas sin fijarse en nadie... Su pensamiento se parecía a esas olas en que flotan los restos de un naufragio y arrojan a la arena flores deshechas, jirones de seda y se atropellan el labrado de un mueble y el trozo podrido de una tabla. La podrida tabla que empujaba sus anhelos de grandeza era La Rumba, el recuerdo de aquel hogar en que había crecido como una planta exótica, creyendo que la herrería sucia no era sino una estación de paso en la que se había detenido algunos años mientras emprendía el largo viaje de una accesoria a una casa amueblada. Todo era ahí triste y soez, hasta el amor. Recordaba la pasión de Chito, el aprendiz de su padre, aquella pasión brutal declarada a empellones. ¡Cuánto mal habían hecho a sus ideas aquellas citas de plazuela, aquellos diálogos en los que el platonismo brillaba por su ausencia, y la más tierna de las caricias del burdo amante era magullar entre sus manos callosas de herrero los dedos picoteados por la aguja de la costurera! Y juzgaba al amor por los actos del patán que escupía groseramente, la llamaba a silbidos y la trataba como a una soldadera.

¡Cuánta amarga experiencia dejó La Rumba en su corazón ya frío para los sueños! ¡Qué venenoso cálculo echó raíz en su conducta! Y la comparación, esa comparación cómplice de las tentaciones, la hacía poner frente a frente su barrio y las

calles céntricas, los amores de plazuela y los amores de Cornichón. Aquel lujo que desbordaba de los escaparates, aquel mundo alegre que reía en el arroyo, aquellos coches que hundían el adoquinado, la atmósfera de riqueza de las grandes calles había hecho nacer en su alma no el lirio puro en cuyo cáliz blanco duerme la dulce quimera de la virgen, sino una flor deslumbrante pero venenosa; brillante, pero seca; seca como las que prendían bajo el ala de un pájaro en los sombreros de mujer...

Al entrar en La Rumba zumbaban sus oídos con el ruido persistente del público andariego; flotaba ante su vista la hilera de escaparates hinchidos, el brillo de las joyas, el relampagueo de las sedas, el rápido rodar de los carruajes y hasta la luz del sol, elegante, iluminando a la riqueza... y todo ese *mare magnum* de visiones ¿para qué? Para encontrarse el tenducho de don Mauricio oliendo a borracho; las casas arrojando el soplo pestilente de las atarjeas removidas y el roncar prosaico de la fragua, dominado por la voz del padre brutal que le decía:

—¡Alza burro! —porque se había parado sobre una cinta de fierro.

Mariposa parecía, confusa mariposa atraída por la luz, y quería precipitarse en el fuego con las alas abiertas.

Oíase cerca un sordo rumor, algo como un torrente, algo como un desplome de piedras que ruedan: eran los coches que volvían del Paseo... Había llegado a la esquina; titubeaba si caminaba; a la derecha, allá lejos donde comenzaban a encenderse los faroles, la esperaba La Rumba silenciosa y negra; a otro lado el ruido del tumultuoso regreso de los paseantes la llamaba; allá estaba don Mauricio, aquí Cornichón. Detúvose, veíanse desfilar a lo lejos las linternas de los coches, el relampagueo del barniz, los arneses chispeantes, fingiendo una procesión de antorchas, pasaban por la bocacalle; trajes claros, jinetes encorvados, grupos de infantes que se perfilaban en la sombra, se detenían en las esquinas para no ser atropellados por aquel desbordamiento de trenes.

Dio algunos pasos, volvió sobre ellos, sentía una inmensa angustia. Llegó a la esquina; el desfile se había detenido, la fascinaban los carruajes y contemplaba con aire estúpido a las damas que tiritaban friolentas bajo sus sacos de abrigo en los coches abiertos; hundían sus pies en las pieles de una carretela, o se reclinaban adormecidas en el cristal de un cupé abrigado... Los coches se pusieron en marcha, sonaban los arneses, las pisadas de las herradas bestias, silbaban los látigos y se encabritaban unos frisonos; querían galopar, pero un simón reumático se lo impedía, viejo coche de gris caja, flojos vidrios, gemebundos ejes y raquítrico tronco. El auriga harapiento pateaba, silbaba, azotaba, ¡todo inútil! los jamelgos no dejaban su trotecito de bestias cansadas cabeceando con aire de fatalismo; en el interior unos toreros ebrios cantaban peteneras. Ése era el emblema: el coche impaciente eran *ellos* y Cornichón; el desvencijado vehículo ella y don Mauricio... Pero no; ¿quién haría la cena en su casa? ¿quién se levantaría con el alba? Su padre era tierno cuando no estaba ebrio ¡sufría tanto el pobre! no, no, ¿huirse de su casa? ¡nunca! Y volvió sobre sus pasos con los ojos humedecidos: era *una cualquiera*, y debía refundirse en La

Rumba; pero ya no era tiempo: le dieron una palmadita en el hombro; tembló de pies a cabeza; cosquilleó su espina un calosfrío de espanto: era Cornichón.

—¿Mi vida?

—Váyase usted... por favor, no, no, estése quieto, suélteme Cornichón... Resistió, luchó, y por fin se perdió en el gentío... llegó a la Alameda, creyó que la perseguían, estuvo a punto de caer, cuando después de un chirrido hubo una explosión de luz: los focos eléctricos que se encendían, y daban a su rostro tintes de cadáver y proyectaban su sombra grotesca, larguísima, en el empedrado.

La Alameda parecía un antro: trémulas lucecillas rojas palpitaban a lo lejos, las negras frondas cuchicheaban y en su negror ardían con luz suave, fosforescentes y fugaces constelaciones de luciérnagas.

Grupos mudos yacían en las bancas; clareaban entre el ramaje las faldas claras de pintadas señoras de tapalito; el velador envuelto en su capote recorría las calzadas... Reinaba una calma de bosque dormido y veíanse lejos ya trenes a todo vapor que pasaban, y el rumor sordo, lejano, de los últimos coches que rodaban en el asfalto.

¿Y Remedios? No, no es cierto que haya momentos de locura en que todo se olvida, no; antes de responder a Cornichón pensó en La Rumba, resistió en el tumulto de las calles céntricas y escuchó desfallecida como una romanza aquellas frases, aquellas promesas, aquel amor de Cornichón que le decía temblando:

—Júramelo...

—Te lo juro, seré tuya, siempre tuya...

Y se alejaban hundiéndose a lo lejos en las calzadas, envueltos por las sombras: esas eternas cómplices.

III

De día, la tienda de don Mauricio era bastante triste, tan oscura que no se distinguían bien los objetos y solamente el metal de las balanzas lanzaba un pálido reflejo en la sombra. Abatíanse las moscas en negra nube sobre las manchas de licor, los grandes trozos de azúcar que surgían de un cajón abierto, y materialmente cubrían un rosario de chorizos enjutos que pendían de un hilo al lado de las amarillentas velas de sebo y un queso de bola aprisionado en una redecilla, sin color, endurecido, y que se balanceaba melancólicamente.

Raros eran los marchantes en el día; pero llegaba la tarde, flotaban las sombras en el tenducho dándole todo el aspecto de una cueva húmeda, quitaba el dependiente los cucuruchos que protegían a las lámparas del polvo y de las moscas, encendíalas y a su amarillento, claro y brillante fulgor adquiría La Rumba no sé qué alegría, no sé qué aseo que le negaba la claridad del sol.

Hacinados pilones de azúcar, almacenados en el tapanco, llegaban hasta el techo envueltos en forros grises; corrían a lo largo de las paredes y en el blanco armazón una doble hilera de botellas; la riqueza de la casa, los vinos escogidos, que brillaban en su cárcel de vidrio tras las chillantes etiquetas, orgullosas botellas que parecían erguirse sobre los cascotes acostados de los vinos tintos de palo de Campeche, los plateados envoltorios del té, las casi desiertas alacenas en que dormían una caja de galletas vacía y una de puros jamás abierta. Y sin embargo, sólo de año en año descendían de la tabla una media botella de anisete malo y otra media botella de peor coñac con todo y su alambrado.

Eran las regiones tranquilas que no servían mas que de ornato, de contraste a aquellos cajones embutidos en la pared, henchidos de frijoles y garbanza, maíz y arvejonas, chile pasilla y tuberculosas papas... Pequeños envoltorios tapizaban una repisa en forma de cojines de papel de estraza, angostos y largos, sobre un haz de periódicos destrozados y abolladas pesas.

Sobre un banco, leproso, empolvado, rodeado de pedacería, un queso añejo cortado a pico, difundía su olor fuerte; en opaca botella se maceraban largos chiles, flotando en la salmuera, junto al barril pintado con vivos colores, depósito de chicha. Crujían las enmohecidas balanzas, comenzaba a descascararse el molino de café fijo al mostrador, pero siempre estaban llenas las prismáticas botellas que tras una especie de jaula de alambres, en un rincón, al lado de la cerveza de peor clase, formaban la cantina, cantina de barrio, miserables colecciones de menjurjes nauseabundos, los venenos baratos de la plebe.

Algunos anuncios de cigarros pegados a la pared completaban la decoración de aquel tenducho, el único de aquellos apartados rumbos.

Comenzaba el comercio a la oración de la noche. A un lado de la puerta colocaba su mesilla un vendedor de té de hojas, enorme cafetera en forma de casa, en cuyo techo se alzaba una mole de panes de a centavo y en cuyos sótanos ardían vivos

tizones... lumbre para los que no tenían cerillos y en ellos encendían sus cigarros. Friolentos léperos se calentaban con el descolorido café, bebido a grandes sorbos en enormes tazas azules. Una vendedora de elotes les hacía compañía, en tanto que la tienda comenzaba a llenarse.

Flotaba en su atmósfera saturada de alcohol una densa nube de humo de cigarrillos. Magullábanse en el rincón los artesanos; el zapatero cargando sus recortes de suelas, el carpintero su berbiquí, el cargador su mula, y pedían, pedían con furia y en voz alta copa tras copa, decimal tras decimal.

El dependiente, un peloncito vivaracho, de manos despellejadas, apenas se daba a basto.

Don Mauricio platicaba con don Encarnación, que vihuela en ristre fumaba un cacho de puro recortado; el maestro de la Municipal jugaba al ajedrez con otro vecino. No chistaban palabra, tapábanse la boca con la mano, sombrero atrás, y casi echados de bruces sobre el zinc del mostrador, movían las ennegrecidas piezas.

—¡Al rey! Jaque. Me enroco. Ya se va su trovador. ¿Me la como? A la regina, etc. —murmuraban fruncido el entrecejo y meditabundos.

Don Mauricio estaba muy preocupado, echaba ojeadas a la plazuela, preguntaba la hora cada cinco minutos y no atendía a una sola palabra de don Encarnación.

—Oiga usted, Cervantes —díjole al de la Municipal— ¿qué horas tiene?

—Siete y cuarto.

—¿Está bien?...

—Con Catedral —dijo mostrando su reloj.

—¿No ha pasado el último tranvía?

—No.

Entraban varias mujeres y depositaban sus canastas en el mostrador.

Canastas llenas de compras: en hojas secas de elotes la manteca, en tapiz de col los *bisteses*; revueltas con el pan y desbordando el asa, las velas de sebo con sus grandes mechales colgantes.

—¡Tlaco de té, don Mauricio; del bueno!...

—¡Cuartilla de azúcar!

—¡Pilón de chile pasilla y pilón de frijol bayo!

—¡Dos centavos de añejo y una onza de café!...

—¡Medio de arroz!

—¡Tlaco de aceite; pero no del español, del francés!

Barajábanse los gritos, patinaba de aquí para allá el infeliz Mauricio, vaciando el abollado platillo lleno de semillas en los rebozos, en pedazos de papel; revolvía los centavos del cajón del vuelto, aventábalo sobre el mostrador, palmoteaba en él, iba y venía, pero a su espalda, golpeando el zinc con una moneda le gritaban los impacientes:

—¿Qué sucede, no me despacha?

—¡Don Mauricio, pilón de sal!...

—¡Se me hace malobra, don Mauricio!...

«Francizquilio» en un rincón lavaba copas.

—¡Un tequila con membrillo y dos naranjas con amargo!

—Ande, compadre, ande don Chema.

Esto decía un sujeto de mala catadura y sombrero ancho, a dos amigos, cortado de la cara el uno y medio borracho el otro, alargándoles las copas de grueso cristal llenas hasta los bordes del líquido que Francisquillo servía de golpe.

El mostrador era un charco de aguardiente.

Los ebrios echábanse el sombrero atrás y sin parpadear, de un trago apuraban el ardiente licor, capaz de raspar, quemar una garganta de fierro; paladeaban, chupábanse los bigotes, y después de enjugarse los amoratados labios con el dorso de la mano, buscaban en lo más profundo del bolsillo el montón de centavos.

—Vamos otro. Ora a mí me toca.

—¡Una repetición!

Y seguían bebiendo. Las charlas comenzadas en voz baja subían de tono, corría la caja de cigarrillos, se iluminaban los ojos, palidecían intensamente los rostros, sentían flaquear las piernas, el pulso temblaba al encender los cigarrillos y cada palabra sospechosa les arrancaba una carcajada brutal.

—¡Ah qué don Chema!

—¡Ah qué mi compadre!

—¿De veras, mano?

Se volvían muy tiernos, se daban fraternales golpecitos en la espalda y hacían alardes de valor. Tratábanse con minuciosa política.

—Encienda...

—Usted primero...

—No, usted.

—Vaya, con permiso —y tocándose el ala del sombrero prendían el cigarrillo casi deshecho y lo tiraban a las tres fumadas.

El escándalo ensordecía y el gendarme, envuelto en un capote azul asomaba las narices. Cuando había riñas los llamaba al orden, y cuando no, se conformaba con decir:

—Buenas noches.

—Adiós, vecino.

Los grupos se disolvían para reunirse de nuevo en la calle. No era extraño escuchar airadas interjecciones, monólogos balbucidos, palabras incoherentes, sollozos, náuseas: el alcohol comenzaba a hacer su efecto.

—Vámonos, Celedonio...

—No quiero...

—Anda, papá, vámonos.

—No quiero.

—De que te pones briago, Celedonio...

—No quiero.

—Mira que viene el gendarme.

—No quiero (por monosílabos). No quiero (subiendo de tono). No quiero (gritando) ¡Y no quiero! (en voz baja).

Y el borracho se quedaba y la familia se iba.

Don Mauricio seguía preocupado: hablaba del matrimonio.

—Amigo, eso es un albur —le respondía el de la Municipal— y lo mejor de los dados es no jugarlos.

—Las mujeres son el mismo diablo... —agregaba el zapatero.

—Pero, hombre, se llega a una edad en que es preciso ir a la parroquia.

—Y luego en estos tiempos. Antes, amigo, eran de otro modo: hoy de que les da por *rotas*, malo; de que empiezan con el tapalito y el zapatito... Mire usted a la hija de don Cosme, a Remedios, esa va a acabar mal... Le dio por leida y escrebida, dizque iba a no sé qué escuela, de ahí, que modista; apenas habla, está hecha una catrina; contesta con puros *gringos*, y acuérdesse don Mauricio, esa acaba mal. De que se ven bonitas ya quieren salir de su clase, y no, hombre; si semos probes así tenemos que quedarnos, aunque... Sí señor, buen traje, mascada de seda, ¿ya ve todo eso? pues acaba mal.

Muy serio dijo don Mauricio tales frases, como si le hubieran llegado al corazón, y respondió el de la Municipal:

—Usted exagera, maestro. La instrucción es la única base del adelanto de las masas, el punto de mira que perseguimos los amantes del progreso, la única palanca (señalando con el índice la caja del papel florete) de la regeneración... y el perfeccionamiento...

El tranvía pasaba en aquel momento. Don Mauricio alargó el cuello, no sonó el timbre, no se paró el vehículo, un solo pasajero dormitaba en un rincón, y se preguntó en voz muy baja:

—¿Por qué no vendrá Remedios?

—Si, señor —dijo con vehemencia—, tiene usted razón, la inorancia es lo peor...

—Peor es —agregó el zapatero, que se la echaba de filósofo—, peor es, don Mauricio, que se pierdan. Sí, convéznase amigo, el que nació para suela nunca ha de ser *oreja*...

—¡Hombre, hombre! Usted profana los sagrados principios de la democracia...

—Lo que sé es... —dijo don Mauricio.

Chito, el aprendiz de don Cosme, entró desaforado y díjole al oído y sin tomar resuello a don Mauricio:

—Que dice doña Porfiria que vaya usted luego, luego, porque Remedios se ha perdido....

—¡Con permiso! —y saltó del mostrador y disparóse a la calle sin sombrero...

—Échese una cantada —dijo el de la Municipal al zapatero. Afinó éste y con temblorosa voz lanzó al aire las populares notas de *La Golondrina*:

Y Aben Ahmed ed ed...
A partir de Granaaa... da dá...

IV

Grande fue el escándalo que produjo en la rumbeña gente la fuga de Remedios. El infeliz tendero la noche memorable del acontecimiento tomó un coche, y en compañía de Chito recorrió medio México: todo inútil. Encontró la «Casa de Modas» cerrada. Gualupita, la amiga íntima de *La Rumba*, no pudo darle noticia alguna.

El pobre azafranado estaba inconsolable; detenía a todas las muchachas de tapalito a rayas grises que encontraba, parando el vehículo para cerciorarse de que no eran Remedios.

Tuvo que dar la triste noticia, sembrando el desconsuelo en el hogar de Cosme Vena. ¿Le habría pasado alguna desgracia?

—¡Animas que Cosme venga tarde!

Deseaba su cónyuge una de aquellas borracheras que lo postraban en el petate de la embriaguez dos y tres días, con tal de que no llegara a saber la triste verdad.

Allá, a deshoras de la noche, llegó el herrero en un estado atroz; trabajo costó convencerlo de que no había asesinos en su casa, pues quería dormir en la plazuela acosado por los primeros síntomas del delirio de persecución.

Al otro día, Porfirita comisionó de nuevo a don Mauricio para que fuera al taller de la Gogol.

—Usted es —decía al conmovido mocetón—, usted es, don Mauricio, mi paño de lágrimas. Ya usted ve, da hasta la desgracia de que estas *riumas* no me dejan mover. Si le digo a usted...

—Señora, ya sabe que conmigo cuenta para todo, y lo que se le ofrezca, nada más me manda un recado...

—¡Gracias, don Mauricio, gracias, Dios se lo pague!...

—Las que a usted adornan, señora.

Y emprendió nuevas caminatas el abarrotero. Recibiólo en el taller una obesa matrona que echo pestes contra Remedios.

—Mais je ne sais pas, Monsieur, ¡je ne sais pas! Usted comprende que ño no saber dónde se van éstos... muy informal la Remedios... muy...

—Adiós, señora...

Iba y venía destapando cajas y hundiendo y exhumando de ellas formas de sombreros, plumas y trapos, con el metro echado al cuello, saludando a ésta, mostrando a aquella otra marchante un abrigo de abalorios, sonriendo a todo el mundo, en tanto que las modistas reían del pobre Mauricio que, muy rojo, daba vueltas a su sombrero de pelo color de café tostado, retrocediendo, avanzando, haciendo torpes caravanas para no ser arrastrado por el vertiginoso ir y venir de la Gogol atareadísima.

—¿Y no sabe usted?...

—¡Moi, je ne sais pas! Tres pesos, señora, es lo menos.

—Pero, ayer vino...

—¡Oh, sí, vino, y se fue más temprano! ¡Oh, madame, muy bien queda usted el negro! Veinte pesos...

—Conque quiere decir que vino ayer y no sabe usted...

Para cada palabra pujaba el buen tendero, atropellado por aquel mundo de señoras que entraban.

—Conque ¿me decía usted que ayer?...

—¡Oh, usted no haberme oído! ¡Je ne sais pas! ¡Je ne sais pas! Mi cree que se ha de haber ido con Cornichón. Esta Remedios andaba mal... Adiós.

Lo dijo tan serio la Gogol, que el pobre Mauricio se salió sin despedirse, con un dolor inmenso. Más valía que se hubiera muerto; pero, ¡fugarse! ¿con quién? No había entendido el nombre y recorría todos los apellidos extranjeros. Sí, en *ón*, en *ón* acababa, lo tenía en la punta de la lengua; pero... la amaba, sí, la amaba, y si no, ¿por qué sentía tan sorda rabia? ¿Cómo diablos daría la noticia a la madre?

Anduvo calles y más calles; volvió sobre sus pasos; detúvose frente al escaparate de la Gogol y se puso a contemplar, ya un pájaro de plumaje amarillo que abría sus alas disecadas sobre una pieza de tul, ya una guía de flores de trapo, y ¡nada! no le ocurría una sola idea. ¿Dónde estaría Remedios? Y fijaba la mirada en las pupilas de vidrio de un busto de mujer de porcelana, vestida con prendas de la casa. Rascándose con aire desconsolado, cabeza, frente y narices; no podía resolver el problema.

Avanzó hasta la esquina y preguntó al gendarme por una muchacha, así como de veinte años, morenita, alta, gruesa, con un lunar a un lado de la boca.

El guardián del orden público respondió que conocía tantas de esas señas, que no era fácil acordarse y, además, no había estado de servicio la noche anterior.

No hubo remedio. El azafranado tomó el tren que debía dejarlo en su barrio y tuvo que informar a doña Porfiria de su infructuosa averiguación.

Todo lo sabía la señora, porque Chito la había visto en un coche de sitio de caballos tordillos con *uno* de sombrero de paja y cinta negra; un güero él de bigote... y ¿qué significaba aquello? Que *La Rumba* se había huído.

—Morí para ella, don Mauricio. Todo lo paso, pero huirse...

—Si me pone un pie aquí —agregó el herrero que entraba a la sazón— la mato, sí, la mato, la mato... —decía con indignación, y después de la nube de cólera que enrojecía su frente, callaba pálido de tristeza...

Flotaba en torno no sé qué atmósfera de duelo. Chito tiraba suavemente de la cuerda del fuelle que soplaba dulcemente, levantando apenas violadas llamas, cortas lenguas de fuego que surgían del lecho de granates ardientes de la fragua. Campanadas fúnebres parecían los ecos antes alegres del martillo y el yunque, y hasta los muchachos con voz muy queda dialogaban en los rincones.

—¿Y *ora*? —preguntó el tendero.

—¿*Ora* qué?

—¿Qué hacen?...

—¿Qué hacemos? —Algo duro iba a responder don Cosme, pero se conformó

con decir—: *Ora* cada cual que se rasque con sus uñas.

—¿No se sienta, don Mauricio?

—Gracias, señora, voy a echar un vistazo a mi finca. Hasta luego.

—Hasta luego...

Eclipsóse el azafranado, y marido y mujer, en silencio, siguieron en su faena; él pintando de azul celeste y en la banqueta, una cama, y ella remendando una camisa.

A un paso, la vecindad se desataba en comentarios y las lenguas implacables, empapadas en un veneno amargo, murmuraban de la perdida Remedios.

—Tenía que ser: si de que empiezan con la hebilla y el botín, y la mascadíta, y el anillito, y se la echan de gente decente, ¡Ave María! ¡perdición segura!...

—Ya me lo esperaba. ¿Qué le dije a usted, doña Marcelina? ¿Pos qué tiene don Cosme para que la catrina de su hija ande todos los días en tren?

—A mí me dio la corazonada, comadre, desde que vide al gringo ese que nada más la andaba tanteando desde la esquina.

—¡Ah, si fuera hija le hubiera dado más azotes! Se lo he dicho: eres pobre y nada de trapos; más vale ser pobre pero que no se tenga qué decir, a andar hecha una banderilla; pero... ¡gracias a Dios que a Tonche no le da por allí!

Llamaban a los chicos de la herrería y les preguntaban en voz muy baja:

—Oye, ¿qué han sabido de Remedios?

—Pos que dizque se fue afueras de México... a ver a mi tío que está malo.

La pobre Porfirita no podía asomar las narices sin que la acatarraran con pésames y más pésames...

—¡Ya estaría de Dios! ¡La de malas! ¡Ojalá y se arrepienta!

—Se me cae la cara de vergüenza, vecina; pero eso yo siempre se lo dije: mira, Remedios, no te metas en enredos porque no has de sacar de ellos nada bueno; pero ya usted ve...

Mauricio nada decía, pero ante su aspecto serio desternillábanse de risa los asiduos y nocturnos concurrentes de la tienda; no perdonaban sátira alguna y enderezábanle indirectas que ponían mohino al pecoso mocetón.

Cómplice, la vihuela acompañó canciones subversivas, desde aquella:

¿Pos para qué Marciala me engañaste?

¿Pos para qué aumentaste mi pasión?

que arrancaba gritos, risas y aplausos a los implacables chuelistas, hasta los más tiernos, que hacían casi llorar al viudo platónico.

—Se la birlaron, patrón...

—Al fin hay muchas, vecino.

—Usted sí, don Mauricio, que hizo la torta para que otro se la comiera.

Intimidado por tan crueles burlas el mocetón callaba, llevando a la broma cuanto le decían, pero sufriendo como puede sufrir un hijo de Asturias dedicado a la venta de

productos nacionales y extranjeros.

Pasaron los días, y lo que fue un drama, quedó poco a poco menos vivo en la memoria de los rumbeños.

Evocaban la falta de Remedios tres cosas tan sólo: el llanto furtivo de doña Porfiria, la melancolía del tendero y aquel elocuente papel que, pegado con obleas en la puerta de la iglesia, decía:

Se suplican tres Ave Marías por la enmienda de una joven en peligro.

¿Sería alusión a Remedios? Sólo el anónimo autor de aquellos renglones y el cura lo sabían...

V

«*Casa de la Preciosa Sangre*» «*No se permite entrar cabalgaduras.*»

El último rótulo era inútil, pues un hombre alto tenía que doblarse para caber por el bajo y angosto zaguán que tenía dos números: el 20 y el 1815 de la nueva nomenclatura.

Largo rato estuvo indecisa Gualupita frente a la puerta. Se decidió a entrar acercándose a un cuarto y consultó un nuevo letrero: *Casera*.

En el quicio y en primitiva desnudez, dos sucios muchachos escarbaban un hoyo llevándose a hurtadillas a la boca algunos montones de tierra.

—Dígame usted, señora, ¿aquí vive Remedios Vena? —preguntó Gualupita asomándose al antro que hacía veces de habitación.

—No vive aquí —respondió la mujer interpelada, que sentada sobre sus talones frente a un metate y entre una batea de maíces cocidos y un comal, palmoteaba una tortilla.

—¡Me dijeron que en el 5! Es una (agregó describiéndola con el ademán y la palabra) así, todavía muchacha, gordita, alta, que trae un vestidito pajita, un tapalito aplomado y negro... tiene un lunar... hace poco se mudó... se llama Remedios.

—¡Ah! —enjugándose el sudor con las enaguas y sonándose después con las mismas—. ¡Ah, es la que vive con el francés! No sabía yo cómo se llamaba. Pues, pase usted a este patio, y en el otro se carga usted a mano izquierda, sube usted y donde hay una rejita verde, ahí es.

—¿Estará ahí?

—¡Pues quién sabe!...

—Entonces con permiso ¿eh? Y ¡gracias!

—De nada...

Lupita atravesó los dos patios, subió la deteriorada escalera, recorrió un corredor entre dos hileras de apolillados bancos y rotas macetas, que a pesar de los abrojos habían puesto los gatos en inmundo estado. Llegó a la rejilla y tocó.

—¡Lupe!

—¡Remedios!

—¿Qué milagro?

—Eso te he de decir. ¡Milagro será verte por allá! ¿Pues qué te ha pasado? Desde que eres... ¡*La Rumba!* la esposa del ¡*Rumbo!*

—Pasa, anda, pasa —y Gualupita entró a la desmantelada pieza. Algunas sillas de tule, una mesa de madera blanca, un catre de tijera y un equipal, formaban el mobiliario.

—Conque —dijo la otra echándose atrás el tápalo y resollando fuerte—, ¡qué calor, tú! Si parece que escupen lumbre las paredes. ¿Me das tantita agua? Vengo ahogándome; donde que la emprendí a pie, porque ya sabes lo que son los trenes; no daba con la casa.

—¿Quién te dijo?

—Pues él, Cornichón me dijo; tanto que me encargó que te sermoneara. ¡Dizque estaban de *chiflis*! Déjame poner aquí mi sombrilla.

—Toma el agua; te la traigo en taza porque la muchacha ha acabado con los vasos. A ver, presta tu tápalo.

—No, no; si me voy luego... si vine un momentito de pasada. ¡Qué chula es el agua fresca! (Enérgico lengüetazo y suspiro de satisfacción.)

—Pues, mi alma, lo que es yo, ya te había echado la bendición.

—No, tú; pero ya ves el quehacer. Y cuéntame ¿por qué se han enojado?

—No; yo no me he enojado; sino que ¿dime si no tengo razón? Si me he salido de mi casa ha sido con la condición de que le hable a papa, y día y día y siempre es mañana y nada. Ahora se lo dije; mira Napoleón, tú eres hombre y nada pierdes ¿pero yo? Vaya, paso por todo; pero lo que no puedo sufrir es que sea como es ¡celoso, tú! Todo el mundo cree que me enamora. La otra noche, en las tandas, por nada se agarra a golpes con uno. Y de que se la pone, peor... Dime, ¿podemos estar bien? No trae un solo centavo; cuanto anillo me regaló lo ha mandado al empeño. Amanezco sin un centavo; le pido, y yo quisiera que lo oyeras...

—Eso está malo.

—Malísimo. ¿Qué hago? ¿Me largo? ¿Me echo en medio de la calle? La verdad, no y no. Le da coraje que llore; pero me dicen que mi mamá está en cama.

Me lo contó el zapatero. Le dije lo que me pasaba y me hizo escribirle una carta a papá pidiéndole perdón, porque de veras estoy arrepentida. Ni siquiera me contestó. Don Mauricio quedó en venir...

—¿El azafranado?

—Sí, ¡pobre! se ha portado bien... Con tal que a Cornichón no se le haya metido en la cabeza...

—Pues estás amolada...

Quedáronse pensativas las dos, viendo los flojos e incompletos ladrillos del piso. Oíase afuera la algarabía de la vecindad, ladridos de los perros, el *chic-chac* rítmico de la bomba, el chorro del agua en el tinaco y en la cocina el freír de la comida.

Algo sombrío recordaba Remedios, porque tenía húmedos los ojos. Lástima causaba su palidez de insomne, la debilidad de su mirada y el desorden de sus cabellos no peinados. La pieza no barrida, las sábanas sucias, malolientes, hechas banderas, caían del catre destendido al suelo; el chaleco de Cornichón, sin botones, colgado del respaldo de una silla; una vela de sebo en candelero de hoja de lata sobre el equipal, y volcadas en la mesa dos tazas con huellas y asientos de chocolate frío y mendrugos del desayuno.

La Rumba era triste, es cierto; pero el rumor de la herrería, el silbato de la cercana fábrica, el golpear de los martillos, la encandecida fragua y la gritería de los muchachos, daban un aire al hogar, distinto, muy distinto al de aquella pieza en que reinaba el silencio de las situaciones trágicas, ese silencio en el que parecen resonar

más las voces interiores que protestan, acusan, sollozan una falta.

Mezclábanse en el hueco cerebro de *La Rumba* ya reminiscencias melancólicas, ya pensamientos de arrepentida o una desesperación infinita, la del orgullo abatido.

No había saciado sus caprichos, no había figurado en otra esfera, no se levantó del pantanoso nivel de los rumbeños, no; había descendido..., sí, era descender, morirse, enlodarse, aquello de estar a merced de un ebrio miserable a quien le pedía de rodillas una reparación y respondía... ¡no me he de casar sino con muchos pesos!

Se le escapaban algunos detalles o más bien no quería pensar en ellos porque su amor propio quedaba por los suelos. Cornichón se lo hizo comprender en una agria disputa. Quiso botas y no podía andar con ellas, la sofocaba el corsé, se le ladeaba el sombrero, se le despegaba el vestido y no, no. Era preciso confesarlo, no había nacido para *rota*. *La Rumba* de tápalo aplomado arrancaba cuchicheos respetuosos a algunos varones, pero la Remedios disfrazada de catrina, era otra cosa, le hablaban de *tú* los toreros, las señoras decentes la señalaban como paya. El modesto peinado de costurera le daba un aire gracioso; el fleco sobre los ojos, los rizos, verdaderas patillas, que se enrollaban en sus sienes, el polvo de arroz, hacía que la confundieran con una «de esas».

¿Qué consiguió con andar en coche, vestir de seda y abandonar su casa?

Sentía inmensos deseos de volver a la polvorienta Rumba, abrumadora nostalgia engendraba en ella el poderoso anhelo de respirar la atmósfera del taller, extrañaba el ruido de la máquina, el chocar de las tijeras, la blanca costura y el desnudo maniquí y aquel sordo rumor de mar, aquel vaivén de ruidosa gente que desfilaba frente a la «Casa de Modas», aquel run run que arrulló sus primeros sueños de grandeza.

¡Ser rota! Aquellas palabras eran para ella, después del fiasco, sinónimos de imbecilidad.

—¡Sea por Dios! —exclamó suspirando, mientras Lupita bostezó y dijo:

—Pero de todos modos estás aquí mejor que en tu casa. ¡Qué plazuela aquella! Es de correr... Horrible... Yo me moriría.

—No lo creas, no hay como su casa. No hay como las gentes de uno: ahí no pasaba hambres. Ahorita, donde me ves, no sé qué comer. Cornichon no me ha dado, y por no dejar ni come aquí, dice que se va con unos amigos, ese es su tema, no creas, lo veo preocupado... ¡Quién sabe! no anda bien, tiene ideas muy raras; de todo se enoja... Esa maldita copa, tú, eso es lo que lo tiene así. ¿Dime, qué hago con ese genio? Por ejemplo, ahora, ¿de dónde saco? Es capaz hasta de pegarme.

—Mira, Remedios, no te dejes; al que se vuelve miel se lo comen las moscas, y al que se pone en cuatro pies lo ensillan. Póntele tiesa y díceselo. ¿Sabes, yo en tu lugar qué hacía?

—¿Qué?

—Le ponía un papelito y se lo mandaba al cajón para forzarlo.

—Y se lo mando ¿con quién?

—Yo se lo llevo.

—¿Tú? (admirada).

—Yo (resuelta).

—¿No te vas para atrás?

—No me conoces... ándale...

—Mira, arráncale esta hoja en blanco a este libro... ¿Tienes lápiz?

—No tengo nada. Se lo voy a pedir a la vecina...

—¿Y qué le digo?

—Pues nada: Napoleón, no tengo un centavo; hazme favor de mandarme, tanto...

—¿Y si se enoja?

—¡Que se enoje! peor es que no comas...

—Bueno; pues ándale, porque a la una sale...

—Me voy en el tren... Si uno no te anima eres capaz de dejarte degollar.

—¡Ah qué tú!...

—Dame otra poca de agua, ¡qué sed! Y me voy... ni me despido, vuelvo: ahí te dejo ese envoltorio, es un corte... ¿Mi bolsita? ¿y mi sombrilla? Aquí están... Conque... nos vemos...

Quedóse Remedios sola: sacó de su seno una carta escrita en papel azul rayado y que decía:

Remeditos:

Le di la carta a don Cosme y se enojó: dice que no quiere ni que se la mienten. Don Mauricio le contará a usted lo que dijo su mamá, que está tirada desde el martes en la cama por las riumas. Su serbidor

Encarnación Zapata.

Entristeciósela muchacha, apoyó en la mano la quijada y el codo en la mesa. Siguió con la mirada fija en la pared el rastro de los nocturnos insectos, y con los ojos húmedos, como si soñara despierta en algo muy triste, dijo con acento que partía el alma por su elocuencia:

—¡Pobre de mi mamacita!

VI

—Siéntese hija mía —y el padre Milicua tiró del cordón del transparente y después de alzarlo tomó asiento.

—Conque...

—Pues padre —dijo doña Porfiria, pues ella era la interlocutora—, aquí me tiene usted; quería que su mercé me diera un consejo sobre lo que ha pasado. Ya usted sabrá...

—Nada...

—Lo de Remedios, padre...

—Nada sé.

Quitóse los anteojos, limpiólos con un billete arrojándoles vaho y abriendo y cerrando un. Breviario, fijó su mirada, aquella mirada que nada decía, en el rostro de doña Porfiria, que muy roja, con la boca seca, inquietísima en la silla, no encontraba palabras para expresar su idea, por más que enrollaba y desenrollaba el fleco de su rebozo azul.

—¿Cómo? ¿No ha sabido usted nada?

—Nada... —tornó a responder el padre, apoderándose de una barra de lacre.

—Pues ha de saber usted que la muchacha se nos ha huido.

—¿Oiga?

—Sí, señor, ya hace días se fue sin avisar con uno que dizque está en un cajón de ropa, y ya usted se figurará, padrecito, cómo estaremos; yo quiero que usted me dé un consejo, señor, para ver si la muchacha no se pierde. Mi marido, padrecito, en nada quiere meterse, diga usted... y eso, señor, de que se pierda así nomás... Queríamos ver si acaso hablándole usted se convencía de que Remedios volviera.

—Hum... (con visible malhumor).

Era conmovedora, en verdad, la angustia de doña Porfiria, notábase en ella inmensa emoción que ahogaba en sus labios una súplica; torpes eran sus frases, tenía los ojos humedecidos y crispábanse sus manos ya en los pliegues de su vestido, ya en el tule del asiento, en el fleco del rebozo o las enclavijaba tronándose los dedos.

Grandes meditaciones precedieron a la visita trascendental que hacía al cura. Cosme no transigía, negaba su perdón a la muchacha.

—¡Mira, Cosme, que se pierde!

—Que se pierda —respondía el herrero— que se pierda. El que por su gusto muere... Tú tienes la culpa.

Y la tímida Porfiria no se atrevía a oponer ni la más mínima objeción a su marido.

Consultó con las vecinas; pero las vecinas no le dieron consejo alguno; habían envidiado a *La Rumba*, y verla sucumbir era un alivio para aquel escozor que las volvía malévolas.

Por fin, don Encarnación la inclinó a reclamar la protección del cura, cuya influencia podría calmar la cólera del consuetudinario.

Vistióse la madre de Remedios con las mejores prendas: sus zapatos de charol, las enaguas azules con ribetes de terciopelo negro, y el rebozo azul que olía a nuevo... Lavóse la cara y presentóse al padre Milicua. Había estudiado su peroración, pero habíasele olvidado en aquellos instantes, desconcertada por la seriedad del cura, que jugueteaba con la barra de lacre, perdidos los ojos en el techo. Ella había callado y él no decía palabra.

—Eso es malo —agregó por fin— muy malo. De que las muchachas se van... mal negocio. ¿No se lo dije a usted? Señora, mientras no cuide usted a esa niña, nada bueno ha de salir. Si usted la hubiera puesto en un colegio...

—Iba a la escuela, padre.

—Pero, ¡a qué escuela! Sí, señor, ¡a qué escuela! A una escuela donde sabe Dios lo que las niñas aprenden, las amistades que entablan y las ideas que sacan. ¿Se acuerda usted cuando le propuse que mi tía la enseñara a bordar? No quiso la muchacha. ¿Por qué? Porque aquí estaba a un paso, no tenía amigas ni el pretexto para andar sola calles y más calles, y ella me lo dijo... Quería aprender física, y aritmética, y qué sé yo; cosas que de nada les sirven a las mujeres, cuyo porvenir está encerrado en el hogar, y para saber lo que en él se debe hacer, no se necesita geometría, sino buena educación. No me hicieron caso y allí tiene usted el fruto. ¡Cuántas veces la regañé porque me venía a misa con los chinos en la frente, enmarañada, y quitaba la devoción a todo el mundo con sus volteados, sus risotadas y sus meneos...! Se lo dije: circunspección, hija, que estás en la casa de Dios; pero ya usted lo vio, no volvió a poner un pie aquí, dizque porque tenía que ir al taller y oír misa en la Profesa. Pretextos, señora, pretextos para andar azotando calles...

—Un día la llamé y se lo advertí. Hija: no es bueno que platiques con los hombres en el tren, porque todo el mundo te calificará mal. Que es mi primo, me respondió. Otra vez resultó su patrón; más tarde, su amigo, y ahora salimos con que es el seductor. Todo eso ha venido de que quiere picar muy alto, sí, señora; no se conforma con ser lo que es, hija de un artesano, sino que quiere andar en bola con las de tapalito y botincito... Todas, señora, todas éstas son pasto para el infierno.

La señora se había enternecido y se bebía las lágrimas. En su ignorancia comenzaba a darse cuenta de aquellas amargas verdades, que, por no ser comprendidas a tiempo, fueron causa de tan malos efectos.

—Por eso nunca adelantan ustedes —prosiguió el cura, sacudiendo el lacre, y golpeando con él el borde de la mesa— por eso, porque no se conforman con lo que son, y quieren estar más altas, sin hacer méritos para conseguirlo. Se avergüenzan de su posición y quieren remediar una falta con otra mayor; no tienen dinero y roban; están tristes, se emborrachan: tienen hambre, y se visten... Eso es insoportable.

Rompióse el lacre y dejólo en paz el cura para apoderarse del timbre y dar con él un enérgico campanillazo.

—¿Me hablaba usted?

—Mi chocolate...

La criada desapareció de la entornada puerta para traer el chocolate en una gran charola sembrada de bizcochos, que rodeaban a un pocillo rebosante de espuma. Tanteó la temperatura con una sopa el cura, y encontrándola alta, hizo a un lado la merienda y prosiguió humedeciéndose los labios con un trago de agua.

—Lo que usted debe hacer ahora, es que las menores no sigan el camino de la hermana, que Cosme no se emborrache y usted rogar a Dios.

—Puse en la puerta un papel...

—No basta eso. Además, procurar que alguien aconseje a la muchacha que abandone a ese individuo, viva como Dios manda para que su padre vea que, aunque oveja descarriada, vuelve al redil... Dígale a Cosme que me venga a ver; se está cayendo uno de los barrotes del coro y lo he mandado llamar como tres veces. Desde el mes pasado le di a soldar una tina y no me la ha entregado... Y no llore usted: con lágrimas nada se consigue.

Partió en dos, lustroso y tostado hueso de manteca: tomólo con dos dedos y lo hundió suavemente en la espuma del «Flor y Campana». Abrió las fauces cuan grandes eran, alzó la sopa y entrecerrando los ojos y dilatando las ventanas de la nariz, saboreó gran rato.

—Son pruebas que Dios nos manda —agregó mascullando y limpiándose los labios con la bien doblada servilleta— pruebas para apreciar nuestra paciencia...

Después de dos sorbos ruidosos y de engullir unos tres entrenzados, lanzó un silbidito a cuyo ruido apareció el Chino, un gato gordo que le saltó a las faldas con lentos movimientos de cola. Se dejó acariciar el dorso, restregando la cabeza contra la sotana, maullando dulcemente y olfateando las sobras de la merienda...

—Toma, y vete. —Diole una sopa y arrojólo al suelo; hizo un buche de agua y lo arrojó al patio abriendo el balcón. Después de chuparse los dientes sacó su pluma.

—Conque haga eso que le digo, y venga a verme, y no se aflija.

—No, padre.

Oyóse un gemido bajo su rebozo, era un pollo que despertaba. Tomándolo por las patas, doña Porfiria lo presentó con una sonrisa al padre...

—Le traje a usted este animalito... Usted ha de dispensar...

—¡A qué hija! ¡a qué hija! ¿Para qué hace usted esto?... Hágame el favor de dárselo por la cocina a Matiana...

—¿Conque va usted a ver a Cosme?

—No, no, que él venga; ya usted ve, que no tengo tiempo; estoy cargado de quehacer... ¡No tengo un momento libre! —Y se escarbaba los dientes con furor.

—Pues ya me voy... ¿La mano?

Besó la mano del padre Milicua, y, «con permiso, buenas tardes.»

—Adiós, Porfiria.

Alejóse la señora enjugándose los ojos, en tanto que el cura, silbando, preguntaba:

—¿Qué andarás haciendo sobre la cómoda, Chino? ¿Qué andarás haciendo?

VII

—Ella es la que no me quiere, Gualupita; se lo aseguro a usted.

—No, Cornichón, no, lo que sucede es que es usted como todos los hombres, ¡incapaz!

Lo decía con aire tan malicioso Guadalupe, que Cornichón soltó una franca carcajada que hizo volver el rostro a los compradores más cercanos.

—Ahora estuve con ella y me lo dijo... Que se pasan días sin que ponga usted un pie por allá; que no le da usted para el gasto; que es usted muy celoso. Por supuesto que no le diga usted nada, porque como Remedios es tan así, se puede figurar que la pongo mal.

—¿Conque eso le dijo a usted? Bueno es saberlo. Mire usted, eso me da coraje, que hable por hablar, cuando no tiene razón, porque si alguien...

—No, sí la tiene, francamente. Si yo quisiera a una gente y esta gente después de haberme sacrificado por ella, me hiciera menos... La verdad me había de poder mucho. No se ría; así son los hombres, muy sinvergüenzas. Cuando uno no les hace caso ¡ay, Dios mío; son unas mieles! pero después ¿qué tal?

—Oiga Guadalupe, la verdad está usted muy guapa. (Entrecerrando los ojos.)

—Ah, sí guapísima ¡si le digo a usted! (Medio mortificada.)

—Esos ojos... (Durmiendo los suyos.)

—¿Primorosos, verdad? (Irónicamente.)

—Esa boquita... esa barba, ese ¡ay! (Voz desmayada.)

—Hombre. ¿Cuándo hablará usted en serio? ¡Que lo oyera Remedios!

—¿Y qué conque me oiga? ¿que se cree usted que soy su esclavo o qué?

—No, pero...

—Vaya ¡nada más esa me faltaba! que no pudiera ni echarle una flor a una polla tan guapa como usted. ¡Qué ñitas, si parecen!...

—Suélteme, suélteme, no sea tentón; ya sabe que conmigo no se juega... a ver, tráigame el percalito, ese que me dijo.

—No corre prisa, mialma.

—¿Mialma? ¿De cuándo acá? Andele que ya me voy, y lea ese papel.

—¿De quién es?

—Léalo...

Recargóse el barcelonete al barnizado mostrador y recorrió las líneas del manuscrito indiferente al principio, con extrañeza después y al último, con rabia.

—¡Hambre! —gritó casi—, es un abuso ya. Dígale usted que no le mando nada. ¿Cree que tengo mina o qué? Pide y pide. Eso sí, llora porque le doy mal trato, pero no se acuerda de que me jeringa a cada rato, con su dame, y dame y dame. ¿A dónde vamos a parar? Dígale usted que no tengo. Ya me está cargando.

—Oiga Cornichón. Yo le he traído ese papel porque me rogó mucho...

—Ya lo sé, Lupe, no se mortifique. ¿Usted qué culpa tiene? Ojalá y fuera como

usted; pero dígame ¿quién le busca tres pies al gato, ella o yo? Una cosa es una y otra es otra. Sé lo que debo hacer y no necesito que me estén mandando papelitos. ¡Y esto es todos los días, no vaya usted a creer! Ya me tiene hasta aquí —y señalaba el copete—. Cree que soy millonario.

—No sea malo, mándele; peor es que le pida a otra gente.

—¿A quién? —dijo rojo de cólera—. ¿A quién?

—No se enoje ¡de veras que es usted celoso! a nadie, a nadie.

—Que le pida a otra gente. ¡Verá usted si me tiento el corazón para ponerla de patitas en la calle!

—Pero si parece que me va usted a comer: ¡qué genio!

—No, pero dígame usted; no crea, no me da buena espina eso de que llore y ande con recaditos a su casa y don Encarnación por aquí y don Mauricio por allá; y que si don Mauricio no es como yo. Son picones que me da, pero yo no entiendo de chanzas. Si no le conviene, que se largue con don Mauricio; nadie la detiene.

—No, pero sí es bueno hablar con justicia. Don Mauricio sí la quiere.

—Pues se la regalo.

—¿A que no lo dice de veras? Ya quisiera yo verlo. Vamos a ver, ¿qué haría usted si fuera llegando y los encontrara muy amigotes?

—¿Qué hacía? A ella por coqueta le levantaba la tapa de los sesos y a él... más vale no hablar. Dígame usted la verdad, Lupe (muy apurado) ¿sabe usted algo?

—¡No, hombre, no sé nada!

—Sí, dígamelo... usted sabe algo.

—No sé...

—Entonces ¿por qué me dice eso? Donde el río suena agua lleva.

—No; se lo dije por chiste; por hacerlo enojar nada más.

—¿Palabra?

—Palabra. —Y dejó estrechar su mano por la de Cornichón.

—La verdad, sí me puso en cuidado, porque una cosa es una y otra es otra.

—¿Y mi percal?

—Voy a traérselo...

Guadalupe estaba contenta; algo le cosquilleaba en su interior, algo como un remordimiento de haber atizado la susceptibilidad de Napoleón. Remedios era su amiga, pero... Para ahuyentar aquellas ideas encontraba una disculpa ¡al fin todo ha sido en chanza! Era terrible Cornichón: le había dejado doliendo la mano del apretón tan fuerte que le había dado. ¡Suceden unas cosas! Quién había de decir que un hombre como él, tan afortunado, había ido a parar con una cualquiera como Remedios. Yo la quiero mucho, se decía, pero eso no quita que comprenda uno lo cierto, y lo cierto era que su amiga no servía ni para descalzar a Cornichón. Remedios era muy tonta; podía haberse aprovechado. Yo, ¡qué capaz! ¡me hubiera dado una vidorria! Remedios tenía ese defecto, creer que todo se lo merecía, echársela de gran señora, ver a todos sobre el hombro. Si ella la había aguantado era porque, en fin, la

conocía desde chiquita. Remedios no valía más que ella; no era pretensión, pero conocerse no es alabarse y si Cornichón no se había enamorado de ella, era porque se había dado su lugar y por no traicionarla; pero si ella hubiera querido. Además, eso de coquetear no le gustaba.

—A ver, aquí tiene usted éstos; mire el azulito es muy bonito; buena clase, es el que está de moda.

—¿A cómo?

—Real y medio.

—¿Real y medio? ¿Ya se le olvidó que somos marchantes?

—Es lo menos...

No hubo remedio. Tuvo que sacar los seis reales de las cuatro varas, y los puso con disgusto en el mostrador. ¡Creía que se los iban a regalar por sus buenos servicios!

—Tenga. ¿Es doble ancho? Deme cuatro varas ¿pero es lo menos? ¿lo menos?

—Se lo doy a precio de costo. En otra parte no lo encuentra.

—En «La Sorpresa».

—Pero no de esta clase...

Midió Cornichón la tela; dióle un tijeretazo y rasgóla. Después ruidosamente con las manos, la envolvió en grueso papel amarillo y entrególa a Guadalupe que le dijo:

—Conque ¿qué le digo?

—¿A quién?

—Pues a Remedios.

—¿De qué?

—¡Ah qué memoria! Pues de eso del papel...

—Que no tengo nada; que no puedo mandarle. Hizo un gesto de disgusto y dio la media vuelta.

—Entonces ¡adiós!... Oiga, y todo fue chanza ¿eh?

—Adiós...

Retiróse la muchacha decepcionada, y encontradas ideas preocupaban su magín. Le daba lástima su amiga; pero sentía inmensos deseos de darle la mala noticia, exagerándola con interior placer.

Llegó de prisa a la casa de Remedios, y dejóse caer en el catre de tijera.

—Dame tantita agua, chula.

—¿Qué hubo?

—Malas noticias, tú. Hice todo lo posible; pero no pude. Se enojó, y ya sabes, de que se enoja...

—¿De modo que no te dio nada?

—Nada.

—Pues me amoló. ¿Qué hago? ¿Tú no tienes?

—¡A buen santo te encomiendas!

—Te lo pago. Figúrate; no tengo ni un centavo; lo que se llama nada.

—Está enojado el señor, tú; y es preciso que te andes con tiento. Dice que ya te vas descomponiendo; que los recaditos, que don Mauricio. Ya ves, te lo dije; que no sospeche nada...

—¿Me dijiste? Pues no me acuerdo, y sobre todo que ni siquiera he visto a don Mauricio.

—Pues ya te digo; ándate con tiento porque ya sabes lo que es Napoleón. Y eso sí, es chistoso como él sólo; me ha hecho desesperar, ya lo conoces; me hizo mortificar. ¡Ah qué Cornichón! Chuleándome, tú; es incapaz; a mi me da pena porque las gentes son muy habladoras. ¿Crees que me regaló un percal? Míralo, está bonito. No lo quería coger, pero se empeñó.

—Eso es (amargamente) ¡y no tiene para mandarme un real siquiera!

—No te enojas, mialma; si no tiene nada de particular; bien sabes que a mí no me da por Cornichón. ¡Ah qué tú! La verdad me ofendes encelándote.

—¿Celosa? ¿Yo? y luego de ti.

—Si ya lo sé que no valgo nada, pero con todo y eso, no creas. No solo tú tienes quien te mantenga.

—¡Pero, no te enojas!...

—Sí, sí me enojo: después que me expongo a desaires por hacerte un favor, después de que le hablo por ti, vienes allí echándome indirectas....

—No, Lupe, no te exaltes, si te he ofendido, perdóname, no lo he dicho por ti.

—Ya lo sé, si te conozco, y yo tengo la culpa. Ese orgullito te ha de echar a perder; por tu orgullito de querer tratar a uno al poco mas o menos te ha de ir mal, muy mal.

—¡Tú si que estás fresca! ¡Orgullosa yo! Me extraña que tú lo digas. Si alguien es orgullosa eres tú, que apenas dice uno una palabra, te sulfuras.

—¡Bueno, ya está, doblemos la hoja! Allí te dejo el percal de tu Cornichón... no creas que me gusta vestir de *dado*, ni nací para mantenida... Tómalo... por cierto lo que me importan tú y Cornichón... me tienen sin cuidado...

—Y ahora qué, ¿quieres buscar pleito? Te aprovechas de la ocasión para echarle a uno los perros. Eres muy díscola.

—Más vale y no...

Accionaban metiéndose las manos en la cara; estaban pálidas de ira. Levantóse Guadalupe y dirigióse a la puerta y la siguió la otra preguntándole:

—¿Y no qué? ¿Y no qué? Dilo...

—Y no mantenida de un hombre casado...

Dio la vuelta y lanzóse a la puerta.

—¡Mientes! no es casado... ¡Mientes! —y apretaba los dientes con rabia—. ¡Mientes! —aulló; pero la otra pisaba ya los primeros peldaños de la escalera, no se detuvo y desde lo alto le gritó:

—¡Envidiosa... envidiosa!...

Lo que Guadalupe le respondió no pudo oírse porque ella, ciega de furor, cerró la

puerta, dejóse caer desfallecida en el sillón y sollozando gemía con rabia.

—¡Es casado! ¡Envidiosa! ¡Cochina! ¿Es casado? ¡Miente! ¡Si es cierto, soy capaz de matarlo!

VIII

—A ver, Cenizón, escriba usted lo que voy a dictarle.

Púsose en pie una especie de cafre de ocho años de edad, dirigióse al pizarrón, empuñó en una mano el gis, en la otra la toalla y...

—Borre usted.

Borró el muchacho un triángulo isósceles, una suma de quebrados y esperó.

—César... —dijo con voz grave el de la Municipal, el ínclito Borbolla—. Escriba usted: *César*.

—*Cé sar*, —respondió el cafrecito escribiendo.

—Borre usted y escriba más alto: *César*.

Tornó el muchacho a borrar y a escribir de puntillas, extendiendo el brazo cuan grande era... *Cé sar*.

—Coma.

—Coma.

—*Aquel grande hombre*.

—*Aquel... grande... hom-bre...*

—Otra coma.

—Coma.

—Fue asesinado por Bruto.

—*Fue... ase-sin-ado* ¿por qué?

—Por Bruto.

—*Por bruto*.

—Bruto con mayúscula y punto.

—Punto.

—Ahora analice usted. ¿Qué parte de la oración es *César*? Linares, siéntese usted derecho, que no está usted en su cama. Usted Montes de Oca, no esté platicando con Perea. ¡Trujillo! (golpe en la papelería) ¡a su lugar!

—Conque —prosiguió Borbolla— ¿qué decíamos? ¡Ah! (recordando). ¿Qué parte de la oración es *César*?

—¿Sustantivo, señor?

—¡Ay Linares! Ya te veo, sigue, sigue; ya me estás acabando la paciencia... y verás, verás, te dejo a dormir aquí. ¿Qué hace usted ahí, Perea?

—Pidiendo mi *arismética*...

—Siéntese y atienda.

—Conque...

No pudo proseguir el ínclito profesor, porque el rapazuelo más cercano a la puerta le gritó con voz de falsete: «¡Ahí buscan a usted, señor!»

Dirigió sus adormecidos ojos a la puerta y vio la rubicunda cara de don Mauricio, que tímidamente se acercó al bufete.

—Adelante, vecino —dijo en voz alta— ¡en pie señores! ¿No les he dicho que

cuando entre una persona de respeto se paren?

Con un gran ruido de bancas, púsose en movimiento el infantil ejército, y con gran rubor y tropiezos repetidos, llegó junto a Borbolla el de la tienda.

—¿Qué milagro, mi grande y buen amigo? ¿Qué dice esa famosa salud?

—Bien, ¿y usted?

—Aquí con esta percha de borricos. ¡Silencio, Montes de Oca! ¡A su lugar! Es la vida cansada, vecino... Conque ¿a qué se debe esta su grata?

—Pues —respondió el brusco y asturiano acento del tendero, contrastando con la voz meliflua de Borbolla— pues, vengo a un *negocilio* que quiero, ¿no está usted ocupado?

—Absolutamente, compañero. Diga usted, Pedreguera, coloque usted con mucho cuidado el sombrero del señor (mostrando a don Mauricio), y sin tirarlo, en el perchero.

—Pues venía yo a pedirle consejo sobre... ¡qué quiere usted, la de malas, vecino!

El asturiano hablaba muy conmovido y en voz queda que se perdía en la alharaca atroz que armaban los muchachos, murmullo incesante de voces que se barajaban, trozos de lección estudiados en voz alta, risas, golpes de bancos, conversaciones: *uno y uno, dos; dos y dos, cuatro*; y aquel sonsonete dominaba el tumulto general, en tanto que maestro y tendero, de codos en la mesa, se entregaban a interesante diálogo: el uno, Borbolla, escuchaba gravemente; el otro relataba, confuso, avergonzado, tímido, no se qué cosas...

—¡Pero, vecino! ¿Usted? ¿Usted enamorado?

—La de malas... ¡qué quiere... me llegó mi hora!

—¿Y de quién?

¡Ah, qué nube de tristeza pasó por la frente sudorosa del tendero! ¡Qué acento tan triste el de su frase!

¡Qué ansiedad para decirlo con los ojos bajos, como si arrojara su alma toda en aquel nombre...!

—De Remedios.

—¿De Remedios? (estupefacto). ¡Pero... vecino! ¿De Remedios?

—De Remedios (amargamente).

—¿Pero no sabe usted lo que pasa?

—Todo lo sé.

—¿Entonces?

—Eso es lo que digo: fue la de malas... ¡Oh, sí! la quiero y jamás me figuré, se lo juro, vecino, que podría quererla tanto, tanto. —Y se le humedecían los ojos al enternecido asturiano—. Sé que es mi perdición —agregó—, pero... Sé que ha cometido una falta, y sin embargo, ¿qué culpa tiene uno de querer?

El maestro miraba con lástima, profunda lástima a don Mauricio, como si comprendiese el trágico estado de su espíritu y jugueteaba nerviosamente con la cadena de acero de su reloj.

—Conque, ¿qué dice usted?

—Pues que eso es una locura, vecino, una locura y acuérdesse usted de lo que le digo. Me extraña que usted tan juicioso... tan formal se haya chiflado por esa loca... porque es una loca. No le conviene a usted. Si usted me viene a pedir consejo, yo como amigo le aconsejo que no la vea siquiera.

—Pero si ella me manda llamar. ¿Qué quiere usted que haga?

—No ir.

—Eso no, dirá que...

—¡Que diga lo que quiera! ¿Qué le importa a usted lo que diga? Corre usted un grave, un inminente peligro, vecino; cuídese... Ya hablaremos con más calma, pero ¿por qué se va? Siéntese... Descanse otro rato.

—No, tengo que ir hasta el centro, nos vemos allá esta tarde.

—Pues, felicidades. ¡En pie, señores! ¡Adiós vecino! Cenizón... ¿qué es *César*?

Desconcertado, detúvose junto a las ventanas y frente a la inmensa plazuela don Mauricio. ¿Iría o no iría? Pesaba las razones del de la Municipal, pero su pasión, su deseo, una necesidad avasalladora de ver a *La Rumba* idolatrada, callaba aquella voz, aquella amenaza, aquella terrible profecía del sesudo Borbolla.

Permanecía indeciso, como uno de esos niños que no quieren desobedecer a la mamá, y niño parecía, inocente niño, y llevaba su candidez hasta consultar a la suerte. Lo sabía: si iba a ver a *La Rumba*, estaba perdido, era capaz de hacer una locura...

—Vamos a ver lo que diga la suerte. ¿Águila o sol? —y metió la mano al bolsillo—. Si sale águila, voy; si no sale, no voy. Conque ¡águila! —Vio la moneda y un gastado sol había salido.

—¡No se vale! —dijo desconsolado—. A la otra. ¡Águila! ¡Gané! A la tercera es la vencida. ¿Águila o sol? ¡Águila! ¡Qué tal! —dijo loco de gusto.

Vínole una última preocupación, pero ahogóla entrando a la tienda y diciéndole a Francisquillo:

—Envuelve unas pasas, unas almendras, unas galletas de esas de animalitos, y dame una botella de jerez del bueno; pero pronto, porque ahí viene el tren.

Cargado con el gran bulto, subiése al tranvía que pasaba.

Cuando llegó a la casa se apoderó de él una timidez tal, que sintió vivos deseos de volverse a su tienda y dejar a *La Rumba* en paz; pero aquel perfil picaresco, representado más bello aún por el deseo, lo subyugaba y dábale valor. Llegaba a la mitad del patio y retrocedía al zaguán, indeciso, leyendo, releyendo y volviendo a leer el inmenso rótulo: *Casa de la...* y no seguía adelante. Trémulo, sudando frío, cobarde como un marica, pudiendo apenas sostener la botella y los bultos de papel de estraza.

Fingió esperar un tren; avanzó hasta la Sedería, volvió al zaguán, llamó a un perro tísico, hizo cariños a un muchacho, hasta, que la casera, alarmada por el ir y venir sospechoso del asturiano, le preguntó:

—¿A quién buscaba usted?

—A la señorita Remedios...

—Aquí vive —y le indicó con la mano la vivienda de *La Rumba*. Hizo de tripas corazón y ¡adelante!

Cómo temblaría, qué tal sería su palidez, cual su emoción que la casera lo siguió con la vista hasta que hubo desaparecido.

Tocó sabe Dios cómo, y...

—¿Quién?

—Yo...

—¿Qué mandaba usted?

—¿La señorita?

—Voy a ver si está.

Quitóse el sombrero, enjugóse el sudor y esperó. Estuvo a punto de caer cuando oyó correrse el pasador y se abrió la vidriera... era la criada.

—Siéntese usted, voy a ver si está...

Se desplomó en el equipal, y hubiera jurado que se oían sus latidos en el silencio de la desmantelada pieza. Zumbaban las moscas abatiéndose en el fondo de un vaso con heces de pulque, olvidado en la mesilla iluminada por un rayo de sol.

El catre de tijera estaba tendido y el asturiano sintió que su corazón se oprimía al ver los pantalones enlodados de Cornichón sobre una silla y el sombrero de paja y cinta negra en el cuello de un botellón de barro.

¿Estaría ahí Cornichón? Malo, malo. ¿Cómo explicaría su visita?

Encendió un cigarro con temblorosa mano, dio dos fumadas y lo arrojó al piso...

¿Qué sucedería con la criada? ¡Pobre Mauricio! Si hubieras estado con más calma, habrías oído en la cocina este elocuente diálogo en voz baja:

—¿Mauricio?

—Sí, niña...

—¿Y si viene Napoleón?... Ni lo quiera Dios... Estar las cosas como están, y luego...

—Entonces, ¿qué le digo?...

—Mira, dile que no estoy, que creías que estaría yo aquí junto... pero que salí, ¿eh?... y que si tiene algún recado... Andale... Espérote...

Y conteniendo el resuello, oyó partir a la criada...

—Pues señor, no está ahí...

—¿No está?

—No, yo creí que estaría aquí junto... pero... dicen que salió... ¿Tenía usted algún recado que dejarle?

—Sí, le dice usted que don Mauricio la vino a buscar y le dejó estos bultos y... esta carta (un billete de a cinco pesos dentro de un sobre pegado), y que volveré.

—Adiós.

—Adiós.

Descendió desconsolado las escaleras y la casera no dejó de preocuparse cuando

lo vio buscar por todos los rincones.

—¿Qué buscaba usted, señor?

—El inodoro.

—Ahí, detrás de la puerta.

Cuando desapareció dijo la casera a una vecina:

—¿Petrita, *vido* al gachupín ése? Que se me hace que trae algo entre manos: no me ha dado buena espina.

—Ni a mí tampoco; estaba como con miedo.

—Sí, lo noté... pero que se ande con tiento, porque el patrón es de cajeta.

—La verdad que no le arriendo las ganancias.

Mauricio se decía en la esquina: «¡Estoy de desgracia!» Y sí lo estaba.

IX

—Buenas noches —refunfuñó Cornichón arrojando sobre el catre su sombrero.

—Buenas noches —le respondió Remedios interrumpiendo la importante ocupación de tejer no sé qué, bostezando, alargando los brazos y llevándose las manos a los ojos. Cruzó la pierna y...

—¿Qué tal?

Cornichón no respondió. ¡Malísima señal! De que el barcelonete callaba, era signo de que estaba enojado o borracho. En tales casos se hundía en el equipal, metía las manos en los bolsillos del pantalón, veía fijamente a la pared, meneaba sin tregua un pie y se pasaba las horas enteras sumido en el mutismo más desesperante.

Paróse dirigiéndose a la pieza, recostóse en una cama de fierro que en ella había, volvió a los pocos momentos para instalarse por segunda vez en el equipal.

Sobre el catre había un bulto. Conoció el parcal comprado por Guadalupe y frunció el entrecejo; adquirió su rostro un aire de ferocidad y comenzó a proponerse cuestiones. ¿Qué significaba aquella tela en casa de su querida? Alguna mala respuesta se daba a sí mismo, porque apretó los dientes, pujó y llevóse la mano a la frente; el movimiento de su pie derecho era vertiginoso.

La Rumba, fingiendo indiferencia, seguía tejiendo y solamente se notaba que ni avanzaba un punto, ni el gancho estaba enredado con hilo y su pulso tenía pequeños sacudimientos nerviosos. Cornichón la observaba de reojo. Fijó su vista en el piso y el fruncimiento de cejas volvió a arrugar su frente; inclinóse y recogió del suelo un cigarro apagado... Algo, algo indicaba aquello; no pudo contenerse y tomó el partido de pasearse con el aire de una fiera enjaulada a lo largo de la pieza, aventando sillas y profundamente pensativo. Remedios no se movía.

El barcelonete llegó al aparador, se apoderó del botellón, tomó un vaso, iba a verter el agua en él, pero... ¿por qué olía aquel vaso a jerez? ¿Y aquel pedazo de galleta, qué significaba?

—¿Nadie ha venido? —preguntó a Remedios, viéndola fijamente.

—Nadie...

—¿Nadie? —tornó a preguntar el otro con tono de inquisidor.

—¿Quién ha de venir, tú? ¿Por qué?

—Por nada.

Tomó su sombrero y...

—Ya vengo...

—¿Qué no vuelves?

—¿Por qué? ¿Te interesaba?

—Sí, para ver si te espero o me acuesto.

—No te apures... no me tardo.

Aquel diálogo, naturalísimo, era trágico; sin embargo, la voz de ambos temblaba; la de él, procurando no traicionar un sordo furor; la de ella, temiendo provocarlo.

Cornichón salió, llegó a la pieza de la casera y...

—Socorro —le dijo— venga acá, oiga, tenga este de a cuatro y dígame: ¿quién ha venido?

—Pos no he visto.

—Sí, alguien ha venido, dígame.

—Pos la verdad, patrón, un señor.

—¿Usted lo conoce?

—No señor.

—¿Qué señas tiene?

—Pos es así, gordito, güero, colorado...

—¿Con un traje aplomadito?

—Cabal. Aparenta ser así, español, porque habla como los gachupines.

—¿Y como a qué horas vino?

—Pues a eso de las cuatro.

—Y se fue...

—Pos la verdá le diré a usted para no mentir, que no sé la hora que sería, pero se estuvo harto rato allá arriba...

—¿Y no vio usted si traía algún bulto?

—Sí señor, una botella y unos así como alcartaces grandes.

—Y... ¿dice usted que se retiró?

—Sí, señor, y anduvo tanto antes de salir como al entrar; así como que no se arriesgaba, como que tantiaba; y si no me engaño ora que usted entró se escondió tras de la puerta y me pareció verlo hablar con la criada....

—Bueno, Socorro, pues, no diga nada, ¿eh? Pero me interesó porque subió ¿eh? Y yo creo que quería robar. Avíseme; écheme un ojito; ya usted ve que la niña se queda y luego estos se meten a las casas para ver qué se sacan. Ya vengo, ¿eh? Buenas noches.

—Buenas noches y gracias, niño. Dios se lo pague.

Entró a la pieza Cornichón. Remedios seguía su bordado y ni siquiera alzó el rostro cuando lo sintió entrar.

La conversación de Guadalupe, el cigarro tirado en el piso cuando él no fumaba más que puro, el olor de jerez en el vaso, el pedazo de galleta, la seriedad de *La Rumba*, las declaraciones de la casera eran datos suficientes para fundar sus sospechas. ¿Conque *La Rumba* lo engañaba? Deseos vivísimos le entraban de preguntarle y forzarla a decir la verdad usando de la amenaza; pero no, la conocía, su carácter era indómito y muy capaz de armar un escándalo; era de las mujeres que no ceden... Pero él, Cornichón, ¿se dejaría burlar por una mujer recogida de un muladar? Él, Cornichón, ¿permitiría que un vil tendero se introdujera a su casa? ¡Oh, nunca! Era preciso que Remedios confesara; él sabría la verdad, y si eran ciertos sus temores, entonces... ¡me la pagan!, murmuraba. Se posesionaba de tal modo de su papel de amante engañado, que hablaba así en voz alta, en tanto que *La Rumba* lo

observaba de reojo, sin interrumpir su tejido, pero pálida, muy pálida. Ella también sabía que el barcelonete era brutal, que una gota de alcohol solamente bastaba para provocar en él aquellos raptos de cólera sin razón; gritaba, pateaba, insultaba en aquellos casos, y estuvo a punto de pegarle una noche, en que se salvó gracias a sus buenos puños.

—¿Qué, no cenamos? —preguntó el barcelonete con songa.

—¡Nada más me dices qué!... —le respondió la otra con el mismo tono.

—¿Cómo qué? Lo de siempre.

—Pues no hay cena.

—¿No hay cena?

—¡Como no me has dado ni un centavo!... ¡Yo no me he de volver dinero!

—Bueno. Puesto que no hay cena en mi casa, voy a cenar a la calle.

—Que te vaya bien.

Malas se ponían las cosas. Aquellos diálogos con voz temblorosa, acompañados por miradas insultantes y mímica intencionada, eran presagio de una tormenta doméstica.

Salió Cornichón, perdiéronse sus pasos en el patio y *La Rumba*, poniéndose en pie, quedó largo rato pensativa, con mirada hosca, gesto adusto, oprimiendo rabiosamente la bola de hilaza.

Mucho, mucho había aguantado, y no, no podía sufrir más insultos de Napoleón. ¿Tenía necesidad acaso?

Ya no era aquella muchacha llena de sueños y aspiraciones imposibles; la costurera tímida que entrecerraba los ojos ruborizada y silenciosa cuando un hombre había murmurado en sus oídos por la primera vez las dulces pero venenosas frases de la pasión.

No; era la rumbeña sublevada, la muchacha sin educación, la hija del herrero brutal decidida a todo, pronta a responder las ofensas con los insultos aprendidos en la plazuela.

Cornichón, por su parte, había llegado hasta la esquina de la calle, y frente al escaparate de una tienda daba vueltas en su magín a todo un mundo de conjeturas.

Penetró al establecimiento y pidió un coñac. Sentóse frente a la mesilla de fierro; encendió un puro, echóse atrás el sombrero de paja y reflexionó, con la vista fija en el aserrín espolvoreado sobre el pavimento. Era necesario fraguar un plan, tender un lazo a *La Rumba* para que ella solita se entregara. Nada de malos modos. Era como las potrancas cerreras: cedían más a los terrones de azúcar que a los latigazos.

¿Dónde se te ha ido, Cornichón, aquella astucia, aquella sangre fría, aquella penetración de otras veces?

Hazte el que no sabes nada, finge que la quieres mucho y que tu mal talante se debe a que los negocios no van bien. Si Remedios no ha comido, llévale cena. Dale vino; con él le arrancaste el *sí* y con él le soltarás la lengua. Fascínala con una de aquellas conversaciones que la seducen. ¿No te acuerdas cómo temblaba al eco de tu

voz cariñosa en la sombra de la Alameda?...

Vuelve a comenzar la novela, y así que la hayas dominado, sin alterarte, sin levantar la voz, ¡zas! le das el golpe... Y le dirás con ese modito cruel que tú sabes... «mi vida, dos alesnas no se pican...»

—¡Otro coñac!...

Apurólo de un trago sin parpadear, sentía subir a su cerebro un vaporcito caliente, volvía su buen humor, pensaba más claro, y...

—Póngame —dijo a un dependiente— media libia de queso, una caja de sardinas y una botella de vino tinto...

Envolviéronle las mercancías y volvió a su casa, subió sin hacer ruido y espío... *La Rumba* seguía tejiendo...

—¿Hay pan siquiera, Remedios? Si no hay, que lo traigan, toma —y dio a *La Rumba* una moneda. *La Rumba* no se movió...

—Vamos a ver (tomando su cabeza entre las manos), vamos a ver, ¿por qué estás enojada?... (Pausa) ¡Mal geniuda! (Otra pausa). ¿Ya no me quieres?

La Rumba lloraba, ese era su flaco; de que le hablaban con cariño, se convertía en una paloma.

—Tú eres el que no me quieres, ya ves... te pedí... y no me mandaste y dijiste... (Pucheros).

—Hijita, no tenía, por eso; pero... ¡sí, tienes razón! Pero mira, aquí te traigo, ¿me perdonas? Ya sabes que mi genio es así. Ríase, ande, ríase, no me ponga tan mala cara y déme un beso.

—Déjame, déjame...

*

Las puertas de palo se cerraron, la luz del quinqué se filtraba por las rendijas y salían de la vivienda de Cornichón el repiqueteo de platos y cubiertos, voces que dialogaban y una botella que se destapaba.

Remedios cruzaba algunas palabras con la cocinera.

—¿Y qué más te dijo don Mauricio?

—Nada más. ¡Ah! que quería venir pero que mañana se va a Toluca.

—Que no sepa nada el señor. Ya lo conoces. Es capaz de figurarse otra cosa y hacer una diablura. Trae los frijoles. ¿Están calientes? Y vente a levantar los trastes.

Reinó el silencio en aquella casa de vecindad; oíase sólo el rumor de los molinos de café y el de los platos que lavaban en las cocinas; uno que otro maullido de gato en las azoteas. Todo parecía reposar tranquilo bajo las alas del sueño. Pero allá, tarde, muy tarde, los vecinos despertaron sobresaltados por el estruendo de un disparo de revólver y el desesperado acento de una voz que gritaba: ¡Socorro!

X

Nada había cambiado de aspecto en la plazuela de La Rumba. La iglesia seguía desmoronándose lentamente; dormitaba el gato en el balcón entreabierto de la casa cural, y todo parecía tranquilo bajo aquel sol vespertino que fingía una aureola incandescente a la torcida y negra cruz de la parroquia.

Era tal el silencio, que el agua de la pileta al desbordarse, remedaba un rumor de risas; roce de alas las basuras removidas por el viento, y sonaban apenas las ramazones del chopo. La fragua de Cosme Vena roncaba, y las sierras movidas por vapor de la maderería dominaban todos los ruidos con su gigantesco rezumbar de contrabajo, largo lamento casi musical.

Ardía la arena en el piso, acribillada por los mil rayos del sol quemante, mientras convidaba a fresco reposo la acera cubierta de sombra, refrigerada por el hálito salitroso de las casas húmedas.

En la tortillería, de cuando en cuando sonaba franca carcajada, y en la escuela reinaba el silencio mientras duraba la clase; pero a la hora de estudio, salían de sus ventanas, completamente abiertas, todas las voces y todos los rumores.

—Venadillo, Francisco...

—Presente.

—Vencino, José...

—Presente.

—Zapata, Zeferino...

—Presente.

—Zamudio, Rito... etc.

Y al nombre dictado en voz alta por Borbolla, respondían en todos los tonos los alumnos.

A la lista seguía el coro de lecciones, estudiadas con escándalo; los reglazos repetidos en la mesa, o el chillón:

—¡Señor Borbolla! ¿Con permiso?...

—¡Está ocupado!

O el:

—¡A su lugar! —mandato enérgico del sesudo profesor...

El tranvía pasaba cada veinte minutos alegrando aquella calma con el repiqueteo de sus cascabeles.

Sin temores picoteaban en el suelo los pájaros albergados en el pirú de la casa parroquial, y la enhiesta chimenea de la cercana fábrica arrojaba negras bocanadas de humo.

El gendarme departía en voz baja con el pulquero sin consumidores, y don Mauricio, en el fondo de su tienda, dormitaba recostado en enormes tercios de semillas, siempre inconsolable y agujoneado por un constante e intenso recuerdo: el de *La Rumba*, aquella Remedios que lo enfermaba.

Grandes luchas sostenían en su embrionario cerebro la pasión indomable y la memoria de los consejos que diariamente le daban sus amigos.

En aquellos momentos de paz en que Francisquillo en la trastienda partía azúcar, no había marchantes y nubes de confiadas moscas se extendían en el sucio mostrador, el pobre asturiano daba rienda suelta a sus meditaciones, que tenían siempre por fin o una interjección entre dientes o un profundo suspiro, ruidoso y franco.

Era verdad; si pensaba en serio —lo había dicho el padre Milicua— tenía en primer lugar que despejar del campo a Cornichón y después casarse con Remedios. Si su fin era sólo buscarse un pasatiempo —se lo había repetido cien mil veces el sesudo Borbolla— se exponía a perderlo todo: *La Rumba* era una pérdida, una mujer sin alma que jugaría con aquel su insensato amor, y después de haberle vaciado los bolsillos le daría las buenas noches y ¡hasta nunca!

No; eso no era verdad. Remedios no era mala. Un error, ¿quién no lo comete? El arrepentimiento todo lo borra, y hay almas (un paisano suyo lo escribió en cierto cantar), hay almas puras que anidan en cuerpos enfermos como las aves blancas en los troncos secos.

Y el tendero se conmovía. Su existencia toda, sus deseos, sus pasiones, habían dormido en el fondo oscuro de una tienda; su espíritu no había flotado en otros horizontes que los de aquella Rumba oliente a bebidas alcohólicas y a semillas secas; y el amor, esa enfermedad hereditaria de todos los corazones, sin antecedentes, sin síntomas anteriores, de un golpe, como fulminante mal se había declarado en el suyo, y lo que es peor, a una edad en que los afectos son incurables. Había momentos en que se decidía a todo, se resignaba a darle su nombre borrando aquel párrafo —Cornichón— de la vida de su adorada; pero un yo no sé qué, un último escrúpulo, enfriaba sus calurosas decisiones y lo sumía en un aliento abrumador y en unos celos irremediables.

La herrería de Cosme Vena sonaba a lo lejos, en la tortillería comenzaban de nuevo las faenas, pitaba el silbato de la fábrica, llamaba a la Hora santa la campana de la parroquia, y cantaban en la escuela no sé qué himno pedagógico. Aquellos ruidos familiares, inadvertidos otras veces, tenían entonces una elocuencia desconocida que complicaba la situación moral de don Mauricio. Y ¿cómo no? Al arrullo de aquellos ecos del trabajo germinaron sus primeros proyectos: por aquella acera cubierta de sombra transitaba la niña desairada todavía; veíala correr con los brazos desnudos, mezclada con los muchachos, en persecución de un papalote, y desde entonces el rubio mocetón la quería, la miraba de un modo insinuante fijando sus ojos en los negros, grandes y aún candorosos de Remedios. Desde aquél mismo rincón sintió estúpidos celos por Chito cuando los veía retozar en el polvo de la plazuela. ¡Cuántas veces se estuvo horas enteras devorando con la mirada la puerta de la herrería en cuyo dintel se recargaba *La Rumba*, ya esbelta, llevando ya en sus formas el primer beso de la pubertad y destacada fantásticamente en el fondo de llamas rojas de la fragua! Pensaba contar sus ahorros, arreglar sus deudas, cobrar lo

que le debían, restaurar la vetusta tienda, alquilar una casa y vivir en ella con la soñada hija de los Vena; pero su imbecilidad, su timidez, sus preocupaciones, lo habían hecho infeliz. ¡Si él hubiera hablado con la familia; si él se hubiera atrevido a decir lisa y llanamente a *La Rumba* que la quería!, quizá... ¡Ese Cornichón! —aullaba con sorda ira—. ¡Deshonrada! —gemía con intensa amargura.

Pero ¿quién se había de fijar en que un pobre tendero se casaba con una costurera que se había largado con otro? Sus vecinos. ¿Y qué le importaban sus vecinos? Y volvía a quedarse frío cuando el amor propio sofocaba los impulsos del amor de Remedios. Temía, temía aquella maldición de las gentes de su plazuela; el zapatero se burlaría de él; Borbolla, el sesudo pedagogo, le lanzaría una filípica aprendida *ad hoc* en cualquier libro de lectura; el aguador perjuraría arrojando ternos, el pulquero lo vería sobre el hombro; los vecinos y el cura se harían cruces y el mismo don Cosme le tomaría a mal aquel paso que lavaría la mancha deshonrosa arrojada a su nombre por Cornichón. ¡Pobre Remedios! No había uno, uno solo, que bajara al fondo de su corazón de mujer, para descubrir las fuerzas poderosas que arrastran a las que caen. No había uno solo que atenuara su falta, y todos parecían complacerse en anotar un nuevo error, una nueva maldad en la punible conducta de la muchacha; pero también digna de compasión. Todos eran jueces airados, porque quizás ninguno de ellos había amado.

Don Cosme se había enflaquecido, y al recordar a la hija golpeaba más fuerte en las barras incandescentes, y se pasaba la mitad de la vida envenenándose con el pesado sueño de los beodos; la madre devoraba su dolor en los rincones, cuando el reumatismo le atenaceaba los miembros; oía llegar el tranvía de las ocho, y los pequeños lloraban de hambre colgándose a sus faldas; el padre Milicua arengó al herrero, pero el herrero no quiso transigir: ¡que se pierda! respondió cuando el cura le advirtió que aunque iba a la mitad del camino, «podía volver al puerto de la enmienda, como la oveja que retorna al redil».

Todos la abandonaban en su caída; no había uno que le tendiera la mano, que le diera un consejo; sólo él, y a él le reprochaban, primero, su amor por servil, y después, su compasión por indigna. ¿Y qué haría?

Largo y agudo grito lanzó el silbato de la fábrica, la campana sonó su última llamada al rezo, oyóse ruido de bancos en la escuela, después el griterío de los muchachos que como toros disparados del corral, se lanzan a la arena; la música del cuartel cercano ejecutó un vals y los primeros criados comenzaron a entrar a la tienda para comprar su mandado.

Bajáronse del tranvía algunas personas que vivían cerca; y cansados albañiles, sudorosos cargadores, empolvados canteros y ociosos, comenzaron a acumularse frente a la cantina para apurar tequila con membrillo, catalán con amargo y refino con dulce.

—¿Qué hay, don Encarnación?

—¿Qué hay don Mauricio? ¿A qué horas llegó de Toluca?

—Llegué a las dos, vecino. ¿Qué se hace?

—Pasando... Y ¿qué tal le fue? ¿Qué tal el camino?

—Muy bien, vecino; primoroso, primoroso es ese camino; pero... ¡un frío! Diría que se le entumen a uno los huesos. Y una comida... ¡ah, qué comida tan mala! Llegué a un hotelillo y no pude dormir: sin cobijas y hecho un granizo... ¿Y usted? ¿No ha sabido nada de aquello?

A la última pregunta hecha con timidez, respondió el zapatero con tono desconsolador:

—¡Nada! No he salido porque se me ha cargado el trabajo y no he tenido campo para ir.

Y después agregó:

—Ya vuelvo, voy a dejar estas suelas —y salió.

Volvió a reanudar el preocupado mocetón su interrumpida serie de reflexiones, compadeciendo a *La Rumba*. Nadie la recordaba ya; había muerto para todos los vecinos, maldecida por sus padres, odiada por sus rivales, insultada por Chito, y hasta los muchachos que antes no se la pasaban sin ella, jugaban lo mismo que siempre a la luz de la luna, y él en tanto callaba, pero sentía sangrar la herida en su pecho, allá muy hondo, muy hondo.

Llegó él insigne Borbolla anunciándose con sus exclamaciones de costumbre.

—¡Mi grande y querido amigo! ¿Qué hay de nuevo? —Y no se ocupó de preguntarle por el éxito de su viaje—. ¡Qué bien quedó usted la otra tarde! Lo estuve esperando hasta las siete. ¿Qué se hizo?

No pudo responder el mocetón desconcertado, más por lo que debía contestar al profesor que por la pregunta.

—Tuve un *negocilio*.

—A poco (maliciosamente) se me fue por allá, ¿eh?

—No (mal seguro).

—¡Que no! En la cara se lo estoy conociendo. Malos pasos lleva, muy malos. Usted no ha de escarmentar hasta que no le suceda un fracaso. Le anda buscando tres pies al gato...

—¡Hombre! ¡Hombre!

—Sí, amigo, ha ido, lo he visto medio tristón. Y no vale la pena la tal Remedios para esos quebraderos de cabeza.

—Adiós, pues qué ¿sigue pensando en ella? —interrogó don Encarnación apareciendo en escena.

—Sí, amigo, está chiflado; y dígame usted: ¿no está eso malo, muy malo?... Comprendo que sacrifique uno su tranquilidad, por algo que valga la pena; pero... en fin, el que por su gusto muere... Echese el ajedrez. A ver (dirigiéndose al auditorio): ¿Quién es el valiente que quiere echar un mate?

—Echémoslo —respondió al de la Municipal el vecino aquél que había llegado.

Encendió don Encarnación su cacho de puro y el asturiano volvió a sumirse en

sus reflexiones, dedicándose a fabricar simétricos envoltorios de arroz, paquetitos de canela y tlacos de té.

—¿Por qué tan triste?

—¿Yo triste, don Encarnación? La *verdá* que ya me cargan con eso de verme si no triste, enojado; y si no enojado, triste.

—Pa qué lo niega, hombre, si se le conoce que no le llega la camisa al cuerpo.

—Vaya, pues entonces sí, ¿y qué?...

—Nada (resignado): no se enoje usted. Ahora sí que porque se le pregunta... Si lo hago es por su bien... y además, ¿qué me va ni qué me viene?

Dos rancherotes de sombrero ancho y armados de una varita de membrillo, penetraron a la tienda y pidieron dos anisetes. Sentáronse en la banquilla inválida que en un rincón había bajo un anuncio de cerveza y un programa de toros, y pusieron a dialogar en voz baja, dirigiendo a todos lados miradas de soslayo. Uno de ellos acercóse a Francisquillo y...

—Usted dispense —le dijo— ¿esta tienda es todavía de don Regino?

—¿De don Regino? Nunca ha sido más que de don Mauricio Peláez.

—Oiga, ¿el de Ameca que está ora en Tultenango?

—No, señor; está en México...

—¿En México? ¿Ya lo oye, compadre? ¿No decía que en Tultenango?

—Pos me habían dicho.

—Quería yo ver si compraba —agregó el compadre— una carga de chile pasilla de mi tierra. ¿A dónde se le ve?

—Pues aquí, mírelo —y Francisquillo señaló a don Mauricio, que seguía envolviendo arroz—. ¿Quiere que le hable?

—No, déjelo; está ocupado: mejor vuelvo mañana. Oiga —agregó misteriosamente echándose el sombrero atrás y sonriendo con malicia— oiga, y usted que es del barrio, ¿qué ha habido de Remedios?

—¿Qué Remedios?

—¡Hágase! La hija de ese herrero que dizque se largó con uno.

—Pues yo no sé.

—Me habían dicho que dizque el padre la había vuelto a golpes a su casa. ¿Quiere un cigarro?

—Gracias, no fumo.

—Sí, eso me contaron, y usted debe saberlo.

—Pues lo que es con su padre no está... ¿Usted la conoce?

—¡Vaya! conque era mozo de la casa donde cosía. ¡Nada más dígame! ¿Qué horas tiene?

—Las ocho —dijo el dependiente mirando el relojillo de níquel colgado entre un altero de tompeates vacíos y una gradería de cajones con fideos italianos.

—Las ocho, compadre. ¿Vámonos? No pague, ya está pagado.

—Que yo pago.

—¿Compadre?

—Vaya, gracias. Adiós, muchachito —dijeron a duo y salieron. Francisquillo no los perdió de vista, y notó que desde la calle observaban con insistencia al tenducho, y quizá, notando que eran vistos, decidieron entrar.

—Háblele a su patrón....

—Don Mauricio, aquí lo buscan.

—¿Qué se ofrece?

—¿Quisiera usted dispensarnos una palabrita? ¿Es usted uno llamado Mauricio Peláez?

—Servidor, ¿qué ocurre?

—Que lea usted este papel —dijo mostrándole uno, sin soltarlo, al mocetón que se puso densamente pálido, tembló todo él y dijo en el último grado de la emoción:

—Pero eso ha de ser una equivocación: ¿yo preso?

—¿Usted es Mauricio Peláez, dueño de «La Rumba»?

—Sí; pero no he cometido crimen.

—Pues entonces (con grosería), arree.

—¿Y usted quién es (enfullinado) para aprehenderme?

—¿Quién soy? Ahora lo verá. Compadre, llámese al gendarme.

A los pocos momentos apareció éste y...

—Don Mauricio, vamos a la Inspección.

—Pero ¿por qué? (enojado). ¿Qué he hecho?

—Nosotros no sabemos, pero es la orden que nos han dado, y...

—Pues no voy. (Decidido.)

—Más vale por la buena —agregó el gendarme—, el que nada debe, nada teme. Ande, vecino.

—¿Pero díganme ustedes (dirigiéndose a los ajedrecistas que se habían acercado), qué he hecho?

—No sabemos, pero la orden...

—¿Pues qué pasa?

—Pues qué ha de pasar (con desesperación), ¡que me quieren llevar preso! ¿Y qué ha de ser ahorita?

—En este momento.

—¿Y quién se queda aquí?...

—Pues usted sabe; pero la orden...

Corrió la noticia con eléctrica rapidez y agolpóse una multitud de curiosos; permitieron que fuera en coche el aprehendido, hacíanse comentarios a cual más infundado y transmitióse el escándalo. «¡Se llevan preso a don Mauricio! ¿Qué haría?»

Preguntaba todo el mundo a los gendarmes; pero éstos y los de la reservada no respondían categóricamente más que:

—Es la orden.

—Dame —dijo llorando a Francisquillo— dame unos cigarros. Cierras ¿eh? cuidas. Y calóse el fieltro café, subiósele la corbata al pescuezo y con el cuello del saco parado, hecho ya un marica, ya una fiera, trepóse al coche diciendo:

—Esto es una injusticia.

—Es la orden... —le respondieron.

—¿Pero qué he hecho?

—Es la orden...

Un golpe de portezuela, una interjección asturiana y la voz del gendarme que trepándose al pescante, dijo al cochero:

—¡A la Inspección!

XI

El de la Municipal no había podido separarse de sus muchachos. Encarnación Zapata, quizá porque no lo declararan sospechoso, no se había atrevido a preguntar en la Comisaría el porqué de la aprehensión de don Mauricio. Así es que La Rumba, antes pacífica, estaba sobre ascuas por saber la suerte del eximio asturiano. Ni una carta, ni un recado, ¡nada! Francisquillo había quedado encargado del tenducho, cuyos asiduos compradores iban desapareciendo uno a uno, y era tal el escándalo de los sucesos acaecidos en el barrio, que dieron motivo para un largo sermón del padre Milicua el último día del Jubileo, en su parroquia. Los muchachos jugaban con menos bullicio, los vecinos de conciencia poco limpia estaban en un brete, salían rara vez de su casa porque aquello de que la justicia anduviera de aquí para allá, no denunciaba nada bueno... y... había más de un culpable.

Los comentarios no faltaron. ¿Sería por robo? ¿Sería por monedero falso? ¿Por asesinato? ¡Quién sabe! Pero el caso es que don Mauricio permanecía en Belén hacía un día y una noche, y la prensa no había dedicado un párrafo al mocetón.

Encontró aquel vecino, el ajedrecista Cervantes, una oportunidad para vociferar sobre el actual estado de las cosas, y Zapata le suplicó que no hablara del Gobierno. ¡Quién sabe, decía, si nuestras disputas ¿se acuerda usted don Teodoro? hayan sido causa de este enredo! Y quedaban mudos y profundamente preocupados; olvidado el tablero, sin *la* y un entorchado la vihuela, y tristemente desierta la tienda, aquel refugio favorito para las horas de descanso.

Aquella noche hallábanse reunidos, Francisquillo sacudiendo botellas llenas de agua y municiones; Zapata fumando desesperadamente el cacho de un puro, y Cervantes mordiendo el puño de su bastón antediluviano. El sesudo Borbolla se había retardado. Reinaba el silencio.

—A ver si Borbolla trae noticias.

—¿Qué, fue?

—A la Inspección no, pero sí al centro.

—Vamos a ver...

Y volvieron a sumirse en nuevo silencio. Dieron las ocho y se oyeron poco después los cascabeles del tranvía, cuyo timbre sonó al pasar frente a la tienda y se detuvo. Pararse y precipitarse a la puerta fue uno. Bajóse del vehículo Borbolla a toda prisa, y en medio de la fisonomía ansiosa e interrogante del auditorio, prorrumpió en sonora exclamación, y mostrando un húmedo periódico, clamó:

—¡Aquí está todo!

—¿A ver? (Coro.)

—Paciencia. —Y retiró a los que querían apoderarse del representante de la sociedad—. Calma, amigos, calma, déjenme tomar resuello...

Echóse el verdoso sorbete atrás, secóse con la mano el sudor, desabrochóse el chaleco y abriendo las piernas y recargando la cabeza en los tercios, se entregó al

reposo.

—Pues ni se figuran. Tienen ustedes que iba a tomar muy tranquilo mi tren, cuando me ofrecen este número de *El Noticioso*, y veo: «*El crimen del callejón de las Mariposas*», y lo compro...

—Lea usted.

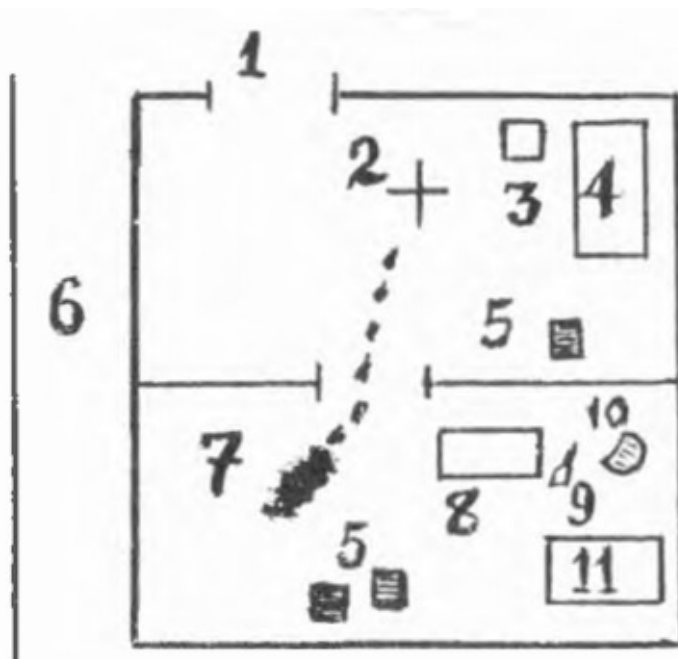
—Allá voy. —Quitóse el sombrero, desdobló y extendió el periódico que olía a húmedo, pidió una poca de agua que trajo a la carrera Francisquillo, y en medio de la inquieta creciente curiosidad de Zapata, que se empinaba sobre su hombro para leer, Cervantes, que tenía la boca abierta, Francisquillo, que había palidecido, después de toser leyó:

—«El crimen del Callejón de las Mariposas. La Vivienda. Otra mujer que hiere. La víctima. Una botella de jerez. La pistola. ¡Pobre amante! ¡A la Comisaría!

»Escandaloso —decía el diario— es el incremento que toma el crimen, y apenas si hay día que no tengamos que informar al público de uno nuevo. La sociedad va de mal en peor.

»Cubrían las sombras de la noche el sucio callejón de las Mariposas; serían las once y media cuando el gendarme del punto, el número 537, oyó que pedían socorro y acudió a la casa número 20, llamada de La Preciosa Sangre, y era de donde las voces salían. Los vecinos todos estaban en pie y dijeron haber oído un disparo y voces que pedían auxilio.

»Llegaron otros gendarmes, que oyeron el silbato de alarma y subieron a la vivienda número 20, cuyo plano publicamos a continuación:



1, puerta.—2, lugar donde cayó la víctima.—3, buró.—4, cama de fierro.—5, sillas de tule.—6, corredor.—7, charco de sangre.—8, una mesa.—9, casco roto.—10, equipal.—11, catre de

campaña

»Los puntos indican el rastro de sangre.

»El gendarme llamó varias veces y nadie le respondió; pero oíanse dentro sollozos sofocados y un lúgubre quejido. Hubo necesidad de abrir las puertas y de encender cerillos porque la primera pieza estaba a oscuras. Penetrando a la segunda, que se hallaba sumida también en la oscuridad, se oyó un grito dado por

OTRA MUJER QUE HIERE

»y dijo a la policía: “¡Yo he matado a ese hombre!” Su aire espantaba: lívida, convulsa, sollozante y casi desnuda, parecía la sombra de Macbeth señalando

A LA VÍCTIMA

»Un joven como de 28 años que yacía boca abajo tirado en el suelo y respiraba penosamente. Se le interrogó pero no pudo responder; estaba bañado en sangre y se quejaba débilmente. La mujer que lo había herido, una hermosa joven, bella, pero flor del crimen, gemía con desesperación; fue

LA BOTELLA DE JEREZ

»La policía encontró, en efecto, una tirada en el suelo, así como huellas de sangre y mendrugos de pan. Bajo la cama se halló

LA PISTOLA

»que es de calibre 43, número 203,535, y estaba cargada con 4 balas todavía.

¡POBRE AMANTE!

»Según nos informaron, estaba el joven C. locamente enamorado de Remedios Vena, que así se llama la criminal, y ella lo engañaba con un tal Mauricio, que se ha capturado ya por sospechas de complicidad en este atentado. Pidióle el joven C. cuentas y (esto lo ha declarado una criada a última hora) ella le contestó con insultos; él empezó a quejarse y a chancearse con ella, enseñándole la pistola y diciéndole: “¡Te voy a matar!” Entonces ella se le abalanzó apoderándose del arma, lucharon ambos, uno por quitarla y el otro por retenerla, hasta que se oyó el disparo y cayó en tierra el joven C.

»Hasta ahora se ignoran los móviles que pueden haber guiado a la joven Remedios a cometer el crimen; se sospecha que fue instigada por el Mauricio de que hemos hablado.

A LA COMISARÍA

»El cuerpo del desventurado joven C. fue conducido a la Comisaría de la 38.^a Demarcación, así como Remedios.

»Daremos pormenores.

»Lucas G. Rebolledo. (*Repórter de crímenes.*)»

—¿Qué tal? —dijo saltando Borbolla—. ¿Qué tal? ¿No se los dije? ¡Me alegro! A ustedes les consta que le advertí mil veces a don Mauricio que no se metiera en aquella casa. ¡Ya lo ven! Ya me lo sospechaba, ya me lo sospechaba.

—¿Y yo qué le dije? ¿Se acuerda, Cervantes? Ándese con tiento.

—¿Y yo?

—¡Qué barbaridad!

—Está feo el negocio, muy feo, no crea... Hay cosillas de por medio.

—¡Se amoló! ¡Se amoló!...

—¡Qué no tiene remedio!

—Pero no llore, Francisquillo.

—¿Les parece poco quedarse en medio de la calle? —contestó secándose los ojos.

—¡Pobre de don Mauricio!

—¡De veras que pobre!

XII

«UN JOVEN HERIDO POR UNA MUJER.—En el callejón de Las Mariposas acaba de cometerse recientemente un crimen o de suceder una desgracia.

»Una hermosa chica que, según se dice, responde al nombre de Remedios, tenía relaciones con un, joven, quien se había enamorado perdidamente de ella.

»Parece que dicho joven llegó a saber o a sospechar que Remedios le era infiel, y le pidió cuenta de su conducta. Las palabras entre los amantes comenzaron a subir de tono, y llegó un momento en que el joven, más que como verdadera amenaza, a título de broma, según una de las declaraciones que hasta ahora ha recogido la autoridad, sacó un revólver y le dijo a Remedios que iba a matarla. Ésta se lanzó sobre su adversario para arrebatarle el arma, y en medio de la lucha que se entabló, se disparó la pistola, cuyo proyectil hirió al mancebo.

»Cuando la policía llegó al lugar del suceso, el herido no podía articular palabra y fue trasladado a la Inspección de policía correspondiente, lo mismo que Remedios.

»Se ha practicado la aprehensión de un individuo por sospechas de complicidad en el hecho que acabamos de narrar.»

Tal párrafo fue el grito de alarma, no sólo para los vecinos de La Rumba y el callejón de Las Mariposas, sino para la sociedad entera. El periódico más leído de la capital levantó ese inmenso murmullo que acompaña a los escándalos, cuyo punto inicial es el crimen y, cómplice activa, la prensa.

Remedios, tú querías hacerte notable, que se hablara de ti... pues has conseguido tu deseo —no discuto los medios— pero en un segundo, tu nombre ha recorrido el espacio que separa la mesa de un gacetillero de ese monstruo que te fascinaba: la sociedad. Muchacha alocada, tienes ya tu lugar en la gran comedia humana, y el público ha leído con avidez ese capítulo cuya trama —esa trama vulgar de todas las tragedias— fue el amor, y cuyo desenlace ya presienten los filósofos inéditos de La Rumba.

Para tu carácter el golpe debe haber sido terrible; debe haber vibrado tu ser con todos los estremecimientos: el pavor, el miedo, la vergüenza... ¡Qué sé yo! Ése es el prólogo de emociones que preceden a la gloria, que está al otro lado del océano, y para atravesarlo se requiere ser buen nadador. Lo viste de lejos (al océano) misterioso a veces, amenazante, risueño, pero siempre enorme; te vino el deseo de surcarlo, temiste; después... quisiste medir con la mirada su profundidad, pero las ondas engañosas te pintaban muy cercano, muy limpio, muy sereno el fondo... Metiste un pie, como los alumnos tímidos de una clase de natación, lo retiraste tiritando... volvió el temor y latió de nuevo el deseo en tu ardiente cabeza; invocaste, ¿a quién invocarías? Cerraste los ojos y... ¡al agua! La ruda impresión del frío, el golpe, las

ondas revueltas bramando a tu lado, te arrastraban; querías volver a la orilla, pensabas en la muerte, pero ya estabas al otro lado.

Las lejanías, pobre rumbeña, no eran aquella ciudad de mármol rosa que fingían los celajes (como dijo aquel sabio) sino... ya lo viste: Cornichón, muchos gendarmes y un comisario. Pero vuelve el rostro, ¿oyes? No, no es tempestad; es que el piélago que surcaste, cuya calma has turbado, sigue inquieto, y esas olas que se levantan son tu huella que aún no se borra. ¿Estás contenta?

No sé qué respondería Remedios a tal pregunta, pero lo que sí sé es que el recuerdo de aquella noche será imborrable en su memoria. No he conocido los detalles del crimen o desgracia (vamos a ver qué sale) pero sí las escenas que le sucedieron.

El tendajón de «La Camelia» cerró sus puertas, indicio seguro de que las once y media habían dado ya. Desiertas estaban las aceras, y en el empedrado algunos perros trasnochadores, en grupo, se olfateaban reconociéndose.

Vibraba un pico de gas, el gendarme acabó su ronda, tocó el silbato, puso en la esquina su linterna, y envolviéndose bien en su capote, porque la noche, aunque serena y bella, estaba muy fría, fumó un cigarro, tosió despertando ecos, y con el kepi echado sobre los ojos y la bufanda sobre las narices, se acurrucó en el quicio de una puerta. Todo callaba, aunque de vez en cuando claros y distintos se oían unos estudios de Lecoupey que tocaba en el piano algún vecino de la otra calle, y vagos, lejanos, perdidos los toques de pistón y contrabajo marcando el compás de polka en alguna casa en que había baile.

En el 20 todos dormían, y sólo en las azoteas una pareja de gatos enamorados entonaba trémula anacreóntica, que imitaba los vagidos de un niño chiquito: serenata de maullidos.

La fuente del patio (detalle nocturno que nunca falta) murmuraba, rezaba, reía, lo que ustedes quieran, al desbordarse en el amplio caño.

Salía un rumor de voces de la vivienda de Cornichón, algo como una conversación muy animada; pasos precipitados después; manotazos en la mesa; una carcajada burlona; silencio; nuevas voces; otra pausa; un ropero que se abre y un ¡ay! de espanto y risas... Dos voces, una que amenaza y otra que reconviene; el vecino de junto que despierta y tose, enciende luz, espía y vuelve a acostarse.

Pasarían diez minutos y el vecino volvió a despertar y oyó en la vivienda de junto muebles que caían y voces sofocadas.

—No —decía una— no la suelto...

—Veremos —respondía la otra...

—¡Señor! ¡Patrón! ¡Niña! ¡Las carga el diablo! —clamaba una tercera, y por último, una detonación y un grito desesperado en el corredor: ¡Socorro!

El vecino, temblando, envolvióse (en paños menores) en la frazada, y descalzo abrió su puerta.

—¡Socorro! —gritó a su vez—. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡Lo ha matado! —gimió la criada bajando las escaleras—. ¡Casera! ¡Casera!
¡Un gendarme!

Todo el mundo estuvo en pie al momento; veíase la multitud medio vestida en el patio y alumbrada por la luna; huyeron los gatos espantados; armaron los gallos sin igual algarabía; ladraron los perros.

—¿Qué pasa? —preguntaban los vecinos azorados.

—¡Que lo mató! —respondían viendo el corredor, sin que uno sólo se atreviese a entrar a la vivienda de Cornichón, cuyas puertas, abiertas de par en par, dejaban ver la mesa y en ella un candelero cuya vela de sebo se consumía con enorme pabilo y flama de cirio que hacía relampaguear en la sombra rojizos y móviles reflejos.

En la calle, el tumulto era mayor. La casera no podía abrir el inmenso zaguán, y afuera daba en él golpes desesperados el gendarme. Desde los balcones le gritaban:

—¿Qué pasó? —cuando crujieron las puertas y se abrió la casa, precipitándose una multitud de curiosos al patio.

Cruzábanse comentarios en voz baja, tiritaban de frío y de miedo los vecinos, cobijados con lo primero que habían hallado a la mano: una sábana, una frazada, un saco echado a toda prisa sobre los hombros.

Trágico era el cuadro de aquella sorda agitación bajo la serena, dulce y pálida luz de la luna somnolienta y grave...

Danzaban las linternas de los gendarmes, lloraban los niños asustados en el fondo de los calientes cuartos y un oficial había entrado a caballo hasta el patio. Subieron él y gendarmes a la vivienda, entraron, y la ansiedad del vecindario llegó a su colmo. Los más atrevidos espiaban temerosos, pero nada veían más que el fondo de la alcoba vivamente iluminada, y corrían a esconderse cuando algún gendarme se acercaba, alarmados por los convulsivos sollozos que de la vivienda salían.

—¡Trescientos sesenta! —gritaba el oficial, arrastrando su espada en los ladrillos.

—Aquí estoy —respondía el gendarme, saludando militarmente.

—Se me para aquí y que no me entre nadie. ¡Cuatrocientos ochenta!

—¡Presente!

—Váyase allá adentro y que nadie me salga ni toquen nada. ¿Quién fue el primero que llegó?

—¡Trescientos cincuenta y siete!

—¡Trescientos cincuenta y siete! Véngase conmigo. ¿Qué quieren ustedes señores? ¡Atrás! ¿Me hace usted favor de retirarse?

—Estaba yo viendo...

—No tiene usted que ver nada.

—¡Sesenta!

—¡Presente!

—¡Al zaguán! ¡Casera! Que lo ayude a usted. ¿Quién es la Casera?

—Yo, señor.

—Eche a todos los que no vivan aquí. Afuera señores. ¿Usted vive aquí?

—No, señor.

—Pues sálgase.

—Quería yo ver.

—No ve nada, sálgase...

—Pero no me empuje.

—¡Sálgase!

—Pero no me pegue. ¿Para qué le sirve la boca?

—¡Sálgase!

—Verá. Se lo digo a mi tío, al general, y le cuesta el empleo...

—¡Dígaselo a quien quiera...! Y este ¡a la comisaría! Yo lo enseñaré a respondón... (Risas, protestas...)

—¡Sesenta! Que nadie me entre. Favor de irse, señores ...

Y el activo oficial montó, espoleó a su caballo, y sacando chispas del empedrado, sonando su espada, se perdió por las calles oscuras, silenciosas, desiertas.

En la calle, platicaban las familias de balcón a balcón:

—Buenas noches, vecino, ¿qué dice usted?

—¿Qué dice usted? don Teodoro ¿y la señora?

—Con el ataque... Creíamos que era quemazón.

—¿Oyó usted el tiro?

—Yo no, ¿y usted?...

—¡Cómo no! fue feroz...

—¿Y quién, eh?...

—Dicen que un francés...

—¿Ese de aplomado?...

—Pues dicen... Conque ya veremos mañana. ¿Usted gusta? Hace un friecito (tiritando) y luego estoy acatarrado, y el sereno es malo. Buenas noches.

—Que usted la pase bien.

Y poco a poco las vidrieras se fueron cerrando. Unos espiaban tras los cristales, otros platicaban todavía y oíanse muy claras sus frases en el silencio.

Los inquilinos del 20 seguían en el patio, viendo sin parpadear a la vivienda, en cuya puerta tosía el gendarme balanceando su linterna que enrojecía el follaje de las macetas. Adentro, los sollozos seguían.

Oyóse el lejano rodar de un coche... Los curiosos volvieron a sus balcones y bajó de un vehículo el comisario con el secretario, en camiseta y pantuflas, abrigados por un paletó y una mascada al cuello. Permanecieron largo rato dialogando con la casera y el vecino aquel. Subieron en seguida y la curiosidad de los inquilinos volvió a subir de punto.

Recorrían secretario, comisario y la criada, todas las piezas. Veíase pasar tras las vidrieras la lucecita de una vela que se detuvo en el primer cuarto. Pusiéronla en el suelo para ver un charco de sangre; encontraron en otro lugar una botella rota, y el comisario preguntaba, tomando nota de todo cuanto se le contestaba, en un papel.

Algunos vecinos en negro grupo, perfilado por el cielo ceniciento, hablaban desde las azoteas siguiendo a lo largo de las citarillas los movimientos del comisario.

Llegó el médico, y poco después una vecina oficiosa iba y venía de la botica a la casa y de ésta a la botica. Deteníanla en el patio los vecinos para preguntarle.

—¡En el vientre! Está pero si empapado... Ya mérito se muere...

—¿Y ella?

—Llora y llora... como loca... ¡Con unos ojos! Chonita, ¿tantita yerba-buena?

—¡Agua tibia!

—¡Qué agua tibia!

—Aquí está... ¿y qué hacen esos, eh?

—¡Son los de la Inspección!

—¡Ah!

Y la criada pedía un aventador y carbón y tantita agua y trapos calientes y... no paraba la inquietísima señora.

Conducida por dos cargadores llegó la camilla y el movimiento de los curiosos era un verdadero tumulto; se ponían a los lados de la puerta aunque el gendarme los rechazara; recargábanse formando valla en el barandal de la escalera y a lo largo del patio.

—Atrás, señores, atrás; favor de retirarse.

—Déjeme ver...

—No hay orden... atrás...

—No empujen...

—Usted es el que empuja...

—De veras, ¡qué gente tan ordinaria!

—Ya está catrín.

—Pepito, vete a acostar...

—¡Mamá...!

—Mira, tan desabrigado, vete, ora verás ¡Si te da pulmonía...!

—Clotilde, ¿por qué llora el niño?

—Quiere mamar...

—Duérmelo, allá voy, dále su muñequita con agua de azúcar.

—No quiere.

—Que vayas, te digo...

Y los pobres mozalbetes se escondían de sus madres.

El desorden de la muchedumbre llegó a su colmo cuando sacaron la camilla, lo que se consiguió únicamente a empujones. Todos querían ver a la víctima que se quejaba y alzaban con terror la cortinilla, pero nada se veía, oyéndose sólo una respiración fatigosa y gemebunda.

—¡Sesenta!, cierre usted y que nadie entre...

—Pase usted, señorita, baje usted, señora —y Remedios, envuelta la cara en un tápalo y la criada, descendieron escoltadas. El comisario llevaba en una mano la

pistola. Como hombre galante ofreció la mano para subir al coche a Remedios, y el auriga, sin esperar órdenes, azotó a los caballos, dirigiéndose a la Inspección.

Amanecía. Aclarábase el fondo de los cielos, recortando los contornos aún negros de las citarillas, bardas y macetones de azotea, o las fugitivas siluetas de gatos errabundos. Madrugadores pájaros anunciaban el día a los poetas; los gallos al hogar. Crecía ese sordo rumor del sol que nace, la vida que se despereza, las sombras que se van. Fueron apagándose una a una las luces de la calle, las linternas de los gendarmes, las lamparillas de las accesorias y en el vago reflejo del alba fría temblaban las sombras, se desvanecían los contornos de las casas, y una puerta aquí, una tos allá, un paso cansado más lejos, iniciaban el movimiento de las diarias faenas. La luz naciente hacía más pálidos los pálidos rostros de los desvelados, que poco a poco desaparecían en sus cuartos, hundiéndose en la tibia blandura de sus lechos. Todo calló poco a poco hundido en el sueño, y la inmensa casa quedó tranquila.

Sólo el gendarme, de pie en el corredor, inmóvil, vigilaba. Adentro, en la pieza de Cornichón, la vela seguía parpadeando, arrancando en cada palpitación de su llama rojos reflejos en el aparador, a la vajilla; en el suelo, a un charco de sangre. Luchaba la trémula flama por vivir, chisporroteando todavía como un moribundo.

El primer rayo de sol puso fin a su agonía.

XIII

—Ven acá Chino travieso, ven acá, te voy a castigar; me has revuelto los papeles... me has vaciado el tintero, traviesísimo, ¡ven acá, bichito! ¡Toma...!

El Chino con paso lento y sin atender a las palabras del padre Milicua, se deslizó por la puerta entornada.

—¡Chino... ven acá! —prosiguió el cura con voz más alta, y hubiera seguido en su melifluo llamamiento, si no lo hubiera interrumpido un toquecito discreto que sonó en la puerta.

—¡Adelante...!

—Buenos días, padrecito...

—¿Qué hay maestro...? Siéntese...

Y le indicó una silla.

Era don Cosme el que había entrado.

No aquel Cosme rozagante, fornido, de mirada franca, palabra clara y ademán moderado, no; el herrero había cambiado: amarillenta palidez daba a su rostro enflaquecido un aire de enfermo; reperdíanse sus pupilas de mirada vaga y estúpida en el color ictérico de la conjuntiva, la demacración primero y el polvo de carbón que tiznaba su rostro después, dábanle un aire de criminal empedernido; revueltos, cerdosos, formando un casquete, caían los largos cabellos pegosteados por el sudor a su frente; pintábase en su cara el embrutecimiento; abríase su boca con gesto de idiota; agitábanse sus músculos con nervioso temblor, y su palabra pastosa, incoherente, enronquecida, brotaba con dificultad de sus labios; desgarrado, sucio el traje: era la imagen del alcohólico incurable.

Sentóse con dificultad, como un hombre abatido por inmensa fatiga, colocando bajo el asiento su sombrero y agarrándose las rodillas con las negras y encallecidas manos.

El padre Milicua ordenó los papeles que el Chino había revuelto; con un pedazo de papel secante enjugó algunas manchas de tinta que se habían extendido en la carpeta de hule; puso todo en orden y después de acomodarse en el sillón dijo:

—¿Qué ha habido de ese barandal, maestro? Siéntese, siéntese...

—Mañana se lo mando, padrecito. Me he atrasado porque tuve... que remachar los barrotes...

—Hace dos semanas que me dice lo mismo. ¡Ah, qué maestro tan informal!

—(Riendo como un imbécil.) ¡Ah qué padrecito! De veras... Mañana...

—Y qué ha habido (fingiendo buscar un alfiler en el suelo), ¿qué ha habido de esa muchacha...?

—¿Decía usted?

—(Desconcertado.) Digo... ¿Qué pasó por fin con Remedios...?

Nublóse la faz de Vena y con la garganta seca, apretándose las manos y dándose un sentoncito en la silla, respondió:

—Pues la de malas, señor. Ya usted sabrá...

—Si; he oído decir que anda por ahí en no se cuantos enredos... Leí en el periódico... ¡Qué muchacha! ¡Qué muchacha! ¿Ya ve usted? Si hubiera seguido mi consejo, si usted la hubiera traído a su lado cuando ella, arrepentida, demandaba su perdón... otra cosa sería; pero...

—También diga usted... No, padrecito; yo con mis hijos... se huyó con otro, pues... me puede; pero eso de que se vaya y yo me quede así no más...

—¿Pero para qué se es padre? ¡Cuánto mejor hubiera sido que usted la perdonara! No luego, luego; porque eso sería tanto como autorizar su falta; pero no dejarla tampoco a la buena de Dios, y, además, que ya bastante caro ha pagado y está arrepentida...

—Sí, señor; me duele porque al fin es mi hija; pero no ha venido, ya usted lo ve; mejor se ha valido de gentes extrañas como don Mauricio...

—¿No le escribió a usted un papel?

—Si, padrecito; pero debería haber venido y de rodillas...

—Bueno, pues ya todo pasó y ahora se encuentra en circunstancias muy críticas, ¿estamos? Y hoy más que nunca debe usted vigilarla: esas cárceles son un infierno... Si no es mala, ahí se volverá lo que no es...

Notó que la manga de su sotana estaba manchada de tinta, y con gesto de disgusto gruñó entre dientes:

—¡Este Chino todo lo ha puesto hecho un asco! —Limpióse...

—¿Cómo ha seguido Porfiria? ¿En cama todavía?

—Todavía...

—Vean al médico... esas reumas, cuando no se curan, se emperran.

Y como hombre de pocas palabras y teniendo que hacer, creyó cumplida su misión de jefe espiritual y despidió al maestro, cuyos ojos estaban más humedecidos que de costumbre, haciéndole esta advertencia:

—Conque mañana ese barandal, ¡sin falta!

—No tenga usted cuidado...

Salió don Cosme con el corazón atribulado por mortal dolor: esos dolores de corazón de padre siempre inmensos; allá en esa especie de bruma que oscurecía sus ideas, levantábase el recuerdo de la Remedios culpable, encendíase en indignación, maldecíala en su interior; pero después el cariño de la hija dominaba la falta de la mujer y en tales momentos no sé qué fuerza poderosa y desconocida lo impelía a aquella casa donde se encontraba; andaba calles y más calles con el propósito de traerla, pateada, abofeteada, insultada; pero teniéndola a su lado... Y al recordar detalle por detalle la caída de aquella *Rumba*, la alegría de su hogar, aquella alegría que daba chispas más claras al fogón, sonidos constantes al yunque y notas de voz humana al fuelle... Al evocar el desenlace inesperado del amargo drama, flaqueaban sus piernas, ardía la vergüenza en su rostro y el frío sudor de la angustia perlaba su frente, y para consolarse penetraba en la tienda. Era una lucha a muerte entre el vicio

y el afecto... Y ya ebrio, juraba, maldecía, renegaba, resuelto a matarla si la veía a un paso, y la locura artificial del alcohol transformaba en odio su incurable dolor.

Las gentes del barrio lo juzgaban como un hombre sin corazón, citándolo como ejemplo de la peor calaña. Después de lo que había pasado... ¡emborrachándose! ¡La mujer agonizando en un petate! ¡Los hijos desnudos! Y sí, él era malo, muy malo: pero de todo nadie más que *La Rumba* tenía la culpa.

Y comenzaba aquella larga disputa sobre Remedios; jurado de plazuela, en que la condenaban analizando uno por uno los males que había cometido: les había hecho el mal de ojo. Vamos contando... el padre, borracho; la madre, enferma; la tienda, cerrada; don Mauricio, preso; su querido, que probablemente se había muerto, tenía metido el diablo y ¡quién lo había de decir! al verla tan compuesta, hecha una banderilla...

Francisquillo vivía con el sesudo Borbolla, que tenía cada día un nuevo tema para filosofar sobre el drama del callejón de las Mariposas y se había vuelto menos partidario de la emancipación de la mujer; Cervantes, el ajedrecista, no sabía qué hacerse en las noches; y sólo don Encarnación, después de cenar, sacaba su silla a la calle y en pechos de camisa, lanzaba al aire los gemebundos acordes de su guitarra. Interrumpía su canción y decía al auditorio:

—¡Pobre de don Mauricio, quién le había de decir hace un mes!

El asunto que había preocupado tanto a los gacetilleros, aquella *Rumba* que fue tema obligado de conversación dos días gozando de la vasta popularidad que sigue al escándalo, iba poco a poco borrándose de la memoria y había dejado sólo dos impresiones: una profunda lástima por el herido y una desconfianza más del público hacia aquella plazuela de sospechosos antecedentes.

El tranvía de las dos de la tarde, concurrido como siempre por aquel Notario de los dientes movedizos; el cura que lo imitaba y el carrero que dormía siesta en un rincón, pasaba lentamente por la *Rumba* silenciosa; veíanse los pasajeros con mirada elocuente que dirigían después a la herrería, y cada uno murmuraba como epílogo de sus graves reflexiones un pensamiento:

El carrero: ¡Pobre gabacho!

El Notario: ¡Pobre muchacho!

El cura: ¡Pobres padres!

XIV

En las noches, el inmenso edificio infunde pavor: el oscuro cielo lo perfila vagamente como una mole de sombras; interrumpe el monótono y recto perfil de sus azoteas, un garitón de techo en declive o la silueta de los inmóviles centinelas envueltos en sus capotes.

En las calles cercanas los vecinos cierran temprano sus habitaciones y de trecho en trecho, una que otra casa de comercio iluminada, barre con su luz las piedras de la acera.

Los trenes al pasar arrojan el reflejo de sus linternas en las altas murallas; resuenan escandalosamente los cascabeles de las mulas y el chirrido de los rieles; el ruido del vehículo va perdiéndose después hasta morir en la calzada interminable y negra; las yerbas del ancho foso se agitan fingiendo, balanceadas por el aire, un misterioso cuchicheo.

Ni un alma en la plazoleta, ni una luz en la hilera de balcones: delgadas líneas de claridad resaltan en las junturas de la enorme puerta, y se filtran por las angostas hendiduras de los garitones de piedra.

El silencioso sueño de la prisión produce no se qué de pavoroso, cuando se piensa que allá en su interior, detrás de las espesas paredes, en lo alto de las bartolinas, reposa un enjambre de seres; una Babel que, sin embargo, no produce el menor ruido y reina una calma inmensa interrumpida por las medrosas campanadas de alerta que resuenan, tristes cual ningunas, en el silencio de la noche. Vienen a la memoria las dilatadas galeras: se adivina en las tinieblas la doble hilera de los presos dormidos; vago rumor de respiraciones se levanta del negro conjunto, o la agitación de aquellos que sacude la pesadilla con repugnantes quimeras, o se revuelven en sus lechos de cuadra encandecidos por el insomnio. Parpadean las mustias lámparas, baña la luna los desiertos patios y suena en el dormido edificio el paso de las guardias, la marcha de la ronda o la campana que sin cesar vibra su ¡alerta! ¡Cuántos oirán ese toque con el corazón opreso, pensando que marca una hora menos para la ejecución o la condena!

El alba, que en todas partes ríe, entra ahí avergonzada y desnudando los horrores de la prisión inmunda como si arrancara de la lepra los harapos encubridores de la sombra; la luz, que todo lo transforma, no embellece la amarilla fachada, no irradia en una fronda de verdor alegre, no destierra de esa clausura de reos, el dolor que flota en todos sus ámbitos.

Los paseantes que van al campo en busca de aire, vegetación y sol, se asoman por las ventanillas de los vagones y señalan al pasar los altos calabozos, se espantan los niños y todos lanzan una mirada de profunda lástima a la pared ennegrecida por grandes manchas de humedad.

En las mañanas circula un público curioso frente a Belén: honorables licenciados cargados de expedientes, que se saludan murmurándose al oído un «adiós,

compañero» muy amable; individuos que van a declarar y buscan en lo alto de las puertas los letreros de los juzgados; policías secretos que esgrimen sus varitas de membrillo y esperan consignas. Los escribientes de juzgado se asoman a los balcones con la pluma tras la oreja para botar un cigarro, y el público mete un bullicio atroz subiendo y bajando las escaleras de madera que conducen a las oficinas, y una multitud se sitúa frente al pequeño despacho donde según reza un letrero, se vende lo que fabrican los presos.

Ronda por ahí un escribiente ambulante que redacta recados en el quicio de una puerta; deben ser muy interesantes esas cartas, devoradas con ansiedad en el fondo de la prisión y dictadas con voz estremecida.

A cierta hora desemboca en la plazoleta una cuadrilla de presos rodeada de gendarmes: hombres haraposos, mal cubiertos por desgarradas blusas, provistos de sus jarritos; mujeres de pies descalzos, desgredadas, moreteadas y que llevan en la faz huellas de innobles orgías; los amigos, los parientes y los curiosos, rodean al miserable grupo, y no es raro que camine al lado un perro, que presintiendo quizá una pronta separación, camina con la cabeza caída y el rabo entre las flacas piernas.

Sentí una palmadita en el hombro.

—¿Qué hay, amigo? ¿Qué hace usted por tan sospechoso lugar?

—Esperando los trenes de Tacubaya. ¿Y usted, insigne repórter?

—Vengo —me dijo el ínclito Lucas G. Rebolledo, pues él era mi interlocutor— vengó a ver si hay algo de nuevo sobre... —y el repórter de crímenes pronunció el nombre de no sé qué reo.

—Hombre, ¿y usted conoce la cárcel...?

—¡Vaya!... ¿Nunca ha entrado usted?

—Nunca —respondí.

—Pues lo voy a meter; nada más que déjeme ver si tengo tiempo —consultó su reloj—, ¡véngase!

Previo la orden del alcaide y acompañados de un galero, trepamos una amplia escalera, recorrimos no sé qué largo corredor, llamamos a la puerta de la azotea y hemos aquí en observación.

Rebolledo me explicaba cuanto detalle podía interesarme, no omitiendo comentarios de sensación.

—Acérquese, ese es el patio de presos.

Acerquéme y espí. En efecto, era un enorme patio rodeado de arcos; corría en el centro un largo estanque, en cuyos bordes y con el dorso desnudo, se lavaban algunos presos. Abajo era un gentío indescriptible; se mezclaban gentes de todas clases y veíanse hormiguar cabezas, manchados fieltros, sombreros anchos de palma desecha, jaranos de gastados galones... Aquí una frazada roja, allá una manta, más lejos una blusa azul, o una chaqueta ploma. Unos fumaban recargados a las columnas, otros acurrucados se calentaban en el sol, a cuyo calor veíanse expuestos y colgados de los barandales del corredor, sarapes de brillantes colores, pantalones

mojados, sábanas extendidas, petates húmedos y enlodados guaraches. Diríase que era el pueblo reunido para alguna fiesta de plazuela, tal era el run run sordo que subía, el vaivén de la turba... La rueda de un torno zumbaba tras un tabique, golpeaba un martillo en el taller de carpintería y se desbordaba del estanque una agua bulliciosa y turbia, coronada de grises espumas que manchaban las losas ennegrecidas ya, por la continua humedad.

En los corredores se paseaban otros presos, algunos con cachuchas, otros envueltos en sucias capas; desfilaban las fisonomías más siniestras, un viejo de anteojos, un pálido señor con blancas y venerables patillas de gente honrada; jóvenes con precoces arrugas en la frente, ojos de mirada sombría, muchachos de menor edad... En la peluquería, provista de un tocador al aire libre, espejo sin azogue y tijeras sin filo, hacían la *toilette* de cárceles, sin arte, de prisa; más lejos sonaba un pistón desafinado; un silbido estridente lanzado por una cara de recluta, que llevaba, a manera de gorro, el fondo de un tompeate, y de toda esa multitud inquieta, de ese constante hervidero, se levantaba un sordo rumor de marea, dominado por gritos que resonaban de trecho en trecho, gritos que se repetían en toda la cárcel llamando presos, y al oírse un ¡Salooome Ji... meee... nez! diríase el vocear plañidero de un vendedor de petates.

—¡Qué cantidad de gente!

—Y todavía falta... esos son los talleres...

Todos trabajaban y se miraba el suelo del patio tapizado por azules cajas de cerillos, barnizados tacones y zaleas curtidas; cada grupo se dedicaba a su oficio y conmovía ver a los perros dormidos en el sol: esos animales todos corazón, todos gratitud, todos cariño, que llevan una dulce amistad allí donde vegetan —arrojados de la sociedad— los condenados a no alentar ni esperanza, ni libertad, ni amor, vigilados por inflexibles «presidentes» que golpeaban el piso con sus trancas. El ínclito Rebolledo me señalaba a los criminales de nombre, añadiendo, cuando el caso lo requería, esta advertencia:

—Reporteado por mí... Aquel: homicidio calificado... Ese otro: estupro y lesiones... Ese de levitilla verde: allanamiento de morada y robo...

—Y los truenan, ¿dónde?

—Allá vamos... en ese patio.

Una especie de corral sembrado de pedruscos cubiertos por enanas y anémicas hierbas, de trecho en trecho dormitaban los soldados y se alzaba al frente un alto paredón; dibujos azules, una cruz y el rastro de las balas tapizaban su musgosa superficie.

—Ahí tronaron a del Moral, reporteado por mí. ¿Ve usted los agujeros?

—Ha de ser feo eso de ver matar a uno.

—No digo; figúrese usted que a la madrugada los van sacando de la capilla y gritan los galeros: «Fulano de tal... sale a su destino.» Esto lo van repitiendo de galera en galera; les cantan el *Alabado*; nada más se le enchina a uno el cuerpo; los

paran ahí, los vendan, ¡pum! ¡a la otra! Vamos a ver a las mujeres.

Estas cosían en los corredores, se espulgaban en el sol, sacudían sus petates y había una anciana que acariciaba a un recién nacido cerca de una fuente con fondo de azulejos. Las caras marchitas, las formas degeneradas, los pies desnudos, la mirada impúdica.

Había una muy joven, cabizbaja, cosía. Contrastaba la frescura de su cuello desnudo y la turgencia de sus formas adivinadas bajo una sucia bata, con la fealdad de las otras.

—La del callejón de las Mariposas, reporteada por mí...

—¿Remedios?

—Remedios. ¡Quién se lo había de decir! Pronto sale a jurado, lo mismo que el pobre gachupín don Mauricio; le ha dado diarrea del susto. Está feo el negocio... feo... muy feo.

—¿Conque no quiere ir al 4.º criminal?

—¡Gracias!

—De veras que sólo en la calle puede uno comparar esa cárcel... ¿qué dice?

—Pues le agradezco, ¿eh? ¡Adiós!

Me persiguió todo el día el sordo rumor de la criminal muchedumbre, el choque de las rejas, el griterío de los voceadores, y me estremecía al pensar lo que será toda una vida pasada entre los tristes y leprosos muros, sin amor, sin aspiraciones, sin esperanza.

¡Pobres! Y más pobres los que han caído allí persiguiendo en peligrosos caminos un ensueño como aquella *Rumba* pálida, encorvada sobre una cornisa, despeinada, friolenta, joven y ya infeliz, y para colmo, reporteada por el ínclito Lucas G. Rebolledo.

XV

El proceso de *La Rumba* prometía estar muy animado.

Una multitud de curiosos invadía el patio del Palacio de Justicia, cuando aún no se abrían las puertas del salón.

Grupos aquí y allá, recargados en las columnas; sentados en el borde de una fuente de azulejos, espiando por las vidrieras o paseando a lo largo de los corredores.

Era ese público especial que se escalona en las graderías; público de ociosos que acude por costumbre a todos los debates; sujetos de raída levitilla; pelados de grandes melenas y sombrero ancho; ensabanados de mirada mustia; mujeres del pueblo cargando niños, y menores de edad emancipados de la vigilancia paterna y ávidos de presenciar esos debates en que hay palabrotas, o el relato de escenas trágico-eróticas que espeluznan por su argumento y su realismo. Aparte de esta concurrencia especial, divagaban impacientes tinterillos de zapatos rotos, uno que otro licenciado sin ocupación y algunos pasantes de derecho que, con el libro bajo el brazo y el cigarro en la boca, profetizaban incidentes y declaraciones.

¡Y el juez que no llegaba! Los gendarmes podían contener apenas a los que cerca de la puerta, impacientes, se empujaban. Oíase el rumor de las protestas y la súplica de los guardianes del orden que repelían a la desbordada multitud.

Rebolledo, el insigne repórter, tenía la culpa de aquel desorden. *El Noticioso* había publicado, en pésimo grabado en madera, el retrato de Remedios Vena (a) *La Rumba*, y una larga interviú habida con la homicida de Cornichón. Lucas G. observaba con placer a los concurrentes que leían en voz alta su reportazgo de sensación. Apuntaba toda clase de datos en su *carpet*, el número de los gendarmes, el nombre de los porteros; contaba mentalmente a los presentes; infatigable iba y venía, daba palmaditas, en el hombro, cariñosos apretones de manos a los colegas y exclamaba oprimiéndose las sienas:

—¡Tengo un jaquecón feroz!

—¿Y qué tal se presenta esto...?

—¡Regio! Figúrese usted, Correas, Ministerio Público; Guerra, defensa, y Artigales, juez... Pero lo que hay que ver es la cara de ella. Interesantísima. Vengo, ¿eh? Y el repórter de crímenes tomaba del brazo a un señor, que mostraba su nombramiento de jurado al comisario y le pedía sus generales para apuntarlas en un ennegrecido bloc.

—Hay mucha gente de *La Rumba*; en la cara se les conoce, son de fama.

Y en efecto, don Encarnación, Francisquiilo, el vecino ajedrecista, el de la Pulquería, Chito, todos con excepción del sesudo Borbolla, que estaba preparando a examen a sus muchachos, habían acudido y se hablaban entre sí con prudente reserva.

¡Y el juez que no venía!

El gendarme treinta y cinco, según anotó Rebolledo, se había visto precisado a repartir algunos palos para hacer retroceder a la multitud que, precipitándose sobre la

puerta, amenazaba derribarla. Un imberbe se había permitido parársele de gallito.

—Atrás...

—No me voy.

—Lo saco.

—¿Me saca?

—Lo saco.

—¡Lo veremos, le cuesta el empleo: treinta y cinco!

—Sí señor, mire mi número. —Y el agente señalaba su kepí. (Murmullos, risas.)

El menor de edad, muy colorado, decidió abandonar su puesto y el imperturbable gendarme volvió a su mandato.

El juez, Artigas, pálido señor de patillas rubias y anteojos azules, acompañado del Ministerio Público, Correas, gordo y colorado, penetró al salón. Abriéronse las puertas, sonaron las vidrieras azotadas y como río que sale de madre, precipitóse la multitud. Ni tiempo para quitarse el sombrero y en medio de empujones y risas trepó las graderías; los hombres fatigados, las mujeres despeinadas. Era un sordo rumor del que se desprendía el llanto de los niños, los pujidos de los magullados y una que otra interjección enérgica.

—¡Esta plebe! —murmuraba Rebolledo viendo la hora y apuntándola en su *carnet*.

En la plataforma el desorden, aunque menos ruidoso, no dejaba de parecerse al de la plebe: un grueso señor hablaba con el sombrero puesto, contaba chistes un escribiente que hacía reír a dos o tres curiosos; sentado a horcajadas, con el fieltro echado hacia atrás, el defensor Guerra encendía un puro; iban y venían los empleados, los jurados tomaban asiento y el juez aún no aparecía en escena.

La prensa, cinco a seis individuos armados de lápices y cuartillas de papel, con las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada vaga, seguían las espirales de humo que formaban ya una densa, caliente y azulada atmósfera en el salón.

El banquillo de la procesada estaba aún vacío. El ínclito Rebolledo sacaba punta a su lápiz, ponía al frente de la mesa su reloj para dirigirse en seguida al defensor y pedirle sus generales.

El público se impacientaba en las graderías y llegó su desorden al último grado, cuando, custodiados por gendarmes, aparecieron en el salón Remedios y don Mauricio.

Cedo la palabra a Rebolledo, que escribió en su bloc:

Ocupaba el banquillo de la izquierda la acusada Remedios Vena (cuyo retrato hemos dado a nuestros lectores al ser reportada por mí). Es una joven de veinte primaveras, esbelta estatura y algo robusta.

Cubría su cara con un tápalo negro a manera de capucha y se adivinaban sus pupilas muy brillantes, quizá por las lágrimas. Conmovía ver aquella tan humilde como colorida figura, completamente resignada, esperando el severo y recto fallo de los jueces.

No era posible resistir la emoción que causaba la presunta reo: tal era su simpática figura.

En el banquillo de la derecha estaba el acusado Mauricio Peláez, que es un hombre grueso, como de veintiocho años de edad, color blanco pecoso, frente estrecha, escaso bigote azafranado, patillas pequeñas. El conjunto y su fisonomía es bastante tosca. Vestía de aplomado; se le observaba muy emocionado; apretábase

las manos, escupía a menudo y tenía la mirada baja.

Los periodistas empinábanse sobre la barandilla para ver si podían distinguir, aunque fuese un trozo del perfil de la acusada. Pero no era posible; cubríase con el tápalo hasta la boca y llevábase el pañuelo a los ojos muy frecuentemente.

El que estaba perdido era el pobre Mauricio: enflaquecido, con invencible temblor, dando vueltas entre sus manos al sombrero café y dirigiendo lacrimosas miradas de soslayo, el antes fuerte mocetón se hallaba atribulado; violadas ojerah ahuecaban sus órbitas y se pasaba la mano (gesto inadvertido para Rebolledo) por la frente, como si se enjugase con el dorso de ella el sudor.

Suplicó a los gendarmes lo llevaran al inodoro por encontrarse algo enfermo.

Ocuparon las partes sus lugares, reinó un profundo silencio, empuñó su lápiz Rebolledo y el juez agitó la campanilla.

Iba a comenzar la audiencia.

XVI

Flotaba en el aire la densa y azulada humareda de los cigarrillos, pesada la atmósfera y saturada por el olor humano de la multitud que se magullaba en la gradería, se alineaba en las barras de la prensa o se agolpaba en las puertas, no atraída por la gravedad del delito sino por la belleza y juventud de la procesada.

Reinaba una semioscuridad en el salón, agujereada allá arriba, en los altos asientos, por un cerillo encendido o por el clavo de los cigarrillos. Los gendarmes cuidaban el orden y se adivinaban sus blancos kepis en el vaivén de las cabezas.

Inspiraba graves reflexiones aquella audiencia; adquirirían no sé qué aspecto terrorífico los once jurados de pie y el juez de lengua barba de apóstol rubio, que con voz lenta concluía la protesta en estos términos.

—... y decidir en vuestra conciencia y en vuestra íntima convicción los cargos y los medios de defensa obrando en todo con imparcialidad y firmeza?

Dicho lo cual volvía el rostro a diestra y siniestra para escuchar el «Sí protesto» de los aludidos, y tomaba asiento bajo el rojo dosel acariciándose las blondas patillas. Afuera los ruidos del salón llegaban confusos y apenas se oía al secretario que leía la causa con una voz tan baja, que el ínclito Lucas G. Rebolledo, boquiabierto, ladeando la cabeza y entrecerrados los ojos, formaba con la mano detrás de la oreja una corneta acústica.

El murmullo de la multitud seguía al invadir los asientos, arrastrando los pies y taconeando en los peldaños de la gradería. Los periodistas mordían sus lápices; tres pasantes de Derecho reían oyendo el relato de un voluminoso abogado que hacía girar unas tenacillas sin cigarro, cuyo anillo introducía en su dedo índice; más lejos, no sé qué sujeto, a quien suplicaron se quitara el sombrero, leía un periódico apoyando los codos en la barandilla. Las mujeres envueltas en sus rebozos hasta las narices, no se daban cuenta de lo que pasaba, y los «rumbeños», dispersos aquí y allá, se buscaban con la mirada.

El Ministerio Público se mecía en su sillón limpiándose las uñas y tenía entre sus labios un cigarrillo que ahumaba su ojo izquierdo, por cuyo motivo lo entrecerraba; el defensor Correas mordía el puño de su bastón y Oronoz, el defensor de don Mauricio, pintaba paisajitos a la pluma.

En el fondo los jurados, individuos insignificantes en cuyo monótono conjunto resaltaban las blancas patillas de un periodista retirado a la vida privada, el perfil de medalla gastada de un comerciante y la grave silueta de un homeópata (no plagio al poeta Arango).

El insigne Lucas G. inflaba los carrillos (signo de reporteril satisfacción) y paseaba aquella su investigadora mirada, del público a la semicubierta faz de Remedios y de ésta a la desencajada de don Mauricio.

Los jurados parecían dormir, arrullados por el sonsonete de la gangosa voz del secretario, que seguía leyendo:

—... una herida hecha al parecer con arma de fuego, dicha herida estaba situada sobre la línea axilar izquierda a dos centímetros del reborde costal y era regular, circular como de un centímetro de diámetro e interesó las partes blandas penetrando a la cavidad torácica. El repórter de crímenes apuntó algo en su bloc y volviéndose a su vecino le dijo:

—¿No decía usted que en el abdomen?

—Me contaron...

—Murió a los doce días de entrada en el Hospital, después de sufrir accesos de alcoholismo y delirio febril, y practicada al autopsia veinticuatro horas *post mortem* y abiertas las tres grandes cavidades se encontraron las lesiones siguientes: el proyectil había penetrado en el octavo espacio intercostal (Rebolledo se toca con el dedo ese sitio) rozando la novena costilla, hirió la arteria intercostal, y atravesando las hojas de la pleura fue a hundirse en el lóbulo inferior del pulmón izquierdo. La pleura parietal estaba adherida y la cavidad tabicada por pseudo-membranas, los pulmones congestionados, sin que los demás órganos presentasen alteración ninguna. De lo anterior se deduce que la muerte fue causada por una pleuresía purulenta, complicación de la herida anteriormente descrita. Dicha lesión es de las que por sí solas causan la muerte. Firman: *Secundino Parra—José Othón Angostura.*

Hubo necesidad de despertar a un gendarme que se había dormido y roncaba con la cabeza apoyada en el respaldo de una banca y con la boca abierta. En la pieza de las deliberaciones charlaban en voz alta y recia, había ruido de pasos y risas.

Los Jurados, con brazos cruzados sobre el pecho, enclavijadas las manos, o muy derechos, parecían perseguir una idea en su magín; el juez, cejijunto y grave, acariciaba su patilla rubia, y enamorados estudiantes, especialmente el defensor Oronoz, no apartaban los ojos de *La Rumba*.

—Párese usted.

Cuando tal dijo el juez, hubo un gran tumulto: todos querían ver a Remedios, alargábanse los pescuezos y dominó el bullicio de las graderías más de un ceceo.

Dijo sus generales con voz lacrimosa la procesada, generales que el insigne Rebolledo (inflando los carrillos) apuntó al pie de la letra.

Juez.—¿Sabe usted por qué está aquí? (Tono oficial.)

Reo.—Yo soy inocente, señor, porque tiene usted... (Sollozos.) Yo, yo, yo, no tuve... no tuve...

Juez.—Cálmese usted y respóndame a lo que le pregunto. Dígame usted qué hacía la noche del...

Más de un corazón se sintió animado por los latidos de la compasión ante aquella angustia que se tornaba en llanto, y los jurados, obedeciendo a tendencias imitativas, reproducían con el gesto los movimientos convulsivos de la inculpada.

—Vamos... —continuó el juez—. ¿Deseaba el Ministerio Público?...

—Que se aparte del salón al inculpada Peláez para que declare la procesada.

Lleváronse al trémulo tendero, y...

Juez.—Va usted a contarnos (alzando el labio superior y haciendo el bizco para verse un dorado pelo del bigote) va usted a decirnos cómo pasó el hecho, confesando la verdad (aire severo) y sólo la verdad, esto (amenazante) lo tiene en cuenta el jurado a la hora de la sentencia.

El público se preparó a oír, acomodóse con la mejor postura en sus asientos, y después de atroz alharaca producida por toses, estruendos y carraspeos, reinó el silencio y habló *La Rumba*.

Relató los sucesos ocurridos con todos sus detalles, la seducción de Cornichón en la Alameda, sus promesas de casarse con ella, sus celos, su falta de cumplimiento en el pago del mes, las prendas enviadas al empeño, el disgusto con Guadalupe; y al llegar al punto culminante, a lo que llamaba Lucas G. el prólogo del drama, no había uno solo de los presentes que no estuviera cautivado por las interesantes peripecias.

—La noche del jueves llegó algo borracho y de mal humor; no me dio siquiera las buenas noches y comenzó a pasearse. Salió a la calle y al volver, me dijo con muy mal modo: «¿No cenamos?» Le respondí que como no me había dado el gasto y no tenía un centavo, no había cena. Entonces él salió otra vez y regresó después de comprar queso, sardinas y una botella de vino. Me dijo que me contentara, que yo conocía su genio y que encargara pan. Fui a mi ropero, saqué un billete de a cinco pesos...

Juez.—No decía usted que no tenía un centavo, ¿quién le había dado a usted ese billete?

Reo.—Me lo había mandado don Mauricio...

Juez.—¿Luego él era el protector? (Cuchicheos.)

Reo.—No señor; me conoció desde chiquita y era amigo de mis gentes.

Juez.—Adelante. (Vigésima caricia a sus blondas, etcétera.)

Reo.—Cenamos y él parecía estar muy contento, recordándome muchas cosas. (Rumores.) Quiso abrazarme pero le dije que la criada podía entrar. (Risas.) Y viendo que se servía un vaso de vino, le dije: «Te hace daño el vino, Napo.» Se paró sin responder, y cogiendo una botella de Jerez que me habían regalado...

Juez.—¿Quién le había regalado a usted esa botella?

Reo.—Don Mauricio. (Rumores crecientes.)

Juez.—Adelante.

Reo.—«Pues para que no me haga daño, voy a tomar del de tu querido.» (Risas.) «Mira, le dije, no seas malo. Don Mauricio es nada más mi amigo; así es que no tienes razón.» «¡Cállate, comedianta! Tu amigo, y te da para que te emborraches, y te manda caitas, y te paga, ¡sinvergüenza!» Y siguió diciéndome muchas cosas muy feas, y me fui a la otra pieza, donde la criada me dio un recado.

Juez.—¿Qué recado le dio a usted? (Grave.) ¿Y de quién? (Concluyente.)

Remedios.—De don Mauricio que decía que si algo se me ofrecía que contara con él, lo mismo que si me maltrataba Napo se lo dijera; y yo le dije a la criada: «Filomena, usted haga su quehacer y no se meta en lo que no le importa. (¡Tapón!

voz del público y risas.) ¿Vámonos a acostar?» le dije a Napo, y mientras yo cerraba las puertas y me llevaba el quinqué se quedó a oscuras y encendió una vela, se paró y me dijo: «Anda, *Rumbita* (risas), ven a brindar conmigo...» «No tomo —le respondí —, porque se me sube.» «Pues sí tomas.»

«Pues no tomo», y me alejé porque quería hacerme beber a fuerza. Y como lo vi riéndose, le dije: «Ni tú tomes porque ya estás pítimo.» «¿Qué es eso?» «Nada, que se te subió.» «A mí nadie me dice borracho, ¿eh?» Y muy furioso me aventó con la botella, que se hizo pedazos y me bañó de vino, y después me puso de asco echando muchas cosas malsonantes. (Risas.) Juez. —Suplico al público guarde el respeto y compostura que a este recinto se deben... o de lo contrario, despejaré el salón. Continúe usted Remedios.

Remedios. —«No seas escandaloso, Napo; mira que te oye la criada y va a creer... Anda, vámonos a acostar, mira, por nada me ensucias.» Él metió la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa y se puso a llorar, diciendo que era muy infeliz, que yo era una cualquiera y que se quería matar. Lo levanté porque no podía tenerse en pie, y ya en nuestra pieza volvió a molestarme. «Confíesame que es tu querido.» «No seas necio, Napo.» «¿No me lo dices?» «¿Cómo te lo he de decir si no es cierto?» «Pues ahora verás si me lo niegas.» Revolvió todo el baúl y sacó una pistola y me apuntó, riéndose, pero con cara de borracho. «O me lo dices, o te mato.» Yo grité, y entonces él soltó la carcajada. «¡Miedosa! ¡cobarde! ¡Está descargada!» «Aunque... con las armas no se juega, las carga el diablo; dáme esa pistola.» Me acerqué para quitársela y me pegó una *quantada* que me echó contra la cama y con el fierro (mostrándose una descalabradura) me testeré aquí. La criada al oír el golpe entró, pero él ya me apuntaba y le cogí la mano. Se puso furioso, me dijo no sé cuántas cosas y estuvimos porfiando: yo que le había de quitar la pistola y él que no, hasta que se resbaló, yo me caí con él y se salió el tiro; después no le doy a usted razón, porque me puse como loca; pero yo juro que no quise matarlo; (llorando) no, no señor, que no me fusilen porque... no, no, quise.

Juez.—¿Las partes desean hacer alguna pregunta?

El Ministerio Público.—Sí, señor; que diga la procesada si la doméstica Filomena Vargas estuvo presente en la lucha y si lo estuvo, por qué no pidió auxilio.

Juez.—Diga usted.

Remedios.—Sí señor, ahí estaba; pero Cornichón tiraba patadas (risas) y como es muy cobarde, al ver la pistola le dio miedo, se tapó la cabeza con el rebozo y salió gritando.

Juez.—¿La defensa desea hacer alguna pregunta?

Defensor.—Que diga la acusada si mi defenso (habla el sin par Oronoz) Mauricio Peláez, conocía al occiso.

Juez.—Diga usted.

Remedios.—¿Si conocía a quién?

Defensor.—Al difunto, al muerto, al cadáver, a la víctima.

Remedios.—No sé, pero creo que sólo de vista.

Juez.—Siéntese usted. (Dirigiéndose al comisario.) Que introduzcan a Peláez.

Hondísima sensación causó (Escribe Rebolledo inflando, etc., etc.) al auditorio la narración de la acusada. En la inflexión de su voz, en la elocuencia de su ademán se traslucía la más sincera emoción; parecía una trágica inspirada interpretando difícil papel, cuando con tremante voz relataba el drama del callejón de las Mariposas (reporteado por mí). ¡Pobre joven...! Sufría, sufría al evocar las escenas de aquella noche lóbrega y fatal, y más de una vez mojóse su semblante con el lloro más conmovedor... y no escribo más porque entró don Mauricio. Entrar y soltarse a sollozar fue todo uno...

—¡Dios mío!... ¡Virgen! ¡En qué lío me han metido!...

El juez tuvo necesidad de llamarlo al orden; pero el pobre hombre parecía sufrir intensamente.

Los jurados (vuelve a escribir Lucas G.) parecen conmovidos y la audiencia continuará esta tarde.

XVII

—Peláez, ¿protesta usted decir la verdad y toda la verdad en lo que fuere preguntado?

—Sí, señor juez.

—¿Dónde nació usted?

—En Asturias.

—¿Qué edad?

—Treinta y cuatro años, poco más o menos.

—¿Casado?

—Soltero.

—¿Vive usted?

—En la plazuela de La Rumba, tienda de «La Rumba», tiene usted su casa.

—¿Conoce usted a Remedios Vena?

—Desde que era *chiquitilia*.

—A ver, véala usted, ¿es esa señora?

—(Volteando hacia Remedios.) Sí, señor.

—Cuéntenos usted lo que hizo el día 23...

—Pues, señor, en la mañana recibí unas cargas de azúcar; en la tarde, después de lavar algunas botellas, limpiar el mostrador y envolver arroz, fui en casa de un *vezino* llamándose Borbolla; no estaría unos veinte minutos y después me fui en casa de Remedios, porque como soy amigo de su familia y no la había vuelto a ver, y por una Guadalupe llegó a mi conocimiento que sufría muy mal trato del señor que la tenía; como le digo a usted, fui pero no me la encontré y le dejé un billete de a cinco pesos, comprendiendo que estaría mal en cuanto a eso de dinero; en la noche un paisano me hizo saber que tenía yo que ir a Toluca. Y quise volver a ver a Remedios para decirle que me iba y que su familia se iba también a Zimapán dentro de dos días; no subí porque la criada me encontró y se puso a platicar conmigo. Le dije que si Remedios estaba en su casa, y ella me respondió que sí, pero que no entrara porque no tardaba el patrón y le pegaba a la niña, porque era muy celoso, y la señorita estaba flaca del maltrato que le daba y sin un centavo ni para frijoles. Yo entonces le di una peseta a la criada y le mandé decir con ella a Remedios, que lo que se le ofreciera, que contaba conmigo. En esas, la criada se fue yendo pegada a la pared porque entraba Cornichón; me paré en el zaguán, y viendo que no volvía a salir, me fui.

—Usted, Peláez, ¿tenía amores con la procesada?

—No, señor.

—Entonces (acariciándose, etc.) ¿por qué le mandaba usted dinero y vinos y se escondía usted de Cornichón?

—Yo le mandaba dinero de puro amigo; no le negaré a usted que la quería, pero no he tenido nada con ella ¿no es verdad Remedios? (Volteando.)

—Pues una testigo dice que usted entró y salió a la casa con mucho miedo: si fuera usted nada más amigo...

—Señor, no miedo, es decir... sino... cuando no se ve a una gente, pues siempre, ya usted ve que no puede uno estar tranquilo.

—¿Las partes desean hacer alguna pregunta?

Signo negativo.

—Socorro Espejo... —llamó el juez, y presentóse una mocetona de enaguas almidonadas, rebozo nuevo y botines de charol. Cubrióse hasta las narices pulcramente, y previa la protesta dio sus generales.

—Socorro ¿conoce usted a la señorita?

—Sí señor, es la niña Remeditos.

—¿Dónde la conoció usted?

—Pues en su casa: estuve sirviendo ocho días hasta que sucedió lo del señor.

—¿Qué sucedió?

—Pues que lo mató.

—Cuéntenos usted lo que sepa de eso.

—Pues señor, en la tarde llegó una persona a buscar a la niña y ella me dijo que le dijera a la referida persona, que no estaba ahí, porque ya veía yo lo que era el patrón. La susodicha persona se fue y me dejó una así como carta y unos bultos pa'la niña. En la tarde iba yo por mi mandado, y un grosero me cogió así de esta parte (señalando los hombros). *Volteé* y era el señor que había ido en la tarde.

—¿Dónde vas? —me dijo.

—A traer mi mandado.

—Vente por aquí.

—No, señor, porque se me hace malobra.

—Sí, hombre; para que le des un recado a Remedios.

—Y empezó a *chongearme*, y yo le dije que se fuera por su camino y yo por el mío; no quiso y lo amenacé con el gendarme; entonces sacó una peseta y me dijo que siquiera por mi ama debería oírlo; que le dijera que si algo le sucedía, él se comprometía a auxiliarla. En esas divisé al señor y me metí. Bueno: el señor estaba muy tomado, se paseaba del cuarto a la sala, y ya salía y ya entraba. A la hora de la cena oí que decía malas palabras, y me fui, cerrando la puerta, porque sabía que no les gustaba a los patrones que los oyeran decirse sus cosas. Ya muy noche, todavía los oí disputando. Yo estaba en la cocina fregando los trastes, cuando sonó un golpazo; creí que algo se había caído y fui a ver: era que el señor le había pegado una guantada a la niña, y que le apuntaba con una pistola, riéndose. Yo me puse a gritar, lo mismo que la señorita, y como les tengo miedo a las pistolas, corrí para salirme; pero las puertas estaban cerradas, y en esas, oí un tiro, y la niña tenía la pistola en la mano porque se la había quitado al señor.

—¿No decía usted que no había visto nada?

—No, señor, no vi, porque me tapé los ojos con el rebozo; pero oía que le decía la niña: «Suelta la pistola; se va a salir un tiro»; y el señor le decía: «No, no la suelto; no me muerdas»; «pues no me hagas cosquillas.» (Risas.)

—Cuando oí el tronidazo la niña me dijo: «¿Y ahora qué hago? Ya lo maté...» Y le dio el asidente.

—¿Las partes desean... etc.?

Defensor Guerra.—Que diga la testigo si era la primera vez que se peleaban el occiso y la homicida...

Juez.—¿Diga usted?

Testigo.—No entiendo...

Juez.—Que diga usted si era la primera vez que Cornichón y Remedios se peleaban.

Testigo.—No señor, todas las noches que el señor llegaba tomado se disgustaban...

Juez.—¿El Ministerio Público desea...?

Signo negativo.

La testigo Socorro González apareció a su vez sin que nadie se fijara en su declaración, porque repetía los mismos incidentes que conocemos y se redujo a asegurar «que le parecía» esto y «que le parecía» aquello.

El jurado de *La Rumba* tenía el aspecto de una representación teatral; el público hacía punto omiso de la procesada para fijarse en las peripecias del argumento. Sentíase el cansancio de las audiencias largas: comienzan con severo aparato y concluyen de prisa. El mismo Rebolledo anotaba con fastidio uno que otro detalle, y parecía no fijarse en las declaraciones de los testigos.

Flotaba enervante somnolencia, el humo de los cigarrillos, el calor de la multitud, la pesadez de la siesta se denunciaba en las posturas; el juez tenía jaqueca, el Ministerio Público estaba impaciente, los defensores platicaban entre sí y los jurados o dormitaban o parecían perseguir una idea con la vista dirigida al piso... Un llanto de niño, imprudentemente llevado al tumulto, un carraspeo de viejo interrumpían el murmullo de los mil diálogos en voz baja que se cruzaban.

El jurado es la escuela del crimen, y si en él se aprende la severidad de la justicia, se aprende también la manera de engañarla. La plebe desocupada de las graderías hacía elocuentes comentarios, calificaba las preguntas más capciosas del juez y censuraba la poca malicia de algunas declaraciones. Y aquel enjambre de curiosos que se agitaba en los duros bancos, hubiera querido no una trama sencilla sino una tragedia complicada, que saciara su sed de escándalo, y algo hubiera dado porque Remedios resultara, no una homicida casual, sino una hiena; don Mauricio, no un inocente sino un activo cómplice, y empezaron a despejarse los altos asientos con gran ruido.

Remedios, en tanto, sufría hondas angustias y lo ocurrido en las Mariposas volvía a su memoria ya deforme, ya grotesco, ya imponente, y al recordar su crimen, detalle por detalle, se estremecía su cuerpo con el frío del horror.

Veía a Cornichón derribado en el piso, trabado, lívido, con los ojos en blanco, la camisa enrojecida y las manos crispadas, y entonces temblaba, estaba a punto de

escaparse un grito de sus labios, creía soñar, volvía los ojos en torno y se encontraba con mil pupilas fijas en ella: el juez, los defensores, los gendarmes...

Y como un fondo trágico recordaba el hogar, el padre inconsolable pero inflexible, la madre moribunda, los hermanos hambrientos, y se creía presa de una pesadilla, pero sentía dolorida la espalda por la postura incómoda que guardaba, y entumidas las caderas por la dureza del banquillo. Recorría la hilera de jurados y nada, nada adivinaba en aquellas fisonomías en las que se leía el cansancio. Bostezaban hasta llorar, los unos; desperezábanse los otros, alargando los brazos; aquél movía el pie con impaciencia y éste mordía el puño de su bastón.

Artigales parecía meditar, enredando en sus dedos los blondos hilos de su bíblica barba, y Correas tocaba una escala con los dedos en el hule de la mesa.

Era tal el calor que hubo necesidad de abrir las ventanas que daban a un patio sombrío, bañado por una claridad de invierno, y se oía la ruidosa algarabía de un gallinero cercano.

Nadie pensaba en la trascendencia de aquel acto, nadie meditaba que una existencia estaba comprometida. ¿La absolverán? ¡Ojalá! —decían algunos, no porque estuvieran convencidos de la inocencia de Remedios, sino porque los había cautivado su hermosura, al defensorcito Oronoz, sobre todo...

En la pieza de junto, la alharaca era infernal: carcajeábanse algunos defensores de oficio... y sólo Rebolledo y los gendarmes conservaban una seriedad casi oficial. Don Mauricio, en el último grado del abatimiento, con los brazos cruzados y la cabeza sobre el pecho, parecía dormir, en tanto que Remedios, mareada, papujados los ojos, rojas las narices y las mejillas por el llanto, había llegado a ese período de fatiga y postramiento en que a fuerza de sufrir casi se es indiferente.

Vino a interrumpir la monotonía cansada de la audiencia, la voz de Artigales:

—Tiene la palabra el Ministerio Público para fundar sus acusaciones.

Púsose en pie Correas con aire negligente, abrochó su levita, calóse los lentes y con actitud de un dependiente tras el mostrador, apoyó ambos puños en la mesa, y como quien medita, abatió la cerviz... dio un trago de agua... acaricióse el bigote... y...

Señor Presidente, señores Jurados:

XVIII

A guisa de preámbulo dirigió Correas una mirada, primero, al semicírculo de los jurados y al público, después; una de esas miradas que los tribunos estilan para dominar a las multitudes, y dio principio a la requisitoria, que no anduvo desacertado en llamar el repórter de crímenes: «Joya forense de sociológicos conceptos».

Y fue la verdad. Hizo un estudio femenino completo, adornado con observaciones fisiológicas, y todo para concluir uno de sus párrafos de esta manera:

—Dicen, señores jurados, que la sociedad marcha a su desorganización moral, y esto se debe a la mujer, cuya educación actual mata en ella a la madre, a la esposa, a la hija. Sí, señores jurados, comparad la sencillez de aquellos tiempos con el lujo de hoy; las exigencias de otra época, con las insufribles de la vida moderna, y esto se debe a que la vestal del hogar abandona su misión en pos de anhelos funestos.

El periodista retirado parecía complacidísimo del giro alarmante de la requisitoria, y víctima quizá de algún desquiciamiento casero, aprobaba con un gesto de asentimiento; el homeópata, de cerebro un poco menos amplio, hacía poco caso, y el resto de los jurados oía la acusación, interesándose menos en la parte material que en las flores retóricas «preñadas de erudición». (Rebolledo.)

El público guardaba profundo silencio y más de una vez se dejó oír un murmullo al terminar el orador con entonación aprendida de memoria, una cláusula casi rimada.

—¡Miradla! —continuaba—, en aquel tiempo ella compartía con la madre las faenas del hogar, barría la casa, preparaba el alimento de la prole, tejía a la luz de una vela, elevaba sus preces al acostarse, calmaba el llanto de los niños. Si se casaba, era una Penélope, y si tenía hijos, una Cornelia. Pero hoy ¡miradla! comparte con la madre las alegrías del baile, no sale del tocador, no prepara alimento alguno y sólo enjuga el llanto de ridículos amantes; cede al primero que la galantea y para ella el matrimonio es, no un deber, sino un oficio. En buena hora que los ricos empleen su existencia en tan fútiles obras; pero ¿el pueblo? Ved un ejemplo práctico... y lo digo con tristeza ¡miradla! (la señalaba con el brazo extendido). Su padre, un honesto artesano; su madre, una honrada mujer; vivía sin pesares, siendo el encanto de los paternos cuidados. Va a la escuela y toma de la ciencia, no la parte útil sino la parte nociva, porque la mujer no ha nacido para las aulas, las Amigas hacen germinar en ellas esas aspiraciones que no elevan sino levantan para hacer caer con rudo golpe. Sigue la vida del taller, y ya habéis visto lo que declaró aquí Madame Gogol; la costurera se distraía a menudo y era preciso llamarla al orden cuando se sublevaba su orgullo, impropio en una obrera... Un hombre, un probo comerciante, Mauricio Peláez, le promete un hogar, y ella lo rechaza porque es un tendero, pobre víctima, que por un error lamentable ha ocupado ese banquillo, pero cuya inocencia soy el primero en proclamar, porque obró, no movido por la complicidad, sino por un sentimiento noble... el amor. (Conmoción en el homeópata; las miradas se vuelven a Mauricio y la defensa sonrío; Oronoz tose, viendo a la procesada.) Y la que así

desdeñaba al que pudiera haberla hecho feliz, ¡miradla! cae en los brazos de un seductor de oficio, un insignificante que la maltrata, que le roba la honra, la mancha y, por último, es víctima de tan perversos instintos.

—No, señores —prosigue— no es cierto que haya sido un homicidio casual; lo que la procesada ha dicho aquí es una absurda fábula. ¡Primero se golpean y después pegan! ¡Con una pistola! (*crescendo*). ¡Y el tiro hiere un espacio intercostal! ¡Y las partes blandas! (más fuerte). ¿Esto es lógico? ¿Esto es verosímil? (*piano*). No, señores jurados, (*pianissimo*) no fue la casualidad la autora del delito, no: este crimen es la consecuencia natural de una mala conducta, y la que tiene audacia para abandonar el hogar, la que entrega su honra en manos del primero que pasa, la que desprecia a un comerciante digno, la que riñe con frases de plazuela, esa, señores jurados, tiene también sangre fría para matar a un amante. Señores, en nombre de la sociedad ofendida, pido un castigo para que las mujeres honestas vean que la justicia vela sobre ellas y las que se hallen en peligro sepan cómo condena el tribunal del pueblo a las que, en pugna con su sexo, se convierten en una amenaza para los hombres dignos.

La Rumba parecía no oír aquel alud de reproches; el público guardaba un orden absoluto, y las personas cercanas a la reo la miraban con atención, sorprendidas de que una mujer joven y bella, pudiera ser un monstruo.

Rebolledo aventaba cuartillas y más cuartillas ennegrecidas por su lápiz incansable, y los jurados pensaban en sus madres, en sus esposas, en sus hijas y seguían el discurso de Correas con gesto de profundo interés...

—Señores jurados —prosigue el orador— mi corazón se hiela cuando pido una sentencia: jamás he formulado tan penosa acusación como la que habéis oído; pero a mi dolor se sobrepone mi conciencia, y a la juventud mal empleada de la acusada Remedios Vena, el recuerdo de una víctima: Napoleón Cornichón. (Voz trémula y grave.) ¡Qué no os pida cuenta de vuestro fallo (amenazante) desde el fondo de la tumba!

Aplausos. El juez llama al orden y ese signo de aprobación resuena de un modo lúgubre en el corazón de *La Rumba*.

Los jurados al oír las últimas y terribles palabras de Correas, palidecieron, y Oronoz se agitó en su asiento temiendo que condenaran a Remedios; pero ahí estaba Guerra para salvarla. Guerra, que se puso en pie de un salto, lanzó con vehemencia estas frases:

—Señores Jurados: Me pongo en pie ¿para qué? ¡Para salvar a Remedios Vena! Pues bien, (voz tonante) pues bien, oídllo todos, ¡es inocente! Y un fallo condenatorio, señores, merecía ¿sabéis qué? que abandonarais esos lugares para ocupar el de esa joven infeliz. ¡Porque condenarla sería un crimen!

Si Correas alardeó de erudito, Guerra no le fue en zaga, porque echó el resto; agotó todos los recursos oratorios, llamó visionario al Ministerio Público, adulterador de la verdad y víctima del «apasionamiento judicial.»

—¡Ha calumniado a la mujer mexicana, toda dulzura y abnegación; ha hecho la caricatura de la madre, de la esposa y de la hija; pero ha olvidado que aquí estáis vosotros para desmentirlo, en nombre de los calumniados, y aquí estoy yo (golpe de pecho) para limpiar la injusta mancha lanzada a la frente limpia de una honra!

El público aplaudió, ese público que aplaude lo que suena, sea en pro o en contra, y para el cual todo es zarzuela, lo mismo un pleito callejero que un jurado.

Era tal la pasión de la defensa, que el mismo Artigales se había quedado con la mano en el aire enredando en uno de sus dedos la rubia madeja de sus barbas; Correas, acostumbrado a toda clase de réplicas, se armaba con el disimulo, y Oronoz hacia un gesto a Rebolledo, como diciéndole: ¡esto sí que es bueno!

Y sí lo era. Pintó el primer amor como un poeta.

—Amó, señores jurados, amó como se ama una vez sola, como la mujer mexicana sabe amar, y desmayó al engaño de un vil seductor por quien dejó hogar y familia, un seductor que pagó su afecto con el insulto y sus caricias con golpes... ¡Oh, los que habéis amado!... (El homeópata tenía húmedos los ojos, Oronoz sonreía con los labios dulcemente entreabiertos y el público joven estaba extasiado). Los que habéis amado, oídmme: ¿no es verdad que la pasión es una locura y se carece de libertad moral cuando se ama?

—Señores jurados, la que llora como Remedios ha llorado, la que mucho amó como esa joven infeliz, ¡nunca! ¡jamás! es imposible que hiera a sangre fría a un hombre. No la condenéis: he probado que obró en defensa propia, y si me estuviera permitido mover vuestros corazones, os diría: pensad en la esposa que os espera, pensad lo que sentiríais si una hija vuestra ocupara ese sitio; juzgado con vuestro corazón de padres.

Viendo el juez que el discurso se extralimitaba en el terreno del sentimentalismo, sonó la campanilla y una salva de aplausos y rumores fue el epílogo de la defensa.

Hizo el juez, luego que manifestaron Ministerio Público y procesado que no deseaban hacer uso de la palabra, hizo, repito, el resumen de los debates brevemente, y leyó el cuestionario:

—¿Es culpable la acusada Remedios Vena del homicidio de Napoleón Cornichón, perpetrado la noche del 23 de agosto de 18... en la casa número 20 del callejón de las Mariposas?

¿El homicidio se cometió en riña?

¿La acusada fue agresora?

¿Fue agredida?

¿Estaba ella armada y Cornichón inerme?

¿La acusada fue anteriormente de buenas costumbres?

¿El crimen causó a la sociedad grande escándalo?

¿Causó grande alarma a la sociedad?

El juez se puso en pie y los jurados siguieron su ejemplo para protestar.

El grave acento de Artigales, el silencio del público, la trascendencia de aquellos

momentos difundía no sé qué de majestuoso y terrible en la conciencia de los once ciudadanos, y un frío, frío mortal, inexplicable ansiedad, en el alma de Remedios.

Había llegado el supremo instante. Allí, tras de aquella puerta estaban decidiendo de su suerte: o Belén o la calle; pero de todos modos la desgracia, porque ¿de qué sirve la absolución del pueblo cuando no absuelven los padres? ¿cuando no absuelven los amigos? ¿cuando un público inmenso señalará a Remedios, no como una mujer honrada, sino como una procesada escandalosamente conocida?

En la plataforma el desorden era atroz. Juez, defensores, licenciados, curiosos, todos fumaban. Allá abrazaban a Correas; aquí, felicitaban a Guerra, y un grupo hablaba de Remedios, señalándola, mostrándola, adivinando su angustia tras el embozo de un tápalo...

*

Una hora duraron las deliberaciones; sonaba el *Angelus*, se encendieron las velas y el público se puso en pie.

¡Cómo latiría el corazón de Remedios!

Se leyó la sentencia.

XIX

Moría la tarde, fundíase la última violeta en el ámbar diluído de ocaso.

Iba a llover y el viento levantaba remolinos de polvo, los pájaros, tendida el ala, se perdían en las frondas con ruidosa algarabía.

El gentío de esas horas precipitaba su marcha al sentir los primeros goterones que se estrellaban en las paredes o dejaban grandes manchas en las losas.

Los vendedores encendían sus farolillos de papel, y los quemadores de gas, como doble hilera de pálidas estrellas, se iluminaban a lo lejos.

Sonaban puertas, se agitaban las cortinas y las palmas benditas en los barandales; barrían el suelo las basuras arrastradas por el viento, y después se desató la lluvia del cielo ennegrecido, lluvia tenaz que repiqueteaba en las vidrieras, chasqueaba en el empedrado y rayaba el espacio con sus opacos hilos de cristal.

Quedaron desiertas las aceras. Oscuras siluetas, mujeres encapuchadas, hombres de prisa, paraguas abiertos se destacaban frente a los escaparates iluminados, para perderse en un zaguán, trepar a un tranvía o doblar las esquinas. Grecia el sordo rumor de la lluvia, dominado por el chorro de ducha de las canales o por la lenta y grave nota del viento que levantaba faldas y arrancaba sombreros.

Los zaguanes estaban llenos de rezagados, que al ver pasar un coche gritaban: ¿Llevas carga? sin que el cochero se dignara voltear.

Los tranvías iban henchidos de pasajeros con paraguas abiertos en las plataformas; al fulgor de los relámpagos sin trueno se iluminaban como ancha banda espejeante las calles que comenzaban a inundarse, y en la última claridad del cielo, se erguían crestas de montañas, escuetas ramazones, azoteas, chimeneas y torres de iglesia.

Las calles eran verdaderos ríos, sólo cruzadas por criados de piernas desnudas o ebrios que, envueltos con un solo costal y repegándose a la pared, pasaban cantando en medio del clamoreo de los chicuelos, que locos de alegría, retozaban en el fango. Perros vagabundos y cabizbajos buscaban los umbrales solitarios, y algunos valientes, con el sombrero hasta los ojos, alzado el cuello de los sacos, las manos en los bolsillos y recogidos los pantalones, trotaban, saltando por las bocacalles, causando la más profunda lástima.

Y aquellas calles de Plateros, antes tan concurridas; aquella avenida que con sus rumores fingió una voz de seductor en los oídos de *La Rumba*, también estaban desiertas, cerrados sus escaparates y apenas si de trecho en trecho una tienda iluminada lanzaba al arroyo su reguero de chispas. Tal parecía que todo se conjuraba para castigar a la Remedios Vena, cuyo nombre gritaban los voceadores:

—¡*El Noticioso* con el jurado de *La Rumba*!

Dos columnas de periódico, llenas de minuciosos detalles, firmadas por Rebolledo. Habían absuelto a Remedios y a don Mauricio y el repórter de crímenes decía que el público había juzgado como injusto aquel fallo.

Don Mauricio, Oronoz y *La Rumba* callaban en el interior del coche de alquiler como si estuvieran absortos en profunda meditación, perdida la mirada en los vidrios de la portezuela y viendo al pasar casas de comercio sin marchantes y tenebrosas bocacalles.

Ornoz buscaba con sus pies los de *La Rumba*, cuyo pensamiento flotaba en los tempestuosos horizontes del pasado y lloraba, sí, largas lágrimas como las que fingían las gotas de agua al escurrirse en el cristal. Volvía a las mismas calles, por ellas había atravesado fraguando la quimera de sus locos sueños, impelida por la esperanza. Y Cornichón se dibujaba en su mente, no siguiéndola, no estrechándola, sino herido, derribado en el piso, con las piernas abiertas, las manos crispadas, los ojos en blanco y saliendo de su garganta aquel doloroso gruñido que parecía un estertor, y *La Rumba* temblaba sin poder contener aquel inmenso dolor de haberlo matado. La habían absuelto, pero ella no se absolvía: recordaba haberle deseado la muerte al barcelonete, y sí, una voz sorda se lo decía en su interior, ¡era asesina!

¡Quién al ver cruzar por las calles solitarias aquel desvencijado vehículo hubiera sospechado que encerraba a la popular procesada! ¿Quién podía suponer que estaba triste?

La lluvia se calmaba; manos extendidas salían de los zaguanes; en las esquinas se agrupaban centenares de personas que reían cuando alguien se atrevía a cabalgar sobre las espaldas de un cargador, porque no era posible atravesar a pie las calles anegadas de bote en bote.

El cenagoso oleaje penetraba a las puertas bajas, y para arrojarlo bombeaban aquí, exprimían jergas y escobeteaban allá, y más lejos se servían de cajas de sardina o cubos de lata.

El coche seguía avanzando y Oronoz quería entablar conversación, pero nadie le respondía.

¿Qué hacer? Mis padres en Zimapán; Guadalupe fuera. ¿A las Mariposas? ¡Imposible! ¿Dónde ir? ¿Con don Mauricio? No, no. Juraba no volver a las andadas, pero, ¿dónde pasaría la noche?...

—Remedios, yo creo que por lo pronto debía usted ir en casa del padre Milicua, mientras arreglamos otra cosa...

Don Mauricio había respondido a la interior pregunta de la muchacha.

Sí, sí, en casa del padre Milicua, y no volvería a salir de ahí jamás, aunque la persiguieran, porque la suerte parecía querer precipitarla y, ¿quién lo dijera? hasta Oronoz, cuyos ojos de sátiro veía relumbrar en la sombra. ¡Qué canalla es el hombre! Y volvía Cornichón a aparecérselo, y para olvidar su imagen fijaba la vista en las casas que pasaban o en la iluminación intensa de una botica que prendía en los charcos un mosaico de chispas de colores, un ardiente riel de intensas claridades; pero no, no podía olvidarlo... Y la faz contraída del herido parecía asomar en todas partes y tras ella un grupo: su padre, su madre, sus hermanos, la Gogol, Guadalupe, personajes de su drama que se confundían en su memoria como esos fantoches

hacinados en el foro después de la comedia; le pedían cuenta de sus actos, lloraban unos, reían los demás, y los días azules de otra época, ¡oh recuerdos cómplices! La calma del hogar, la ilusión del primer afecto no embellecían, no ponían una nota consoladora en el cuadro, sino que acentuaban el contraste y recortaban con más intensidad las deformidades del pasado.

Iban a llegar y el corazón de la infeliz muchacha latía hasta romper su pecho. Mojábanse sus ojos en lágrimas y presa de temor murmuraba, ¡me voy a volver loca! Al doblar la esquina del callejón de los Tecolotes se oyó la gritería de unos muchachos: ¡ya están ahí! Y al pararse frente al tenducho una música de viento estalló en una diana y *La Rumba* en un sollozo.

—¡Vecino!

—¡Querido don Mauricio!

—¡Peláez apreciable!

—¡Amigo mío!

—¡Patrón!

Y las exclamaciones salían de todas las bocas. Don Encarnación tiraba su puro, el ajedrecista empujaba y el ínclito Borbolla, con los ojos humedecidos, estrechaba en sus brazos al asturiano, que no podía responder embargado por la emoción.

—¡Francizquilio! —y al decirlo con una voz salida del alma, no pudo más y como un niño se desató en llanto besando la cabeza rapada del muchacho—. ¡Franciszquilio, qué ganas tenía de verte!

—¡Qué viivaaa! —gritaban los ebrios, en tanto que la música seguía tocando la diana y *La Rumba* era consolada por el de la Municipal que le decía:

—¡Está usted empapada, hija! —y la llevaba al fondo de la trastienda para ocultar a la curiosidad profana su sincero dolor. Oronoz se erguía saludado como un salvador, y afuera, en la plazuela, el aguacero producía su constante correr de oleaje.

—Copas, copas, copas —vociferaba el ajedrecista, y era tal el tumulto que apareció en un balcón de la casa la silueta enorme del padre Milicua.

Los gritos, los brindis, los aplausos, ¡cómo resonaban en el silencio de aquella plazuela solitaria!

Ni una luz en las casas, ni un rumor en el empapado chopo.

Las puertas del tenducho se cerraron, fuese el coche y a su vez se alejó cargando su mesilla el vendedor de *hojas*.

Mauricio quedó en familia y momentos después Oronoz salió a su vez murmurando:

—¡Se me escapó!

Muy tarde el ínclito Borbolla y don Mauricio llamaban al zaguán de la casa cural, y Remedios los espiaba por la entornada puerta del tenducho.

Era la misma plazuela, negra, sucia, maloliente. Un cuarto de luna anémica tras nubes delgadas, bañaba el conjunto con mortecina luz que fingía fosforescencias en la iglesia, cuajaba de chispas al chopo escueto y prendía pálidos fulgores en las

cornisas.

Era la misma plazuela; pero no correteaban sus hermanos jugando al toro, no había niñas en las escalinatas, no sonaba el arpa del aguador, y las puertas de la herrería estaban cerradas y en la pared blanca se iba borrando el rótulo «Herrería» y aquellos dibujos de una cama y de un barandal. Era la Rumba, pero era una Rumba airada que parecía cerrar sus hogares para no dejarla entrar, una Rumba más triste que otras veces, una Rumba que la odiaba...

Sólo allí enfrente brillaba el balcón del cura junto a la iglesia derruida y la tapia musgosa y desmoronada del cementerio sin tumbas...

—¿Qué dice? —preguntó con ansiedad cuando llegaron don Mauricio y Borbolla...

—Vámonos —le respondieron. Cruzaron la desierta plazuela y ya en el quicio de la puerta:

—¡Adiós, Remedios!

—Adiós, don Mauricio, que pase usted buena noche.

—Adiós, y cuidado con volver...

—Ah, señor Borbolla, nunca, nunca he de querer ya parecerme a las *rotas*.

—¡Dios lo haga!...

Y la muchacha se perdió en las sombras del patio, sombras quizás protectoras y no cómplices.

FIN